

FERNANDO TRUJILLO

LA BIBLIA DE LOS CAÍDOS

Tomo 1 del testamento de Mad

Fernando Trujillo Sanz

KINDLE EDITION

http://www.facebook.com/fernando
nandoynuba@gmail.com

Edición y correción
Nieves García Bautista

Diseño de portada

Javier Charro

Ilustración interior

Rafael José Crespo

(https://www.facebook.com/rafael.c

TOMO 1 DEL TESTAMENTO DE MAD

No todas las historias producen la misma sensación al ser narradas. Algunas son más duras que otras, como solo yo puedo saber, hasta el punto de desear que todo hubiese ocurrido de otro modo, algo que por desgracia no está en mi mano.

He meditado mucho sobre la conveniencia de incluir o no las crónicas de Mad, pues la suya no es una historia fácil. Sin embargo, al final se impuso la necesidad de contribuir a algo más grande, de explicar debidamente los acontecimientos

posteriores a La Biblia de los Caídos. La participación de Mad en dichos acontecimientos, aun siendo esencial, podría haber sido resumida, y tal vez yo, el cronista, habría simplificado considerablemente mi labor. Claro que, en ese caso, no sería honesto conmigo mismo…

Debo formular una advertencia, no obstante. A pesar de que no sé si estas crónicas llegarán a ser leídas por alguien, ese es su propósito y, con tal fin, es preciso dar a conocer que este tomo no se puede comprender sin haber leído antes el Tomo 0 de La Biblia de los Caídos. Del mismo modo, y para no relatar de nuevo lo ya expuesto anteriormente, es necesario haber

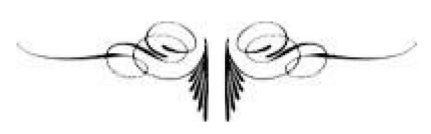
leído también el Tomo 1 del Testamento de Sombra y el Tomo 1 del Testamento del Gris, en ese orden.

Dado que no es posible comprender los actos de Mad sin saber quién es, aquí comienza su historia.

Ramsey.



PRÓLOGO



Había sangre y huesos rotos. También un brazo dislocado, colgando hacia atrás de un modo tan antinatural que su dueño podría rascarse cualquier parte de su espalda. Un ojo hinchado, una mejilla desgarrada, una nariz del doble de su tamaño que ya no apuntaba al frente...

—No me queda más remedio que imponer una sanción disciplinaria —dijo el director, devolviendo las fotografías a la carpeta del expediente

—. Las normas son muy claras al respecto. Tres días de suspensión. El comité escolar se reunirá mañana y decidirá si la expulsión es permanente.

Marina desvió la mirada y tomó aire. Le costó un esfuerzo considerable mantener la compostura. La palabra «permanente» y todas sus implicaciones resonaban en su cabeza, alterando inevitablemente su talante tranquilo.

—¡No pueden hacer eso! —replicó elevando el tono más de lo que pretendía.

—Me gustaría no tener que hacerlo —apuntó el director con la indiferencia de quien está acostumbrado a manejar situaciones delicadas—, pero el

comportamiento de sus hijos no nos deja otra opción.

Ella no podía aceptarlo. Para una madre, renunciar a defender a sus hijos era algo impensable, algo que sencillamente no tenía lugar en la mente de Marina. Además, eran solo unos niños, demasiado pequeños para...

De pronto, cayó en un detalle importante.

—Pero... supongo que habría algún profesor vigilando el recreo, ¿verdad?

—Naturalmente. Siempre hay dos profesores...

—¿Y no tendrán alguna responsabilidad en lo sucedido? —le interrumpió Marina.

Una mueca bastante fea, cuyo significado Marina no acertó a descifrar, pasó por el rostro serio e imperturbable del director, se quedó allí un instante, y luego desapareció.

—Hay muchos alumnos, no se puede pretender que estén encima de todos y cada uno de ellos.

—Pues es su deber. Si no pueden controlar a unos chicos de seis años, deberían contratar a más personal.

Ahora empezaba a traslucir el enfado en la expresión del director.

—Gracias por su sugerencia, pero llevo a cargo de este colegio más de dieciséis años y sé cómo gestionarlo. Los profesores cumplieron con su

obligación. A saber qué hubiera pasado si no llegan a detener la pelea.

—Si mis hijos se han peleado, será por una buena razón —dijo Marina. Deseaba creerlo con toda su alma, pero lo cierto era que aún no había hablado con ellos. En cuanto la llamaron, había acudido al despacho del director—. ¿Han cometido alguna falta antes? —El director negó con la cabeza de mala gana—. ¿Han causado algún problema? ¿Se han peleado otras veces?

Marina sabía que no. Sus hijos, los tres, eran buenos chicos, y nada violentos.

—Esto es algo más que una simple riña —repuso el director—. Han

hospitalizado a dos alumnos y el profesor que detuvo la pelea tiene un cardenal del tamaño de un balón de fútbol.

—Eso fue un accidente.

—No puede pretender que dejemos una conducta como esta sin castigar. El comité decidirá mañana. Yo no puedo hacer nada.

Marina estalló. No soportaba que tratasen a sus hijos como si fueran criminales.

—Esto no quedará así. —Se levantó de la mesa con brusquedad. El director no se inmutó—. Es usted un pésimo director que piensa culpar a tres niños de seis años de algo que es

responsabilidad de un adulto. —Marina apoyó las manos en la mesa, se inclinó sobre él y le arrojó una mirada llena de odio—. Los dos sabemos por qué está haciendo esto, ¿no es así?

—¿Qué insinúa? Yo cumplo con la obligación de mi cargo. ¿Qué pensarán otros padres si dentro de unos meses sus hijos son agredidos por los suyos?

—¿Eso es lo que dirá mañana en su asqueroso comité? Apuesto a que sí. Pero yo averiguaré la verdad y se la haré tragar. Estaban en el patio, había muchos alumnos que vieron lo ocurrido. Hablaré con todos ellos si es necesario y con sus padres. Ya veremos qué sucede. —Se retiró de la mesa y fue hasta la puerta. Antes de salir, se volvió

—. Se arrepentirá. Yo sé que no actuaría usted así de no ser por que su propio hijo es uno de los niños hospitalizados.

La mujer no esperó una respuesta. Abandonó el despacho con un portazo y un bufido, temiendo decir algo de lo que seguro se arrepentiría si permanecía más tiempo con aquel maldito fascista. El hijo del director sí había participado en peleas anteriormente, pero nunca lo habían expulsado.

Marina encontró a los trillizos sentados en un banco, cabizbajos. Tres figuras pequeñas e inocentes, tres figuras exactamente iguales que cualquiera tendría problemas para distinguir, especialmente cuando adoptaban la misma postura, como

ahora. Diana, la niña, se sentaba entre sus hermanos. Los tres tenían los hombros caídos y las manos entre las rodillas.

—¡Al coche! —les ordenó señalando la salida del colegio.

Imprimió toda la dureza que pudo tanto a su voz como a su mirada. Quería mostrar enfado por lo sucedido, no que sus hijos notaran que era incapaz de enojarse con ellos. Bastante blanda era ya con sus tres angelitos, como para sonreír ante una pelea en la que, tuviesen la culpa o no, dos alumnos habían resultado heridos.

Los tres niños reaccionaron instantáneamente, bajaron del banco con

un pequeño salto, cogieron sus pesadas mochilas y caminaron en fila india, obedientes, con la misma cadencia, balanceando los brazos del mismo modo, sin atreverse a mirar directamente a su madre. Diana continuaba en el medio de la formación.

Marina observó hipnotizada las tres cabezas morenas, de pelo corto, mientras desfilaban por la puerta que mantenía abierta. Por más veces que los viera, nunca dejaría de sorprenderse de lo idénticos que eran. Los tres tenían los ojos verdes, grandes y luminosos, y vestían con la misma ropa. Hubo un tiempo en que ella y su marido intentaron que Diana se dejara el pelo largo y vistiera con falda. Tuvieron que

desistir. Los trillizos protagonizaron toda clase de berrinches y protestas hasta que le cortaron de nuevo el pelo a Diana y la dejaron vestir como sus hermanos. Adrián y Mark habían llegado incluso a amenazar con dejarse el pelo largo. Y solo tenían cuatro años. Lo que más desconcertó a sus padres fue que el intento de cambiar a Diana afectó a los tres por igual. Cosas de trillizos, según el pediatra.

Su marido les esperaba en el coche con la puerta abierta. Al ver a su padre, los niños aceleraron un poco el paso. Caminando detrás de ellos, Marina no podía ver sus rostros, pero sabía que tres sonrisas luchaban por romper la seriedad del momento. Si ella se

consideraba blanda en el trato hacia sus hijos, su marido era un caso perdido. Le faltaba poco para ser uno más de ellos. También era el responsable del color verde de los ojos de sus hijos.

—¿Qué habéis hecho, enanos? —preguntó a los niños con un casi aceptable tono severo. Habría resultado más convincente si hubiese omitido el apelativo «enanos», que siempre empleaba para jugar con ellos.

Los niños se detuvieron a pocos metros del coche. Intercambiaron una mirada de preocupación, pero permanecieron en silencio.

Marina le resumió el resultado de la pelea. Habló rápido, seria. Cuando le

explicó que se enfrentaban a una expulsión permanente, su marido endureció la expresión de su rostro, esta vez, de verdad.

—¿Por qué os habéis peleado? —preguntó bajando del coche—. Vuestra madre y yo queremos saber el motivo. ¡Hablad!

Mark rompió la simetría entre ellos para dar un paso al frente.

—La estaban molestando, papa...

—Decían que yo no podía jugar con ellos —continuó Diana, situándose a la altura de su hermano.

Adrián no tardó en completar la alineación.

—Que una niña no era tan fuerte

como un chico...

Estalló un pequeño remolino de confusión. Los trillizos acostumbraban a expresarse de ese modo, completando las frases que había iniciado cualquiera de los hermanos como si solo hablara una persona. Rara era la ocasión en que no participaban al menos dos de ellos en una frase. Sin embargo ahora era mucho peor. Estaban nerviosos, se atropellaban al hablar, repetían algunos fragmentos y dificultaban mucho que se les entendiera.

—No empezamos nosotros...

—Esos imbéciles...

—La empujaron y la tiraron al suelo...

—Les advertí de que nos dejaran en paz...

Marina miró a su marido, que movía la cabeza como loco de uno a otro, intentando descifrar sus palabras. Ni siquiera ellos, que estaban acostumbrados, lograban entender a sus hijos cuando se alteraban de esa manera.

—Intentó pegarme. Yo me defendí...

—Nadie nos ayudó.

—Los demás chicos se reían. Hasta que...

—¡Basta! —gritó su padre. Los niños se callaron—. Lo siento, no quería gritaros. Hijos, no os entendemos. Vamos a ver, Adrián, explícame tú lo

que pasó. Vosotros dos no digáis nada por ahora, ¿vale?

Mark y Diana asintieron.

—Adrián, cariño —dijo Marina—. Solo dinos por qué os habéis peleado.

El niño alzó la cabeza y apretó los labios. Saltaba a la vista que se estaba conteniendo.

—No te pasará nada malo, Adrián —dijo su padre—. Bueno, depende... Tenemos que entender cuál ha sido el problema.

—¡Pegaron a Diana! ¡La insultaron y la tiraron al suelo!

Marina lo comprendió enseguida, y su marido también.

—¿Quién la pegó? —le dijo el padre a Adrián—. Si alguien toca a mi niña... Estoy orgulloso de vosotros.

—¿En serio? —preguntó Marina.

—Ehh... Bueno, no tanto, pero...

—¡Oh! Déjalo que lo vas a empeorar todo.

—Pero...

Marina se volvió hacia los niños.

—Quiero que grabéis esto en vuestras cabezotas. La violencia no es la solución, es el último recurso. Siempre hay que tratar de evitar hacer daño a otras personas, siempre. ¿Lo habéis entendido? —Las tres cabezas subieron y bajaron a la vez—. ¿Lo recordaréis por mí? —Asintieron de nuevo—.

Buenos chicos. Ahora entrad al coche, que voy a hablar con papá un momento. Seguiremos en casa.

—Y os espera un buen castigo —aseguró el padre—. Ya veréis...

—No servirá de nada si no borras esa sonrisa de la cara —bufó Marina. Los niños obedecieron, se sentaron en el asiento de atrás y se abrocharon el cinturón de seguridad, Diana en el medio, por supuesto—. Tienes menos autoridad... ¡Les has guiñado un ojo!

—¿Quién yo?... Es que no puedo evitarlo. Estaban defendiendo a su hermana...

—¿Y por eso deben ver que su padre aprueba la violencia?

—¿No estás un poco... tensa? —dijo su marido—. Los niños se pelean, no es para tanto. Y lo que importa es el motivo. Si pegan a su hermana es normal que se cabreen, ¿no?

Marina suspiró. Consideró mejor dejar esa parte de la conversación para cuando estuvieran a solas, porque la cara de orgullo de su marido no podía pasar desapercibida para los niños.

—Tenemos un grave problema. Mandaron a esos chicos al hospital y pretenden expulsar a los nuestros definitivamente.

—¿Qué? Estamos a mitad de curso. Son solo unos críos de seis años. No lo harán.

Marina adoptó una postura triste.

—Me temo que sí —dijo con pesar—. Uno de los chicos hospitalizados era el hijo del director.

Su marido arrugó la frente y abrió mucho los ojos, hasta el límite.

—No me lo creo. Ese chico tiene nueve años. Los trillizos son bajos incluso para su edad. El hijo del director debe pesar el doble que los dos niños juntos.

—Pues es lo que pasó —dijo Marina. Se sentía como si estuviera acusando a sus propios hijos de algo terrible—. No lo entiendo. Yo... ellos no son violentos... tiene que haber otra explicación...

Apenas logró contener las lágrimas. Su marido la abrazó con suavidad.

—Eh, no pasa nada. Saldremos de esta, ya lo verás. Nuestros hijos son los mejores. Vamos, en casa lo veremos todo de otra manera, te lo prometo.

Nadie habló durante el trayecto. Los niños se portaron bien, sin duda a causa de un sentimiento de culpabilidad. Marina se prometió hacer lo que fuera necesario para sacar a sus tres pedazos de cielo del embrollo en el que se habían metido. Con todo lo que habían pasado para tenerlos...

Tras varios años intentando quedarse embarazada, ella y su marido

se sometieron a un estudio de fertilidad que les confirmó lo peor: había muy pocas probabilidades de que tuvieran hijos. Fue un golpe durísimo para ambos, que siempre habían soñado con formar una familia, algo que habían planeado incluso antes de vivir juntos. Pero no se rindieron, pasaron los dos años siguientes en un carrusel continuo de consultas médicas, pruebas y tratamientos de fertilidad. Llegó un momento en el que perdieron la esperanza, justo después de atravesar un traumático aborto que estuvo a punto de provocar su renuncia definitiva a intentar crear una familia.

Pero entonces oyeron hablar de una clínica privada que ofrecía un

tratamiento novedoso, un tratamiento que por desgracia tenía un alto coste económico. No andaban nada bien de dinero, pero negociaron una nueva hipoteca para la casa e invirtieron todos su ahorros, alentados por una nueva esperanza, la esperanza de crear vida y ampliar la familia. No podía haber nada mejor en el mundo.

Y no lo había. Su felicidad se multiplicó hasta el infinito cuando seis meses más tarde les confirmaron que Marina estaba embarazada, y aumentó aún más cuando el médico señaló tres puntos en la ecografía y les explicó que eran tres corazones. Así llegaron al mundo los trillizos, con unos padres que los esperaban con todo el amor que

podían desear unos niños. Un amor que irradiaba de una pareja que había visto cumplidos sus sueños.

Un pequeño bote a la entrada del garaje trajo a Marina de vuelta de sus ensoñaciones. No quería llegar a la plaza de aparcamiento. Prefería estar una hora más en el coche con tal de posponer el momento de regañar a sus hijos en casa e imponerles un castigo, tarea que seguro que recaería en ella, como siempre. Si su marido se ocupara, se limitaría a darles un par de tirones de oreja y asunto zanjado.

Descendían lentamente por la rampa que llevaba a la segunda planta, donde se encontraba su plaza de aparcamiento, cuando el coche, de

repente, tembló un poco, traqueteó y se detuvo en seco. El cinturón de seguridad impidió que Marina se inclinara hacia adelante.

—¿Se ha calado?

—Ni idea —gruñó su marido. Giraba la llave del contacto, pero el coche no arrancaba—. Maldito cacharro... Debe de ser la batería.

Los niños murmuraron en el asiento de atrás, hasta que Marina los fulminó con la mirada. Su marido tiró de un resorte a su izquierda y el capó se abrió con un chasquido.

—Seguro que es la batería —repitió bajándose del coche.

El capó cubrió completamente el

parabrisas delantero al levantarse. Marina oía a su marido maldecir y toquetear el motor. Sabía que no existía la menor posibilidad de que arreglara el coche, pero como no tenía prisa por llegar a casa, le dejó rebuscar el problema, rezando porque no se electrocutara mientras hurgaba en la batería. Al cabo de unos minutos, incluso ella se impacientó.

—¿Cómo lo llevas cariño?

—No entiendo nada —contestó él —. Todo está en orden. Teníamos que haber comprado uno japonés... Aquel Toyota azul...

Ya empezaba de nuevo. Marina podría recordarle el precio de aquel

Toyota azul que tanto le gustaba, pero no conseguiría nada. Su marido solo buscaba alguna excusa contra la que liberar su frustración.

—¿Por qué no llamamos al seguro, que para algo lo pagamos?

Se escuchó un bufido.

—Ahora llamo —contestó él bastante enfadado—. ¡Eh! Han pintado en el suelo del garaje. ¡Gamberros!

—Eso es genial, pero no podemos quedarnos aquí con los niños...

—Parece un grafiti o algo así. Justo debajo del coche. Diría que es un símbolo muy raro...

—El teléfono —lo interrumpió ella —. ¿Llamas tú o prefieres que lo haga

yo? —No hubo ninguna respuesta—. ¿Me has oído? ¿Quieres dejar el grafiti ese y venir a llamar?

Nada. Ningún sonido. Marina miró el capó levantado, esperando que su marido asomara en cualquier momento mientras una alarma crecía en su interior. El garaje estaba demasiado silencioso.

—Si es una de tus bromitas —gritó —, no es el mejor momento. Te lo advierto, como me hagas bajar...

La interrumpió un ruido seco, un golpe, que sonó justo encima de sus cabezas, sobre el techo del coche.

—¿Qué es eso, mamá? —preguntó Diana.

Marina no supo a qué se refería su hija hasta que miró el parabrisas delantero, donde Diana le señalaba con el dedo. Por la parte de afuera resbalaba un líquido que manchaba el cristal de rojo. Al principio era solo una gota que descendía tímidamente. Luego aumentó el grosor y la velocidad. Luego un objeto rodó sobre ella hasta la base, entre el parabrisas y el capó, que seguía levantado, y se detuvo resonando contra el metal de la chapa.

Marina contempló horrorizada la cabeza de su marido, que aún tenía los ojos abiertos y parecía que miraba a toda la familia a través del cristal. Los trillizos chillaron al mismo tiempo.

Ni siquiera pensaba mientras sus

manos, temblorosas, desabrocharon el cinturón de seguridad. Solo reaccionaba al pánico que se extendía por todo su cuerpo. Salió del coche pensando únicamente en sacar a sus hijos de allí lo antes posible.

—¡Desabrochaos los cinturones! —gritó.

Pero los niños lloraban y chillaban, se abrazaban sin dejar mirar la cabeza de su padre, que los apuntaba con sus ojos muertos desde detrás del cristal manchado de rojo. Marina trató de no mirar el cuerpo de su marido, que yacía sobre el techo del coche, derramando sangre por el cuello recién degollado, y abrió la puerta trasera.

Por el rabillo del ojo vio algo, una silueta que se movía muy rápido, que se deslizaba silenciosa entre las columnas del garaje. Volvió la cabeza. Sintió un fuerte golpe. De repente dio con el suelo, esforzándose por no perder el sentido. Había un hombre ante ella, de pie, que parecía muy alto visto desde el suelo.

—Los niños, no, por favor —suplicó.

Los trillizos gritaban enloquecidos. Marina vio al hombre arrancar a Mark del asiento de atrás. Su pequeño forcejeó, lanzó una lluvia de inocentes puñetazos sobre el agresor, que rebotaban en su pecho sin el menor efecto.

—¡Suéltalos! —gritó Marina, todavía mareada por el golpe—. Deja a mis hijos y llévame a mí.

Se agarró a la pierna del hombre y le mordió. Una patada la envió hacia atrás y la dejó tendida boca arriba, mareada.

—Tú no me interesas —dijo aquel individuo.

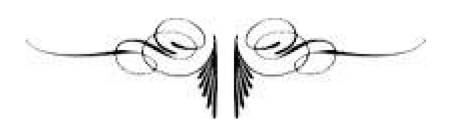
Los siguientes segundos fueron muy confusos en la mente de Marina, que luchaba por no desvanecerse y perder el conocimiento. Oía los gritos de sus hijos, veía el cadáver de su marido por encima de la cabeza de su asesino. Todo daba vueltas, giraba cada vez más deprisa. Hasta que se dio cuenta de que

iba a perder a su familia.

El mareo desapareció de repente. Se volvió y vio los rostros de los trillizos que la miraban aterrorizados en brazos de aquel hombre. Entonces vio algo negro que bajaba directamente hacia su rostro, ocupando todo su campo de visión. Después no vio nada.

Lo último que escuchó fue el crujido de su propio cráneo bajo la bota de aquel hombre.

VERSÍCULO 1



Caían residuos y basura, se desparramaba un pequeño y nauseabundo torrente de suciedad directamente sobre su cabeza. Apestaba.

—¡Deprisa, maldita sea! —gritó Mark, escupiendo aguas residuales—. ¡No aguanto más!

La mano derecha le dolía tanto que apenas podía sentirla. Pero aún le quedaban fuerzas. El problema era la tubería de la que colgaba y el agua fétida que se derramaba sobre él. Toda

la porquería y los excrementos de Madrid estaban empapándolo completamente. Se resbalaba. Si sus hermanos no lo ayudaban pronto, caería al fondo de alcantarilla.

Notó que los dedos se escurrían un poco, puede que un centímetro, después otro, ya casi había perdido el sentido del tacto en la mano. Mark sabía que solo podría mantenerse unos segundos más. Abrió la boca para lanzar un último grito desesperado de socorro, pero le cayó encima una nueva lluvia de residuos. Se atragantó, tosió y escupió. La mano derecha terminó de resbalar y se soltó. Mark sintió la gravedad tirando de su cuerpo.

—¡Te tengo, hermano!

Su cuerpo se detuvo con una sacudida.

—¡No me sueltes!

Apenas veía el rostro de Adrián, que sujetaba su dolorida mano derecha. La antorcha de su hermano estaba en alguna parte del suelo, a su lado, alumbrando con una luz mortecina el rostro de Adrián, deformado ahora por una mueca de esfuerzo.

—¡No te soltaré! —murmuró Adrián con esfuerzo.

Mark se balanceó a un lado para sortear el agua que caía de la tubería.

—¡Tienes que subirme! ¡Vamos! ¡Tira de mí!

—No puedo —farfulló Adrián—.

Resbalo... Todo está mojado...

—¡Esfuérzate, maldita sea! ¿Es que vas a dejar caer a tu hermano? ¡Eres un débil!

Mark alcanzó a ver cómo los músculos del rostro de su hermano se tensaban. Adrián apretaba con fuerza las mandíbulas, gruñía, temblaba, su cara era una mueca deforme y espantosa. Mark notó que ascendía unos centímetros.

—¡Sigue!

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaah!

—¡Más! ¡Con más fuerza!

—¡Aaaaaaaaah...!

El gritó se interrumpió al mismo

tiempo que desapareció la presión sobre su muñeca. Mark caía. Adrián lo había soltado y ahora su cuerpo descendía entre una oscuridad apestosa.

Notó un fuerte golpe en la espalda, después frío, después no podía respirar. Un líquido más denso que el agua lo había envuelto y se lo había tragado. Mark seguía descendiendo dentro de aquella viscosidad. Apenas le quedaba aire, así que movió los brazos y las piernas como pudo, intentando salir a flote. Sus manos tropezaban con objetos sólidos que flotaban entre los residuos. Su ropa cada vez pesaba más y dificultaba sus movimientos. Consideró quitársela, pero no le quedaba tiempo. Agitaba los brazos y las piernas,

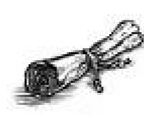
desesperado, sin saber ya qué era arriba y qué abajo. Los pulmones le ardían, sedientos de aire.

Cuando creía que nada podría ir peor, su pánico se acrecentó. Aquel líquido repugnante en que se ahogaba se deslizó por su garganta. Se coló también algo sólido, que esperaba que solo fuese barro. Tosió… y notó menos presión.

Mark había sacado la cabeza a la superficie. Aspiró con voracidad una honda bocanada de aire, dando gracias por haber salido a flote y con el pánico aún ardiendo en sus pulmones.

Entonces algo grande y pesado cayó justo sobre su cabeza. En los pocos segundos que conservó el conocimiento,

mientras se hundía en aquella ciénaga subterránea y putrefacta, luchó contra el peso que tenía encima y que lo arrastraba al fondo. Aquella lucha la perdió.



Diana corría con todas sus fuerzas. En su mano derecha, una antorcha oscilaba y su luz vacilante se proyectaba sobre las paredes húmedas e irregulares de la galería, creando formas extrañas. Más de una vez, Diana estuvo a punto de caer; la humedad de los muros desembocaba en el suelo y lo hacía resbaladizo.

Detrás de ella resonaban gruñidos y ladridos. No era sencillo calibrar la distancia que les llevaba, pero estaba segura de que se acortaba. Cada vez captaba con mayor claridad los rugidos de aquellas bestias. Incluso hubiera jurado que, en algún momento, había sentido el vapor de sus jadeos erizándole la nuca.

Calculaba que eran, al menos, tres. Y ese cálculo era uno de los errores que había cometido su hermano Mark, quien les había asegurado que, como mucho, se toparían con uno de aquellos seres. Sus hermanos los llamaban «chuchos» y esa tampoco le parecía una apreciación acertada, porque desde luego no eran perros. Ella y sus hermanos habían

discutido hacía poco sobre la naturaleza de los chuchos. Mientras Adrián insistía en que sí eran perros de alguna raza que no conocían, Diana tenía la certeza de que no era así. Hacía diez años que no veían un perro, pero a ella siempre le gustaron y su recuerdo aún se mantenía fresco en su memoria, lo bastante como para saber que las bestias que ahora la perseguían eran de un tamaño muy superior, cosa que Adrián insistía en negar. Ella había tratado de explicarle que los perros que él recordaba le parecían también muy grandes porque los había visto con los ojos y el tamaño de un niño de seis años, que además no era demasiado alto para su edad. Ahora habían crecido y, aun así, los chuchos

eran mucho más grandes que ellos. Su musculatura estaba considerablemente desarrollada, destacaba incluso debajo del largo pelaje negro que cubría sus cuerpos, siempre sucios de merodear por las alcantarillas. Pero lo peor eran los ojos, con aquellas pupilas rojas adaptadas a la oscuridad. Ningún animal que Diana hubiese visto poseía aquella mirada enloquecida, que al mismo tiempo parecía dejar traslucir visos de inteligencia.

A pesar del peligro y la urgencia, Diana controlaba la respiración, el equilibrio y cierta dosis de cordura. Nunca volvía la cabeza, sino que le bastaba con el oído para saber que los chuchos no habían perdido su rastro.

Corría por túneles parcialmente derruidos, sorteando montículos de deshechos. Un hedor pegajoso la envolvía en su frenética huida. Continuamente deslizaba miradas hacia arriba, en busca de una escalera o un acceso a un nivel superior, un resquicio por donde los chuchos no pudieran seguirla.

La luz de la antorcha iluminó una bifurcación. Diana evaluó en menos de un segundo las dos opciones que se abrían ante ella. Descartó la de la izquierda, la que descendía, a pesar de que el suelo parecía más seco y firme que la galería de la derecha. Luego, tras dar un paso, cambió de idea. No supo de dónde le vino la certeza de que el

camino que estaba a punto de tomar no era el correcto, pero no podía ignorar aquella sensación.

Los rugidos y los chapoteos se acercaban. Diana metió los pies en un charco negro y viscoso que la cubrió hasta las rodillas. Se agachó y con las manos se empapó todo el cuerpo de las fétidas aguas residuales. Después arrojó la antorcha por el camino de la derecha y echó a correr por el de la izquierda. Resbaló en la oscuridad y, víctima del cansancio, cayó. Se levantó en seguida, obviando el dolor de su tobillo, y corrió más deprisa, al límite, convencida de que aquel camino era el correcto.

Los ladridos regresaron, rebotaban contra las paredes, se acercaban. De

nuevo, Diana percibió los jadeos en su espalda. El olfato de los chuchos debía de estar muy desarrollado si eran capaces de rastrearla entre aquella peste.

Sus fuerzas comenzaron a flaquear. Su velocidad de carrera disminuía y respiraba más fuerte. No resistiría mucho más tiempo.

Delante de ella, algo más lejos, surgió un punto de luz, un resplandor trémulo que crecía según se aproximaba. Reconoció aquella luz oscilante como la de una antorcha.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaah!

Aquel grito también lo reconoció. Era de su hermano Adrián y sonaba muy

forzado.

—¡Más! ¡Con más fuerza!

Ese era Mark y su tono era claramente desesperado.

—¡Aaaaaaaaah...! —Volvió a gritar Adrián.

Los gruñidos resonaron más cerca que nunca. Diana tuvo la sensación de que lo había echado todo a perder. Había conducido a los chuchos directamente hacia sus hermanos, cuando precisamente se habían separado para evitar morir los tres. Al aproximarse, vio que Adrián estaba tirado en el suelo, con la antorcha a su lado. Unas zancadas después, comprendió que su hermano estaba al

borde de un desnivel, sujetando a Mark. Comprendió también que no aguantarían mucho, ya que Adrián resbalaba lentamente hacia el borde.

Diana llegó hasta Adrián casi sin aliento, le agarró lo pies, los levantó y empujó. Escuchó el sonido de sus hermanos estrellándose contra el agua. Luego recogió la antorcha.

Miró hacia atrás y se encontró con dos pares de ojos rojos, cada uno sobre una hilera de colmillos astillados y medio carcomidos. Uno de aquellos pares de ojos se tembló con un rugió brutal. El animal arañó el suelo con una de las pezuñas, se erizó el lomo de su espalda.

Diana se giró y saltó por el borde del precipicio.

El golpe fue más duro de lo que esperaba. El agua la cubrió casi al instante y se la tragó. Algo la arrastraba hacia el fondo, pero una mano la agarró por el hombro y tiró de ella.

—¡Era Mark! —gritó Adrián, sacándola del agua—. ¡Has caído sobre Mark!

Diana quería decir algo, pero le faltaba el aliento. Su hermano se sumergió. Apareció poco después sujetando a Mark por el cuello, que parecía inconsciente. Chapotearon entre la basura y los despojos hasta que llegaron al borde y alcanzaron algo a lo

que asirse.

—¿Por qué me empujaste? —preguntó Adrián, colocando a su hermano boca arriba.

—Los chuchos —jadeó Diana—. No tenía alternativa.

—Podríamos haber muerto si no estuviera ese río asqueroso ahí abajo.

—Lo sabía —contestó ella—. No me preguntes cómo, pero sabía que había agua aquí abajo.

Adrián asintió.

—Sí, es verdad. Gracias, hermana.

A Diana le habría gustado sonreír, pero estaba agotada.

—Parece que se encuentra bien —

dijo tras examinar a Mark—. Su temperatura corporal solo ha descendido un grado, dos como mucho. El pulso...

—Estoy bien —dijo Mark, abriendo los ojos y tosiendo—. No tendrás que hacerme el boca a boca, hermanita.

—Odio que me llames así. Nací antes que tú, por si se te ha olvidado. Tú eres el menor de los tres.

Mark tosió más, y en un estertor salió un líquido de su boca, de un color similar al del barro.

—Encended una condenada antorcha.

—¿No puedes ver en la oscuridad? —preguntó Adrián—. ¿Seguro que estás

bien?

—Perfectamente, joder. Solo un poco mareado, y además nunca me ha gustado demasiado alterar las pupilas. Enciende la antorcha —insistió de mala gana. Adrián iba a decir algo, seguramente que había perdido su antorcha, pero Diana se adelantó y se la entregó—. ¿Qué pasó ahí arriba? ¿Por qué no me subiste? ¿No dices siempre que eres el más fuerte de los tres?

—Eso lo dices tú, no yo.

—Pues ya no lo volveré a decir. No pudiste levantarme...

—Dejadlo ya —intervino Diana—. Seguimos vivos, ¿no? ¿Os parece el mejor momento para pelearos?

Mark apartó la mirada y bufó.

—Esto es repugnante —escupió observando su ropa—. ¿Y qué pasa con la antorcha?

—Está mojada —contestó Adrián —. Así no puedo...

—Pues sécala. ¿A qué viene esa cara? ¿Tampoco puedes hacerlo? —Mark se levantó—. Tienes miedo, hermano. No te atreves a crear fuego por si la runa te sale mal, cosa que sucede con frecuencia. Trae acá...

—No es eso —dijo Adrián encarándolo—. Si puedes ver la cara que he puesto es porque no necesitas el fuego. Has adaptado las pupilas, así que dime, ¿a qué demonios estás jugando?

¿Te parece que todo esto es divertido?

Diana levantó la antorcha con las dos manos y sin decir nada descargó un golpe con todas sus fuerzas justo donde se encontraban sus hermanos. Adrián y Mark dieron un paso atrás, al mismo tiempo, a la misma velocidad. El palo de la antorcha cayó entre ellos y se estrelló contra el suelo.

—He dicho que basta de una vez —gruño Diana—. Vamos a salir de aquí. Luego podéis pelaros cuanto queráis. ¿Está claro, idiotas?

Mark la miró. Ella vio fuego en su mirada a pesar de la oscuridad. Aquel fuego aparecía cada vez con más frecuencia en los ojos verdes de su

hermano, sobre todo en los dos últimos años.

—Mucho cuidado, hermanita. Puede que seas la mayor, pero ahora me obedecerás, ¿está claro? Yo he planificado la fuga y no me la vais a estropear. Miraos bien. De no ser por mí seguiríamos encerrados. No tenéis cojones, así que cerrad la boca y haced lo que os diga.

—No habrías llegado tan lejos tú solo —repuso ella—. Te recuerdo que los chuchos casi nos devoran y según tu plan no debían estar ahí. ¿Qué otros errores habrás cometido en tus cálculos? Te has perdido, ¿verdad? No tienes ni idea de dónde estamos.

—Lo sé perfectamente. Mientras vosotros estudiabais, yo memorizaba este laberinto. Lo he hecho desde el primer día que nos secuestraron. Tú llorabas como una niñata, ¿o ya se te ha olvidado? Y tú, Adrián, solo sabías consolarla, pero yo he pasado estos diez años planificando este momento. Sé cómo escapar de aquí. ¿Vais a venir conmigo o preferís volver a nuestra celda?

—Yo confío en ti, hermano —dijo Adrián.

Diana se sintió mal por tener dudas. Sabía, en el fondo de su corazón, que nunca se separaría de sus hermanos. Habían estado juntos desde su nacimiento, incluidos los diez años que

llevaban prisioneros, dado que sus captores siempre los habían mantenido juntos. Pero todo estaba saliendo mal, no deberían haberse separado en los túneles, y ya deberían haber llegado a la red de metro de Madrid, desde la que podrían alcanzar el mundo exterior. Mark era, con diferencia, el más temerario de los tres. No dudaba de sus intenciones, ni de su valor, pero si se equivocaba...

—Quiero creerte, hermano —le dijo a Mark—. Pero lo que tú consideras tu fuerza, te está cambiando... a peor. No lloraste la muerte de nuestros padres, es cierto, y nos protegiste los primeros años, pero precisamente por eso no te has sacado de encima ese

dolor, no lo has superado, y esa rabia te está consumiendo. Díselo, Adrián, dile cómo ha cambiado últimamente. Cómo nos trata... a nosotros, sus propios...

—Diana, tenemos que escapar —dijo Adrián—. Cada uno lo ha afrontado a su manera, pero nada de eso importa si estamos juntos. Mark, es cierto que no eres el mismo, pero nosotros te ayudaremos. Diana, él nos necesita, tú misma lo has dicho, nos necesitamos los tres, como siempre.

Diana asintió.

—¿De verdad sabes cómo escapar?

—Yo también sé leer tu interior, hermanita. ¿De qué tienes miedo? Sé que eres valiente, así que no te entiendo.

—¿Y si uno de nosotros no lo consigue?

—Eso no pasará —aseguró Adrián, tajante.

—Mark, prométeme que saldremos los tres o que moriremos los tres. No quiero vivir sin uno de vosotros. De eso tengo miedo.

Mark calló y desvió la mirada.

—Os dije que conocía el camino —susurró Mark.

Habían llegado a lo que parecía un precipicio. Una franja de oscuridad

cortaba el camino bruscamente. El suelo desaparecía y la luz de la antorcha no alcanzaba el fondo de aquel abismo.

—He potenciado mi visión al máximo, pero no veo nada —dijo Adrián acercándose al borde—. No entiendo cómo piensas escapar por aquí.

—Es mucho lo que no entiendes, hermano —contestó Mark—. Por suerte para nosotros, yo me he preocupado de todo. Esa grieta iba a ser una antigua vía de metro que se hundió hace años durante unas obras. Abandonaron el proyecto porque el parecer el terreno no es muy estable por aquí. Bájame al suelo.

Diana permitió que Mark se

apoyara en ella mientras saltaba de la espalda de Adrián, que había cargado con él todo el tiempo.

—Yo tampoco entiendo tu plan. ¿Quieres que nos metamos ahí?

Mark suspiró.

—A veces me pregunto si de verdad sois mis hermanos. La salida está justo al otro lado. Solo tenemos que saltar.

Diana, al igual que Adrián, entornó los ojos. Los dos hermanos midieron la distancia, los dos contuvieron el aliento sin ser conscientes de ello mientras escudriñaban la oscuridad, los dos volvieron la cabeza hacia Mark al mismo tiempo.

—¡Es una locura! —dijeron al unísono.

—Es una genialidad —objetó Mark. Se había agachado y remangaba sus pantalones, dejando a la vista las piernas, tan sucias como su ropa después de arrastrarse por las alcantarillas—. Ni siquiera se imaginarán que hemos tomado este camino. Nos buscarán en los túneles que conducen directamente a la red de metro, a la de verdad. No hace falta que me deis las gracias.

—A mí me parece que hay una razón para que no vigilen esta zona...

—¡No empieces, hermanita! —Mark no los miraba, se dedicaba limpiar

la costra de porquería que cubría sus piernas—. Son solo cinco metros de distancia, tal vez seis.

—¿Tal vez? —preguntó Adrián.

—¿Qué más da? ¡Como si son siete! Podemos hacerlo y vamos a hacerlo. No hay otra escapatoria. —Mark alzó la cabeza, aunque no se levantó—. ¿Vais a seguir mirándome como idiotas? No, hermanita, no es el momento de uno de tus sermones. La alternativa es regresar a la prisión y no quiero ni imaginarlo siquiera. Sabes que no estoy loco, ni es una decisión precipitada o motivada por el miedo. ¡No mires a Adrián! Él hará lo que decidamos nosotros, como siempre, y no te hagas el ofendido, hermano, eres el

que menos voluntad tiene de los tres. Sabéis que llevo razón.

La tenía, en algunas cosas más que en otras. Desde luego no estaba loco, ni desesperado, por el contrario, razonaba, pero eso no implicaba que no estuviese pecando nuevamente de ser temerario.

Mark visualizaba un objetivo, en este caso la fuga, y lo perseguía sin importarle las consecuencias. Nada podía disuadirlo. Había sido así desde siempre, parecía que nada le daba miedo. Esa actitud les había costado castigos muy severos durante su encierro, porque Mark solo consideraba los beneficios de lograr lo que se proponía.

Diana admiraba esa faceta en él, que lo llevaba a descubrir alternativas que otros pasaban por alto por temor al fracaso, pero también la inquietaba. En su huida, Mark no había tenido en cuenta el alto precio que podrían pagar si el plan salía mal: la muerte. Diana no necesitaba preguntar a su hermano por la profundidad del precipicio para saber qué le sucedería al que no alcanzara el otro lado.

Le había dolido lo que había dicho de Adrián. Era quizá el menos decidido de los tres, en eso estaba de acuerdo, pero eso no implicaba que no lo fuera en absoluto. Además, cualquiera era menos decidido que Mark, incluida ella misma. El problema estaba en el tono, el gesto.

Diana había notado cómo Mark recalcaba ese detalle, insinuando que Adrián era un cobarde. Eso era totalmente falso. Adrián se enfrentaría a un ejército él solo para salvar a sus hermanos de cualquier peligro, algo que en cierta medida ya había hecho en numerosas ocasiones.

Las locuras de Mark les habían acarreado incontables problemas de toda clase. Adrián nunca se quejaba y siempre dio la cara por su hermano, incluso había compartido castigos con él.

Diana consideraba a Adrián el más protector de los tres y que por eso no era tan osado, porque al saberse el más fuerte, se había adjudicado ese rol de

cuidar de sus hermanos.

Mark, en cambio, nunca le había dado las gracias por su apoyo, ni una sola vez. Se había establecido la rutina entre ellos de que Adrián apoyaría a Mark pasara lo que pasara, y si no lo hacía, estaba mal, sin importar las razones.

—No manipules a Adrián —dijo Diana—. Él puede decidir...

—Yo voto por saltar —intervino Adrián—. A mí no se me habría ocurrido un plan tan arriesgado, pero ya he sido prudente demasiado tiempo y la prudencia no nos ha liberado. Solo pongo una condición.

—¿Cuál? —preguntó Mark.

Adrián tomó a su hermana por los hombros.

—Quiero que me digas que eres capaz de llegar al otro lado. ¡Cállate, Mark! Quiero que me lo diga ella. Tranquila, hermana. Mira bien, visualiza el salto. ¿Puedes hacerlo?

Diana no lo tenía claro. Había superado esa distancia de salto durante sus exhaustivos entrenamientos físicos, pero en condiciones óptimas y controladas, sobre suelo firme. Ahora estaba cansada y magullada por la larga huida a través de las alcantarillas y tenía un pequeño esguince en el tobillo derecho.

—Claro que puedo —dijo mirando

a los ojos de Adrián. Negarse habría implicado arrebatar a sus hermanos la posibilidad de ser libres—. Al menos disimula esa estúpida sonrisa —le dijo a Mark. No lo miraba y no sabía si en realidad sonreía o no, pero percibía su regocijo interno, su satisfacción por haberse salido con la suya—. No me has engañado, hermano. Sé que nos ocultaste esta parte del plan para que no pusiéramos objeciones a la fuga, para forzarnos a decidir ahora, bajo presión.

—No te das cuenta, hermanita, pero acabas de darme la razón.

—Es posible, pero si nos lo hubieses contado podríamos haber colaborado contigo, ayudarte, tal vez habríamos dado con una solución mejor,

o puede que no, pero lo habríamos hecho juntos. Solo estás demostrando que no confías en nosotros.

—¿De veras? ¿Qué opinas tú, Adrián?

—Yo creo que podemos lograr cualquier cosa que nos propongamos. Percibo tu rabia y tu odio, hermano, y te comprendo. De ahí extraes tu fuerza para soportar la muerte de nuestros padres.

—Asesinato, joder. Que no se os olvide.

—Percibo también que tu fondo es bueno —continuó Adrián—, por eso sé que no quieres herirme cuando... me desprecias. Sin embargo, eres demasiado estúpido para darte cuenta de

que nos necesitas. Los tres nos necesitamos.

—Bueno, eso es tanto como no decir nada —se burló Mark—. Has evitado decir si crees o no que confío en vosotros. No pasa nada, hermano. Y tú, hermanita, a ver si abres los ojos de una vez, porque empiezo a cansarme. Estás obsesionada con que lo hagamos todo juntos y no ves que ya lo hacemos. Para que yo pudiese elaborar este plan de fuga, necesitaba tiempo, que obtuve de no estudiar las runas mientras vosotros me cubríais en los exámenes. Piensas que soy un vago y que no quiero estudiar, pero es falso. Y si confiaras en mí, entenderías que yo no podría haberlo logrado sin vuestra ayuda. Eres tú la que

tiene dudas, no yo. Y lo más patético es que no eres capaz de verlo a menos que hagamos absolutamente todo juntitos, hasta tirarnos un pedo. Lo más inteligente es que nos especialicemos por separado en lo que hacemos mejor, así cada uno tenemos más que aportar.

Diana apartó la mirada de su hermano. No encontraba una forma lógica de rebatir a Mark, pero de un modo irracional, en su interior, sentía que alguna parte de su razonamiento no era correcta, a pesar de que no supiese cuál. Mark era demasiado orgulloso para aceptar siquiera la posibilidad de que podía estar equivocado. Aunque aquel no era el momento de solventar esa cuestión, quería dejarle bien claro

que...

—Ahora no —dijo Adrián posando la mano sobre el hombro de Diana—. No debemos discutir más. Vamos a saltar y seremos libres. Ya no podemos echarnos atrás.

—Bien dicho, hermano. Diana, tú saltarás la última.

—¿Por qué ella?

—Porque si no lo consigue, tú tampoco lo harás y te pondrás a lloriquear, así que tú saltarás el primero. ¿Qué pasa? ¿Ya no te gusta mi modo de pensar? Pues me da lo mismo. Acabas de decir que no podíamos echarnos atrás. Y te veo venir, hermana, ni se te ocurra sugerir que saltemos los

tres a la vez.

Adrián y Diana se miraron fijamente. Ella consiguió asentir a pesar del temor que percibía en Adrián y del odio que en momentos como este no podía evitar sentir hacia Mark. No importaba que tuviese o no razón. Para ella era imperdonable que su hermano contara con la muerte de uno de ellos al realizar sus cálculos. Tal vez no hubiese otra forma de escapar —ella no había sido capaz de idear ningún plan—, pero nunca habría considerado siquiera la posibilidad de despedirse de uno de ellos para siempre.

—Vamos allá —dijo Adrián, flexionando las rodillas y poniéndose en tensión.

—Espera, maldita sea —dijo Mark —. Antes tienes que aumentar la potencia de los músculos de mis piernas. Yo no me sé esa condenada runa.

—Yo lo haré —se ofreció Diana.

Se agachó junto a Mark, que había logrado limpiarse lo suficiente para que se vieran los tatuajes de su piel. Diana sacó la estaca y se concentró, comenzó a dibujar los símbolos que incrementarían la fuerza de las piernas de su hermano.

—No te olvides de aumentar tu secreción de adrenalina —le advirtió Mark—, o ese esguince te hará fallar… Sí, lo he visto.

—Estoy bien. He inhibido el dolor.

Ya está. ¿Lo notas?

Mark se levantó, flexionó las rodillas y saltó varias veces, cada vez con mayor altura.

—Perfecto, hermanita —dijo palpándose los muslos—. Ahora... —La luz de la antorcha tembló apenas medio segundo, pero los trillizos lo notaron al mismo tiempo—. ¡Cuidado!

Adrián, que también había advertido la presencia antes de que su hermano gritara, se giró a la velocidad del pensamiento. Fue demasiado lento. Un golpe en el costado lo derribó.

—Os voy a conceder la oportunidad de entregaros y regresar pacíficamente —dijo una voz grave y

desagradable.

Los tres hermanos odiaban aquella voz, que era con diferencia la que más habían escuchado durante los últimos diez años. Los castigos recibidos habían provenido de esa voz, igual que las lecciones aprendidas, los sermones, y lo peor de todo, las órdenes. No habían salido halagos o palabras de ánimo de esa voz, ni siquiera el reconocimiento tras una tarea bien realizada. Era una voz dura y severa, que salía de una boca fina, casi sin labios, que apenas dibujaba una línea en un rostro anguloso de fuertes mandíbulas y desprovisto de cabello. Era la voz de su maestro.

La silueta del maestro se acercó hasta acariciar la luz de la antorcha. Se

complacía en dejar que su contorno se perfilara en la oscuridad manteniendo oculto el rostro.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó Diana, que se había arrodillado junto a Adrián.

—¡Cierra la boca! —gruñó Mark—. Gracias por la oportunidad de rendirnos, maestro. Entiendo que podemos volver a nuestra celda sin represalias.

—Entiendes bien.

—¿Qué estás diciendo, Mark? —murmuró Adrián—. Me encuentro bien, podemos...

—Cállate y colócate a mi derecha —susurró Mark—. Es todo un detalle,

maestro, sin castigos... Todo un detalle, sí, sobre todo viniendo de un cerdo como tú. Supongamos, solo por un instante, que no somos unos retrasados mentales. Partiendo de esa premisa, podríamos deducir que no nos sale de los cojones dejar que nos encierren, ¿no crees? Y siguiendo por esa línea de pensamiento seguro que alguien dotado de tu inteligencia, a pesar de que tengas que hacerte llamar maestro para impresionar a unos niños, consigue deducir hasta qué punto estamos dispuestos a llegar para ser libres.

—Me hago una idea.

—Pues esa idea está equivocada, se queda corta —continuó Mark—. En realidad es una idea patética. Puedes

cogerla, junto con la oferta que nos has hecho, y metértela por el...

—Mark, basta —lo interrumpió Diana.

—Déjale terminar —ordenó el maestro.

—Gracias, pero ya he terminado, maestro. No tengo ninguna duda de que esta vez la idea que te has formado del final de la frase que mi hermana ha interrumpido es la correcta. ¿Quieres cogernos? Pues ven a por nosotros.

El maestro no se movió.

—Celebro que hayas acabado, Mark. Creo que tu hermana no está de acuerdo con tu actitud, ¿me equivoco?

—Te equivocas —repuso Diana,

colocándose a la izquierda de Mark—. No nos entregaremos. Y no creo que necesites preguntar también a Adrián.

Adrián bufó. Y todos, sin excepción, lo interpretaron como una señal de que apoyaba a sus hermanos.

—Te consideraba la más juiciosa —dijo el maestro. Había un tono algo más bajo en su voz, tal vez un lamento.

—Y lo soy. Por eso te haré una oferta yo a ti. Déjanos marchar, maestro, no podrás detenernos a los tres. Nos separaremos, si es preciso. Y a Padre no le gustará que escapemos, quedarás muy mal. Todos sabemos lo que Padre hace con los que quedan mal.

—Esa es una oferta que no alcanzo

a entender, Diana. ¿Quedaré mejor ante Padre dejándoos libres?

—Puedes decir que no nos encontraste, que cuando llegaste aquí ya habíamos saltado. Compartirás la responsabilidad por nuestra fuga con los demás. Padre no puede enfadarse con todos, no demasiado, al menos.

—No conoces bien a Padre, si no, no dirías eso. ¿No habéis aprendido nada en todo este tiempo? Tu oferta compromete mi lealtad, implica que debo mentir a Padre. Aún tengo mucho que enseñaros, niños.

El maestro dio un paso al frente y su silueta penetró en la luz, dejando a la vista su rostro, más pálido de lo habitual

bajo el resplandor de la antorcha. Avanzó lentamente hacia ellos. La cojera de su pierna derecha lo obligaba a dar pasos un tanto más cortos de lo normal para su estatura, pero aquellos pasos, al mismo tiempo, eran demasiado ágiles para su envergadura. El maestro era una montaña de músculos perfectamente desarrollados, cien kilos sin apenas materia grasa en un metro ochenta de estatura.

Los trillizos permanecieron quietos.

—A mi señal —murmuró Mark sin mover los labios.

El maestro se acercaba, a la misma velocidad reposada, dando a entender

que no ocultaba nada bajo su túnica de lino gris. Miraba a Mark, puede que por estar situado en el centro. No varió su expresión, no se tensaron sus músculos, no pronunció palabra alguna. No hacía falta.

—¡Ahora! —gritó Mark cuando el maestro estaba a dos pasos de distancia.

Los tres hermanos reaccionaron al mismo tiempo. Diana se lanzó sobre la pierna derecha del maestro, la que cojeaba. Alcanzó a ver a Adrián descargando un puñetazo en la cabeza del maestro. Mark buscaría el pecho o el vientre. El maestro no podría esquivar a los tres.

Contra su pronóstico, el maestro

había decidido proteger su pierna, porque Diana recibió un fuerte golpe en la cabeza antes de que su patada alcanzara el objetivo. Ni siquiera vio de dónde provenía el golpe, aunque sí se percató de que el maestro alzaba la pierna derecha. Así, apoyado únicamente en la izquierda, no tendría libertad de movimientos y alguno de sus hermanos podría derribarlo.

Diana rodó sobre el barro y quedó boca arriba. Desde esa posición contempló cómo el puño de Adrián se estrellaba contra la mejilla del maestro. La cabeza del maestro ni siquiera se movió. Una mueca de dolor asomó en el rostro de su hermano, que retiró la mano.

Diana se dio cuenta en ese momento de que Mark no aparecía por ninguna parte y, en ese desconcierto, Adrián cayó sobre ella y la dejó sin aliento. El maestro pisó la pierna de su hermano y se giró. De su mano derecha colgaba algo alargado.

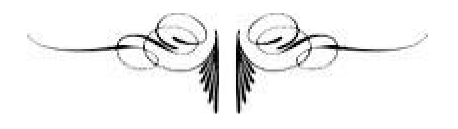
Adrián ahogó un gemido mientras tiraba de su pierna, aprisionada bajo la bota del maestro. Diana logró salir bajo el cuerpo de su hermano y se disponía a ayudarlo cuando un restallido taladró sus oídos. El maestro había sacado el látigo, que salió disparado hacia adelante. Diana miró en esa dirección y, cuando vio a Mark corriendo hacia el borde del precipicio, comprendió que los había incitado a atacar al maestro

para poder escapar.

El cuerpo de su hermano se elevó en la oscuridad. Había dado un gran salto y habría llegado hasta el otro extremo de no ser por el látigo, que se enrolló en el tobillo de Mark y detuvo su vuelo bruscamente. El maestro tiró y Mark voló hacia atrás, hasta caer de bruces sobre el suelo.

—Ya es hora de volver a casa —dijo el maestro.

VERSÍCULO 2



—¡Desnudaos!

Obedecieron. Ka, el médico, esperó pacientemente mientras los trillizos se deshacían de sus ropas, convertidas en jirones sucios y malolientes.

Diana ayudó a Adrián, que aún se resentía del tobillo que el maestro le había pisado. Al poco tiempo los tres quedaron desnudos y firmes, Adrián ligeramente inclinado, al cargar el peso del cuerpo en la pierna ilesa.

—Estáis muy sucios —gruñó Ka—. Así no pienso examinaros.

Señaló el baño. Los trillizos caminaron obedientemente hacia la ducha.

No había puertas ni paredes. El baño era una parte más del recinto en el que habían vivido desde que los secuestraron hacía diez años, su celda. El suelo, el techo y las paredes eran de piedra desnuda. Sobre la piedra había esculpida una sucesión de símbolos que se repetían, delimitando un espacio cuadrado en una de las esquinas. En aquel espacio, la piedra se aclaraba, palidecía y era algo más áspera y rugosa. Esa zona era el baño, donde contaban con todo lo necesario para su

higiene personal. Solo había una ducha. El agua caía desde arriba justo en la esquina.

—Sin jabón —exigió Ka—. No tengo tiempo. Más tarde os asearéis como es debido. Ahora basta con que os quitéis la guarrería de encima para que pueda tocaros.

Los trillizos agradecieron el agua caliente reconfortando sus cuerpos magullados y cansados. Diana y Mark ayudaron a Adrián. Los tres permanecían taciturnos, cada uno afrontando como podía el hecho de encontrarse de nuevo en su prisión.

Diana siguió con la mirada el remolino de agua que terminaba de

arrastrar la porquería y, observando a sus hermanos y a sí misma, se preguntó cómo borrar de sus pieles la huella del fracaso.

—Suficiente. —El médico esperó a que formaran de nuevo ante él—. A simple vista no veo nada grave, pero habrá que asegurarse. ¡Bah! Ni siquiera un hueso roto. ¿Para esto me dais la lata? Sí, veo muchos moretones y algunos ligamentos rotos, poca cosa. Deberíais estar peor tras vuestro intento de fuga.

—Deberíamos haberlo logrado —soltó Mark.

—Eso habría estado bien, la verdad —repuso Ka—. Así no tendría

que perder el tiempo con vosotros, pero está visto que sois unos torpes. Ahora, silencio, y no os mováis.

El médico repasaba los tatuajes de sus cuerpos concienzudamente, cada trazo, incluyendo los que pasaban por sus partes íntimas. Aquellos tatuajes los recorrían enteramente, excepto la cara y las manos. Aunque se detectaba un cierto patrón, eran diferentes en cada uno de los trillizos. Mark tenía la teoría de que era para diferenciarlos, pero Diana no la compartía. De ser ese su único propósito, a ella no la habrían tatuado, dado que era una chica, y aunque sus curvas no eran demasiado voluptuosas y su espalda era ancha —probablemente a causa de la exigente

preparación física a la que los sometían —, un simple vistazo a su cuerpo bastaba para distinguirla de sus hermanos varones, más aún estando desnuda.

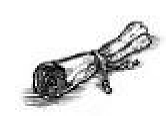
Tanto Ka como los trillizos habían pasado incontables veces por revisiones físicas como esa, y tanto Ka como los trillizos colaboraban para terminar cuanto antes con aquella aburrida y rutinaria tarea.

Después de tanto tiempo, los tres habían aprendido a permanecer indolentes ante esos exámenes y su desnudez. La primera vez fue totalmente diferente y difícil de olvidar. Fue justo después de haber presenciado el asesinato de sus padres. Ka había

ladrado la misma orden hacía diez años, en el mismo tono, con la diferencia de que en aquella ocasión los tres se asustaron y, si hubieran tenido una educación sexual más desarrollada que la de unos niños de seis años, se habrían alarmado de verdad. Ahora sabían que el sexo no estaba involucrado en aquellas rutinas, que los dedos recorriendo sus pieles no buscaban placeres perversos. Ka solo se aseguraba de que no tuvieran ningún problema de salud.

—Este tobillo te dolerá unos días —le dijo Ka a Adrián—. ¡No grites tanto! Solo estoy conteniendo la hemorragia interna... Así está mejor. Se te hinchará un poco por aquí. ¡Que no

chilles! Tu hermana no ha abierto la boca cuando le he curado el tobillo. En fin, que estáis un poco magullados, pero eso es todo. La próxima vez fugaos de verdad o volved con alguna herida seria. Me aburrís.



De la pared oeste colgaban armas. Espadas, cuchillos, mazos, látigos y también armas de fuego, aunque muy pocas de esa clase, apenas unas cuantas pistolas y un rifle de precisión. La pared de enfrente estaba dividida en dos secciones. La parte derecha estaba abarrotada por una extensa colección de

libros; la izquierda mostraba runas perfectamente ordenadas, algunas de las cuales resplandecían con mayor o menor brillo, mientras que otras parecían apagadas.

La entrada era una puerta de piedra en la pared norte, con forma de arco. Justo enfrente, en la pared sur, había una puerta circular de acero que daba paso a una cámara de seguridad. La puerta circular brillaba incluso cuando no había luz.

Sobre las cuatro paredes descansaba una bóveda, y debajo una mesa de mármol, rodeada de sillas de respaldo alto, gobernaba la estancia. Sobre el parqué del suelo, cálido y confortable, se había arrastrado la

pierna derecha de Oz, el maestro, que ahora se sentaba con los codos apoyados sobre la mesa.

—Los trillizos se encuentran bien —dijo Oz, sirviéndose un vaso de zumo—. Ka los ha examinado y no presentan lesiones de importancia.

Padre asintió sin demasiado entusiasmo. Vestía una túnica amplia de color azul, ceñida en la cintura con un cinturón del mismo color que daba la impresión de ser un pliegue de la tela. Sus ojos, desgastados por la larga edad del anciano, eran fríos e impenetrables. Observándolos con atención, se podía caer en el error de pensar que Padre estaba medio dormido, despistado, que no captaba lo que sucedía a su

alrededor, que se aburría. Era mejor así, porque las raras ocasiones en que aquellos ojos reflejaban una emoción concreta, no se trataba de nada agradable.

Junto a Padre se sentaba Mu, mucho más joven, aunque no tanto como los veintitantos años que aparentaba. A diferencia de Padre, sus ojos eran puro fuego, reflejaban sus emociones, bastante básicas, sin el menor atisbo de duda. Mu lo sabía y no le importaba; a decir verdad, se esforzaba en que así fuera. Su posición y su arrogancia le hacían pensar que no tenía nada que ocultar.

—¿Sin lesiones importantes? —dijo Mu—. Eres muy blando, Oz. Pasas

demasiado tiempo con esos críos y te has encariñado con ellos. En mis tiempos, un intento de fuga conllevaba una buena paliza. Y aprendíamos, vaya que sí. Que un buen par de hostias bien dadas son indispensables en la enseñanza lo sabe hasta el más tonto. Mi maestro me sacudió una vez solo porque se enteró de que había hablado con otros chicos sobre la posibilidad de una fuga. No se trataba de nada serio, claro, fantasías infantiles, pero mi maestro sabía bien cuáles eran los pilares fundamentales de una buena educación. No tenía un pelo de tonto, el muy bastardo. Ah…, esos sí eran buenos tiempos. Disciplina, Oz, disciplina.

—Una disciplina demasiado férrea

mata la creatividad —repuso Oz—. Así solo conseguiríamos descerebrados sin capacidad de evolucionar. Casi me atrevería a asegurar que se convertirían en unos pobres retrasados cuya única forma de sentirse mejor es recordar los viejos tiempos. Incluso alardearían de que aquellos tiempos eran buenos y todo.

—Los tiempos cambian —intervino Padre—. Ambos lo sabéis. Antes, por ejemplo, todos tenían la sana costumbre de guardar sus diferencias personales en mi presencia. Incluso fingían que se llevaban bien. Naturalmente, yo sabía la clase de rencillas personales que los separaban, pero me agradaba el detalle de que supiesen mantener la compostura

y se ciñeran al asunto en cuestión.

Oz y Mu cruzaron una breve mirada.

—Estoy convencido de que el talento de Mu —se arriesgó a señalar el maestro— estaría mejor aprovechado atendiendo asuntos de mayor relevancia que los métodos empleados por un humilde instructor.

El talento mencionado era real. Mu era la mano derecha de Padre porque era el mejor, el más fuerte de todos ellos.

—Mu está donde debe estar —repuso Padre—. Tiene derecho a participar en la selección de su futuro compañero.

Mu se regodeó en silencio, satisfecho de la posición que le reconocía Padre, mientras Oz trataba de soslayar su mirada de arrogancia.

—La desviación profesional de Mu solo lo capacita para opinar sobre cuestiones de combate —insistió el maestro—. Es lo que sucede con una mente severamente limitada, que sirve para pelear y poco más.

—Te lo tomas todo muy en serio, Oz —dijo Mu—. Que hayas metido la pata con los chicos no es para que te castigues de esa manera. Tienes que relajarte un poco. Mírame a mí. Imagina que yo me tomara tan en serio como tú las insinuaciones sobre mis supuestas limitaciones mentales. Probablemente

me ofendería y cuando me ofendo tiendo a ponerme nervioso y me da por expresar mi opinión. Yo soy así, respondón, aunque sin necesidad de decir ni una sola palabra. Prefiero otros métodos más contundentes.

Oz miró a Padre como si Mu ni siquiera estuviera sentado allí con ellos.

—Además, yo soy el instructor de los chicos, el que ha pasado tiempo con ellos y el único que puede evaluar adecuadamente su rendimiento. Es mi responsabilidad.

—Desde luego, Oz —dijo Padre—. Nadie cuestiona tus competencias. No obstante, este no es un caso normal de instrucción, buscamos al mejor, y Mu

compartirá su destino con el elegido, así que se queda. No, Oz, he sido paciente contigo, viejo amigo, he escuchado tus quejas y mi decisión es firme. Procede con el informe.

Oz suspiró. Padre había dejado claro que Mu participaría en la reunión. Insistir en ese punto o cualquier otro sobre el que Padre ya se hubiese pronunciado sería un error y una estupidez. Y Oz no era estúpido ni le gustaba cometer errores.

—Como quieras, Padre. Pero te adelanto que los trillizos no son adecuados.

—Juzguemos eso tras escuchar el informe completo —apuntó el anciano.

Oz dio un buen trago al vaso de zumo antes de empezar.

—Los trillizos se separaron para evitar a los sabuesos en la primera parte del laberinto...



—¿Qué pasa, hermanita? —dijo Mark de repente, enfadado—. Si quieres acusarme de algo, suéltalo ya. No voy a soportar esa mirada mucho más tiempo, así que resolvamos esto de una vez.

—¿De qué serviría? —se lamentó Diana, que estaba agachada a los pies de la cama, examinando el pie de Adrián

—. Podría decirte muchas cosas, pero tú no me escucharías. Mira cómo paseas de un lado a otro, resoplando, buscando nuevas formas de fuga. Casi puedo oír a tu cerebro maquinando desde aquí.

—Vamos, te sentirás mejor. Quieres decirme que me lo advertiste, ¿a que sí? Lo estás deseando.

Diana se levantó y encaró a Mark, que no dejaba de moverse.

—¿Por qué me provocas? No te he echado la culpa de nada...

—Pero lo piensas.

—¡No! No es lo que crees. No pienso que hayamos fracasado por tu culpa, es tu... No quiero hablar de ello.

Se volvió y le dio la espalda.

Adrián se incorporó hasta quedar sentado en la cama.

—Controla tu rabia, hermano. Ella no es tu enemigo.

—¿Por qué? —gritó Mark—. ¿Por qué tengo que controlarme? ¡No soporto este lugar! —Se acercó a Adrián, se inclinó y acercó el rostro—. ¡Dame una buena razón para que me contenga! ¡Si no me soportáis, es vuestro problema!

Adrián lo golpeó en el pecho. Mark retrocedió un par de metros y cayó al suelo. Adrián, cojeando pero deprisa, se situó encima de él, con un pie a cada lado.

—La razón es muy sencilla —le dijo a su hermano, que lo contemplaba

desde el suelo—. Si no te calmas, no razonas. Y así no podrás idear un nuevo plan. ¿O ya no quieres escapar?

Le tendió la mano. Mark la agarró y dejó que su hermano lo levantara. Una vez de pie, casi inmediatamente, se soltó de mala manera.

—Buen golpe…, aunque hubiera sido mejor si se lo hubieras dado al maestro —dijo con desprecio—. En fin, ya estoy mejor. Y lo estaré si no me tocáis más las pelotas.

—Te las tocaremos lo que haga falta. Si no resolvéis vuestras diferencias, no avanzaremos. Hermana, no te lo guardes, di lo que ibas a decir.

—Habláis demasiado —se burló

Mark—. Ese es vuestro maldito problema. Le dais vueltas a todo. Luego llega el momento de actuar y vosotros dos os ponéis a pensar y a analizar estupideces.

—Ahora no podemos actuar —repuso Adrián—. Así que habla tú también.

—No puedo creer que nos culpes a nosotros del fracaso —dijo Diana—.

Mark se volvió hacia ella.

—Creía que no te importaba de quién era la culpa, pero cuando aparece la posibilidad de que recaiga sobre ti, la cosa cambia, ¿verdad?

—Yo no tengo...

—Nadie la tiene —la interrumpió

Adrián.

—Él siempre nos mete en líos. Era su plan, del que no nos había contado nada.

—Eso no es justo, hermana, y lo sabes —dijo con mucha serenidad Adrián—. Él planeó la fuga durante mucho tiempo y ni tú ni yo le preguntamos. Lo cubríamos, sabíamos a qué se dedicaba y no interferimos. Si de verdad hubieses querido saberlo, le habrías preguntado. Mark no nos ocultó nada.

—Teníamos que estudiar y trabajar por él...

—No te mientas a ti misma —continuó Adrián—. Mark asumió esa

responsabilidad porque en el fondo tú y yo no queríamos hacerlo. Preferimos cubrir sus andanzas en vez de comprometernos a desarrollar un plan que pudiese fallar o incluso causar la muerte de otro. No es justo quejarse ahora que no lo hemos logrado. Haberte involucrado antes, que tuviste tiempo de sobra, o haberte negado a ponerlo en práctica.

—No… No quería... dejaros solos...

Diana se apartó, enfadada.

—Reconozco que me sigues sorprendiendo, hermano —dijo Mark—. Los tres lo sabíamos, desde luego, pero me sorprende que lo digas en voz alta. Y

tú también lo sabías, hermana, no lo niegues. Solo que me odias demasiado para admitirlo.

—¡Yo no te odio, imbécil!

—No tiene sentido que mientas. Los tres podemos sentirlo. ¿O no, Adrián?

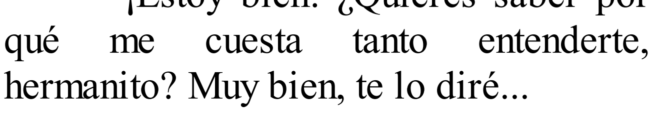
—Ella no te odia, Mark. Percibes nuestros sentimientos, pero no los interpretas bien. En parte, porque crees que todo el mundo te odia y también porque tú mismo tienes problemas para aceptarte.

Diana regresó junto a ellos.

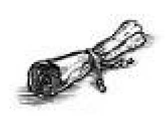
—Y en parte porque es imbécil.

—¿Por qué no le das un puñetazo a ella, hermano, como a mí? Ahora no soy

yo el que necesita calmarse.



—¡Estoy bien! ¿Quieres saber por qué me cuesta tanto entenderte, hermanito? Muy bien, te lo diré...



—Como puedes ver, Padre —dijo Oz, finalizando su informe sobre el intento de fuga de los trillizos—. El problema principal es que no están sincronizados, no saben compenetrarse.

Padre asintió, indiferente.

—Bueno, yo no soy un experto —intervino Mu—, pero, corrígeme si me equivoco, Oz. Un intento de fuga es un

objetivo común que no puede realizarse sin compenetración.

—Desde luego no eres un experto, no. La fuga es el sueño de todos los prisioneros. Es imposible que haya otro objetivo que no compartan todos los chicos que están aquí encerrados. Si ni siquiera en eso estuviesen de acuerdo, el problema sería mucho mayor porque significaría que no les funciona bien la cabeza.

—Oz, te noto más tenso de lo habitual. Los trillizos llegaron hasta la antigua vía del metro. Nadie había llegado tan lejos, ni siquiera tú. ¿Seguro que no es eso lo que te molesta?

—La suerte también es un factor.

—Eso suena a justificación facilona. Vamos, seguro que tienes un argumento mejor. La suerte es para los débiles. Y esos chicos son fuertes, muy pocos logran...

—Las aptitudes físicas no son el problema. Además, estos son tres, mientras que los demás chicos son todos gemelos. No es una comparación justa.

—¿Es que ahora me he perdido? —preguntó Mu—. La sincronía es un problema que afecta igual a gemelos que a quintillizos. El argumento de que son tres no cuenta.

—¿Por qué te gustan tanto, Mu?

—Porque son buenos, muy buenos.

—No tanto. Ni siquiera sudé para

detenerlos cuando nos peleamos.

—Porque Mark intentó saltar. Si te hubieran atacado los tres...

—Creía que no importaba su número. ¿No era ese tu argumento?

—Basta —intervino Padre—. Oz, como maestro de ellos, tu evaluación es la más importante, pero no la definitiva ni la única. Yo confío en tu criterio, pero aún no me has dado pruebas de que su compenetración sea un problema. Muchos chicos pasan por esa fase de desorientación.

—En los trillizos están demasiado acusadas sus diferencias, Padre. Es cierto que su entrenamiento no ha concluido y mi valoración puede

cambiar, pero me has pedido un informe ahora. Y con lo que he visto en estos diez años, no creo que ellos sean los indicados. Preferiría que me dejaras trabajar con los gemelos japoneses, su sintonía es excepcional...

—Tienen un año más —intervino Mu—. Si los trillizos tuviesen diecisiete, superarían a los japoneses.

—Los japoneses también estaban más sincronizados a su edad, incluso a los quince.

—Explícate, Oz —pidió Padre.

—Adrián y Mark son opuestos emocionalmente, pero al menos son previsibles. Con tiempo, tal vez podría acercarlos a pesar del abismo

emocional que los separa. En cambio, Diana es muy voluble y eso la convierte en impredecible. La chica es también la más... no sé si decir inteligente, pero sí intuitiva. Ella debería ser nuestra mejor baza para lograr su unión, pero como he dicho, es demasiado variable.

—Tal vez el problema podría ser cierta falta de talento por tu parte, Oz —señaló Mu—. Eso también explicaría tu insistencia en desacreditarlos. Si los trillizos son unos inútiles, ¿no es culpa de su instructor?

—No necesito desacreditarlos. Si digo todo esto, es precisamente porque me tomo muy en serio mi responsabilidad. Y si me dejaras terminar, verías que aún hay más. Otro

problema es que se quieren.

—Bueno, son hermanos...

—Se quieren de verdad —interrumpió Oz—. Más de lo que nunca había visto. Ellos no son conscientes de cuánto, porque están muy alterados y se dejan llevar por sus instintos más básicos. Por mucho que se peleen y sean opuestos, esos chicos sienten algo tan fuerte entre sí, que dudo que les quede más capacidad para querer a otra persona.

Padre y Mu guardaron silencio unos segundos.

—Efectivamente eso puede ser un problema —repuso Padre.

—¿No puedes romper esa unión?

—preguntó Mu.

—¿Podrías tú? ¿Crees que una paliza cambiaría algo? No, ¿verdad? Hasta tú puedes comprender eso.

—Trataremos ese punto en otro momento —dijo Padre—. Volvamos a la sincronización.

—Es una situación muy complicada. A pesar de ese amor fraternal tan fuerte, no logran compenetrarse como deberían.

—Y tú crees —dijo Mu— que el problema es la chica.

—No. El verdadero problema es Mark.

—Es rebelde, ¿y qué? Se le mete en cintura y punto. Si aceptaras un par

de consejos, Oz, te enseñaría cómo dejarle claro a ese mocoso quién manda.

—No, gracias, conozco tus métodos y una de las decisiones más sabias que ha tomado Padre es no dejarte ser instructor. De todos modos, lo de Mark es mucho más que simple rebeldía. —Oz se levantó de la silla—. En el precipicio, Mark saltó para huir. ¡Iba a abandonar a sus hermanos! ¿Lo entiendes? Es la primera vez, desde que soy instructor, que el deseo de fuga, de venganza, o cualquier otro, es capaz de superar la necesidad de permanecer junto a sus hermanos.



—¿Por esa tontería te pones así? —preguntó Mark.

—¿Te parece una tontería? —repuso Diana—. A mí no se me ocurre nada más preocupante. ¿Cómo es posible, hermano, que fueses a abandonarnos? No… No me entra en la cabeza.

—No iba a hacerlo —intervino Adrián.

—¿Cómo que no? Saltó, ¿no lo viste?

—Claro que lo vi.

—Nos engañó para que atacáramos al maestro y él pudiese escapar.

—Pero no iba a dejarnos, ¿verdad,

hermano?

—¿Cómo demonios lo sabes? —insistió Diana.

—Por supuesto que iba a dejaros —dijo Mark—. Un salto y habría escapado. ¡Sería libre! Pero hubiese regresado por vosotros, ¿qué creías, hermana? ¡Sois mi familia, idiotas! ¿Se te ha pasado por la cabeza que os iba a dejar en manos de los asesinos de nuestros padres? Me da asco tener que defenderme de esa acusación.

—Yo... No sé qué decir —dijo Diana—. ¿Tú lo sabías, Adrián?

—No me había dicho nada, pero confío en él tanto como en ti, hermana.

—Yo también... ¡Lo juro! Es solo

que a veces...

—No lo aceptas —apuntó Adrián —. Siempre tratas de cambiarlo, pero él es así, tienes que hacer un esfuerzo y aceptarlo tal y como es.

—Eso estaría bien, para variar —bufó Mark—. Decías que no ibas a culparme de nuestro fracaso y hacías bien, hermana, porque si me apoyaras en vez de dudar de mí todo el rato, tal vez ahora no estaríamos aquí, al menos uno de nosotros habría escapado. Pero lo has jodido todo con tus miedos y tu manía de tocarme los... ¡Bah! Da lo mismo. No sé por qué me molesto con vosotros. Sí, con los dos, contigo también, hermano, no pongas esa cara de idiota. No fuiste capaz ni de arañar al

maestro y se supone que eres el más fuerte. Solo tenías que entretenerlo unos segundos. ¡Pero ni eso eres capaz de hacer! ¡Inútiles! ¡No! ¡No me toquéis! No tengo ganas de seguir discutiendo con vosotros. Seguid con vuestros estúpidos análisis psicológicos y dejadme en paz de una maldita vez.



—¿Me has llamado, Padre?

—Supongo que sabes por qué.

—Lo sé. Siento haberme enfrentado a Oz en la reunión, pero...

—¿Sí?

—¿Puedo hablar con franqueza?

—Mu, me molesta repetir las cosas. No tolero que se discuta mi palabra cuando estamos en público, pero en privado, o dices lo que piensas o me haces perder el tiempo, como cuando me obligas a repetirme.

—Muy bien, Padre. Sé que Oz es amigo tuyo, todo el mundo lo sabe, pero este caso le viene grande. No está preparado.

—Mi amistad con él no tiene nada que ver. Oz es el mejor instructor que tenemos.

—Con gemelos. Eso se le da muy bien. Pero los trillizos son demasiado para él. Va a echar a perder a los

mejores chicos que tenemos porque es demasiado blando con ellos. Ya lo has oído, Padre, no les ha puesto la mano encima en el último año. Ni una sola paliza para enderezarlos. Luego se extraña de que se descontrolen.

—Oz tiene sus propios métodos y hasta el momento nunca ha fallado.

—Pero son ellos, los trillizos, estoy seguro. Si falla... Si se tratara de cualquier otro no me importaría. ¡Joder, hasta me alegraría de ver a Oz metiendo la pata por una vez!

—Quiero que lo dejes trabajar en paz, Mu. Él no se mete en tus asuntos, así que no te metas tú en su modo de entrenar.

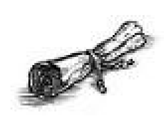
—Perdona que insista, Padre, pero Oz está de acuerdo conmigo. No, no ha dicho que no pudiera manejar a los chicos, pero sí dijo, bien claro, que prefería centrarse en los gemelos japoneses. Él no cree en los trillizos.

—Eso es porque Oz desconoce sus propias capacidades, pero yo no. Además, lo necesitamos. Oz conoce a los chicos mejor que nadie. ¿Prefieres ocupar tú el puesto de instructor? Ya… lo imaginaba. No te preocupes. Yo me ocuparé de que Oz esté motivado. Y te aseguro que cumplirá con su trabajo mejor de lo que él mismo cree.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Del mismo modo que estoy

seguro de que los trillizos son, efectivamente, los indicados.



Diana se removió inquieta. Aún aturdida por el sueño del que acababa de despertar, no acertó a dilatar sus pupilas. Extendió la mano hacia...

—No enciendas la luz —susurró Adrián a su lado.

Entonces supo a qué se debía la sensación de alarma. El lado izquierdo de la cama estaba vacío.

—¿Se lo ha llevado el maestro?

—Está durmiendo en el suelo.

Míralo tú misma.

Diana se inclinó sobre la cama. Mark estaba tumbado sobre la piedra. Su respiración era pausada. Dormía plácidamente a juzgar por la expresión de su rostro.

—Está enfadado con nosotros.

—Mucho —convino Adrián.

—Puede que solo conmigo.

—Con los dos.

—¿Y no te preocupa?

En la celda que compartían solo había una cama, lo que no supuso un problema, ya que los trillizos nunca habían dormido separados, ni una sola vez desde que nacieron. A Diana no le

gustaba la ausencia de su hermano en su lado de la cama, no era natural en ellos. El enfado de Mark debía de ser considerable.

—No me preocupa —contestó Adrián.

—Mientes. Por eso estás despierto. Si no te preocupara...

—Es solo una rabieta. Se le pasará.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque está pegado a la cama. Si de verdad se tratara de algo serio, estaría en la cocina o en el gimnasio, pero se ha quedado tan cerca como ha podido y le ha permitido su enfado. No es tan fuerte como él cree. Nos necesita, aunque no quiera admitirlo.

Diana abrazó a su hermano.

—Por Dios, Adrián, espero que tengas razón.

Quería creerle con todas sus fuerzas. Adrián confiaba en Mark y demostraba un buen criterio al hacerlo. Ella confiaría en Adrián y en ese mismo criterio.

—¿Recuerdas cuando teníamos cinco años y nuestros padres nos separaron para dormir? —preguntó Adrián.

—Yo estaba enferma —dijo ella. Le gustaba recordar aquellos tiempos. A Mark, no, se enfadaba cuando Adrián y ella pasaban mucho tiempo hablando de sus padres—. Nos separaron para que

no os contagiara. Recuerdo que por la noche vinisteis a mi cama y nos apretujamos juntos. Papá se enfadó al día siguiente, pero como ya teníamos fiebre los tres, no intentó separarnos de nuevo.

—Pues la idea fue de Mark. Él me despertó y me sacó de la cama a rastras para que fuéramos a buscarte.

Aquel detalle por fin la tranquilizó y consiguió dormirse de nuevo. Logró descansar y, por la mañana, cuando los tres hermanos se despertaron al mismo tiempo, Diana se sentía mucho mejor.

Estaban los tres tumbados y abrazados sobre la piedra del suelo.



—¿Me has llamado, Padre?

—Supongo que sabes por qué.

—Lo sé y lo siento. Es que Mu me saca de quicio. Es el número dos, mi superior, y no debería haber discutido con él durante la reunión, pero es un maldito palurdo. La violencia es la única solución que conoce para todo y...

—Eso no importa, Oz. Las opiniones diferentes son buenas, ofrecen otros puntos de vista y me ayudan a refinar mis ideas. Qué quieres que te diga, antes yo no era así, lo sé. Me estaré haciendo mayor.

—Aún eres el más fuerte, Padre.

—Se puede ser mayor y fuerte al mismo tiempo, aunque eso da igual ahora. Quiero que dejes de atacar a Mu.

—Que no se meta en mi terreno y yo no lo haré en el suyo.

—Pero él tiene derecho en este caso. ¿Sujetarás la runa tú en su lugar?

—Sabes que lo haría si pudiese...

—Pero no puedes, ya no. También tengo que pedirte que dejes de entrenar a los japoneses. A partir de ahora quiero que te centres en los trillizos.

—¿Qué? ¿Le das la razón a Mu? No lo entiendo, Padre. ¿No te fías de mi criterio?

—Eres el mejor.

—¿Entonces?

—Ser el mejor no significa ser infalible. Y escuchar diferentes opiniones no implica carecer de un criterio propio.

—Lo siento, Padre, no quería decir eso. Lo haré. Lo haré por ti, ya lo sabes, pero aun así, mi deber es advertirte de que no estoy de acuerdo. Al menos déjame continuar con los japoneses también, por si resulta que yo tenía razón.

—No, Oz, no quiero que lo hagas por nuestra amistad. Eso no es muy diferente a que te obligara a hacerlo. Y no necesito recordarte...

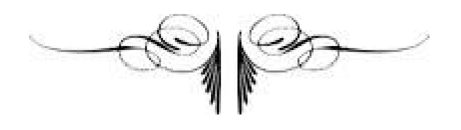
—No lo necesitas, Padre. Nunca olvidaré que sigo vivo gracias a ti. Me ha quedado claro que esa es tu voluntad y la cumpliré. Entrenaré solo a los trillizos, pero también quiero decirte algo. No tienes que obligarme a nada, porque no existe nadie más leal que yo. ¿Hay algún otro con quien puedas olvidarte de dar órdenes? Sabes que no… Sabes que conmigo no necesitas recurrir a tu autoridad.

—Gracias, amigo mío.

—En cualquier caso, con los trillizos me gustaría desviarme un poco del programa habitual.

—Tú eres el experto, Oz.

VERSÍCULO 3



Los trillizos pasaron dos días completamente aislados, sin poder salir de su celda. La estancia era muy amplia y diáfana, e incluía servicio, cocina, cuarto de estudio y un pequeño gimnasio, separados por sucesiones de runas grabadas en la roca.

Normalmente, los trillizos seguían un estricto programa de estudio y ejercicio, desde que se despertaban hasta que se acostaban. Coincidían con los demás chicos en el comedor y

algunas clases, dependiendo del programa que el maestro tuviera previsto. Durante la jornada, visitaban su celda las veces necesarias para asearse, ya que descuidar la higiene o la alimentación acarreaba castigos de lo más severos.

Sin embargo, después de la visita de Ka, el médico, nadie vino a verlos. No recibieron ninguna instrucción ni orden específica. Era como si se hubieran olvidado de ellos.

Mark no les dirigía la palabra. Se mantenía ausente. A veces hacía un poco de ejercicio, pero eso era todo. De no ser porque se unía a sus hermanos durante las comidas, sería casi como si no estuviese allí.

Adrián, que aún cojeaba un poco, pasaba la mayor parte del tiempo descansando o ejercitando su pierna para recuperarse.

Diana, por su parte, hablaba con Adrián o estudiaba para distraerse. La espera la estaba consumiendo por dentro.

—A lo mejor esto es una nueva forma de castigo —dijo.

—No nos libraremos de unos cuantos latigazos, hermanita —dijo Mark hablando por primera vez en dos días—. A mí me da igual lo que nos hagan. Estar encerrados es el castigo. Dentro o fuera de la celda no supone diferencia.

—No nos harán nada —dijo Adrián desde la cama—. Bueno, nada serio, quiero decir. Ya lo verás. Nos quieren vivos, nos entrenan para Dios sabe qué. No estropearán los diez años que han invertido en nosotros.

Diana no estaba tan convencida. Había muchas formas de castigo y el maestro no consentiría que se repitiera un intento de fuga, pero no quería compartir sus temores con sus hermanos, que parecían muy tranquilos al respecto. Trató de acercarse a Mark, pero él gruñó y se retiró de nuevo al gimnasio.

Como un hora más tarde, cerró el libro y lo estampó contra la pared. Ya no soportaba más estar allí encerrada sin saber nada. Se iba a volver loca.

Entonces se abrió la puerta. El maestro cojeó despacio hasta la mesa de estudio y dejó algo sobre ella. Los tres hermanos se reunieron junto a la cama. Estaban tensos. El maestro manipulaba algo sobre la mesa, de espaldas a ellos.

—Sentaos —dijo sin volverse.

Desplegó una pantalla blanca muy grande. A Diana casi se le detuvo el corazón en cuanto apareció la primera imagen. Eran ellos, los tres, huyendo por el laberinto de alcantarillas. Toda la fuga había sido grabada desde el primer momento, lo que significaba que nunca habían tenido la más mínima posibilidad de lograrlo. Mark no se atrevió a responder a la mirada que Diana le arrojó.

—Pero si...

—Silencio —ordenó el maestro—. Prestad atención.

Se vieron a sí mismos corriendo por los túneles, huyendo de los chuchos, gateando en la oscuridad y la porquería de las galerías subterráneas. El maestro detuvo la grabación en el momento en que Diana corría hacia sus hermanos, cuando Adrián sostenía a Mark.

—¿Qué habéis hecho mal? —preguntó el maestro.

—Dejar que nos grabaran —respondió Mark.

—Aparte de eso.

—¿Era una prueba? —preguntó Adrián.

—Vuestra vida es una prueba desde que llegasteis aquí. ¿Creéis que sois los primeros en intentarlo? Repito, ¿qué hicisteis mal?

Ninguno de los trillizos contestó. A Diana le costaba pensar, descifrar las verdaderas intenciones del maestro. Nunca era fácil leer su expresión, pero la sorprendía verlo exactamente igual que siempre, como si estuvieran repasando los resultados de un examen. Era evidente que la fuga no había supuesto el menor problema para el maestro, pero la intención era esa, y dudaba que dejara sin castigar una acción como la suya.

Mark, que debía sentirse especialmente frustrado al ver que no

solo su plan, sino también todas las conclusiones que había sacado tras el fracaso eran erróneas, mostró un sorprendente control de sí mismo. Se mantuvo serio e inexpresivo sin apartar los ojos de la pantalla. Adrián estaba visiblemente desconcertado. Siguieron en silencio durante un rato interminable. El maestro fue hasta la cocina y se sirvió un vaso de agua. Luego tomó un libro y se sentó de espaldas a ellos.

Los trillizos ni pestañearon. Pocas veces se habían sentido tan sometidos. El maestro terminó el libro y empezó otro. El silencio era total.

—No lo sabemos —dijo al fin Diana.

El maestro cerró el libro.

—No saldréis de aquí hasta que lo sepáis.

Y se marchó.

Repasaron la grabación una y otra vez durante horas. Discutían sus decisiones y las posibles alternativas que habían descartado. Se enfadaron y se reconciliaron. Se enfrentaban con un hermano, para luego aliarse con él en contra del otro.

—¡No hay ninguna respuesta! —gritó Mark—. ¿No lo veis? Es imposible fugarse. Se están riendo de nosotros y no lo voy a consentir.

Entre Adrián y Diana consiguieron que Mark no destrozara la pantalla, pero

no volvió a colaborar, cogió el libro que había dejado el maestro y se tumbó a leer en la cama. Adrián y Diana siguieron analizando la grabación en busca del error que habían cometido.

A la mañana siguiente regresó el maestro y repitió la pregunta.

—No es posible fugarse —dijo Diana poco convencida.

—Todo es posible —repuso el maestro y volvió a marcharse.

Diana no fue capaz de pensar más en ello durante el resto del día. Mark seguía leyendo y haciendo ejercicios en el gimnasio, ajeno al problema. Ella no podía entender cómo no se volvía loco, así que se lo preguntó.

—Pienso en cómo matar al maestro —explicó Mark—. Eso me mantiene ocupado.

Por la noche Diana se desveló. Mark estaba abrazado a ella, pero no notaba calor por el otro lado. Vio a Adrián frente a la pantalla, estudiando la grabación.

—Ven a la cama, hermano.

—Lo encontraré —aseguró Adrián —. Descansa, estoy bien.

Diana se sintió mal por no tener el empuje de Adrián y su fortaleza para no rendirse. En momentos como ese le recordaba a Mark, cuando quería fugarse y no se detenía ante nada. ¿Cómo podían ser tan iguales y tan diferentes?

Se quedó dormida antes de llegar a una conclusión.

Soñó con sus padres. Su mente reconstruyó una ocasión en que los habían llevado a La Vaguada, un centro comercial enorme, inmenso, el lugar más grande que recordaba de los cinco años que por aquel entonces tenía. Vieron una película de dibujos animados que le gustó mucho, aunque no recordaba el título ni el argumento, solo la sensación de disfrutar. Su madre se enfadó un poco con Mark y Adrián, que se pasaron casi todo el tiempo hablando y pelando entre ellos para entretenerse porque se aburrían, no como ella, que se sumergió en la historia y la devoró. Al salir del cine, un hombre les cortó el paso.

—A ver si mantiene usted callados a esos mocosos la próxima vez, que pagamos para ver la película y escucharla, ¿sabe?

Papá se encaró con él y Adrián reaccionó dándole una patada al hombre. Apenas le hizo daño, claro, pero mamá le regañó. Mark insultó al hombre, que se puso a discutir con papá. Mientras, la gente continuaba saliendo del cine y se formó un pequeño remolino de confusión. Sin saber cómo, Diana fue apartada por un grupo de desconocidos que tropezaron con ella. Entre la marea de piernas veía parcialmente a su padre discutir con aquel tipo y oía a su madre preocupada; por lo visto Adrián se había ido corriendo, avergonzado. Pasó

unos minutos sola y asustada, incapaz de atravesar el muro de personas para alcanzar a sus padres, hasta que al final se reunieron todos. Su madre estaba muy enfadada.

—No me importa que fuese un imbécil —le recriminaba a su padre—. Yo sola no puedo controlarlos a los tres entre tanta gente. ¡Los niños son lo primero, no las broncas! Ven aquí, bonita. Mamá no te volverá a perder de vista nunca. Te lo prometo.

Diana notó un calor especial en el abrazo de su madre. Nada malo podía sucederle bajo la protección de ella. Se habría quedado entre sus brazos toda la vida, pero...

Se despertó.

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué pasa? —preguntó Mark, que se despertó con el grito.

—Ya sé lo que hicimos mal.

—¿Para eso nos despiertas? —bufó Mark—. Mañana tendrás tu oportunidad de volver a fracasar ante el maestro. Ahora voy a seguir durmiendo si no te importa. Y piensa en silencio, hermana, que no es tan difícil, coño —añadió con un bostezo.

Adrián le sonrió con ternura antes de volver a apoyar la cabeza sobre la almohada. Diana no pudo dormir más, excitada porque estaba convencida de haber dado con la respuesta, algo que,

por otra parte, debería haber deducido antes, dado que era una sensación que había tenido durante la fuga.

Por la mañana casi no podía estarse quieta de la impaciencia por que llegara el maestro.

—Nos separamos —dijo nada más ver su musculoso cuerpo abrir la puerta y cojear hasta tomar asiento—. Ese fue nuestro error.

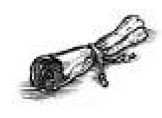
El maestro se limitó a asentir. Diana esperaba una felicitación por dar con la respuesta, pero no obtuvo nada más que una mueca de reproche, como señalando que era evidente. Mark trató de rebatir el argumento, pero el maestro no le dio la razón. Diana no pudo evitar

que se le escapara un «te lo dije», y para su sorpresa recibió un nuevo reproche del maestro.

—Tampoco en recibir las culpas podéis separaros —sentenció—. Los tres sois responsables de todo lo que hacéis.

Después repasaron el resto de la fuga. El maestro señaló más detalles que podrían mejorar, pero ninguno determinante. Se notaba que la separación era la clave, porque invirtió menos de media hora en comentar lo demás.

—Es todo. Ya podéis salir de vuestra habitación. ¿Tenéis hambre?



El comedor era la única estancia que tenía el techo bajo. De forma rectangular, comprendía un espacio muy amplio, con mesas largas donde los chicos comían. Los alimentos se disponían en una larga encimera, como en un autoservicio, para que los chicos pudieran elegir mientras pasaban con una bandeja. Siempre había dos o tres personas mayores vigilando, pero se limitaban a pasear con aire distraído. Nunca se sentaban con ellos.

Desde los doce años, cada chico era responsable de su propia dieta. Les habían enseñado todo lo necesario sobre

nutrición, y mantener una alimentación completa y equilibrada era parte de su adiestramiento. Ka, el médico, los sometía a análisis de sangre cada pocos meses, y si los resultados mostraban alguna deficiencia, la consecuencia era un castigo que todos preferían evitar.

Últimamente, los trillizos se esforzaban por ingerir más cantidad, ya que Ka les decía que estaban un poco delgados. Su salud era excelente, pero también era cierto que los demás lucían más tono muscular.

El comedor era de los pocos lugares en los que coincidían con otros chicos que no asistían a las mismas clases que ellos. Los tres hermanos eran bien conocidos porque eran los únicos

trillizos, mientras que los demás eran todos gemelos. Sin embargo, aquel día, sus compañeros los miraban con más intensidad de la habitual y con mayor descaro.

—¿Qué les pasa a estos idiotas? —murmuró Mark, mientras terminaban de coger la comida.

—Tranquilízate, hermano —dijo Adrián—. Tengamos la fiesta en paz.

Le hizo un gesto a Diana sin que Mark lo advirtiera. Su hermana movió la cabeza, indicando que le había entendido. Caminaron entre las mesas y las miradas. Diana iba la primera. Mark la seguía y devolvía las miradas con gesto desafiante. Por suerte, no pasó

nada.

Diana continuó hasta encontrar una mesa vacía, siguiendo la advertencia que Adrián le había hecho mediante el gesto, para evitar que Mark se metiera en líos hasta que supiesen por qué estaban todos tan pendientes de ellos.

Adrián se había quedado algo rezagado, debido a su pie lesionado, que aún le dolía y lo obligaba a caminar más despacio. Dos gemelas muy jóvenes, una rubia y otra morena, que siempre llevaban un bastón, y solo uno, murmuraron algo cuando Adrián pasó a su lado. Él volvió la cabeza, pero no supo cuál de las dos había hablado ni qué había dicho. Entonces su pie herido tropezó y perdió el equilibrio. En su

caída, la bandeja rebotó y esparció comida por el suelo.

Un coro de risas estalló a su alrededor. Adrián se puso de rodillas para levantarse.

—Vaya —dijo alguien con un leve acento extranjero—. Qué torpe estás hoy, Diana.

—Soy Adrián.

Se encontró con dos rostros japoneses que sonreían. Eran dos gemelos con los que coincidían en alguna clase, de un parecido extraordinario, muy difíciles de distinguir uno de otro.

—Oh, perdona, como sois tan parecidos siempre os confundo. ¿Te

ayudo?

Los dos japoneses le ofrecieron la mano derecha.

—Estoy bien, gracias —dijo Adrián, agarrando una de las manos para levantarse.

De repente un movimiento muy rápido golpeó su mano y la del chico japonés y las separó. Adrián se tambaleó un poco, pero notó que lo sujetaron por el hombro. Al levantar la vista, vio a Mark que lo sostenía y se encaraba a los japoneses.

—Hola, niños con ranuras en la cara —dijo—. Usaría vuestros nombres, pero yo tampoco os distingo bien. Yo soy Mark, por cierto, por si tenéis algún

problema para identificarme. A lo mejor si abrieseis más los ojos...

—Qué fácil —se burló el japonés—. ¿No tienes otro chiste para meterte con nosotros? Ya cansa que siempre te burles de nuestros ojos. Eres un racista. Y eso que ayudábamos a tu hermano a levantarse.

—No es por los ojos —repuso Mark—. Ni por ser orientales. Es que tengo problemas para diferenciaros porque sois exactamente igual de gilipollas. Si uno de los dos lograra superarse...

—Mark, ¿qué haces? —Adrián lo agarró por el hombro.

—¡Suéltame, idiota! —Mark se

sacudió la mano—. Hago lo que deberías hacer tú. —Se volvió hacia los japoneses—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí. Os decía que sois dos gilipollas con los ojos tan cerrados que parece que estáis dormidos.

Los japoneses se levantaron de la mesa al mismo tiempo.

—Mark, no —insistió Adrián—. Me ayudaban a...

—¡Que te calles! —le gritó Mark —. Vosotros dos, payasos, si volvéis a tocar a mi hermano os meteré a cada uno la cabeza en el culo del otro. ¡Vamos! ¡Venid si os atrevéis!

Mark apretó la mandíbula y los puños, echaba rayos por los ojos, se

hinchó una vena que atravesaba su cuello de arriba abajo.

—Tú lo has querido —dijo uno de los japoneses, dando un paso adelante.

—Así aprenderéis una lección —dijo el otro—. Por haberla cagado con vuestra fuga.

Los chicos de alrededor susurraron y se agitaron ante la inminente pelea. Adrián, que adivinó las intenciones de su hermano y de los japoneses, se preparó.

—¡Mark, detente!

Diana apareció de pronto y se plantó delante de Mark, para sujetarlo.

—Aparta —gruñó Mark.

—No —insistió ella—. Nada de peleas. ¿No te habíamos dicho que no queríamos problemas? No merece la pena. Vamos, ve a la mesa. —Adrián se percató de la mirada de su hermana y la ayudó. Sujetó a Mark y casi tuvo que arrastrarlo para llevárselo de allí—. Perdonadnos —dijo Diana a los japoneses—. Ha sido un malentendido.

Los japoneses se relajaron cuando Mark se distanció varios metros. Insultaron a Diana, pero volvieron a sentarse a petición de otros chicos que también intervinieron para que no hubiera problemas.

—¿Por qué me has detenido, hermano? —Mark dio un golpe en la mesa que, por suerte, no ocupaba nadie

más—. Eres débil. No voy a consentir que nadie nos humille, ¿me oyes? ¡Nadie! Si tocan a uno de nosotros, pienso...

—Me ayudaban a levantarme. Estás paranoico. A ver si te calmas un poco.

—Pero qué idiota eres —resopló Mark—. Qué idiota y qué... ¡Me pones enfermo, hermano! A ver si te enteras de una vez. Fueron ellos quienes te pusieron la zancadilla mientras mirabas a las niñas tontas esas del bastón. Sí, lo vi desde aquí.

Adrián enrojeció visiblemente. Diana llegó a la mesa en ese momento y se sentó frente a Mark.

—El idiota eres tú, hermano, como

siempre.

—¿Tú también? Sois penosos. Y encima tenías que disculparte con ellos, hermana. Qué vergüenza. Vamos a ser los tres pringados porque no os atrevéis a plantar cara a unos orientales que...

—Cierra la boca. —Diana agarró a Mark por el cuello y tiró de él—. Eres un descerebrado, como siempre. ¿Qué pretendías? ¿Pelearte aquí, delante de todo el mundo, cuando acabamos de salir de un castigo? Hay que ser retrasado.

Diana lo soltó. Mark volvió a su postura normal y miró a su hermana con los ojos muy abiertos.

—¿Quieres decir...?

—Me he disculpado para que no sospechen. Bajarán la guardia y después, cuando menos se lo esperen, les enseñaremos a no meterse más con ninguno de nosotros, te lo garantizo, pero será cuando no nos vea nadie. ¿Qué te creías? Hay que pensar un poco, hermano.

—Hermanita —dijo Mark sin disimular su admiración—, ahora entiendo por qué te quiero tanto. Cuando llevas razón, hay que reconocerlo. Mis disculpas, hermanos. Ah, una cosa. Ese mensaje no creo que sea efectivo sin cierta... contundencia. No sé si me explico. A lo mejor no se entiende bien...

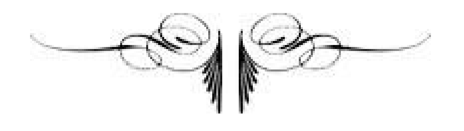
—Se entenderá —aseguró Adrián

—. No será complicado porque incluiremos un par de huesos rotos.

Mark abrió los brazos y cruzó las manos detrás de la nuca.

—Ah, la familia. Estos sí son mis hermanos.

VERSÍCULO 4



Cultivar sus cuerpos y sus mentes, en eso consistían sus vidas. Comenzaban nada más despertarse. Los trillizos se aseaban y se cambiaban de ropa, y enseguida salían a correr, despacio, cuidando siempre de calentar adecuadamente los músculos antes de exigirles el máximo en los ejercicios que vendrían después. Se trataba de despertar el cuerpo, no de agotarlo, así que nunca corrían más de cuarenta y cinco minutos, para no llegar a sudar.

Después del entrenamiento físico, tocaban las clases. Aunque sus estudios hacían especial hincapié en las matemáticas, su formación era completa, con historia, geografía, ciencia, idiomas y muchas otras asignaturas, algunas destinadas a desarrollar su comprensión del mundo exterior, que podían visitar una vez cada tres meses, bajo estrecha vigilancia, y que había adquirido un matiz romántico en sus pensamientos.

También dedicaban buena parte de su tiempo de estudio a las runas y sus propiedades. Las memorizaban, las repetían y las dibujaban, una y otra vez. Solo el conocimiento y control del cuerpo podían compararse al estudio de las runas en términos de horas de

dedicación. Como resultado, los trillizos eran capaces de nombrar cualquier músculo o hueso de su anatomía, el funcionamiento de todos los órganos y aparatos, y poseían un vasto conocimiento sobre las enfermedades y sus tratamientos, incluyendo venenos y toxinas, lesiones y heridas de diversa gravedad, con una sola excepción: el cerebro. Su preparación acerca de las características y funciones del cerebro era muy superficial.

Sus compañeros tampoco podían considerarse como tales, ya que no siempre coincidían. Las edades eran variadas, comprendidas entre los diez y los diecisiete años. Nunca habían visto a otros chicos de más de diecisiete años,

lo que suscitaba toda clase de preguntas, como a dónde los llevaban al alcanzar esa edad. Mark había insinuado en alguna ocasión que los mataban, pero ni él mismo lo creía. Nadie se tomaría la molestia de instruirlos durante tantos años para luego acabar con ellos sin más.

En ocasiones habían visto a niños menores de diez años, si se los cruzaban en algún pasillo, solo un instante. Se veía el miedo en sus ojos y era evidente que acababan de ser secuestrados o que llevaban demasiado poco tiempo allí para integrarse con el resto.

—Es por los tatuajes —dijo Diana —. A nosotros nos los grabaron a los diez años, ¿recordáis? Por eso los

mantienen apartados.

Mark había tratado de borrárselos en más de una ocasión, pero era imposible; ni siquiera haciéndose una herida se libraba de ellos. El peor periodo de su encierro fue con diferencia cuando les grabaron los tatuajes.

Los tendieron en tres camas metálicas y frías, dispuestas de modo que sus cabezas estuvieran cerca, casi tocándose, en el centro, y sus pies apuntando hacia fuera, a lo que podrían ser los vértices de un triángulo. La separación entre las camillas era idéntica.

Entraron unos hombres que no

habían visto nunca y comenzaron a grabar en las plantas de los pies. Fue doloroso, aunque lo peor estaba por llegar. En aquel momento tampoco sabían qué les estaban haciendo. Creyeron que era una tortura, gritaron como poseídos por el diablo, pidiendo clemencia, jurando que harían lo que fuera a cambio de que pararan.

Cuando el trabajo terminó en los pies, aquellos hombres continuaron con las piernas y, al seguir en el vientre, supieron que no terminarían hasta completar todo su cuerpo.

Para su desgracia no perdieron el conocimiento en ningún momento de los cinco días que duró aquel tormento, ni siquiera para dormir. El cansancio, la

impotencia y el sufrimiento llegaron a tal punto, que los trillizos desearon la muerte.

Ahora, seis años después, apenas recordaban cómo eran sus cuerpos antes de ser tatuados. Por supuesto eran conscientes de que antes no tenían tanto control sobre él y que sus capacidades físicas habían aumentado considerablemente gracias a esos símbolos, pero ya no eran capaces de imaginar cómo se sentirían con su cuerpo original, sin tatuar.

Aquella mañana, en cuanto sintieron que sus músculos estaban preparados, los trillizos dejaron de correr y acudieron al aula. Ese día el maestro los esperaba delante de la

puerta.

—Se acabaron los estudios —dijo—. Seguid corriendo hasta que comencéis a sudar. Luego id al gimnasio, pero sin excesos, quiero que sudéis de modo natural, solo con ejercicio.

Fue suficiente con una carrera rápida de tres minutos. Los trillizos tenían la frente húmeda cuando entraron en el gimnasio, pero controlaban perfectamente la respiración. No había nadie más, solo esperaba el maestro.

—A partir de hoy vuestro entrenamiento cambiará. —El maestro cojeó hasta la puerta y la cerró—. ¿Quién de vosotros quiere golpearme?

Los trillizos permanecieron en silencio, dudando. Al final, Adrián dio un paso al frente.

—Yo mismo, maestro.

—Interesante… Pensaba que serías tú, Mark.

—Yo quiero matarte, maestro. Golpearte en el gimnasio, bajo tus reglas, no me basta.

El maestro asintió, indiferente.

—Vosotros dos, separaos y daos la vuelta. Un poco más, unos cinco metros. Así está bien. Adrián, acércate y colócate delante de mí. Ahora trata de golpearme tan fuerte como puedas. ¡Vamos! —Diana se encogió al escuchar el gemido de Adrián y cómo se

desplomaba en el suelo—. Levántate —ordenó el maestro—. ¡Vosotros! ¿Qué le ha pasado a vuestro hermano?

Mark se puso tenso y apretó los puños. Diana no entendía el propósito de obligarlos a adivinar qué había sucedido. Durante varios segundos lo único que se escuchaba era la respiración, algo agitada, de Adrián. Diana podía imaginar, como si lo viera, al maestro esperando una respuesta, de brazos cruzados, paciente, impasible.

—Prueba otra vez, Adrián, a ver si así espabilan tus hermanos. ¡Golpéame!

Oyeron un grito furioso de Adrián, probablemente acompañando a su puño, mientras trataba de alcanzar al maestro.

El gritó cesó de repente.

—¿Y bien? —dijo el maestro—. ¿Qué ha pasado?

Los nudillos de Mark estaban blancos.

—Yo te lo diré —dijo comenzando a darse la vuelta—. Ha pasado que eres un...

—¡Mark, no!

—Si te giras —advirtió el maestro—, será mucho peor.

Mark se detuvo, cruzó la mirada con su hermana.

—Estoy bien, hermano —dijo Adrián—. Vuélvete.

Mark obedeció. Ni a él ni a Diana

se les pasó por alto que la voz de Adrián sonaba débil y venía de abajo, del suelo, donde debía de haber caído de nuevo.

—Le estás dando una paliza —dijo Diana.

—¿Eso es todo? —preguntó el maestro—. Hasta un niño podría hacer esa deducción. ¿Eso es lo que sois? ¿Niños? Todo este tiempo y no habéis aprendido nada. Por desgracia el tiempo se ha acabado. Vais a aprender o seréis peor que inútiles. De vosotros depende. Levántate. ¡Golpea!

Esta vez a Adrián se le escapó un gemido, tosió. El golpe debía de haber sido mucho más fuerte, o tal vez en el

mismo punto, que estaría debilitado.

—¡Adrián! —gritó Mark—. Dinos algo.

—No podemos mirar —razonó Diana—, pero el maestro no ha dicho que no puedas hablar con nosotros.

Adrián no dijo nada.

—¿Y bien? —preguntó el maestro.

—Déjale hablar —pidió Diana.

—Ya lo hace, pero no sabéis escuchar. ¡Poned atención! ¡Otra vez!

Adrián hizo mucho ruido al caer al suelo. Lo oyeron jadear y escupir. Diana notó un sabor metálico en la boca. Pensó que se había mordido la lengua, pero no era el caso.

—¿Qué quieres que te digamos? —gritó Mark.

—Lo que le ha pasado a vuestro hermano. ¿No lo sabéis? Entonces tendremos que continuar. Levanta.

—Espera —chilló Diana que aún notaba el sabor en su boca—. Está sangrando. Adrián está sangrando por la boca.

—Algo es algo. —Por primera vez el tono del maestro cambió. No era sencillo adivinar si a mejor o peor, pero desde luego era diferente—. ¿Qué más?

—Le has dado un puñetazo en la cara.

—Así no, por favor —dijo el maestro—. ¿A estas alturas tratáis de

engañarme?

Diana lo había dicho movida por la desesperación de ayudar a su hermano. Era evidente que el maestro lo golpeaba y como había percibido sabor a sangre en la boca... Pero por lo visto su deducción no había sido acertada. Adrián lanzó un grito ahogado, ni siquiera le quedaban fuerzas para quejarse.

—¡Basta! —pidió Diana.

—¿Cómo supiste lo de la sangre? —le preguntó Mark.

—Lo noté... No sé cómo...

—Sí lo sabes —intervino el maestro—. Mark no, porque es un necio, pero tú sí lo sabes. Lo has hecho antes.

Durante vuestra fuga, cuando empujaste a tus hermanos, ¿cómo supiste que había un charco en el fondo? ¡Piensa!

—Lo vi, creo. —Diana trataba de pensar, pero los gemidos de Adrián la ponían muy nerviosa—. No sé cómo, pero lo vi... Creo... Creo que lo vio uno de ellos, aunque no se dio cuenta...

—Pero tú, sí —terminó el maestro.

—¿Insinúas que podemos ver lo que ven los otros? —preguntó Mark.

—Cállate, Mark. Tú no entiendes nada y por eso no puedes aceptarlo. Dime, Diana, ¿qué le estoy haciendo a Adrián?

—¡Le retuerces el brazo!

Mark se miró los suyos, muy

sorprendido.

—Bien —dijo el maestro—, lo estás entendiendo, pero no es suficiente. ¿Qué brazo? Y no te recomiendo que confíes en la suerte porque se lo arrancaré si te equivocas.

Diana se esforzaba, pero sentía un leve pinchazo en los dos brazos, no podía decidirse por uno. Se concentró en el momento en que vio las aguas residuales al fondo y reconoció un cierto hormigueo en su interior. El maestro tenía razón, no era la primera vez que lo percibía. Había sucedido en otras ocasiones, muchas. Allí había algo que no sabía bien qué era, pero que de vez en cuando entraba en contacto con ella, en su mente, de un modo fugaz, similar a

una corazonada.

—¡Di algo ya, joder! —gritó Mark —. ¡O lo haré yo!

—¡El izquierdo! ¡No! ¡El derecho! ¡Sí, el derecho! ¡Estoy segura!

—Volveos.

El maestro soltó el brazo derecho de Adrián, que apenas podía moverse en el suelo. Sudaba y jadeaba, su aspecto era lamentable. Mark corrió a su lado y lo ayudó a sentarse.

—¿Por qué has tardado tanto? —gritó a su hermana—. ¿Tan complicado era decir un brazo?

Diana ni siquiera lo oyó, solo miraba al maestro, fijamente. Y el maestro la miraba a ella. Había cruzado

los brazos sobre el pecho y aguardaba.

—Puedo… sentir a mis hermanos —dijo ella, sin terminar de creerlo—. No siempre, pero… ¿cómo es posible?

El maestro también se sentó en el suelo, frente a Adrián y Mark.

—¿Te sorprende? ¿No has sentido que siempre ha sido así, que por eso os entendéis tan bien y podéis saber lo que pensáis con solo ver un gesto de cualquiera de vosotros? Con otras personas intuís que si fruncen el ceño están enfadadas, pero entre vosotros sabéis que es así, y si uno de vosotros frunce el ceño pero en realidad está contento, también lo notáis. Por eso vuestra comunicación es tan franca,

porque no podéis engañaros. Es hora de que empecéis a comprender quiénes sois. Pensad. Habéis vivido siempre juntos. Dormir, comer, ducharse… Todo. ¿Qué os pasaba cuando os separabais un poco o por cierto tiempo? —Diana supo la respuesta antes de que el maestro la dijera—. Que os sentíais mal. Confundíais esa sensación con soledad o con enfado o cualquier otro estado que la gente normal experimenta, pero vosotros necesitáis estar juntos. Si no, os volvéis débiles y sufrís. En cambio, juntos podéis desarrollar todo vuestro potencial, que es mayor de lo que podéis imaginar.

Aquello hizo brillar los ojos de Mark. Su expresión se suavizó.

—¿Solo puede hacerlo ella? Yo no noté nada.

El maestro negó con la cabeza.

—No sois tres, sois uno, así es como debéis aprender a veros a vosotros mismos. En realidad lo fuisteis una vez, en vuestra concepción, antes de que el óvulo se dividiera en tres.

Los trillizos se miraron, pero fue Adrián quien habló.

—Eso no es posible, maestro. Hemos estudiado genética. Diana tiene que proceder de otro óvulo.

—No, siento que es verdad. —Diana podía percibir de nuevo esa extraña sensación de unión. Si se concentraba lo suficiente, mirar a sus

hermanos no era distinto de observar su propio brazo o cualquier otra parte de su cuerpo, era como mirarse a sí misma—. Pero no lo entiendo. Adrián tiene razón. La genética…

—La genética que habéis estudiado es la de los menores, no la vuestra.

—¿Por qué no nos lo contaste antes?

—¿Lo habríais creído? Incluso ahora, después de dominar el control sobre vuestro propio organismo, os cuesta aceptarlo. Solo tú tratas de entenderlo, mientras que tus hermanos se resisten. Notas su desconcierto, ¿a que sí?

Lo percibía, sobre todo en Mark.

Adrián deseaba creerlo, aunque le faltaba convicción.

—Ese desconcierto —continuó el maestro— es un lastre. Y hay que erradicarlo. Hace tiempo que sabéis que no sois simples menores. Entonces, ¿por qué os sorprende tanto que procedáis de un mismo óvulo, aunque Diana sea una chica? Piensas que os engaño, ¿verdad, Mark? Se te nota demasiado.

—No me fío de ti, maestro.

Adrián, que por fin se había recobrado lo suficiente de la paliza como para respirar con normalidad y mantenerse sentado en el suelo sin necesidad de ayuda, se volvió hacia su hermano.

—¿Qué gana mintiéndonos sobre nuestro origen?

—No lo sé —admitió Mark—, pero lo averiguaré, si es que el maestro se digna a terminar la explicación, porque, ¿sabes una cosa, hermano? Para soltar hostias a unos críos no muestra reparos, pero para decir la verdad... ¿no, maestro?

El maestro no reaccionó de ningún modo visible al ataque de Mark.

—Nuestro linaje se remonta a tiempos muy lejanos, incluso se sospecha que fuimos los primeros en ser creados por Dios, antes que los menores. Pero esa cuestión no es demasiado importante. Lo que es

indiscutible es que hemos existido desde siempre. No sois los primeros trillizos ni seréis los últimos, aunque es un caso que se da con una frecuencia muy escasa, tanto que algunos piensan que sois especiales.

—Pero tú no lo crees —aventuró Diana.

—De momento no veo nada fuera de lo común, incluso vais un poco retrasados, sobre todo con vuestro vínculo.

—¿Por eso nos secuestrasteis, maestro? —insistió Diana—. Para comprobar si somos... especiales.

—Lo seáis o no, este es vuestro lugar, con los vuestros. Aún os aferráis

al mundo exterior que creéis conocer, pero os habría destruido. ¿Pensáis que os podríais haber mantenido unidos mucho más tiempo? Los niños no duermen juntos toda la vida. Vuestros padres no habrían tardado en separaros. Diana habría sido la primera. No podríais ir juntos al mismo baño en lugares públicos, las actividades deportivas separan los sexos. Algún día habríais tenido un trabajo y no os contratarían a los tres para el mismo puesto y en el mismo lugar. Por no hablar de vuestras relaciones íntimas. Antes o después alguno tendría una pareja y nada separa más que eso. Las parejas son muy celosas de su intimidad, especialmente las mujeres. Se sienten

amenazadas si no son ellas las que acaparan, si no toda, la mayoría de la atención. Y un millón de obstáculos más. El mundo os habría separado.

—¿Qué ocurriría si alguien nos separara, maestro? —preguntó Adrián—. Supón que raptaran a uno de nosotros y se lo llevaran lejos.

—¿Consentiríais que eso sucediera?

Mark bufó.

—Evitas contestar a la pregunta y solo puede haber una razón para eso.

—Si nos separan, morimos, ¿no?

El maestro endureció la expresión por primera vez aquel día.

—Peor que la muerte.

Diana se estremeció. Algo en los ojos del maestro, un destello imperceptible tal vez, la convenció de que aquello no era una broma. Hacía mucho tiempo que habían aprendido que el maestro jamás lanzaba amenazas vacías, porque nunca lo había necesitado para demostrar su superioridad. Por ello, Diana se tomó muy en serio su advertencia sobre las consecuencias de separarse, aunque no se le ocurría qué podía ser peor que la muerte.

—¿Por qué nos pasaría algo tan malo solo por separarnos? —preguntó Adrián, haciendo eco de los pensamientos de Diana.

Los de Mark eran muy diferentes.

—Si nos separamos, estamos jodidos. ¿A eso lo consideras ser especial? A mí me parece una mierda.

—Considera tú lo que podéis lograr estando juntos —repuso el maestro—. ¿Qué puede ser tan importante como para no poder separarse? ¿Se os ocurre algo? ¿Ni siquiera tú, Diana? Ya deberíais saber...

—Nuestra vida —se arriesgó Diana.

—¡Más importante!

—Nuestro poder —dijo Adrián.

—¡Más! ¡Lo más importante de todo! —El maestro cojeó alrededor de ellos. Su mirada era fría y dura. Los tres

hermanos retrocedieron sin darse cuenta, se juntaron—. Algo sin lo que nada tiene sentido, lo único que importa en este mundo, lo que os hace ser quienes sois. ¿No lo sabéis?

—Las runas son lo más importante de todo —dijo Diana, recordando sus estudios.

—¡No! ¡Las runas no son nada! ¡Incluso los menores pueden dibujarlas si les enseñan! ¿Qué os distingue de ellos? ¿Por qué sois superiores?

—Controlamos nuestro cuerpo —dijo Adrián—. Podemos...

—¡No! —El maestro seguía caminando a su alrededor—. El cuerpo es una herramienta. Por mucho que

superéis a una persona corriente en actividades físicas, siempre podría valerse de otra herramienta para igualaros o incluso hacerlo mejor. Podéis ver en la oscuridad, aguantar la respiración muchos minutos bajo el agua, pero cualquiera puede utilizar unas gafas de visión nocturna o una bombona de oxígeno. ¿Qué es lo que solo vosotros podéis hacer?

—¿Telepatía? —dijo Mark, poco convencido.

—¡La telepatía no existe! ¿Tan desesperados estáis que empezáis a decir cualquier cosa? Razonad antes de quedar como estúpidos.

A Diana le había parecido una

buena idea. Creía que había leído la mente de Adrián cuando el maestro lo torturaba, pero si no era eso, no sabía de qué se podía tratar. El maestro tenía las manos cogidas a la espalda mientras caminaba, solo los presionaba con la voz y la mirada. Aun así, ella intuía que se le agotaba la paciencia. No seguiría tolerando respuestas incorrectas.

—No lo sabemos, maestro.

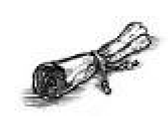
—Por desgracia, eso es cierto, no lo sabéis. Pero sí lo sentís o no podríais haber pasado la prueba anterior. —El maestro se detuvo. Era imposible no ver la decepción en su rostro—. Lo que sentís es vuestra alma. Fue única hasta que el óvulo se dividió. Solo nosotros somos conscientes de nuestra propia

alma y vais a aprender a utilizarla porque no hay nada, absolutamente nada más valioso. Adrián, levántate.

Diana notó el leve temblor que recorrió a su hermano.

—Ya hemos pasado la prueba —protestó Mark.

—Diana, sí. Tú, no —repuso el maestro—. Y vamos a continuar hasta que lo logres. ¡Adrián! ¡En pie!



Ya no asistían a clase con los demás chicos. Lo único que seguían estudiando era las runas y las clases las

impartía el maestro en la celda de los trillizos.

Los tres hermanos se sentían desconcertados por el cambio. Era evidente que los mantenían aislados de los demás y ahora el maestro pasaba mucho más tiempo con ellos, demasiado, tanto que no podía ocuparse de otros alumnos. Aquella dedicación exclusiva los ponía nerviosos.

Otro cambio preocupante en el maestro era su actitud, más paciente, sin llegar a ser amable, pero casi comprensivo. Mark desconfiaba y sentía rechazo por sus hermanos cuando los veía relajados con el maestro.

—Os está embaucando, idiotas.

Solo os falta prepararle la comida cuando viene a nuestra celda. ¿Ya se te olvidó la paliza que te dio cuando nos enseñó a compartir nuestra alma, Adrián? Se os olvida, hermanos, quién es el enemigo, pero a mí, no. Yo siempre recuerdo a un bastardo.

—Estamos mejorando —decía Adrián—, somos más fuertes, mejores.

Diana también veía ventajas a la nueva situación.

—Si nos llevamos bien con él, podremos averiguar más cosas, tal vez le sonsaquemos algún secreto que no nos diría si nos enfrentamos continuamente a él.

Pero a Mark nada de eso lo

convencía.

—¡Idiotas! Estáis haciendo justo lo que él quiere. No nos contará nada que no quiera que sepamos. Ya lloraréis cuando llegue el momento de la verdad.

Nunca se ponían de acuerdo en ese sentido. Las posturas de Adrián y Diana eran más cercanas, aunque por razones distintas. De todos modos, Mark suavizaba su actitud en presencia del maestro, mientras que su ira se desataba cuando estaban solos, generalmente de noche, justo antes de acostarse. Por las mañanas, como nunca sabían a qué hora exacta podía llegar el maestro, Mark prefería permanecer tranquilo y evitar las discusiones.

Una mañana, el maestro estaba allí cuando se despertaron. Se quedó sentado sin decir una sola palabra mientras los trillizos se aseaban. Una vez vestidos el maestro continuó en silencio. Mark se dirigió a la cocina, a desayunar, y pidió a sus hermanos que lo acompañaran. Sin embargo, fue el maestro el que se sentó a la mesa con él. Con un movimiento brusco del brazo barrió todo lo que había sobre la mesa. Mark retrocedió y sus hermanos se apresuraron a ponerse a su lado.

—Vuestras estacas —dijo el maestro—. Entregádmelas.

Obedecieron, dejaron sobre la mesa las tres estacas con las que dibujaban runas. El maestro las cogió y

las partió por la mitad.

—Diría que hoy no hay clase —sonrió Mark, que detestaba todo lo relacionado con el estudio.

—Te equivocas. —El maestro desenrolló un pergamino en el que había una runa que ellos no conocían—. Quiero que la dibujéis sobre la mesa. Tenéis una hora.

Y se marchó.

Adrián y Diana se volcaron inmediatamente sobre el pergamino. Mark, aún sonriendo, se tumbó en la cama. Ni Diana ni Adrián dieron con la solución tras contrastar opiniones. Nunca habían pintado runas sin la estaca y bastaron dos pruebas para comprobar

que de nada servía utilizar una tiza en su lugar. Hasta el último trazo del símbolo era idéntico al del pergamino, pero no tenía ninguna propiedad especial.

—Necesitamos otros ingredientes para dibujar —sugirió Adrián—. ¿Es que no vas a ayudarnos? —le preguntó a su hermano.

Mark se removió en la cama y adoptó una postura más cómoda.

—Diana es la experta en runas. Yo soy el tonto, ¿recuerdas?

—Pues ven y di tonterías. El castigo lo recibiremos los tres...

—¿Qué te pasa, hermano? ¿Tantas ganas tienes de complacer al maestro? —Mark se incorporó hasta quedar

sentado—. ¿O es que ya no confías en ella?

—¿No puedes callarte por una vez? —estalló Diana—. Si no quieres ayudar, al menos no molestes.

Mark volvió a tumbarse.

—Eso intentaba.

Adrián dejó a Diana trabajando en la runa y fue hasta la cama.

—¿Qué te pasa? No puedes dejar a un lado tu odio por nosotros. A veces pienso que no te importamos.

Mark se levantó y miró a Adrián directamente.

—Intento no molestaros, que es el mejor modo en que yo puedo colaborar

en este caso, pero tú no me dejas tranquilo.

—Te infravaloras, hermano.

—Vas a llevarte otra paliza por mi culpa —repuso Mark—. ¿Por qué no me dejas en paz? ¡Maldita sea, Adrián! ¡Me haces sentir mal! Deberías... Deberías pasar de mí. Solo sirvo para causar problemas. Tú siempre cargas con las culpas. ¿Por qué me proteges? ¿Por qué me soportas? ¡No lo entiendo!

—¿De verdad no lo sabes?

—Yo te dejaría si fueses un lastre.

—¿Como cuando los japoneses se metieron conmigo? No me dejarías porque me necesitas, igual que yo a ti. Y es precisamente esa necesidad la que te

está destrozando por dentro. Odias necesitarme porque te hace sentir débil, pero no es una debilidad, es nuestra fuerza. Nos complementamos, ¿por qué no puedes verlo? En realidad, sí puedes, ¿verdad? Lo notas, pero no lo aceptas.

—Dime una cosa, hermano, si yo te complemento, y tú lo haces todo bien, ¿qué diablos aporto yo?

—¿Por qué nos comparas continuamente?

—Esa no es una respuesta. Te da miedo contestar porque notaré si mientes. Tú tienes la misma opinión de mí, pero no te atreves a decírmela. No te atreves ni a decírtela a ti mismo. ¿Quién es el que no acepta ahora las cosas?

Intentas verme mejor de lo que soy, pero la verdad es que nunca me has aceptado como la basura que en realidad soy. Eres un cobarde...

Adrián lo golpeó en la cara. Mark cayó sobre la cama boca abajo.

—¡No vuelvas a decir eso! ¿Me oyes? Si se te ocurre...

—¡Lo tengo! —chilló Diana muy excitada. Adrián y Mark se miraron unos segundos—. ¿Qué hacéis? Venid aquí. Tenéis que ver esto porque no lo vais a creer.

Sobre la mesa había varios trazos dibujados de un color indeterminado, entre gris y negro, moteado, sin una textura uniforme.

—Está mal dibujada —señaló Adrián.

—Lo sé —dijo ella—, pero lo interesante no es el diseño del símbolo, sino cómo he podido dibujar sin la estaca. Observad. —Diana extendió el dedo índice y acarició lentamente la superficie de la mesa. La línea grisácea se extendió, creció, persiguió el dedo de Diana sin llegar a entrar en contacto con él—. ¿Lo veis? ¡Es impresionante! Se siente un tirón en el pecho, así, como… Bueno, no sé, pero ya veis que funciona, aunque no consigo que el color sea uniforme. Eso agotador. Si pinto una línea muy larga me falta el aliento.

—¡Déjalo! —Mark se adelantó y apartó a Diana de la mesa.

—¿Qué haces?

—No quiero que la termines. Adrián, te lo advierto, si me vuelves a atizar, te la devolveré. Borra todo eso, hermana. Fingiremos que no hemos dado con la solución.

—Pero esto es muy importante —se escandalizó Diana—. Puedo pintar sin la estaca. Solo con...

—Ya, ya lo hemos visto —la cortó Mark—. Es otra maldita prueba. Si el maestro piensa que no lo hemos logrado seguirá insistiendo y ganaremos tiempo. Exploremos hasta dónde llega esa capacidad de dibujar runas. Si la dominamos sin que él se entere, estaremos en ventaja y mientras tanto

podremos dedicarnos a otras cosas.

Adrián y Diana entendieron rápidamente que se refería a otra fuga.

—Me vendría bien algo de tiempo para terminar de curar mi pierna —dijo Adrián.

—Vale —asintió Diana.

—Al fin os ponéis de acuerdo en algo —dijo una voz a su espalda.

Los tres hermanos maldijeron al mismo tiempo. Se giraron a la vez y vieron al maestro, sentado en una silla.

—¿Cuánto llevas ahí? —preguntó Mark.

—¿Acaso importa? Venid aquí. Sentaos. Ahí no, más cerca. ¿Entendéis

la importancia de vuestro descubrimiento?

—¿Por qué nos obligabas a pintar con estacas si no las necesitamos? —preguntó Diana.

—Porque debéis dominar todas las formas posibles de dibujar runas. Las estacas son muy útiles. Para empezar podríais estar agotados y tener que recurrir a ellas. Aún tienes la respiración agitada, Diana, y eso es por haber pintado. No te preocupes, aprenderéis a dosificar vuestras fuerzas y a potenciarlas. También debéis entender cómo pintan las runas los demás y los ingredientes que utilizan.

—¿Los demás? —preguntó Adrián.

—Solo nosotros podemos dibujar runas con nuestra alma. Os dije que el alma sirve para mucho más que enlazaros. Atended bien. No es un don, es nuestra naturaleza. Nosotros sentimos nuestra alma y podemos utilizarla.

—¿Nosotros?

—Antiguamente, nadie sabe exactamente cuándo, pero hace muchos siglos, las cosas eran muy diferentes. Los vampiros tenían sometidos a todos los demás, sin excepción, hasta que los ángeles los castigaron por su crueldad y arrogancia.

—Hemos estudiado esa parte —intervino Diana—. Les impusieron la debilidad a la luz del sol. ¿Qué tiene que

ver con nosotros?

—Ahora lo entenderéis —dijo el maestro con una paciencia sorprendente —. Aquello niveló la balanza y hubo una rebelión, encabezada por los hombres lobo. Ellos fueron los primeros en darse cuenta de que los vampiros no podían mostrarse de día. Se estima que consiguieron ocultar su debilidad casi un siglo después de recibir el castigo.

—Por eso odian a los lobos —apuntó Adrián.

—Después de la rebelión se llegó a un estado de relativo equilibrio. No había paz, pero nadie lograba una superioridad aplastante. Entonces los ángeles comenzaron a adiestrar

centinelas y por medio de ellos establecieron un nuevo orden.

—¿Por qué recurrir a los centinelas? —se interesó Mark.

—Porque ya no podían intervenir directamente. El castigo a los vampiros fue su última acción directa. No está claro el motivo, pero creemos que tiene que ver con la aparición de los santos, que hasta ese momento nadie conocía de su existencia. También es posible que guarde relación con algún conflicto con los demonios.

—O con los brujos —sugirió Mark.

—No, los brujos ya mantenían su posición independiente y neutral, tratando de no mezclarse con nadie. Es

un periodo confuso de la historia del mundo oculto. Y los vampiros que aún están vivos no revelan sus secretos. Por aquel entonces se encontraron y se perdieron muchas páginas de la Biblia de los Caídos… En fin, lo que nos importa ahora es que en el nuevo orden, que es el que impera hoy en día, se estableció que los humanos corrientes no deben saber nada del mundo oculto. Una de las normas de los centinelas es velar porque esa regla se cumpla y pueden hacer lo que consideren necesario, incluso matar.

—Pero los vampiros tienen que matar para vivir, los lobos convierten humanos...

—Hay ciertos aspectos inevitables,

sí, pero se controlan a escala individual. Lo que no se tolera es que la gente esté al corriente de nuestra existencia. Puede haber filtraciones en forma de cuentos, historias, películas..., pero nadie se las cree realmente.

—Por eso tenemos que usar estacas —adivinó Diana.

—Exacto. Si alguien te ve pintando una runa, puedes decir que es un tatuaje o un simple dibujo, pero si te ve pintar con el dedo... De todos modos, antes del nuevo orden pintábamos runas con nuestras manos y algunas personas nos vieron. No podían comprender cómo lo hacíamos o cómo aquellos símbolos lograban efectos imposibles. Nos etiquetaron como magos. Y esa

denominación ha perdurado a través de los tiempos.

—¿Magos? —Mark puso la misma cara que si oliera a podrido—. Es absurdo. ¿De verdad se creen esa chorrada? Pero si los magos de las películas son...

—Lo opuesto a nosotros. No es una casualidad. Desde que se estableció el nuevo orden nos ocupamos de alterar la creencia popular, sus leyendas, sus mitos, para crear la imagen de un mago que se diferenciara de la nuestra. No resultó perfecto, pero funcionó bastante bien. La imagen más común de un mago es alguien que no cuida su cuerpo especialmente. Los magos populares no son fuertes ni realizan actividades

físicas relevantes. Suelen estar asociados a la sabiduría y a una forma de poder desconocido que solo ellos pueden controlar.

Los trillizos asintieron. En efecto, era una imagen opuesta a ellos, que cuidaban su cuerpo con dedicación absoluta, extendiendo sus límites físicos y sensoriales. Los efectos mágicos que podían lograr a través de las runas no residían en ningún arte secreto ni místico, sino que estaban descritos en las páginas de la Biblia de los Caídos, de modo que cualquiera podría recurrir a ellas si supiese cómo pintarlas adecuadamente y dispusiera de una estaca y los ingredientes apropiados.

—Si lo he entendido bien —dijo

Mark—, solo nosotros podemos grabar runas a través de nuestra alma, ¿correcto? —El maestro asintió—. Y por eso nos llaman magos. Pues no me parece tan impresionante, lo siento. A fin de cuentas, cualquiera puede pintar las mismas runas que nosotros con una estaca, ¿no? ¿Y para qué tanto rollo con el cuerpo si lo que de verdad cuenta es el alma?

—Nuestro cuerpo nos enlaza con nuestra alma, por eso os hemos enseñado a extremar su cuidado. Consideradlo como si fuese la mejor estaca que se pueda imaginar. No existe el alma sin cuerpo, ni el cuerpo sin alma. Grabáoslo bien en la cabeza porque es una de las nociones más

importantes en las que se basa nuestra existencia. Y también la de todas las criaturas vivas no divinas.

—Los que no sean ángeles, entiendo —dijo Adrián.

—O caídos, que también fueron ángeles hasta que se rebelaron. Los demonios corrientes sí cumplen la norma, dado que su origen no es divino, fueron creados por los caídos. Esa norma cuenta con dos excepciones.

—Te escuchamos, maestro.

Verdaderamente escuchaban, incluso Mark encontraba interesante saber más sobre sus orígenes y el mundo oculto. Se decía a sí mismo que prestaba atención para aprender los posibles

peligros que acechaban —ya que de nada le serviría fugarse si más adelante eran capturados de nuevo, por magos, vampiros o demonios—, pero lo cierto era que disfrutaba del discurso, más allá de una simple curiosidad o interés.

Habitualmente, Mark detestaba las materias que lo obligaban a hincar los codos. Adivinaba cierto potencial en las runas, aunque era evidente que no les enseñaban ninguna que fuera particularmente útil. No obstante, como no se le daba bien memorizar y dibujar aquellos condenados símbolos, hacía el esfuerzo mínimo. Sin embargo, el mundo oculto despertaba su sed de conocimiento y esta era una de las pocas ocasiones en que el maestro les hablaba

sin reservas.

—La primera excepción es un alma que no tiene cuerpo —continuó el maestro—. Ha existido desde siempre y nadie, ni siquiera los ángeles, están al corriente de su propósito. Se podrían llenar tomos enteros con las teorías que se han elaborado al respecto. En cualquier caso, es un alma en estado puro, algo tan sublime que tal vez no estemos destinados a comprender jamás. Si alguna vez os topáis con esa alma, espero que sepáis lo que es el respeto, y si se os diera la ocasión de entender sus propósitos, cumplidlos sin más.

—¿Los magos veneramos esa alma? —preguntó Diana.

—Algunos clanes de magos imponen una postura oficial, pero pocos, y suele ser neutral. En general cada uno de nosotros se forma su propia opinión, dado que, repito, nadie comprende su función.

—A lo mejor no tiene ninguna —opinó Mark.

—Todos los seres vivos tenemos un propósito.

—¿Y tú, maestro? —preguntó Adrián—. ¿Cuál es tu opinión personal?

—Yo creo que es lo más perfecto de toda la Creación. —El maestro adoptó un aire de ensoñación durante un instante—. Mi deseo es poder verle antes de mi muerte.

—¿Se puede ver a un alma pura? —preguntó Diana.

—Se puede, porque siempre está dentro de un cuerpo. De hecho, va saltando de uno a otro y responde al nombre de Plata.

—¿Es inmortal?

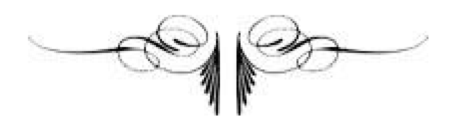
—Hay varios seres inmortales, como los ángeles o los vampiros. El término apropiado para Plata es eterno. Ya entenderéis la diferencia. La segunda excepción es una aberración que no debería existir. Se trata de un hombre sin alma al que llaman el Gris. —Los trillizos contrajeron el rostro involuntariamente—. Vuestra reacción es normal. Casi todos los magos

sentimos una repulsión instintiva ante una criatura sin alma. Es justo lo contrario a nosotros.

—¿Cómo es posible que exista un hombre así? —quiso saber Diana.

—Solo se sabe que no nació sin alma. Lógico, no puede ser obra de la naturaleza un ser tan indigno como ese. —El maestro hizo una pausa. Dio la impresión de que reflexionaba sobre la conveniencia de lo que iba a decir a continuación—. Otro de mis mayores deseos es ver muerto a aquel que no tiene alma.

VERSÍCULO 5



La residencia de Ka era, como todas las demás, una sala diáfana. Su cama y sus pertenencias personales compartían espacio con el instrumental destinado a su labor médica.

El maestro entró cojeando sin llamar a la puerta. Ka atendía en ese momento a los gemelos japoneses, que estaban tendidos en dos camillas. Uno de ellos tenía un brazo roto y Ka grababa runas en el vendaje que le acababa de colocar.

—Oz, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó Ka.

—Continúa, por favor. Puedo esperar.

El médico inclinó la cabeza y retomó su tarea. Los gemelos japoneses permanecieron en silencio en presencia de Oz. Aunque ya no era su maestro, desde que este los dejó para dedicarse a los trillizos a tiempo completo, aún sentían la influencia de su autoridad y la necesidad de deberle respeto.

—Esto ya está —anunció Ka—. Y ahora largaos. Si volvéis a contarme un cuento sobre resbalones y caídas, os rompo un hueso yo mismo. Así me aseguro de saber por qué pierdo mi

tiempo.

Los gemelos se marcharon en silencio, después de saludar únicamente con un gesto respetuoso de la cabeza.

—Fueron los trillizos, ¿verdad? —preguntó Oz cuando estuvieron a solas.

—He visto demasiadas fracturas como para no saber por qué se producen y, desde luego, esa no encaja con la descripción de la caída que se han inventado. Apostaría a que ha sido una pelea, sí, pero no me han dicho con quién.

—Es por su sentido del honor.

—Te duele la pierna, ¿verdad? Por eso vienes por segunda vez esta semana.

Oz se agarró el muslo y contrajo

una mueca. No tenía sentido fingir delante del médico, quien representaba su única esperanza de que encontrase algún modo de que remitiese el dolor.

—Me está matando, Ka, necesito que me ayudes.

El rostro de Ka se ensombreció.

—He consultado la página de *La Biblia de los Caídos,* Oz. Lo siento, pero no he encontrado nada para aliviar tu sufrimiento. Solo puedo ofrecerte la misma solución.

—¡No quiero analgésicos!

—Lo entiendo y respeto tu decisión, pero... debo insistir una vez más. Oz, ya no eres un verdadero mago. Desde que te degradaron...

—¡He dicho que no! —se enfureció Oz—. Las drogas contaminarían mi cuerpo.

Era el dolor el que hablaba, no Oz, el mago que había sido la mano derecha de Padre hasta que falló en una misión y le hirieron la pierna. Nunca volvería a ser tratado como un mago de verdad y, si continuaba allí, era únicamente por la amistad que Padre le profesaba. Aun así, el único puesto que podría ocupar era el de maestro, entrenando a los nuevos aprendices que se unieran al clan.

Una de las razones por las que Oz había sido el mejor era por su gran autocontrol, gracias al cual había llevado una vida perfecta dedicada a Padre. Parte de esa vida incluía

mantener su cuerpo puro, sin toxinas ni drogas de ninguna clase, en ninguna circunstancia, por dolorosa que fuera. Lo habían operado dos veces, una para extraerle una bala y la otra para sacarle las muelas del juicio. En ningún caso permitió que le inyectaran anestesia.

Tal vez ya no fuera un mago propiamente dicho debido a su lesión permanente, pero Oz no podía borrar toda una vida de rectitud y empezar a ingerir drogas analgésicas.

Con todo, no podía negar que el dolor lo afectaba; en caso contrario, no estaría tan susceptible con Ka, su amigo, quien le seguía tratando como si mantuviese su antiguo rango, y no solo porque Padre lo tuviese en gran

consideración, como hacían otros. Ka, en cambio, se preocupaba sinceramente por él, a pesar de que no tenía ninguna obligación de hacerlo más allá del protocolo, que situaba al médico en una posición inferior. Lo encontraron cuando ya era demasiado mayor para iniciarse en las prácticas que le permitirían vestir los trajes de los magos —también denominados armaduras—, y ello lo situaba en un escalafón bajo de la jerarquía del clan.

—Existe otra posibilidad, Oz, pero no sé si te gustará escucharla.

—Habla.

—Tu mal es físico, sin duda, pero puede que el dolor aumente debido a un

problema psicológico —dijo Ka, con mucho tiento.

Oz frunció el ceño sin estar seguro de entenderle.

—¿Piensas que estoy loco?

Ka era experto en todas las ramas de la medicina, incluida la psicología, por eso Oz le escuchaba.

—No. En términos simples, podría ser que la culpa te atormente, y que ese tormento lo somatices en tu pierna herida. Es solo una teoría, naturalmente. —Ka observó a Oz, que se había quedado pensativo, con la mirada perdida—. A pesar de que sucedió hace años, te sigues culpando por tu fracaso, ¿no es así? Aún crees que podrías

haberlo hecho mejor y apuesto a que pasas las noches en vela dándole vueltas al asunto.

A Oz le sedujo la idea de una terapia psicológica, aunque no creyera en ella. Era tentador pensar que unas cuantas sesiones desvelando confesiones enterradas podrían borrar el dolor.

—Creía que la culpa se somatiza en la espalda y en los hombros, no en las piernas.

—Por eso he dicho que es solo una teoría. Con el Gris nada resulta como uno puede esperar.

—Supongamos que llevas razón. ¿Qué propones?

—Liberarte de ese sentimiento, por

supuesto.

Las esperanzas de Oz se derrumbaron. La culpa estaba firmemente arraigada en su interior por una razón muy sencilla, y era que realmente había fracasado. No fue mala suerte ni nada parecido. Oz suspiró.

—Me temo que eso no es posible.

—Con el debido respeto, el médico soy yo.

—¿Piensas decirme que nadie es perfecto, Ka? ¿Que todos podemos cometer un error?

—Yo no te insultaría con un argumento tan absurdo. No niego que lo intentaría con otra persona, pero conociéndote, después de tantos años

compartiendo tu amistad, no sería tan estúpido.

Oz estaba intrigado.

—¿Y qué me dirías?

—La verdad. Te enfrentaste a alguien que nadie conoce, que ni siquiera figura en las páginas de *La Biblia de los Caídos,* alguien que no debería existir. ¿Cómo podrías haber estado preparado para algo así?

—Ya habíamos oído hablar del Gris.

—Solo rumores, comentarios sin sentido. Incluso hoy, ¿qué sabemos realmente de él? Nadie podía anticipar lo que ese engendro te hizo. ¿No crees que por eso Padre te perdonó? Padre no

ha permitido vivir a un solo mago en circunstancias similares, o incluso menos graves, pero además tú has podido quedarte, aunque solo sea como maestro de los chicos. Sé que siempre os llevasteis bien, muy bien, de hecho, pero, ¿no crees que Padre hizo la única excepción de su vida contigo por tratarse del Gris? No es un verdadero fracaso tratándose de ese... ser sin alma.

Oz se tomó un tiempo para reflexionar sobre las palabras de Ka. En ningún momento tuvo la sensación de que el médico le estuviese hablando como parte de una terapia. Más bien estaba siendo sincero. Oz le creyó, cada palabra. No solo eso, se esforzó en interiorizar aquel discurso, empaparse

de su sentido.

—No sirve de nada, Ka. La culpa no desaparece. No discuto tus argumentos, los acepto, y creo que llevas razón, pero... —Oz se descargó un puñetazo sobre su pierna—. ¡El dolor no se va!

Ka sonrió.

—Oz, no funciona de ese modo. La culpa es una emoción y las emociones no son racionales, no se pueden cambiar así como así.

—¿Ahora quieres que haga terapia?

—Que esperes. Eres fuerte, puedes resistir mucho más. El subconsciente necesita tiempo para absorber lo que la lógica le dicta.

Como si fuera para contradecir al médico, un dolor punzante y rabioso atravesó la pierna de Oz, que se estiró involuntariamente. El maestro soltó una maldición.

—No creo que pueda aguantar tanto como crees.

—Te subestimas. Puedes con mucho más.

—No, Ka, necesito algo... lo que sea.

El médico suspiró.

—Solo se me ocurre una cosa. Ponte el traje y no te lo quites nunca. Aumentará tus capacidades y podrás inhibirte de lo que sea que el Gris te insufló en esa herida.

—Pero es agotador...

—Lo sé.

—¡No! Ya no lo soporto más, Ka. Si no remite... me amputarás la pierna.

—No, Oz, no...

—Yo aguantaré lo que pueda, te lo prometo, pero si no hay cambios, quiero que me cortes la pierna. Me lo debes, tenemos un acuerdo.

Oz alargó la mano derecha. Ka se limitó a mirarla. El maestro vio la duda en sus ojos, su reticencia a estrecharle la mano y sellar el trato. Iba a presionarle de algún modo, pero justo en ese momento, la puerta se abrió.

—Por fin te encuentro, Oz —dijo Mu, acercándose, sonriente, hasta ellos

—. ¿Te encuentras mal? No me gustaría interrumpir la recuperación de nuestro más ilustre maestro, por supuesto.

—Me conmueve tu preocupación, Mu, pero no es un buen momento, de verdad.

—¿Iba yo a molestarte si no se tratara de algo importante? A pesar de nuestras diferencias, siento una gran admiración por tu labor, Oz, pero... —Mu se volvió hacia Ka—. Los mayores tenemos que hablar. No te importa, ¿verdad? Largo de aquí.

El médico inclinó la cabeza.

—Ahora mismo, señor.

Ka se marchó y cerró la puerta. Oz frunció el ceño.

—¿Tienes que ser tan desagradable?

—¡Sí que estás quisquilloso! Te recuerdo que Ka es un gruñón que no trata mucho mejor a los aprendices. ¿También te cabreas con él cuando menosprecia a los chicos?

Era una réplica acertada, que no hizo más que aumentar el enfado de Oz.

—¿Qué quieres, Mu?

—Felicitarte. Lo digo sinceramente, lo juro. He oído que les diste una buena paliza a los trillizos el otro día para que aprendieran a sentir sus almas. Me sorprendió mucho. Yo creía que no aprobabas mis métodos. Si yo fuera de esos a los que les gusta

echar en cara... Qué coño, los dos sabemos que soy de esos. Dime, Oz, ¿cómo funciona esto? ¿Delante de Padre te opones a mí, pero luego haces lo que yo digo? Es que no termino de verlo claro. Podría pensar que se trata de algo personal, pero por suerte no soy malpensado.

De lo que no cabía duda, y Oz lo sabía muy bien, era de su arrogancia. Mu se aprovechaba con descaro de las ventajas de ser el favorito de Padre. Hacía valer su rango constantemente, como cuando había despedido a Ka de una manera tan despectiva. Además, estaba muy seguro de sí mismo y sus capacidades en cualquier circunstancia, salvo si trataba con cierta persona, la

única que conseguía hacerle dudar. Esa persona era Oz. El maestro notaba esa inquietud por mucho que Mu tratara de disimularla.

—Las circunstancias lo requerían —dijo Oz—. Y a diferencia de ti, yo no estoy orgulloso de maltratar a los chicos. Tenía que asegurarme de que los trillizos aprendieran a conectar su alma. No es...

—Y yo te aplaudo por ello. Ya te he dicho que he venido a felicitarte. Lo has logrado, Oz, eres el mejor instructor, como bien dijo Padre.

—Aún les queda mucho que aprender. No hemos hecho más que dar el primer paso del verdadero

entrenamiento.

—Ah, ya veo, insistes en que no son los indicados, pero aun así te has encariñado con esos tres, ¿eh? Venga, te gustan, reconócelo, no pasa nada por admitirlo… ¿Sabes?, te contaré lo que pienso. No es por molestarte, en serio, pero pienso que en algo la estás cagando, Oz. No es incompatible ser el mejor con cometer algún error, incluso en un trabajo tan sencillo como el tuyo, y no dudo de que seas muy bueno, qué va. No van por ahí los tiros… Es por mí, ¿a que sí? Me odias tanto, que deseas que esos chicos no cumplan las expectativas para que yo quede mal. Conozco de sobra tu lealtad a Padre. Nunca desobedecerías una orden suya, de

hecho harías lo imposible por complacerle, pero lo cierto es que no me soportas y como yo apoyo a los trillizos...

—Creía que no eras malpensado.

—Bueno, es solo una teoría, una idea de esas que se te meten en la cabeza y no se va por mucho que lo intentes, algo bastante molesto, por cierto. El caso es que cuantas más vueltas le doy, más me parece que la teoría encaja. Te juro que no lo puedo evitar. Ayúdame a entenderlo, Oz, a creer que tu odio hacia mí no interfiere en tu juicio.

—Con mucho gusto. —Oz se puso de pie. Lo único bueno de discutir con

Mu era que el conflicto acaparaba toda su atención y la pierna dejaba de dolerle —. Para empezar, yo no te odio, Mu. Creo que eres un necio y una vergüenza de mago, pero no es culpa tuya. La fortuna te ha sonreído y te ha concedido ciertas aptitudes para el combate que te convierten en excepcional. Y además, desde que me lesioné, ocupas mi puesto como mano derecha de Padre. Por desgracia, tienes miedo de mí, Mu. En el fondo sabes que yo soy mejor que tú, que si no hubiera sido por el Gris, no estarías ahí. Eso te corroe por dentro, es un castigo permanente para tu orgullo. Ocultas tu complejo de inferioridad bajo esa soberbia con la que tratas a todo el mundo. ¿Sabes cuál es tu miedo? Que

los demás vean que solo eres un crío asustado con una responsabilidad mayor de la que puedes asumir.

Mu se quedó pensativo unos segundos, con la mirada ausente.

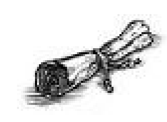
—Pues la verdad es que me has convencido. ¿Lo ves? Ya no creo que tu opinión sobre mí te afecte con los chicos. Simplemente, estás equivocado respecto a ellos. Claro que, bien mirado, eso es casi peor. A lo mejor no eres tan bueno como pensaba. ¡Ah…, las dudas…! Nunca me libraré de ellas. ¿Qué podemos hacer para despejarlas?

—Tú, nada. Mantente alejado de mis clases, Mu. Métete en tus asuntos y déjame en paz.

Mu apretó los labios con mucha fuerza y cerró los ojos.

—*Ummm*... Si es que no puedo, joder. Y mira que lo intento. Tranquilo, mientras Padre te tenga en tan alta estima, estás a salvo de mí. Pero será mejor que no metas la pata con los chicos, la buena, se entiende. Adiós, Oz.

—Adiós, Mu.



Los trillizos practicaban todas las disciplinas físicas conocidas. Trabajaban la fuerza, resistencia, agilidad... y también técnicas de

combate, tanto cuerpo a cuerpo como con armas. Casi siempre estaban cansados, recuperándose de alguna sesión mientras estudiaban. Su alimentación era perfecta y equilibrada, y controlaban su metabolismo para aumentar la síntesis de proteínas o quemar las grasas.

Sus cuerpos estaban perfectamente moldeados, fibrosos, no excesivamente musculados como el del maestro. Ka, el médico, insistía en sus revisiones en que les veía un poco delgados.

—Casi parecéis menores corrientes —mascullaba.

No les quedaba claro si era una protesta o una simple afirmación, por

decir algo. Ka siempre parecía molesto y aburrido. No tenía nada que ver con ellos, simplemente era así.

Era cierto que la mayoría de los magos tenían mayor volumen corporal que ellos, además los trillizos eran un poco bajos para su edad. Pero estaban sanos, que era lo importante, y el pie de Adrián ya estaba completamente restablecido.

El maestro aumentaba a diario la dificultad de las pruebas físicas, exigía más. Durante el entrenamiento físico, Oz se convertía en una persona completamente diferente. No era paciente, como al explicar las runas, hablaba poco y en tono autoritario, y era mucho menos tolerante con los errores.

Aquella mañana, tocaba natación. Los tres hermanos se desnudaron ante la piscina. Las runas refulgían en el fondo para mantener la temperatura y pureza del agua. En sus cuerpos brillaban los tatuajes cuando la luz reflejada sobre el agua incidía sobre ellos.

—Diez largos para empezar —ordenó el maestro.

Los tres hermanos se lanzaron al agua a la vez. Mantuvieron el ritmo constante bajo el agua, durante los diez largos. Habían calculado el esfuerzo y oxígeno necesarios para lograrlo desde la zambullida, y no habían fallado; después de todo, solo era el calentamiento.

Al terminar, sacaron la cabeza del agua al mismo tiempo. Ya se sincronizaban casi sin proponérselo, como un hábito, una necesidad. Descubrieron que cualquier ejercicio era más sencillo si se mantenían en sintonía, incluso para Adrián, que era el más fuerte de los tres. En la piscina, podría haber tardado menos tiempo, pero eso habría implicado romper la simetría con sus hermanos, lo que le habría supuesto un esfuerzo físico mucho mayor que el necesario para aumentar la velocidad, un despilfarro.

—Veinte largos más —dijo el maestro—. Al terminar os espero en el gimnasio.

—Es demasiado, maestro —

protestó Mark.

Sus hermanos lo apoyaron.

—Es solo el calentamiento. Ah, perdón, me he explicado mal. Ahora no tenéis que bucear. Podéis nadar con la cabeza fuera y respirar con normalidad.

Suspiraron, aliviados, pero su alegría se esfumó mientras nadaban. Pronto se percataron de que una prueba tan poco exigente solo podía significar que otra mucho más dura los aguardaba en el gimnasio.

—Nos ha mandado nadar para entretenernos mientras prepara la siguiente tortura —dijo Mark, mientras se secaban y vestían, expresando en voz alta lo que los tres pensaban.

Sus sospechas se confirmaron nada más entrar en el gimnasio. El maestro estaba debajo de dos trapecios que colgaban a unos quince metros del techo, como los que empleaban en los circos. Dos plataformas se suspendían en lo alto de paredes opuestas.

Los trillizos reconocieron la sala. En una ocasión anterior ya habían practicado ese ejercicio: dos de ellos colgaban de los trapecios por las piernas, boca abajo, y el tercero pasaba de uno a otro, dando saltos mortales, hasta alcanzar la plataforma del extremo opuesto. La primera y única vez que lo hicieron no obtuvieron buenos resultados. Contaban once años y cayeron varias veces hasta que Diana

logró llegar al otro lado. Había una red protectora bajo los trapecios, por lo que el único riesgo real eran los bastonazos del maestro cuando fallaban y Oz no perdonaba ningún error.

Con todo, habrían preferido ver de nuevo a su maestro con el bastón en las manos en lugar de decenas de puñales clavados en suelo con la punta hacia arriba.

—Mark cruzará las plataformas —dijo el maestro, cojeando entre los puñales.

—¿Podemos practicar al menos una vez? Han pasado cinco años desde que trabajamos este ejercicio.

—No.

—Preferiría ser yo el que cruzara, maestro —pidió Adrián.

—¿Por qué?

Adrián tardó en contestar.

—Preferiría ser yo el que muera si no lo conseguimos.

—¿Qué diferencia supone quién caiga?

Aquello zanjó la discusión. No eran tres personas diferentes, sino una, y ese argumento no se podía rebatir. Desde que el maestro los enseñó a sentir su alma, les trataba cada vez más como si fueran una sola persona; algunas veces, incluso, olvidaba referirse a ellos en plural. Era irrelevante quién muriese: perderían una parte de su alma y eso era

inaceptable.

Diana se preguntó por primera vez sobre las consecuencias de que uno de ellos muriese. ¿Podrían vivir los otros dos? Solo imaginarlo era doloroso, por eso seguramente aquella pregunta permanecía en un rincón de su mente. Sin embargo, ahora no pudo retener ese pensamiento. El maestro les había explicado que se debilitaban si se separaban, y ellos mismos lo habían comprobado, por tanto si uno moría...

Mark la miró con reproche. Había advertido su temor y sus dudas. Diana asintió y se centró en la prueba.

—Podemos hacerlo —aseguró Adrián.

Sonó firme y confiado, pero en su interior, Diana y Mark percibieron que su actitud, aunque sincera, era forzada. Adrián quería creer lo que acababa de decir.

Mientras ocupaban sus puestos, comprendieron que el maestro les había revelado la clave para superar aquella prueba, su unión, su alma era cuanto necesitaban. Colgar boca abajo de un trapecio y sujetar a otra persona no suponía ninguna dificultad para ellos, tampoco girar sobre sí mismos mientras saltaban de uno a otro. La dificultad residía en la coordinación. Y nadie podía coordinarse mejor que ellos.

Mark se empapó de esa sensación mientras esperaba desde la plataforma a

que sus hermanos fijaran las rodillas en el trapecio y se colocaran boca abajo. Empezaron a balancearse. Mark percibía sus movimientos. Adrián era el primero que debería sujetarlo. Lo sentía cada vez más cerca, luego se alejaba, oscilaba como un péndulo. Diana llevaba la misma cadencia, idéntica, solo que en sentido contrario, cuando Adrián se alejaba, ella se acercaba. Aunque ella estaba más lejos, también la sentía. Mark ajustó la secreción de adrenalina al mismo punto que sus hermanos.

Adrián venía hacia él, estaba a medio camino de recorrer el arco que lo llevaría al punto más cercano posible. Mark saltó. Sin haber tomado impulso,

se elevó casi dos metros de altura, demasiado. Rectificó, se dobló, agarró sus rodillas y las apretó contra el pecho mientras giraba sobre sí mismo. Cuando la gravedad tiró de su cuerpo, se soltó y extendió los brazos. Ya no dependía de él.

Adrián agarró sus muñecas y él las de su hermano. La caída cesó con un tirón brusco. La mano derecha estaba demasiado baja, demasiado cerca de la muñeca. Debía subirla un poco más hacia el antebrazo para poder impulsarse para el siguiente salto. Adrián también lo notó y lo ayudó mientras se balanceaban hacia Diana.

Mark usó las piernas para ganar velocidad en el balanceo. Tenían que

completar el arco un poco antes que su hermana, lo justo para que, mientras Mark girase de nuevo en el aire, ella completara su recorrido y estuviese en la posición necesaria para recogerlo.

Esta vez el salto fue perfecto. Mark terminó el giro y extendió los brazos esperando a que su hermana lo recogiera. En el último momento, algo salió mal y solo consiguió asirlo por la mano izquierda. Mark luchó por aferrarse a su hermana con la mano que le quedaba libre, pero solo logró tropezar con sus dedos. Su cuerpo giraba sobre sí mismo mientras describían el último arco. El balanceo llegaba a su punto más alto y Mark debía soltarse y saltar o no alcanzaría la

plataforma.

El impulso no fue el adecuado, contando solo con una mano, pero Mark se soltó y se elevó en el aire. A pesar de que seguía desorientado, al menos ascendía. Tenía pocos segundos para recuperar el equilibrio y orientar su cuerpo adecuadamente. Mark alargó los brazos para estabilizarse y preparó las piernas para absorber la caída sobre la plataforma, pero falló. Se había quedado corto en el salto, sus pies no encontraron resistencia y siguió cayendo sin remedio.

En el último segundo se salvó. Su mano derecha se aferró al extremo de la plataforma y se quedó colgando. La inercia hizo que se estrellara contra la

pared. Perdió el aliento, pero no se soltó. Cuando consiguió subir, con algo de dificultad, su corazón retumbaba con tanta fuerza que casi no pudo oír al maestro.

—Ahora que cruce Diana.

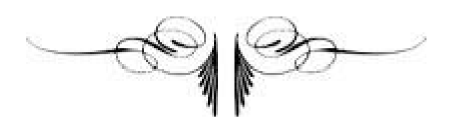
Intercambiaron los puestos y Diana realizó el ejercicio sin complicaciones. Ya era un hecho evidente que los tres hermanos podían sentir sus respectivas localizaciones sin el menor problema.

—Ahora, Adrián.

No habría hecho falta para confirmarlo, pero como el maestro lo ordenó, obedecieron. Adrián incluso dio un doble salto mortal al pasar de Diana a Mark.

—Bien —dijo el maestro—. Ahora bajad y quitaos la venda de los ojos.

VERSÍCULO 6



Mu ya estaba sentado a la mesa con Padre cuando Oz abrió la puerta.

—Siento llegar tarde, Padre.

El anciano asintió con la cabeza, señalando la silla que quedaba libre.

—No hay problema, Oz. Mu acaba de llegar.

Mu hizo un ademán a modo de saludo. Oz no advirtió el brillo desafiante de sus ojos mientras tomaba asiento. La pierna le dolía bastante, pero tuvo cuidado de que no se le notara.

—¿Se trata de los trillizos?

—Le he adelantado a Padre —dijo Mu— que has hecho grandes progresos con ellos.

—Todavía es pronto, pero sí, han progresado —confirmó Oz, molesto—. Sobre todo en el plano físico, en lo que siempre convinimos que eran buenos. El problema sigue siendo el mismo. Su nexo con su alma continúa siendo débil.

—¿Pero han progresado en ese aspecto? —interrogó Padre.

—Sí.

—¿Sigues considerando que no son los indicados?

—Con sinceridad, creo que estamos pisando un terreno

desconocido. Los estamos forzando demasiado, más que a ningún otro que hayamos tenido antes, así que es difícil comparar los resultados.

—Vamos, Oz, mójate —dijo Mu—. Tienes que tomar una postura. Sí o no.

—Preferiría esperar, pero si tuviese que decidirlo ahora, diría que no lo son. Y creo que si sigo presionándolos, terminarán por romperse.

—Entonces se romperán —sentenció Padre.

Oz consiguió mantenerse serio, pero no le pasó desapercibida la sorpresa que le produjo la dureza de Padre. Fue un pinchazo breve, pero lo

suficientemente intenso. A Oz no le gustaba la idea de perder a los trillizos y eso lo intranquilizó. Tal vez Mu tenía razón, después de todo, y sentía cierto afecto por los tres hermanos.

Sin embargo, Oz se sorprendió mucho más al ver que el rostro de Mu se desencajaba. Él tampoco se había esperado algo así, lo que revelaba su interés en los chicos y que, al contrario de lo que había pensado al entrar, no tramaba nada con Padre.

—A lo mejor no me he expresado bien, Padre. Los trillizos tienen un gran futuro como magos, no me cabe la menor duda, sobre todo cuando el entrenamiento pula algunas impurezas de sus personalidades. Que no sean tan

buenos como necesitas, no implica que no...

—Te has explicado perfectamente, Oz —lo interrumpió Padre.

Oz buscó ayuda en Mu, dado el interés que mostraba en los trillizos, pero se le veía desconcertado. Oz maldijo la estupidez de Mu para todo lo que no estuviese relacionado directamente con la lucha. Al mismo tiempo se sintió molesto porque a él le estuviese afectando tanto el destino de los trillizos.

—Entonces, ¿he trabajado con ellos para nada? Con todos los respetos, Padre, no lo comprendo. Creo que si me dejas proseguir como antes, al ritmo

habitual, reduciendo la presión mientras también trabajo con otros chicos, no te decepcionarán los resultados.

—Oz, amigo mío —dijo Padre—. ¿Crees que me gusta tomar esta decisión? Te he empleado a ti con los trillizos porque solo tú puedes conseguirlo. ¿Por qué malgastaría mi mejor recurso si no? Pero tú, mi experto, en quien confío ciegamente, dices que no es posible.

Se hizo una pausa peligrosa. Oz debía medir convenientemente sus palabras porque Padre acababa de cargar toda la responsabilidad sobre él.

—Hay algo más, ¿verdad, Padre? —intervino Mu—. Por eso nos has

llamado.

Oz suspiró aliviado por la intervención de Mu. Se preguntó si lo habría hecho para ayudarlo.

—En efecto —dijo Padre—. No quería mezclar las cuestiones políticas sin antes oír la opinión de Oz. Sé que no te gusta —le dijo a Oz— evaluar la capacidad de los chicos teniendo en cuenta factores ajenos al entrenamiento, pero en esta ocasión no queda más remedio. Tu sugerencia de retomar el ritmo normal de adiestramiento queda rechazada. Los trillizos han de estar listos dentro de un mes.

Oz habría jurado que le fallaba el oído.

—Morirán, Padre. ¿Qué más da lo que pueda enseñarles en un mes? Nadie lo ha logrado antes de los dieciocho años.

—Padre —dijo Mu con el mayor de los respetos—, Oz lleva razón. Bueno, yo no es que sepa mucho de entrenamientos, pero me parece demasiado pronto. ¿De qué nos sirve perderlos?

—Ha muerto un ángel —explicó Padre. De pronto fue como si el anciano mago hubiese rejuvenecido diez años. Su mirada se afiló, sus labios arrugados se tensaron en una mueca que pretendía emular una sonrisa—. Los acontecimientos se precipitan y no podemos evitarlo. Los demás clanes ya

están ultimando los preparativos.

—¿Cómo? ¿Quién? —preguntó Mu.

—Corre un rumor que involucra al Gris en la muerte de Samael.

—El Gris... —murmuró asqueado Oz.

—¿Puede matar a un ángel? —se extrañó Mu—. Entonces es más poderoso de lo que...

—El Gris no importa —atajó Padre —. ¿Me has oído bien, Oz? No quiero que tu deseo de venganza te distraiga de tus obligaciones. Ni siquiera es seguro que haya sido él. De todos modos, lo que sí importa es que alguien ha matado a un ángel. No hay precedentes de un hecho semejante. ¿Podéis entender las

implicaciones?

Hasta donde ellos sabían, nadie podía matar a un ángel. Había una leyenda sobre un ángel que, hacía mucho tiempo, en la época en que los vampiros caminaban a la luz del sol y tenían sometidos a todos los demás seres, había estado a punto de morir. Pero había sido uno de los caídos quien casi le mató. Aquella leyenda, sin confirmar, explicaba por qué los ángeles no intervenían directamente en los asuntos de los seres no divinos, por alguna clase de equilibrio o tregua con los caídos. En cambio, si ahora uno de ellos había muerto...

—Entonces todo se va a precipitar —aventuró Oz—. Nuestro plan...

—Exacto —convino Padre—. La muerte de Samael marcará un antes y un después. Los vampiros ya se han movilizado. Aún no han dado ningún paso importante, pero se han dejado ver después de tanto tiempo ocultos. Traman algo. Y nosotros ya no podemos esperar.

Oz creyó apreciar cierta alegría en los rasgos arrugados de Padre. Aún le costaba aceptarlo, a pesar de que no tenía la menor duda de que la información era cierta. Si se lo hubiese contado cualquier otro que no fuese Padre, se habría limitado a sonreír, seguro de que acababa de escuchar otra de tantas leyendas absurdas que circulaban por el mundo.

—Un mes no es suficiente para los

trillizos, Padre. Son demasiado jóvenes. Deberíamos pensar en otra solución. ¿Qué opinas tú, Mu?

Mu no dijo nada. Saltaba a la vista que estaba igual de impresionado que Oz, pero no se atrevía a contravenir los deseos de Padre.

—Los magos van a actuar —dijo Padre—. Llevamos siglos esperando la oportunidad adecuada. Lo harán contando con nuestro clan o sin él. ¿Lo entiendes, Oz? No van a dejar escapar la única oportunidad que nuestra gente ha perseguido siempre. El mundo va a cambiar, no lo dudes. Fueron nuestros antepasados quienes lo planearon todo y ha sido ahora cuando por fin se han dado las circunstancias. Nos ha tocado a

nosotros. Nuestro clan no es bienvenido, no nos aceptan, salvo si cumplimos con nuestra parte.

—Que es la más peligrosa —dijo Mu—, la que nadie más se atreve a realizar.

—Por algo somos los mejores, Oz.

—Pero, Padre, estamos depositando nuestro destino, y por extensión el de todos los magos, en esos tres chicos.

—No, Oz, no es así —aseguró Padre—. Nuestro destino está en mis manos, no te confundas. Esos chicos están aquí porque yo lo he decidido. Tú los entrenas porque es mi voluntad. Todos sois mis instrumentos. ¿Has

olvidado que perdoné tu vida, Oz?

—Lo sé, Padre. Y te he servido lo mejor que he podido, intentando cada día que no te arrepientas de aquella decisión. Me perdonaste para que me convirtiese en el mejor instructor y espero haberlo conseguido. No me malinterpretes. Si ahora disiento, es precisamente porque trato de ofrecerte lo mejor de mí.

—Nunca lo he dudado, pero te equivocas, Oz. Te perdoné porque eres mi amigo y me hace bien tenerte a mi lado, pero la amistad ya no es suficiente, no ahora que nos lo jugamos todo. —Oz tragó saliva. Mu se removió en su silla. Padre continuó impasible—. Por eso renuevo la oferta que te hice entonces,

cuando fracasaste. Puedes marcharte, Oz, sin rencor, sin ninguna represalia por mi parte. Sé que nunca interferirías en nuestros planes ni harías nada que nos perjudicara. A lo mejor puedes encontrar una vida que te satisfaga en alguna parte. Tienes mi palabra de que nadie irá a por ti. Vete ahora, amigo mío, si no consideras que soy el indicado para dirigir nuestro destino, o si por cualquier razón no deseas someterte a mi voluntad y acatar mis órdenes. Precisamente a ti no quiero obligarte a nada.

Oz era completamente incapaz de imaginar otra vida. Mezclarse con los humanos y fingir ser uno de ellos le repugnaba tanto que prefería morir.

Abandonar a los magos, en general, también era inconcebible para él. Existía la remota posibilidad de dejar el clan de Padre e intentar ingresar en otro, pero esa idea ni siquiera se le pasó por la cabeza. Padre era el mago con más visión que jamás había conocido, alguien que miraba más allá y no temía defender sus ideales. Nadie más había logrado establecer un clan propio al margen de las normas más ortodoxas de los magos. Al principio todos lo repudiaron, pero Padre demostró que tenía razón, que es posible hacer las cosas de otro modo. Ahora gozaba de respeto, incluso los magos de los linajes más poderosos se habían plegado a la evidencia.

Oz comprendió que no tenía ningún dilema en su interior.

—Me quedo, Padre. Y confío plenamente en tu criterio. Si tú dices que es posible, entonces haré todo lo que esté en mi mano para que los trillizos pasen la prueba dentro de un mes.

—Excelente, Oz, porque ya he notificado a los magos que podemos hacerlo.

—A lo mejor yo puedo ayudar —dijo Mu—. Si a Oz no le parece mal, por supuesto. No se me ocurriría interferir en tus métodos de enseñanza, aunque sabemos que tienen que aprender a pelear y ahí creo que sí puedo echarles una mano a los chicos. Solo una sesión,

para evaluarlos.

—No quiero que los lesiones.

—¿Entonces qué vamos a evaluar…? Vale, de acuerdo, intentaré ser bueno. En realidad, a quien quiero convencer es a ti, Oz, que eres el único que duda de ellos. Te apuesto lo que quieras a que, al terminar la sesión, tus dudas habrán desaparecido.

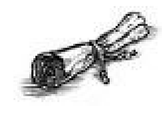
—Esto no es un juego. Es muy serio...

—¿Crees que no lo sé? Te lo tomas todo muy a pecho, Oz. ¿Tan estricto es tu método que no puedo intervenir en una sola sesión de combate? —Mu miró a Padre—. Yo solo quiero ofrecer mi experiencia, a menos que Oz tenga otro

candidato mejor para el combate. ¿O hay alguna razón para que no acepte mi ayuda?

Padre miró a Oz. Y Oz maldijo en su interior. En su última discusión le había advertido a Mu de que no se metiera en sus asuntos, pero el joven mago había sido muy astuto al ofrecerse delante de Padre.

—De acuerdo, una sesión. Y acepto la apuesta.



En el gimnasio había otra persona con el maestro.

—Os presentó a Mu, el mejor mago de nuestro clan. Es un honor que comparta con vosotros su tiempo y su experiencia. Son muy escasos a quienes honra con su presencia.

Los trillizos inclinaron la cabeza como gesto de respeto, tal y como dictaba el protocolo. Con el maestro no era necesario, dada su cercanía, ni tampoco con Ka, pero ante otro mago, los aprendices mostraban el mismo respeto que si estuviesen ante Padre.

Naturalmente, habían oído hablar de Mu, la mano derecha de Padre y el mago mejor considerado del clan. Que ellos supieran, no adiestraba a ningún chico. Sus ocupaciones comprendían tareas del más alto nivel, aunque ellos

no sabían qué significaba eso. Mu era algo más bajo que el maestro y menos musculado, de complexión ágil y fibrosa. Habían visto otros magos con aspecto más imponente.

Mantenía una actitud relajada, a la vez que arrogante, que contrastaba con la postura firme e inquebrantable del maestro, como presto a acatar las órdenes de Mu.

La pregunta que enseguida se hicieron los trillizos era por qué Mu se interesaba en su adiestramiento.

—Vuestro maestro exagera mucho, chicos. No he venido a honraros ni nada de eso, pero él es muy formal con el protocolo, y hace bien, por supuesto. —

Mu se desplazaba entre los trillizos mientras hablaba, quienes se mantenían firmes e inmóviles bajo el descarado escrutinio al que los sometía el mago—. Yo también pasé por una instrucción jodidamente severa y funcionó. Sé lo que pensáis, que ahora no doy precisamente la imagen de un mago disciplinado, y tenéis razón, no lo soy, aunque creo firmemente en la disciplina, como la que os inculca vuestro maestro, con gran acierto. Él sabe, aunque no lo admite abiertamente, que la disciplina es el único modo de encauzar a la chusma. Los que son excepcionales, como yo, se la pueden saltar, van un paso más allá que los magos corrientes. Claro que para eso hay que valer. ¿Vosotros

valéis?

Los tres hermanos permanecieron en silencio. Ni siquiera movieron los ojos para seguir a Mu con la vista.

—Excelente —sonrió Mu—. Vuestro silencio demuestra una educación admirable. Aun así, me gustaría oír una respuesta.

El maestro asintió. Ese simple gesto les concedía permiso para hablar y relajarse. Los trillizos sabían que, salvo Padre, ningún otro mago podía reclamar su obediencia por encima de su maestro.

—¿Cómo podemos saber si valemos o no? —respondió Diana—. No tenemos elementos de juicio para contrastar nuestra capacidad, salvo el

maestro. Si pudiéramos medirnos con otros chicos de nuestra edad, tal vez…

—Valemos —afirmó Adrián—. Puede estar seguro, señor.

Mark relajó su postura.

—Si se trata de pasar de la disciplina e ir más allá, nadie vale más que yo. Todas las normas de aquí me dan bastante asco.

Mu y el maestro intercambiaron una mirada que los trillizos no supieron interpretar.

—Interesante —dijo Mu—. Ella es la inteligente y precavida. Tú debes de ser el valiente. Y tú —añadió mirando a Mark—, el rebelde. No me ha quedado claro quién es el estúpido de vosotros

dos, pero diría que tú.

Mark se inclinó un poco para poder ver al maestro, que estaba detrás de Mu. El maestro asintió de nuevo.

—La verdad es que soy el más tonto de los tres con bastante diferencia. Si no es capaz de verlo con claridad, señor, no me queda claro por qué usted es la mano derecha de Padre. Descartada la inteligencia, solo queda la fuerza. Sin duda, debe de ser el mejor de todos en la lucha porque su aspecto y comportamiento son penosos. El maestro le supera, es imponente y no necesita alardear de sus hazañas ni su pasado para intimidar a tres chicos de dieciséis años. Apuesto a que no podría con él si no fuese por su lesión.

—¡Mark! —El maestro dio un paso al frente—. Te has extralimitado. No te consiento…

—No importa —intervino Mu—. ¿Dices que te he intimidado, chico? No lo creo. Creo más bien que intentas que el maestro y yo nos enfrentemos. Una idea estúpida, por cierto, que demuestra lo poco que has aprendido de nosotros. Has sido osado, desde luego, pero también me has dejado claro que tú, efectivamente, eres el más tonto. ¿Sabes lo que me habría pasado a mí si hubiese replicado en ese tono a otro mago cuando tenía tu edad? Mejor que no lo sepas.

—El maestro nos ha concedido permiso para replicar, señor —dijo

Adrián—. Y usted le ha preguntado a mi hermano. No sabemos cómo fue su entrenamiento, pero da a entender que fue más duro que el nuestro. ¿Es eso lo que busca? ¿Una excusa para castigarnos porque usted lo pasó peor?

En lugar de devolverle la mirada, Mu se dirigió a Diana.

—¿Y tú? ¿No vas a defender a Mark como tu hermano el valiente?

—No advierto ninguna amenaza, señor, pero no dude de que lo haría. ¿O piensa que soy una cobarde?

Mu sonrió.

—Me gustan —le dijo al maestro. Luego se volvió hacia ellos de nuevo—. Son más divertidos que los gemelos.

Bien, chicos, no os he contado por qué estoy aquí. Quiero resolver una pequeña diferencia de opinión con vuestro maestro, nada más. Veréis, él piensa que sois mediocres. ¿No os lo había dicho? Bueno, está bien, he exagerado un poco, pero él no ve nada especial en vosotros. Yo, sí. Yo creo que tenéis mucho más potencial del que dejáis ver, así que hemos apostado a ver quién está en lo cierto, si vuestro maestro o yo.

Mu chasqueó los dedos de las manos, movió la cabeza a un lado y a otro. Después, su sonrisa desapreció. Los invitó a acercarse con un gesto de la mano.

—¿Qué significa eso? —preguntó Adrián.

—Esto es una clase de lucha, ¿no? —contestó Mu—. Cuando queráis.

Los tres hermanos percibieron agitación en sus almas. Dudaban.

—No podemos atacar a otro mago, señor —dijo Mark—. El maestro no nos da permiso. Y yo nunca desobedezco a mi maestro.

Mu se giró hacia el maestro.

—Seguro que os concede permiso. ¿A que sí, maes...?

En cuanto se giró, Mark se había abalanzado sobre él, ante el asombro de sus hermanos. Iba directo a por su cabeza. Mu se abrió de piernas con un movimiento rápido y suave como el de un gato. El puño de Mark atravesó el

aire.

Mu volvió a ponerse de pie casi tan rápido como había descendido hasta el suelo.

—¿No ayudáis a vuestro hermano?

Adrián ya cargaba contra él, mientras Diana se desplazaba hacia la izquierda, formando un semicírculo con sus hermanos para que Mu no tuviese escapatoria. El mago retrocedió, despacio, caminando hacia atrás. Los trillizos sincronizaron sus pasos, su respiración, sus latidos. Apretaban los puños mientras avanzaban. Mu mantenía la distancia con cada paso. Los trillizos ya casi se felicitaban de ver acorralada a su presa. La pared estaba cerca, pronto

el mago no tendría espacio para maniobrar y los tres caerían sobre él desde tres direcciones diferentes. Por muy bueno que fuese, Mu no podría detenerlos a todos.

De repente, Mu se dio la vuelta y se dirigió a la pared, con zancadas rápidas y ágiles. Los tres hermanos aprovecharon que el mago estaba de espaldas para abalanzarse sobre él. Mu no se detuvo al llegar a la pared. Trepó dos pasos hacia arriba, tomó impulso y saltó hacia atrás, girando por encima de los trillizos. Cuando cayó al suelo, en perfecto equilibrio, eran ellos los que estaban contra la pared y él disponía de todo el gimnasio.

Esta vez fue Adrián el primero en

atacar. Mu se agachó, esquivando un puñetazo, giró de espaldas sobre el suelo y terminó levantándose sobre las manos. Diana se lanzó para barrer sus brazos de una patada, pero el mago levantó la mano derecha. Mark, que había iniciado un movimiento como el de su hermana, pero un segundo más tarde, para que sus pies no chocaran, estaba a punto de golpear el brazo izquierdo de Mu, el único apoyo que le quedaba. El mago flexionó ese brazo y lo estiró. Con ese simple impulso, se elevó, evitó a Mark, y de nuevo aterrizó de pie, mientras ellos estaban tirados en el suelo, asombrados.

Entonces Mu pasó a la ofensiva. Corrió hacia ellos. Los trillizos

reaccionaron y se colocaron en formación, de modo que no fueran vulnerables los tres. Mu amagó a un lado, luego cambió y se dirigió al otro, para terminar pasando entre ellos sin que lo tocaran.

La rabia creció entre los tres hermanos al darse cuenta de lo inútiles que eran sus esfuerzos. Mu bailaba a su alrededor, giraba, realizaba acrobacias, les impedía mantener la simetría. Y ellos no eran capaces de rozarlo siquiera. Podría haberles derribado con una mano atada a la espalda.

—De acuerdo —dijo Diana—. No podemos con él.

—Eso es evidente —gruñó el

maestro—. La prueba no consiste en vencerlo. Miradle bien. Mu os esquiva por instinto, ni siquiera tiene que pensar. Para él es un acto natural que tiene tan interiorizado que lo realiza mecánicamente. Es probable que en su cabeza esté tarareando su canción favorita mientras tratáis de alcanzarlo.

—A lo mejor tenías tú razón respecto a ellos —le dijo Mu al maestro —. Con lo que detesto equivocarme…

Los trillizos redoblaron sus esfuerzos. No por la burla implícita en el comentario de Mu ni por la apuesta sobre si eran o no mediocres. Fue por orgullo. Ni siquiera tenían que vencer el combate y no eran capaces de asestar un solo golpe. Sus mentes se vaciaron, no

quedo nada más que rabia. Mu se había convertido en su enemigo. Ya no había nada más en el mundo que ese mago arrogante.

Sin embargo, los resultados no variaron. Mark recurrió a todos los trucos sucios que se le ocurrieron. Lo insultó, trató de fingir una lesión, le arrojó sillas y otros objetos, incluso le escupió, pero ni una sola gota de saliva cayó sobre Mu. Diana aprovechaba la furia de Mark y la fuerza de Adrián para quedarse ligeramente atrasada. Reservaba fuerzas para el momento apropiado, estudiaba los movimientos de Mu, trataba de anticipar sus acrobacias. Mientras, Adrián descargaba golpes furiosos con todas

sus fuerzas y trataba de abarcar el mayor espacio posible.

Nada cambió.

Entonces Mu se quedó quieto. Los trillizos jadeaban; él ni siquiera sudaba.

—Creo que lo justo es que los estimule un poco.

—No, Mu —se opuso el maestro.

—Venga… ¿Así quieres ganarme? Necesitan sentir algo de peligro. Déjame enseñarles.

El maestro reflexionó un segundo.

—¿Es todo lo que sabéis hacer? —les gritó a los tres hermanos—. O mejor dicho, ¿es todo lo que creéis que sabéis hacer?

—¿De qué te quejas? —bufó Mark, furioso—. Eso significa que tú tenías razón, ¿no?

—Estamos esforzándonos al máximo —dijo Adrián.

—Entonces, Mu lleva razón. Ni siquiera os conocéis a vosotros mismos. Necesitáis ayuda.

—No —intervino Diana—. No estamos fingiendo. Mu es superior a nosotros, de verdad.

—Ya os habéis enfrentado a adversarios superiores, más fuertes que vosotros. Comprobadlo.

El maestro le hizo un gesto afirmativo a Mu con la cabeza. Y Mu, rápido como un rayo, golpeó a Diana en

el estómago. Una vez en el suelo, pisó su cuello.

Adrián y Mark sintieron la falta de oxígeno que sufría su hermana. Atacaron a la vez. Mu alzó las manos y detuvo sus golpes sin esfuerzo, aprisionando sus puños. Los dos hermanos lo intentaron con las manos que tenían libres, pero Mu los soltó y bloqueó esos ataques.

—Patético.

El maestro, a su espalda, gritó con todas sus fuerzas.

—¿Qué os pasó el día que os trajimos? ¡Tuvisteis una pelea con dos chicos mayores en el colegio! ¡Uno de ellos era el hijo del director! ¿Ya se os ha olvidado?

—Bastardo —gruñó Mark.

Atacaron de nuevo. Y de nuevo Mu los rechazó.

—¿Por qué os peleasteis en aquella ocasión? —siguió el maestro—. Por vuestra hermana, ¿no es cierto? La insultaron, no querían que jugara con vosotros. ¡Acordaos! ¡Eran mucho mayores! ¿Eso os detuvo?

Adrián cargó directamente contra Mu, rugiendo. El mago bloqueó su camino con las manos y lo arrojó a un lado sin dejar de presionar el cuello de Diana. Mark podía notar cómo ardían los pulmones de su hermana.

—¡No fue así como lo hicisteis aquel día!

Mark no escuchaba al maestro, solo quería destrozar a Mu aunque fuera lo último que hiciese en la vida. Ciego de ira, se lanzó con todas sus fuerzas, ansioso por estampar su puño contra la estúpida cara del mago. En ese arrebato no vio que Mu había liberado a Diana y tropezó con ella.

Ver a sus hermanos tirados e indefensos en el suelo, provocó una explosión en Adrián, que se levantó rugiendo. La rabia deformó la visión de Adrián hasta que solo quedó la silueta de Mu frente a él. Concentró toda su fuerza en el puño derecho.

Le golpeó en el hombro y acompañó su puño con un giro de caderas, volcando todo el peso de su

cuerpo. Mu salió despedido casi dos metros de distancia y se estrelló contra la pared. El mago se desplomó en el suelo boca abajo. Un fino hilillo rojo se asomó debajo de su cabeza.

—Así lo hicisteis aquel día en el colegio —dijo el maestro, recuperando el tono normal de voz. Adrián aún mantenía el puño en el aire. Otros dos puños se situaban cerca del suyo—. Así pudisteis vencer al hijo del director y a su compañero, a pesar de que eran mucho más grandes que vosotros. Los golpeasteis al mismo tiempo, fuisteis uno por un breve instante en que vuestra alma estuvo completa. No os disteis cuenta aquel día porque es un instinto que aún no controláis, pero que en

circunstancias extremas os domina, como cuando Diana está en peligro. Aprenderéis a controlarlo y a usarlo a vuestra conveniencia.

Los trillizos retiraron el puño a la vez sin dejar de mirarse. Comprendieron que el maestro tenía razón. Sin actuar de un modo consciente, habían golpeado en el mismo momento, conectándose por un instante y haciendo que toda su fuerza se multiplicara.

Miraron a Mu tendido en el suelo. No se movía.

—¿Está…?

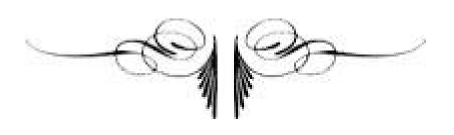
—No —dijo el maestro—. Mu ha dejado que lo golpeéis. Para él, que controla a la perfección su cuerpo y su

alma, y que además está entrenado, supone más esfuerzo quedarse quieto que esquivaros.

El mago se levantó tranquilamente. Su labio partido derramaba sangre. Su mirada era muy intensa, sus ojos brillaban de un modo extraño. Por suerte, aquella mirada iba dirigida al maestro.

—Creo, amigo mío, que yo he ganado la apuesta —dijo con una sonrisa que abrió más la herida de su labio.

VERSÍCULO 7



—Adelante, Erik, sé bienvenido —saludó Padre—. Toma asiento, por favor.

Los hermosos ojos negros de Erik se posaron en la silla que Padre le señalaba con su arrugada mano. Erik permaneció de pie, observando a la persona que se sentaba al otro lado de la mesa.

—Sin ánimo de ofender, Padre, creo que tu invitado debería esperar fuera.

Lo dijo con suavidad y respeto, a pesar de que Erik, como casi todos los magos puros, no soportaba la presencia de los humanos a la hora de hablar de sus asuntos. No los consideraban sus iguales y, por tanto, no merecían compartir mesa con ellos. Padre coincidía con esa línea de pensamiento, a pesar de que ni él, ni ningún miembro de su clan eran puros. La diferencia era que Padre sabía hacer excepciones, algo impropio de los magos, y el hombre que estaba a su lado era, sin duda, una excepción que no convenía ignorar.

—Mario Tancredo se queda —dijo Padre—. Espero que puedas ceder al deseo de un pobre anciano en su propia casa.

Padre y Erik se miraron. En realidad, Erik no había mirado directamente a Mario ni una sola vez, cosa que no se podía decir del empresario, que observaba todo con suma atención.

Desde luego Padre no era un simple anciano. Tanto él como Erik lo sabían. El contraste físico entre ellos no dejaba de ser llamativo. La imagen de Padre podía pasar por la clásica que abundaba en la cultura popular, un personaje con bastón, de avanzada edad y ojos cargados de sabiduría. Incluso vestía una túnica holgada. Si le pusieran un sombrero picudo y una barba larga podría pasar por uno de los magos más populares de la literatura universal.

Erik, por el contrario, era la imagen opuesta y, al mismo tiempo, la que mejor representaba un mago de verdad. Su cuerpo era una mole de músculos perfectamente esculpidos que harían que cualquiera se lo pensara dos veces antes de llegar a una confrontación física con él. En cierto modo, su aspecto recordaba a Oz, aunque era más alto y no estaba calvo.

Erik, además, era atractivo. Su postura corporal era perfecta, erguida, sus movimientos elegantes, llamativos por su agilidad a pesar de su envergadura. En más de una ocasión, Erik había representado a los magos frente a las demás facciones, dado que personificaba la imagen que querían

transmitir a los integrantes del mundo oculto.

No obstante, lo más importante de todo era que, además de ser puro, es decir, nacido de dos magos, su linaje era el más antiguo e importante de la raza, con una línea de descendencia completamente limpia, sin dudas sobre sus antepasados.

—He venido en representación de los otros clanes, Padre, de todos. Ofendería a mis superiores si compartiera con él nuestros asuntos.

—Muy cierto. A menos, claro, que... se me ocurre... que no se ofenderán si no llegan a saberlo. —Los ojos de Padre centellearon—. Los

magos nunca se imaginarían que un menor haya estado presente en nuestra conversación, así que nadie te preguntará al respecto. ¿Qué necesidad hay de revelar un detalle tan insignificante? Además, en el prácticamente imposible caso de que alguien preguntara, ¿quién iba a dudar de ti, Erik? ¿Es eso siquiera posible? ¿O es que tu reputación ha mermado sin que yo tuviese noticia de ello?

Se miraron. Padre mantuvo deliberadamente una expresión cordial y humilde. Su aspecto era el de un anciano desvalido. Sus palabras, sin embargo, llevaban veneno. Le había lanzado a Erik una estocada directamente a la base de su orgullo. Discutir su argumento lo

forzaría a admitir que su intachable reputación no bastaba para acallar cualquier posible duda en torno a un simple detalle sin importancia.

Padre escondió el placer que sentía cuando desafiaba el endiosamiento de los magos, un sentimiento que compartía en gran parte, salvo cuando no resultaba práctico, como ahora. Esa era una de tantas diferencias que lo separaban de los magos puros.

Sin embargo, Erik no retrocedería sin más después de haber formulado una petición directa para que Mario se marchara inmediatamente. El orgullo se lo impedía, pero ese mismo sentimiento le impedía discutir con Padre. Era sorprendente cómo una cuestión tan

insulsa podía despertar un dilema en un mago.

Padre observó a Erik mientras resolvía su conflicto. Se preparó para adoptar una estrategia más agresiva si no tenía más remedio.

Con sorprendente calma, el joven mago elevó su musculoso brazo y señaló a Mario, sin despegar sus ojos de Padre.

—El menor no hablará —dijo con naturalidad—. Permanecerá sentado y no interferirá en la conversación. Se preocupará de que yo no advierta siquiera su presencia o desde luego él notará la mía.

Padre admiró a Erik en silencio, sin que se notara. El mago había resuelto

su pequeño duelo a la perfección. Había cedido a que Mario se quedara sin dar una impresión débil, más bien al contrario. Erik había enunciado su condición con el tono de quien está dando una orden, sin dejar espacio para una posible negociación. Irradiaba firmeza y autoridad, su poderoso brazo amenazaba y al mismo tiempo embelesaba por su belleza y sus movimientos exquisitos. Erik se reveló como un excelente diplomático. No sorprendía que fuese el favorito de los magos.

Pocos menores habrían guardado la compostura bajo la presión de aquel musculoso brazo y la amenaza de aquel ser imponente como lo hizo Mario

Tancredo. El empresario se limitó a ajustarse el nudo de la corbata con gesto altivo, pero no pronunció una sola palabra. También cuidó de que su expresión fuera convenientemente neutra. Mario conocía lo suficiente a los magos para saber que Erik no necesitaba mirarlo directamente para verlo con claridad y que cumpliría su palabra si un menor lo desafiaba en su propio terreno.

Aquellos eran tipos importantes, cada uno a su modo, personalidades de la mayor relevancia en sus respectivos mundos. A Padre no le sorprendía que supieran comportarse porque ningún estúpido podía alcanzar semejantes posiciones y conservar la vida demasiado tiempo.

Finalmente, Erik tomó asiento.

—Continuamos sin una explicación clara sobre la muerte de Samael. Los brujos no hablan. Yo mismo les he hecho una visita. Los vampiros se han negado a establecer contacto con nosotros y los hombres lobo se mantienen al margen, como si nada hubiese sucedido.

—Seguro que ellos no tienen nada que ver —señaló Padre.

—En eso coincidimos todos —convino Erik—, pero el caso es que solo hay rumores, nada sobre lo que cimentar conclusiones sólidas.

—¿Qué hay del Gris?

—Se confirma que está

involucrado, pero no está claro su papel en la muerte del ángel. Algunos centinelas dicen abiertamente que fue él, pero muy pocos, y sin ofrecer pruebas. La mayoría evita hablar sobre el asunto. Si se les pregunta directamente, no vacilan en zanjar la conversación por métodos... digamos que poco diplomáticos.

—Es lo normal. No pueden admitir que un ángel haya muerto, menos aún a manos de un mortal. Trabajan directamente para ellos…

—Suponemos que ocultan algo.

—Tal vez no. Puede que realmente no lo sepan —comentó Padre—. No veo a los ángeles informando de un hecho

como ese a los centinelas. Como mucho, hablarían con los obispos, y ni eso, en realidad. Ya ha habido filtraciones en el pasado. ¿Alguna novedad con los demonios?

—Nada en absoluto. Es imposible sonsacarles nada, pero si hubiesen sido ellos, habría estallado la guerra. No, no creemos que los demonios sean los responsables. —Erik suspiró—. En definitiva, solo tenemos especulaciones. Quienquiera que haya sido oculta muy bien sus pasos. La mejor pista es el Gris.

—Es la única pista.

—Correcto. De momento le vamos a vigilar para ver cómo reaccionan los

demás. Si alguien sabe algo que nosotros desconocemos, seguramente tratarán con él y obtendremos más información.

Padre torció el gesto.

—¿Están de acuerdo en eso todos los clanes?

—No te preocupes, nuestro plan no ha variado. No cambiaremos nada a menos que tengamos alguna certeza. Nos jugamos demasiado para permitir que habladurías sin verificar nos afecten. No sería la primera vez que circula información que luego resulta ser falsa o incompleta.

—Sabia decisión —asintió Padre —. Me sorprende que nadie se opusiera

a una medida tan cautelosa. ¿Y cómo se va a vigilar al Gris sin alterar nuestros planes?

—Indirectamente. Me he acercado a un nuevo miembro de su grupo, una mujer llamada Sara...

—Ya… Puedo imaginar cómo cayó rendida ante tus encantos. No se me ocurre nadie mejor que tú para una misión como esa. ¿Desplegaste todo tu atractivo? Apuesto a que la pobrecilla se derritió bajo tu mirada.

Erik ladeó la cabeza.

—Admito que podría haber ido mejor. El Niño se entrometió y lo estropeó todo con su bocaza, pero fue un buen comienzo. Volveré a verla muy

pronto.

—Admiro tu devoción por nuestra causa —sonrió Padre—. No te creía capaz de... tontear, si me permites la expresión, con una menor sin que se note el rechazo que te producen.

—Soy perfectamente capaz de dominar mis emociones.

—¿Seguro? No pretendo dudar de ti, al contrario, sabes que me interesa mucho que tengas éxito en esta empresa, pero ¿has considerado si también podrás controlarte cuando llegues a la parte íntima de la relación? Si esa mujer acompaña al Gris, no será estúpida, y ninguna mujer te confiará sus secretos sin sentir que tiene un lazo especial

contigo. Me temo que tendrás que acostarte con ella, y hacerlo bien, amigo mío, con pasión, consiguiendo que se sienta especial. ¿Serás capaz de esconder tu repulsión sin que ella se dé cuenta? ¿Y tu mujer? ¿Aprueba que acabes en los brazos de otra? Si no recuerdo mal, enloqueció una vez porque mantenías una amistad muy estrecha con otra maga que ni siquiera era pura.

—Mi mujer me propuso a mí para esta misión. Ella sabe que es imposible que me enamore de una simple menor. Y precisamente porque conoce mi destreza, considera que nadie podría hacerlo mejor que yo. ¿Satisface esa explicación tus temores o tienes alguna

otra duda?

Padre sabía que la mujer de Erik era fanática hasta el extremo. Se rumoreaba que los menores le daban tanto asco, que nunca salía de las torres que los demás clanes de magos ocupaban. Los rumores, además, no se detenían ahí. Padre había escuchado suficientes como para separar la invención de la realidad, y no albergaba dudas de que era una mujer muy estricta, que apenas se dignaba a hablar con los magos que no eran puros y de buen linaje. También se decía que era fácilmente irritable, por decirlo de un modo suave, aunque en verdad era insoportable. Quizá se le hubiera perdonado ese carácter tan agrio si

hubiera tenido un rostro hermoso.

Erik se había casado con ella únicamente por su posición, en una maniobra inteligente por su parte. En opinión de Padre, si el joven mago era capaz de casarse con aquella arpía para reforzar su propio linaje, no tendría ningún problema en compartir cama con una menor durante una temporada, para averiguar en qué grado estaba implicado el Gris en la muerte del ángel.

—Tus explicaciones, Erik, me satisfacen completamente, como siempre. Te agradezco mucho que me hayas puesto al día. —Padre miró de reojo a Mario, que se acomodó en la silla y suspiró de un modo significativo —. Por otra parte, me gustaría

trasladarte cierta información, por si te sirve de ayuda. Es una advertencia. Mi amigo Mario, aquí presente, se encontró con Sara hace muy poco. Contrató al Gris para que lo ayudara con un problema familiar y ella lo acompañaba. El caso es que, en opinión de Mario, Sara podría estar enamorada del Gris.

Erik no desvió la mirada hacia el empresario, quien a su vez no dio muestra alguna de que su nombre hubiera sido mencionado.

—Tomaré esa advertencia como corresponde, considerando su procedencia.

—Estoy seguro de ello —asintió Padre.

—Ahora debo conocer tu respuesta, Padre. Las grandes casas están dispuestas a olvidar el pasado y permitirte colaborar si eres capaz de hacer lo que prometiste, pero necesitan saberlo ya o no habrá tiempo de trazar un plan alternativo.

—Comprendo. —Padre se removió en su asiento, elevó la espalda en el respaldo de la silla. Sus ojos ancianos se situaron a la altura de los de Erik—. Yo no pienso olvidar el pasado y ellos tampoco, pero como veo en ti un nuevo futuro para nosotros, me contendré por ahora. Sin embargo, Erik, espero que me entiendas cuando te digo que a mí nadie me permite nada. No tolero ese tono condescendiente, de absolutamente

nadie. Voy a participar en esto porque me necesitáis, así de sencillo. Mi contribución a la causa no es comparable con la de nadie más, y si los demás magos y sus condenados linajes puros insisten en comportarse como si me estuvieran haciendo un favor, los obligaré a suplicarme que los ayude. Así quedará clara la posición que ocupamos cada uno.

—No estás siendo razonable, Padre. Ellos hablan de ese modo desde hace milenios, no puedes cambiar nuestras costumbres en solo unos...

—No son solo palabras. Realmente lo piensan.

Erik suspiró.

—En efecto, así es. ¿Quieres generar un conflicto por una cuestión de protocolo? Has conseguido que toleren tu clan con todas las... irregularidades que se cometen aquí dentro. Lo sé, Padre, lo sé, conozco tus motivos y sabes que yo no los rechazo, aunque tampoco los comparto. La cuestión es que no puedes pretender que todos los magos cambien de la noche a la mañana.

—El protocolo, Erik, es sumamente importante. Dice mucho para quien entiende. Tú deberías saberlo bien. Si aparezco en el consejo como un inferior al que se le permite comparecer como un favor...

—No te dejarán participar en el consejo. Lo sabes, Padre.

—Claro que lo harán. De momento, es mi única condición.

Por primera vez, Erik se mostró nervioso.

—Esa condición es inaceptable. Nunca ha asistido un mago que no sea puro.

—Siempre hay una primera vez. Las circunstancias son excepcionales, como ya hemos hablado, y también lo que ofrezco yo. Que mis métodos no les gusten, no varía el resultado.

—Es imposible, lo siento. Puedo conseguir que no tomen represalias contra ti, Padre, pero no te aceptarán hasta ese punto. Nadie es insustituible. Otro clan podría ocupar tu lugar.

—Podría, pero no lo hará. Morirían… ¿cuántos? ¿La mitad de ellos? Vamos, habéis hecho los cálculos antes de recurrir a mí. No me lo digas si no quieres, pero sustituir mi clan supondría una pérdida incalculable en vidas. El clan que sustituyese al mío quedaría tan diezmado que no tendría ningún futuro, salvo servir a los demás. Y no me digas que se han organizado para sacrificar magos de todos los clanes porque no me lo creo. No, la solución es que yo cargue con la parte más peligrosa, con la que nadie se atreve. A cambio solo pido que se reconozca mi posición. Erik..., ¿cómo puede ser eso demasiado?

—No lo es. Es una petición justa y

cuentas con mi apoyo, pero eso no evita que sea imposible. Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Sin embargo es posible y relativamente sencilla de cumplir. Lo único que hace falta es que tú me respaldes en el consejo.

El hermoso rostro del joven mago se deformó por el asombro.

—Lo siento, Padre, no puedes pedirme eso. He hecho mucho por ti. Ni siquiera te habrían escuchado de no ser por mi intervención, pero respaldarte para entrar en el consejo...

—Es algo insignificante para ti. Nadie goza de mayor reconocimiento y estima que tú. Demuéstrales la razón por

la que eres el mejor, Erik. Haz valer ese reconocimiento que te has ganado. ¿De qué te sirve si no? ¿O es que no estás tan considerado como creo?

—Ese juego no funciona conmigo. Sabes que no hay otro mago puro que te apoye. Me adulas para conseguir lo que quieres.

—Muy cierto, pero también porque creo sinceramente lo que he dicho. Además, cuando esto termine y consigamos que los magos ocupen el sitio que merecen, todos verán que ha sido gracias a ti, Erik, que apoyaste al clan que se ocupó de la parte más dura. Nadie podrá negar eso.

Padre advirtió el brillo en los ojos

de Erik y supo que ya lo tenía en sus manos. No le hizo falta añadir que, si fracasaban, poco importaba lo que les sucediese después a los magos. Se lo jugaban todo a una carta.

—¿Tan confiado estás en tu nueva adquisición? —preguntó el joven mago —. Quiero saberlo antes de embarcarme en esto.

—Desde luego. Esos trillizos son excepcionales.

—Quiero verlos.

—Están recuperándose de su entrenamiento, ya sabes lo exigente que es su instrucción. Tal vez cuando estén en una fase más relajada. ¿Qué tal dentro de un mes?

—Dos semanas —dijo muy serio Erik—. Después informaré al consejo. No voy a respaldarte sin haberles echado un vistazo siquiera.

—Conforme. Podrás hacer las pruebas que consideres oportunas y te convencerás por ti mismo.

Erik abandonó la estancia, pensativo, casi olvidándose de despedirse. Padre lo contempló con la satisfacción de haber realizado un buen trabajo. Había conseguido prácticamente todos los objetivos que se había fijado para aquella conversación, salvo algún pequeño detalle en el que Erik había sido inflexible, como el plazo de dos semanas. Pero, en general, todo había ido bastante bien.

Padre no se alegraba de la consecución de dichos objetivos, sino de su buen juicio para fijar metas reales, alcanzables, en lugar de perseguir sueños irrealizables. Ese era el secreto. Los grandes planes se realizan paso a paso.

—Un chico impresionante —dijo Mario Tancredo—. He visto pocas personas con ese equilibrio, fuerza, capacidad de decisión, inteligencia, dominio de sí mismo... Me gusta.

—Es el mejor —confirmó Padre.

—Creía que ese puesto era para tus trillizos.

—Los trillizos aún no han pasado la prueba. Y la fuerza no lo es todo,

amigo mío. Erik es mucho más que un mago fuerte, como ya has dicho.

Mario asintió.

—Vas a matarlo, ¿no?

A Padre no le sorprendió la petición de Mario, porque eso era, una petición informal, en tono despreocupado, que enmascaraba algo así como una orden, y también un temor.

A Mario, por muchos contactos que tuviese, Erik lo había impresionado de verdad. Después de todo era un menor y los menores no podían contemplar a un mago como ese sin sentirse en desventaja. Sin embargo, su temor no manaba de un complejo de inferioridad, del que quizá ni siquiera fuese

consciente. Padre conocía su modo de pensar y actuar. Mario Tancredo aplastaba a sus enemigos. Era un hombre despiadado y no vacilaba en librarse de los obstáculos que no podía superar, que eran demasiado para él, lo que implicaba la capacidad de reconocer a un superior. Padre veía con agrado que un hombre fuese consciente de sus limitaciones, claro que al mismo tiempo esa cualidad hacia parecer a Mario un tanto débil a los ojos de Padre. El caso es que por suerte o por desgracia, Mario Tancredo le caía bien. Quizá la edad comenzaba a afectar sus emociones más de lo aconsejable.

El problema residía en que Padre prefería otro modo de proceder.

Eliminar a alguien tan valioso como Erik, con tanto potencial, sería un desperdicio. A alguien así se le utilizaba. En el futuro, Erik podría ser el mejor aliado o un temible enemigo, pero mientras existiese una sola posibilidad de que se tratara de la primera opción, Erik no moriría. No solo eso, sino que lo defendería si fuese necesario.

—Naturalmente —sonrió Padre—. Erik morirá muy pronto. ¿Acaso lo dudabas?

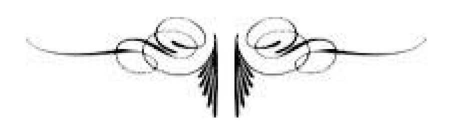
Mario le devolvió la sonrisa.

—No. Ya sabes que confío plenamente en tu buen juicio.

Lo que Mario Tancredo no sospechaba era que el buen juicio de

Padre le decía que, si el plan de los magos tenía éxito, era muy posible que Erik acabara rigiendo el mundo.

VERSÍCULO 8



Ya nunca bajaban la guardia. Los trillizos estaban alerta incluso cuando no asomaba ninguna amenaza a la vista, como ahora, que estaban solos en su habitación. Los tres se sentían agitados e intranquilos, incapaces de relajarse.

—Diez años de palizas nos han convertido en idiotas —bufó Mark—. Ya ni siquiera sabemos qué hacer si alguien no nos lo ordena. Buscamos el peligro en todas partes. Ser mago es una mierda.

Adrián y Diana callaban. No necesitaban hablar o asentir para dejar claro que compartían esa observación. Mark simplemente era más directo expresándose.

Diana había pensado sobre esa cuestión muchas veces. ¿Cómo serían de no haber sido raptados? Tal vez ahora estarían riéndose y jugando. Bueno, puede que jugando, no. Con dieciséis años ya no se juega como cuando se es un niño, pero solo podía imaginarse de ese modo, igual que se veía en sus recuerdos de cuando eran libres.

Recordaba un juguete en especial que les gustaba mucho a los tres. Era un circuito para coches de carreras con diferentes piezas, rectas y curvas, que se

ensamblaban de muchas formas para dar lugar a pistas con diferentes trazados. Repasando aquellas imágenes, vio claro que estuvieron unidos desde su nacimiento sin saberlo, tal y como el maestro les había explicado. Diana y sus hermanos montaban el circuito a la vez, cada uno empezando por una parte distinta y sin hablar, y al final siempre encajaban las piezas a la perfección. Su vínculo funcionaba de un modo inconsciente.

A lo mejor no lo habrían desarrollado completamente de no ser por los magos que los habían formado y, ahora, tal vez sabrían hacer otras cosas, como jugar al fútbol o tocar algún instrumento musical, quién sabe. ¿Cómo

serían si no les hubiesen robado su vida? Diana se esforzaba por imaginarse formando parte de una familia, pero no era capaz. Ya no. El entrenamiento había suprimido completamente esa faceta de sus pensamientos. Solo le quedaban recuerdos de los niños que habían sido tanto tiempo atrás.

Ese terrible sentimiento de pérdida e impotencia por no haber tenido elección convivía con uno nuevo que había descubierto recientemente y que era, en cierto sentido, contrapuesto. Diana se sentía fascinada por su propia naturaleza de maga desde que el maestro les había explicado quiénes eran en realidad. Dominar su cuerpo siempre había resultado placentero de un modo

complicado de explicar, pero las runas eran casi como una droga para ella desde que aprendió a pintarlas con su propia alma, sin la estaca. Todavía se agotaba al hacerlo porque no dominaba la técnica, pero eso no enturbiaba la experiencia. Su alma recorría todas las fibras de su cuerpo, lo notaba al dibujar, al extraer de sí misma la energía que daba forma a los trazos de las runas. Sentía un cosquilleo delicioso al hacerlo, percibía un murmullo.

Poco a poco, fue entendiendo que podía concentrar ese cosquilleo en una parte concreta de su cuerpo, un dedo, un pie, una oreja, la que fuera. No era sencillo y a veces el foco se desplazaba a un lugar diferente del que ella

pretendía, pero iba mejorando. Cada localización producía un efecto distinto en la pintura resultante. A veces las variaciones eran mínimas, otras eran enormes, pero era evidente que cada una era más adecuada para determinadas situaciones. Por ejemplo, concentrarse en las piernas le confería la habilidad de dibujar ciertos símbolos mucho más rápido. El corazón alargaba el efecto de la runa y así sucesivamente.

Al principio pensó que aquellas variaciones equivalían a utilizar distintos ingredientes con las estacas, pero Diana sospechaba que había mucho más. Su cuerpo, el medio por el que accedía a su alma, no se limitaba a concentrarse en una parte de su

anatomía. También importaba la postura, el estado anímico y creía que lo que hubiese comido ese día. Y, por su puesto, la relación con sus hermanos.

Diana vislumbraba una cantidad de variables infinita en la creación de runas y estaba convencida de que había algún símbolo que solo podían dibujar los magos. Profundizar en esa ciencia la absorbía por completo, pensaba en ello incluso mientras realizaban las prácticas físicas. Ahora, ese don formaba parte de su ser y no creía posible vivir sin esa nueva faceta que había descubierto. Vivir sin conectar son su alma sería como estar muerta.

La sorprendió pensar de ese modo, sobre todo, porque implicaba un

tratamiento despectivo hacia las personas normales que ahora le producían rechazo. Imaginarse como un ser humano corriente le parecía regresar a una forma de vida inferior, más limitada, con menos posibilidades. Como maga, al estudiar a la humanidad, contemplaba a sus miembros desde la distancia. Se sentía superior. No podía evitar compadecerse de ellos al ver que no podían correr más que unos segundos al límite de sus fuerzas sin agotarse, por poner solo un ejemplo.

Ese orgullo se mezclaba con la culpabilidad. No le gustaba pensar en otras personas como inferiores a ella y, a la vez, no podía evitar que aquella sensación de superioridad creciera en su

interior.

Lo peor de todo, lo que más odiaba de sí misma hasta un punto que no quería reconocer ni en lo más profundo de su ser, era que su reciente sentimiento de supremacía no se limitaba a los seres humanos, a quienes todavía se resistía a llamarlos menores. Diana pensaba que era la mejor de los trillizos y que por eso comprendía mejor todo lo relacionado con el alma y las runas. Mark, en particular, le causaba un profundo malestar. Si no se equivocaba, los tres debían ser complementarios, pero no sabía cómo encajaba su hermano en el puzle. Adrián era claramente superior en el aspecto físico; ella, en el mental. No encontrar un hueco

para Mark la estaba matando por dentro, porque no quería pensar así de su hermano. Ella lo amaba. Era su propia alma.

Por eso ponía tanto empeño en sus estudios. Dejaba que sus hermanos creyeran que se trataba de una simple fascinación por las runas, cosa que en parte era cierta. En realidad notaba cómo progresaba y, si seguía por ese camino, antes o después, su comprensión crecería y le permitiría descubrir el rol de Mark. Así volvería la paz a su interior y podrían ser felices los tres cuando supiese exactamente cómo se complementaban y cómo funcionaba su unión.

—Tal vez nos estén dando tiempo

para recuperarnos —opinó Adrián.

Diana regresó a la conversación, que había continuado mientas ella estaba absorta en sus cavilaciones.

—Pues aprovechémoslo —dijo Mark—. Nos han machacado últimamente, así que descansemos. No creo que hayamos pasado lo peor. Si nos dejan reponernos, imaginaos lo que nos espera. Puedo ver al maestro echándonos la bronca por no haber descansado cuando teníamos la ocasión.

—Pero si bajamos la guardia...

—Por eso nos turnaremos —cortó Mark—. Uno de nosotros estará siempre despierto y dos durmiendo. ¿Podemos despertarnos con la sensación de alarma

del que esté vigilando?

—Sí —aseguró Diana—. Es una buena idea.

—Yo haré el primer turno —se ofreció Adrián.

Mark levantó la mano.

—No. Tú dormirás todo el rato. Diana y yo nos turnaremos.

—Pero soy el más...

—Fuerte, sí, lo eres, y siempre nos proteges. Por eso eres el que más tocado está de los tres y el que necesita más reposo. ¿Y si no hay ninguna prueba hoy? —se apresuró a decir Mark al ver que su hermano iba a replicar—. ¿No quieres estar en plenas facultades mañana para cuidarnos?

Adrián se quedó callado, pensativo.

—Mark lleva razón, hermano —dijo Diana—. Es nuestro turno de cuidarte. Nosotros velaremos tu sueño.

—Me alegro de que estés de acuerdo, hermana. —Mark sonrió—. Tú te quedarás despierta tanto como puedas.

—¿Y tú?

—Dormiré tanto como me sea posible.

—Pero...

—Así podrás estudiar, hermana. Durmiendo no aprenderás muchas runas.

—Pero eres tú el que necesita

estudiar más que ninguno. Si suspendemos el siguiente examen...

—Eso no pasará —la interrumpió Mark—. Ahora podemos conectarnos, ¿no? Pues aprende cómo podemos leer tus conocimientos de runas y ya está. Tú eres la más lista, hermana. Dime, ¿tardarás más tú en aprender cómo traspasarnos conocimientos o yo en hacer esos condenados dibujos? Y no solo eso. Si tengo razón, ¿de qué sirve que aprendamos lo mismo los tres cuando puede hacerlo uno solo? No es una forma muy inteligente de complementarnos, ¿no te parece?

Diana se maravilló de la perspicacia de su hermano.

—Me dan ganas de besarte.

—Si consigues que compartamos conocimientos, cuando me despierte seré yo el que te bese a ti. Hala, vamos a dormir, hermanito. ¿Qué haríamos si no me ocupase yo de organizarlo todo?

Diana se sumió en sus estudios en cuanto sus hermanos se metieron en la cama y ella abrió su libro de runas. Era liberador concentrarse en la configuración de los símbolos, sumergirse en sus secretos. Las preocupaciones se desvanecían, sentía su alma muy cerca. Las runas lo eran todo...

Tal vez por eso no advirtió que había alguien justo a su lado.

—Tranquila, hermana —susurró Mark—. No quiero romper tu concentración.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, aún sobresaltada.

—Nada. Adrián está durmiendo. Todo va bien.

Mark estaba demasiado calmado, hablaba en voz baja. Diana intuía algo anormal en su expresión.

—¿Y tú? ¿No puedes dormir?

—Enseguida, pero antes quería hablar contigo.

—Sin que Adrián se entere —adivinó ella.

Mark asintió.

—No quería aburrirle. —Mark se sentó a su lado. Cruzaron una mirada y Diana supo que Mark mentía, cosa que no trataba de ocultar. Había planeado quedarse a solas con ella. El aburrimiento de Adrián no tenía nada que ver—. Después de todo, hermana, se trata de las runas. ¿Para qué molestar a Adrián?

—¿Tu discurso de antes era solo para que se durmiera?

—Adrián debe descansar, eso es cierto. Simplemente, oculté otros motivos. ¿Puedes verlos ahora? ¿No? Pensaba que tú eras la experta en entender nuestro enlace. Qué decepción, hermanita.

Veía algo, no lo suficiente, pero no le gustaba lo poco que alcanzaba a discernir en el interior de su hermano. Se revolvían emociones muy fuertes dentro de él.

—No me gusta ocultarle nada a Adrián.

—Pero a mí sí.

—A ti tampoco.

—Mientes.

—¿Por qué haces esto, hermano? Parece que te gusta poner las cosas difíciles.

—¿Eso ves en mi interior? Mira bien, anda. Lo hago por nosotros. Solo quiero hacerte una sugerencia para tus estudios.

Aquello descolocó momentáneamente a Diana.

—¿De repente te interesan las runas?

—En cierto modo. Quiero que encuentres una capaz de matar a un mago.

Ahora empezaba a ver el sentido. Esa petición sí concordaba con la mentalidad de su hermano. Como de costumbre, no valoraba las consecuencias de que los sorprendieran estudiando runas prohibidas. Mark solo consideraba los posibles beneficios.

—No nos han enseñado ningún símbolo para matar —repuso ella.

—Pero existen y tú puedes

encontrarlos, ¿a que sí? Ajá…, tu curiosidad crece. Además, puede que no des con una runa para matar directamente, pero habrá combinaciones, posibilidades, tal vez una que los debilite o los desoriente. No sé, algo.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? Tendría que hacer pruebas, practicar, podría ser peligroso.

—Más peligroso sería utilizarlas sin estar seguros de que funcionan. Probarás las runas conmigo.

—¡No! ¡Y no voy a discutirlo! Si quieres puedes buscar esas runas tú mismo.

—Yo soy el tonto, ¿recuerdas? Oh,

vamos, no me mires así porque me das asco, hermana. Adrián es demasiado valioso por su fuerza y tú por tu cerebro. Yo no sirvo para nada más. Por favor, no me hagas discutir eso cuando los dos sabemos lo que sentimos. Tienes miedo, ¿no? Como siempre. Vosotros dos, con todo vuestro potencial, no seríais capaces de hacer nada sin mí. Yo tengo el empuje, la decisión que os falta.

—No somos unos cobardes.

—¿Acaso he dicho yo eso? Sois tan buenos que no valéis para nada. Si viviésemos en un mundo perfecto, no me necesitaríais, pero ya has visto lo que pasa aquí, lo que le hicieron a nuestros padres y los diez años que llevamos siendo torturados. Este mundo es

asqueroso. No se puede luchar solo con amor y buenas intenciones, y ahí es donde entro yo. Os obligaré a hacer lo que sea necesario, hermana, lo que no os atrevéis siquiera a pensar. Me usarás para tus pruebas y para practicar tanto como sea preciso. Si muero, no se perderá gran cosa.

—Quieres morir, ¿es eso? Sabes lo peligrosas que son esas... Sí, lo sabes perfectamente. No me trago esa palabrería. ¿De dónde viene tu odio, Mark? Te consideras un lastre para nosotros, ¿verdad? Es la culpabilidad la que te hace ser así. Y no me vengas con la unión… Es imposible ver nada dentro de ti. Todo está agitado y revuelto... como una tormenta. Me preocupas,

hermano. Si no te sacas lo que sea que te está corroyendo las tripas, acabarás mal sin necesidad de que yo experimente contigo.

Mark se encogió de hombros.

—¿Sabes? Tengo la teoría de que hablas tanto para convencerte a ti misma, no a mí. Los dos sabemos ya que vas a hacerlo, pero insistes en aparentar que no. Te resistes a ti misma, hermana. Muy bien, te ayudaré, seguiré con la discusión para que puedas enfrentarte a ti misma. Te resulta más sencillo si crees que yo soy el problema, ¿verdad?, si tienes la sensación de que en realidad discutes conmigo. Libérate, hermana, échame en cara tus miedos. Si de verdad te atreves, claro, cosa que dudo mucho.

Yo también te quiero y quiero lo mejor para ti.

Diana apartó la mirada. Mark había dicho muchas cosas, algunas ciertas, otras equivocadas, al menos en parte. Había medias verdades que él esgrimía como certezas absolutas, aunque tal vez fuera así como realmente lo veía. ¿De verdad era tan decidido su hermano? ¿No dudaba de nada? ¿Esa era la razón de que fuese tan temerario? Ella sí tenía dudas, muchas, algunas sobre sí misma. No se sintió capaz de enfrentarse a Mark en aquel momento, así que decidió cambiar ligeramente de tema, porque en una cosa Mark sí había acertado de lleno: los dos sabían que Diana terminaría haciéndolo.

—Supongamos que te hago caso, hermano. Y supongamos también que damos con alguna runa que nos ayuda a matar magos, sin que te pase nada a ti. ¿Por qué quieres matar al maestro? Yo también lo odio por todo lo que nos han hecho, pero no creo que sea el momento apropiado. Nos están enseñando cosas muy importantes. Estamos mejorando, nos volvemos cada vez más fuertes. Y creo... tal vez no te guste lo que voy a decir, Mark, pero creo que no son exactamente malos. Lo que hicieron, desde su punto de vista, puede que... No lo sabremos con seguridad si nos vamos ahora, ¿lo entiendes? Llevamos diez años aquí, si nos marchamos sin completar nuestro entrenamiento, lo que

hemos sufrido no habrá servido de nada. Por lo menos podemos aprovechar...

—Toma aire, hermana —dijo Mark alzando la mano para que se detuviese —. Hablas demasiado. ¿Crees que estaremos preparados mañana? Llevará tiempo aprender. Por eso debemos empezar ahora. Lo único que te pido es que dirijas tus esfuerzos y tus estudios en esa dirección. ¿Quién sabe lo que nos espera más adelante? Solo me gustaría contar con un as en la manga. Tener opciones. ¿Tan malo es estar preparado para lo peor después de lo que nos ha pasado? Te lo diré de otro modo. ¿Y si un día alguien me mata porque tú no estuviste preparada para matarlo a él primero y salvarme? Yo creo que

recordarías esta conversación. Me pregunto si tendrías valor para confesarle a Adrián que yo te había ofrecido una alternativa para evitar mi muerte, pero que no me hiciste caso. Y, a fin de cuentas, yo habría muerto a manos de los mismos hombres que ya asesinaron a nuestros padres. ¿Cuántos miembros de nuestra familia deben morir para que te entre en la cabeza que...?

—¡Basta! ¡Tú ganas! ¡Llevas razón! ¿Es eso lo que querías oír?

—Vas a despertar a Adrián.

—No entiendo cómo puedes decir esas cosas, hermano, aunque sean ciertas. —Diana luchaba por dominarse

y controlar su tono de voz—. Yo... no sé qué pensar... Lo haré, sí, al menos por ahora, pero espero de corazón que estés equivocado. Matar al maestro es demasiado arriesgado, incluso para ti.

—¿Qué me importa a mí el maestro?

—No te entiendo...

—El maestro es solo un instrumento. Hasta me cae mejor últimamente. Él no es el problema. Nunca lo ha sido.

Diana enmudeció, volvió a mirar fijamente a su hermano, aunque no lo necesitara para saber que hablaba en serio. Realmente Mark no tenía límites.

—Estás completamente loco,

hermano. Atacar a Padre es un suicidio.

—Él es quien da las órdenes —dijo Mark muy serio.

No hizo falta que añadiera nada más. Diana sabía que volvería a convencerla si lo negaba, porque tenía razón. Asintió. No le quedaban más palabras. Mark se levantó, la rodeó con los brazos desde atrás, con suavidad, y le dio un beso en la mejilla. Ella se estremeció bajo aquel beso, del que no tenía duda que era sincero.

—Te quiero, hermana. Me voy a dormir.

Diana se alegró de que Mark retirara las manos antes de que la lágrima que resbalaba por su mejilla las

mojara. Permaneció quieta, sin volverse, mientras él regresaba a la cama. Cuando escuchó su respiración y supo que estaba dormido, se le escapó un sollozo.

Temblaba ante el futuro que los esperaba, a diferencia de Mark, que no solo no tenía miedo, sino que además hacía gala de una gran confianza en sí mismo. Ella envidiaba esa parte de él. Cerró el libro, incapaz de volver al estudio, y tuvo que reprimir las ganas de arrojarlo contra la pared. Intentó calmarse.

Tuviese razón o no, Mark estaba loco, lo que significaba que ella también lo estaba, puesto que sus hermanos eran parte de ella, y por tanto también sus deseos y aspiraciones. Diana se dio

cuenta de que empezaba a pensar en ellos como en una misma persona, como hacía el maestro, un alma única que se había dividido en tres por un capricho de la genética. Aquella idea de unidad, que cada vez cobraba más sentido, implicaba que Mark formaba parte de su propio ser, y también su odio.

Diana se sentó al borde de la cama y contempló a sus hermanos. Dormían en la misma postura, sus respiraciones estaban perfectamente sincronizadas, sus pechos subían y bajan a la vez. No creía que nadie pudiese diferenciarlos en estos momentos. Pero, como decía el maestro, ¿eso tenía importancia? ¿Para qué distinguir dos partes de una misma persona? Sin embargo, ella podía

hacerlo. Aunque no quisiera, percibía sus almas y sabía cuál correspondía a cada uno. Perdió la noción del tiempo observando a sus hermanos, a sí misma.

Entonces, Mark rompió la simetría. Se movió como si tuviese convulsiones, algo se agitó dentro de él. La cabeza giró a un lado y al otro. Adrián, a su lado, dormía profundamente. Mark apretó las mandíbulas, su pulso se aceleraba.

Diana se llevó la mano al pecho instintivamente. Su hermano comenzó a murmurar y a jadear, estrujó las sábanas, de su frente caían gotas de sudor. De repente, abrió los ojos. Diana le tapó la boca con fuerza.

—Solo era una pesadilla —susurró.

Sus ojos se encontraron, y la angustia de Mark remitió un poco, pero no desapareció. Mark se incorporó y abrazó a su hermana. Ella lo sostuvo, lo meció, le dijo que todo estaba bien.

—Háblame de nuestros padres —pidió Mark, aún apretado contra su hermana—. Cuéntame alguna historia.

Diana notaba que Mark estaba asustado y trataba de no llorar.

—Papá jugaba mucho con nosotros —comenzó, manteniendo la voz baja—. Casi siempre antes de acostarnos. Fingía que no podía distinguirnos y nos llamaba por un nombre que no era el nuestro.

Adrián se enfadaba mucho porque no entendía la broma, y a mamá no le gustaba que nos pusiera nerviosos.

—¿Qué hacía yo?

—Al principio llorabas porque creías que papá no sabía quién eras, pero fuiste el primero en aprender su juego. Y nos enseñaste a Adrián y a mí a fingir que éramos quienes papá decía. Conseguiste volver su juego contra él, ¿recuerdas? Lo engañaste, volviste su propio truco contra él y una vez llegó a dudar de quién éramos. Nunca olvidaré la cara que puso aquella noche. Se dio cuenta porque yo me reí y lo estropeé, pero durante un par de minutos fue muy divertido verlo desconcertado.

—¿Qué hizo mamá?

—Con ella no funcionó el truco, pero no nos descubrió. Nos siguió el juego para engañar a papá. Todos acabamos riendo. Es uno de los momentos más felices que recuerdo.

—Yo no... No puedo ver su cara... Se ha desvanecido.

Mark separó la cabeza del pecho de su hermana, pero no retiró los brazos, se quedó muy cerca mirándola con los ojos húmedos. Se sorbió la nariz.

—¿Qué momento feliz recuerdas tú?

Era muy extraño que Mark hablara de sus padres. Adrián y ella sí compartían recuerdos de vez en cuando,

pero Mark enmudecía en esas ocasiones. Por eso la sorprendía tanto la conversación que estaba manteniendo.

—Ninguno —dijo Mark bajando un poco la vista—. Yo... No puedo recordarlos. Son solo borrones.

—¿A ninguno de los dos?

—Solo puedo ver a mamá.

—Eso está bien. Era muy hermosa, ¿verdad?

—Era horrible —gimió Mark—. Solo veo un rostro deformado por el pánico que me mira directamente a los ojos. La imagen dura solo un segundo. Después cae una bota sobre su cabeza y la aplasta con un crujido espantoso. ¡Y yo no puedo hacer nada para evitarlo!

Veo la sangre de mamá esparciéndose por...

—¡Mark! —Diana tiró de él y volvió a apretar su cabeza contra su pecho. Él se dejó apretar, se quedó flácido—. Por Dios, no puede ser lo único que recuerdes de ella. ¿Es eso lo que sueñas? Oh, hermano, no puedes seguir así, ¿me oyes? Mamá te quería. Piensa en su voz, en su olor, en cualquier cosa que borre esa imagen o terminarás desquiciado. Yo te ayudaré a recordar, te lo prometo. No dejaré que... ¿Mark?

Se había quedado dormido de nuevo. Diana lo colocó en la cama y permaneció a su lado acariciándolo. Ahora lo comprendía mejor. Se

reprendía por no haberse dado cuenta antes de dónde provenía el odio de su hermano. Mark se despertaba cada día reviviendo la brutal muerte de sus padres. Bastante cuerdo estaba si conseguía seguir adelante con semejante punto de partida. Ella, que lo había considerado inferior, lo reconocía ahora como el más fuerte de los tres, el que cargaba con la culpa y los peores tormentos para que ellos pudieran desarrollar otras facultades.

Así era cómo Mark los complementaba. Nunca más volvería a dudar de él.



Oz arrastraba tanto la pierna que tenía que dar pequeños saltos para avanzar por el pasillo. Siempre lo hacía cuando estaba solo, igual que apoyarse en las paredes. En presencia de los demás combatía el dolor para dar la impresión de que se trataba de una simple cojera, pero por desgracia era mucho más y empeoraba.

El remedio de Ka no había funcionado. Su teoría sobre que el dolor provenía de un sentimiento de culpabilidad arraigado en su mente era falsa. Oz lo sabía. Estaba convencido de que semejante tormento no era natural, como el ser que se lo había causado, el Gris, una aberración que ni siquiera

figuraba en las páginas de *La Biblia de los Caídos*. Por eso no había cura para él y sin cura no había esperanza.

No se había quitado el traje de mago, tal y como Ka le había recomendado, pero tampoco esa medida había resultado. El dolor continuaba allí, atravesaba su pierna y se retorcía por todo su cuerpo, se extendía como un tentáculo que electrificaba todas sus terminaciones nerviosas. A veces llegaba incluso al cerebro. En esas ocasiones, Oz apretaba las manos y las mandíbulas con todas sus fuerzas y, si estaba solo en su habitación, gritaba.

Ya ni siquiera podía doblar la rodilla hasta la mitad. Tres días sin dormir lo habían convencido de que la

única solución era amputar la pierna y, esta vez, no dejaría que Ka lo convenciese de lo contrario.

Se enderezó antes de abrir la puerta de la residencia de Ka. Oz entró cojeando, pero sin apoyarse en ningún mueble. Mantenía el rostro tan inexpresivo como podía.

Ka estaba inclinado sobre alguien que se sentaba en un sillón. Cuando el médico se incorporó, Oz reconoció con gran sorpresa a su paciente.

—¡Padre! —exclamó. Por un fugaz instante se olvidó de su pierna—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—¿Tanto ha envejecido mi aspecto? —preguntó el anciano—. Me

encuentro perfectamente, Oz. Me conmueve tu preocupación.

Ka asintió con un gesto tranquilizador que causó el efecto contrario en el maestro. Aquella expresión no presagiaba nada bueno, como el hecho de que Padre lo hubiese visitado. A pesar de su avanzada edad, nunca había recurrido a los servicios de Ka para tratar sus dolencias, si es que padecía alguna.

Oz sintió que no estaba entre amigos.

—Tal vez debería volver más tarde —dijo con respeto—. No quiero interrumpiros.

—Al contrario —dijo Padre—.

Hablábamos de ti. Te estaba esperando, amigo mío. Toma asiento, no cargues la pierna innecesariamente.

—Estoy bien, Padre.

—¿De veras? Entonces imagino que no has venido a pedirle a Ka que te la ampute.

Oz no pudo evitar que sus ojos atravesaran al médico.

—No te ha traicionado —dijo Padre adivinando los pensamientos de Oz—. Ka no me ha dicho nada, lo que por otra parte podría interpretar como que él sí me ha traicionado a mí. —El médico inclinó levemente la cabeza, rehuyendo la mirada de ambos. Padre endureció el tono de su voz—. Los dos

sois buenos amigos y no deseo que eso cambie, incluido el hecho de que los amigos comparten secretos.

—Padre, Ka no tiene la culpa. Yo le pedí que no te dijera nada.

—Los amigos también se protegen mutuamente. —Una sonrisa se abrió paso entre las arrugas del rostro de Padre—. No obstante, la amistad tiene un límite. Y ese límite soy yo. Si vuestra amistad es lo suficientemente fuerte para desafiar mi voluntad...

—No, Padre, nada de eso. —Oz se sentó en una silla muy cerca de Padre—. No quería molestarte con mis problemas. Seguro que tienes preocupaciones mucho más importantes.

—Las tengo, sin duda —asintió Padre y la sonrisa se esfumó—, pero tu bienestar no es ninguna molestia, al contrario. Por eso he venido. Admiro hasta cierto punto el esfuerzo que haces para ocultar tu dolor y continuar sirviéndome. Por otra parte, odio profundamente que creas que puedes esconderme algo a mí. Oz, viejo amigo, yo puedo leerte sin apenas esfuerzo, no hay nada en tu interior que escape a mi comprensión. ¿Por qué piensas que siempre te permito expresarte con total sinceridad? Sé lo que vas a decir antes de que lo hagas y me complace comprobar que nunca me ocultas nada.

—Lo siento, Padre, de verdad. No volveré a...

—Oz, estoy aquí para ayudarte. Tu sufrimiento es el mío. —Padre se inclinó y sostuvo la enorme cabeza rapada de Oz entre sus manos—. No desatendería mis obligaciones por cualquiera, amigo mío. ¿No me he ocupado siempre de ti? Ahora no va a ser diferente.

Un destello de esperanza asomó en el interior del maestro. Cuanto Padre había dicho era cierto. Él siempre había cuidado de Oz, de todos los magos de su clan, en realidad. Padre era sabio y, aunque sus normas descartaban a todo aquel que presentara el menor defecto físico, si había hecho una excepción con él, sería por una buena razón. Expulsarlo ahora no tenía ningún sentido después de

haber consentido a Oz que se quedara durante tanto tiempo después de su fracaso, y Padre nunca, jamás, hacía nada que no tuviese sentido.

—¿Puedes ayudarme con mi pierna, Padre?

—Desde luego —dijo el anciano—. Es mi mayor deseo.

—Gracias...

A Oz le falló la voz por un instante.

—No vas a perder la pierna, amigo mío. No toleraré ninguna intervención quirúrgica. Ka ya está al corriente de mi decisión.

El médico asintió con la cabeza, inexpresivo, manteniendo una respetuosa postura, un paso detrás de Padre.

—El dolor...

—Lo superarás —intervino Padre —. Eres más fuerte de lo que crees, Oz. Tú no lo sabes, no conoces tus propios límites, pero yo sí. Puedes con esto y con mucho más. No consentiría que te derrumbaras más adelante, cuando vieses tu cuerpo mutilado. No hay nada peor para un mago, Oz. Tal vez pienses que podrías vivir así mejor que con el sufrimiento que ahora padeces, pero ya te digo yo que no. Has dedicado tu vida a tu cuerpo, como todos nosotros. No tardarías en odiarte por haber tomado una decisión tan drástica y yo me odiaría también por haberlo consentido. No, Oz, no vas a acabar de una manera tan patética, propia de un menor, no,

mientras yo esté aquí. Dime, amigo mío, ¿me he equivocado al juzgarte alguna vez?

—Nunca —respondió inmediatamente el maestro. Fue completamente sincero. El criterio de Padre era infalible y recordarlo redobló sus fuerzas—. Te demostraré que tienes razón, Padre. Lo soportaré sabiendo que tú crees en mi entereza.

—Nunca lo he dudado. —El anciano se volvió en la silla—. Ka, tengo un asunto más que tratar con Oz para el que no requiero tu presencia.

—Os dejaré solos —dijo el médico con una inclinación de cabeza —. Iré a ver a Mu.

—¿Mu? —se extrañó Oz—. ¿Mu está herido?

—No es nada importante —atajó Padre. Luego cruzó las manos y esperó a que Ka abandonara la estancia.

—Te escucho, Padre.

—Va a haber un cambio importante en el entrenamiento de los trillizos.

Oz supo que no iba a ser para bien. La voz de Padre mantuvo su tono habitual, así como su expresión, pero el maestro tenía un presentimiento muy poco tranquilizador respecto a lo que estaba a punto de escuchar. Solo esperaba que Mu no estuviese detrás de ese cambio. Últimamente había logrado inmiscuirse en el entrenamiento de los

trillizos con el consentimiento de Padre y, aunque su confianza en el anciano no había disminuido con los años, sí empezaba a considerar la posibilidad de que tal vez se estuviese haciendo demasiado mayor, como él mismo decía de vez en cuando. Nadie conocía la edad exacta de Padre, pero Oz sabía que era uno de los magos más viejos que existían, y cualquiera de ellos superaba con mucho la edad del más longevo de los menores.

—Se hará como digas, Padre.

—Su entrenamiento ha concluido, entonces. Quiero que los prepares para la prueba, que tendrá lugar dentro de una semana.

Oz trató de disimular su estupor con una mueca de dolor, como si se la hubiera causado la pierna, a pesar de que la noticia lo había insensibilizado por completo. No habría adivinado esa resolución ni aunque le hubiesen concedido cien intentos.

—Morirán, Padre —dijo con un leve temblor—. Y sé que tú eres consciente del riesgo, así que debe de haber algún detalle que escapa a mi comprensión porque sé que no es esa tu intención... Sin embargo, no imagino cómo... No, no puede ser de otro modo, morirán, es inevitable... Aunque si tú aseguras...

—Oz, cálmate. Tu intuición va por buen camino, te dice que llevo razón. Es

tu juicio el que falla. Siempre has sido muy estricto y cuadriculado. Te gustan las normas, que las cosas salgan como está previsto, por eso eres tan eficiente, y por eso fallaste cuando te encontraste con el Gris, porque no es previsible. Ahora, sin embargo, estamos ante un caso excepcional, de los que no se manejan siguiendo los procedimientos habituales.

—Sé que hace mucho tiempo que no se entrenaban trillizos en nuestro clan, yo ni siquiera he conocido a ninguno, pero, Padre, es demasiado pronto. Ya les hemos quitado más de un año al no dejar que cumplan los dieciocho. Habíamos acordado dos meses, y ahora lo reduces a una semana.

—Porque ya están preparados.

Oz suspiró.

—No dudo de ti, Padre, pero ¿por qué correr el riesgo? Estamos hablando de unas cuantas semanas más. Si mueren...

—No hay ningún riesgo. ¿Tanto te has encariñado con ellos? Yo también, te lo aseguro, pero puedes estar tranquilo. Esos chicos nos van a sorprender a todos. Serán nuestra mejor creación, Oz, tuya y mía. Por eso necesito que los prepares.

Oz ya no tuvo ninguna duda de la absoluta convicción de Padre en la capacidad de los trillizos para superar la prueba. Casi bastó para calmar su

miedo, que no era pequeño, precisamente. Padre era responsable de un clan al margen de los grandes linajes de magos, el único que se regía por sus propias reglas. Oz estaba orgulloso de pertenecer a él y de ser uno de sus miembros, incluso en su incómoda situación, a raíz de su lesión. Estaba seguro de que Padre era un mago único, capaz de cualquier cosa que se propusiera, como ya había demostrado. Si ahora le decía que la prioridad eran esos tres muchachos, Oz lucharía contra sus propios reparos para cumplir sus deseos.

Padre debía saber algo más sobre los trillizos, la razón de que fuesen tan especiales. Recordó lo mucho que se

esforzó en encontrarlos. Incluso llegó a forjar cierta relación con un menor con mucha influencia, un millonario llamado Mario Tancredo con el que había desarrollado un tratamiento de fertilidad adaptado a la madre de los trillizos para que pudiese quedarse embarazada. Toda la operación se realizó en una de la clínicas privadas de Mario Tancredo, y cuando el millonario comunicó a Padre que la mujer estaba embarazada de trillizos, el rostro del anciano resplandeció como Oz nunca había visto ni volvería a ver.

—Una semana... —dijo sin darse cuenta de que pensaba en voz alta—. Supongo que hay razones de la mayor importancia para que sea tan pronto.

—En efecto, las hay, pero puedes estar seguro de que si no fuera posible, no te lo pediría. Ocúpate bien de ellos, Oz. Si mueren en la prueba, tú compartirás su destino.

—Conozco el procedimiento —dijo Oz con serenidad. El fracaso siempre era culpa del instructor, no de los alumnos, por lo que todo maestro debía responder con su vida ante unos resultados insatisfactorios—. He entrenado a muchos gemelos y sigo vivo. Por eso me has elegido, Padre.

—Precisamente.

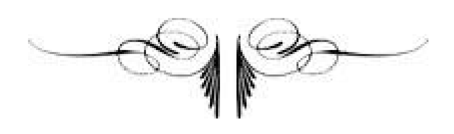
—Solo un pequeño detalle. Dadas las circunstancias, no les diré a qué se enfrentan en realidad. Con tan poco

tiempo, no están en disposición de asumir las consecuencias.

—Tú eres el maestro, Oz. Son esa clase de decisiones las que dejo a tu criterio. Sé que harás lo que más les convenga, pero procura que tus sentimientos hacia ellos no nublen tu juicio, amigo mío.

—No temas, Padre. Soy el mejor y te lo voy a demostrar.

VERSÍCULO 9



—Esto no es una prueba, es un castigo —bufó Mark, apoyando el pico en el suelo y cargando el peso de su cuerpo sobre el mango de madera, como si fuera un bastón.

—¿Castigo? No hemos hecho nada malo —contestó Adrián, sin dejar de atravesar la piedra con su pico—. Hace dos días que no vemos al maestro, ¿por qué iba a castigarnos?

Mark escupió al suelo y volvió a sincronizarse con su hermano.

Alternaban los golpes de manera perfecta. Cuando un pico se clavaba en la roca, el otro quedaba alzado en el aire, en el punto más alto del arco que trazaba. Las herramientas subían y bajaban sin cesar, los golpes resonaban con un ritmo constante en toda la caverna.

—Y yo qué sé. ¿Desde cuándo necesita una razón para castigarnos? —jadeó Mark—. Escarbar en esta cueva asquerosa no puede servirnos de nada. ¿Qué estamos aprendiendo? Dijisteis que el maestro nos enseñaba muchas cosas, que gracias a eso éramos más fuertes. Yo no veo qué nos aporta ser excavadores de cloacas. ¿Sientes tu alma mientras manejas el pico,

hermano? ¿Notas nuestro vínculo? Si es así, seguro que también te llega el asco que siento. Este lugar apesta, joder.

Adrián no podía negar que el ambiente era nauseabundo, húmedo, asfixiante. Si no redujeran al mínimo la función de sus glándulas pituitarias para amortiguar la percepción del olor, seguro que ya estarían mareados o vomitando.

—El maestro siempre tiene una razón. —Adrián alteró un poco el ritmo al extraer de un golpe una roca de un tamaño considerable—. No es la primera vez que te equivocas al juzgarlo, hermano. Así que calla y sigue cavando.

—¿Acaso me he parado? Después de cuatro horas picoteando esta maldita...

—Cinco.

—Mejor me lo pones. —Mark volvió la cabeza. Tenía tan mecanizado el movimiento de los brazos que podría continuar con los ojos cerrados—. ¿Y tú qué, hermanita? ¿Te lo pasas bien?

Diana no respondió, ni siquiera parecía escuchar. Siguió sentada, sin despegar la vista del libro que sostenía entre las rodillas, ajena a la humedad y al olor, concentrada. De su espalda brotaba un leve resplandor que iluminaba débilmente la cavidad en la que se encontraban.

—Déjala tranquila —dijo Adrián.

—¿Te pasa algo conmigo? —gruñó Mark—. Llevo cuatro..., digo, cinco horas sin protestar. Tengo derecho a quejarme un poco, ¿no? Y ella ahí, leyendo, y eso que se supone que, de los tres, el vago soy yo.

—Está estudiando y tú bajando el ritmo.

Mark se aplicó de nuevo con más energía. Habían acordado que ellos dos se encargarían de la excavación, aumentando el esfuerzo para compensar la ausencia de su hermana mientras ella estudiaba, aunque entonces no pensó que fuesen a estar allí tanto tiempo, envueltos en la oscuridad y sumergidos

en un apestoso hedor a cloaca.

—Bueno, ya se me han hinchado las pelotas —dijo Mark, dejando caer el pico—. Nunca he visto una forma más idiota de perder el tiempo. Si a los magos les gusta escarbar en la mierda es cosa suya.

Adrián también se detuvo.

—¿Es que no puedes colaborar por una vez? ¿Por qué le sacas punta a todo, hermano?

—Te lo he dicho, porque estamos escarbando entre la mierda. ¿Eres sordo, hermano?

Adrián recogió el pico de Mark y se lo tendió con un gesto algo brusco.

—Cógelo. Cada vez que te toca

trabajar, pasa lo mismo. Hemos acordado dar tiempo a Diana para que estudie, que es lo que tú querías, ¿no? Que aprendiera esas runas. No siempre aciertas, hermano, pero nunca pides perdón ni asumes tu responsabilidad, solo te quejas. Nosotros tampoco te exigimos nada, pero ya está bien de mimarte. ¿Has pensado que a lo mejor sí hay un propósito para esto? El maestro no nos tortura por placer, nos está convirtiendo en algo mejor, y no me digas que he olvidado a nuestros padres porque no es verdad. Eres tú el que no puede recordarlos. Te hemos hecho caso en prácticamente todo. Ya va siendo hora de que espabiles y aceptes tu responsabilidad, si no, a lo mejor un día

me canso de protegerte. Así que toma, coge el pico y ponte a escarbar en la mierda, como dices.

Mark no lo cogió. Se quedó quieto, sosteniendo la mirada de su hermano.

—Así que ahora te gusta el maestro, ¿es eso? Ya se te ha olvidado las palizas que nos dio, sobre todo a ti. Verás, hermano, puede que yo sea un desperdicio, como esta letrina gigante en la que nos han metido, pero estudié esta maldita red de cloacas cuando nos fugamos, y te puedo asegurar que no hay nada al otro lado de esa pared. ¿Lo entiendes? ¡Nada! Así que va a cavar su puta madre, así de claro.

—¡Callaos los dos! —interrumpió

Diana—. ¿Es así como me ayudáis a estudiar? No puedo concentrarme con vuestra estúpida discusión. Os alteráis y vuestras emociones me... molestan. Aún no sé cómo evitar que me afecten.

—Lo siento, hermana —se disculpó Adrián.

—¿Y tú qué opinas, hermana? —preguntó Mark—. ¿Debemos seguir cavando una pared que no lleva a ninguna parte?

—¡Y yo qué sé! ¿No podéis poneros de acuerdo? Voy a por más ingredientes, la runa se apagará pronto y tengo que pintarla de nuevo —dijo señalando el símbolo que refulgía a su espalda—. Os traeré agua. Noto vuestra

sed.

—¿No puedes pintarla con tu alma? —preguntó Mark—. Ya sabes, como los magos de verdad.

—Esta aún no la he practicado. Necesito la estaca.

—Pues sí que estás aprovechando bien los estudios.

Diana se volvió sin responder y se alejó por la galería. La oscuridad no tardó en engullir su figura. Adrián volvió a golpear la pared con el pico.

—Ya puedo hacerlo yo solo —bufó—. No te preocupes que yo me encargo, como siempre.

—Cómo eres, hermano. —Mark recogió su pico y se sincronizó una vez

más con Adrián—. Te lo tomas todo muy a pecho. Antes no eras tan duro conmigo. En fin —suspiró—, a picar mierda, que si no te enfadas. ¡Y no me salpiques!

Los picos subían y bajaban alternativamente, los jadeos compartían la misma cadencia, rebotaban los golpes entre las paredes húmedas de la cavidad. Los dos hermanos sudaban envueltos en un tintineo constante. Mark consiguió trabajar en silencio durante casi tres minutos.

—Eres penoso, hermano —murmuró—. ¿Cómo es posible que no me odies? Ni siquiera quieres darme un puñetazo... No lo entiendo. Busco tu odio pero no lo encuentro por ninguna

parte.

—¿Y por eso doy pena? ¿Porque no te odio? Mira que me lo pones difícil, hermano.

—Ah, ahora noto un conflicto. Veamos... No puede ser muy complicado de descifrar. Eres bastante simple... Antes me has hablado con mucha dureza al señalarme que no puedo recordar a nuestros padres. Nunca antes me habías tratado así, aunque probablemente lo pensabas...

—No estoy orgulloso de eso —resopló Adrián—. Tú eres como eres. Eres mi hermano...

—Soy un imbécil. Hablemos claro, ¿te parece? Yo no soportaría a un tipo

igual que yo. Entiendo que tú me soportes porque somos hermanos, pero debería de haber cierto rencor o irritación... Y no veo nada de eso.

Adrián negó con la cabeza.

—Nunca lo entenderás, hermano, y eso me da pena. No sabes lo que es...

—No, tampoco es pena… —dijo Mark, pensativo, que seguía cavando por inercia—. ¡Ah, claro! Ya lo veo. En realidad te gusta como soy, ¿no es eso? Qué curioso. Y no quieres que lo sepa porque piensas que me animas a ser más insoportable todavía. No…, no es eso… ¡Ya! ¡Lo ocultas por vergüenza! ¡Joder! No lo sabía. No quieres admitir que prefieres que sea yo el que se ocupe de

los trapos sucios. Yo desafío al maestro, planeo las fugas y pongo de manifiesto las mismas dudas y temores que tú tienes. Así yo quedo como el malo y tú eres el bueno, el que todo lo hace bien. Por eso me proteges, porque quieres que me meta en líos y llegue a donde tú no te atreves. Sabía que eras un...

—¡Basta! ¡Yo te quiero, hermano! Esa mente retorcida que tienes no es capaz de entender un concepto tan sencillo. ¡Eso es lo que me enferma de ti! Buscas explicaciones rebuscadas cuando todo es mucho más simple. ¿Te extraña que te proteja? ¿No hago lo mismo con Diana? ¿Y tú? ¿Por qué me defendiste cuando tuve aquel tropiezo en el comedor con los japoneses? No me

digas que es por no parecer débiles ante los demás porque yo también veo tus mentiras. Buscas motivaciones extrañas para todo, incluso para ti mismo, porque no eres capaz de aceptar que también nos quieres. Por si morimos, ¿verdad? No puedes olvidar la muerte de mamá y no soportarías la de otro ser querido. Supera tu miedo de una maldita vez.

—Pues sí que estás irritable hoy… Buen discurso, por cierto, pero...

—¡Y dale! Anda, sigue cavando en silencio, aunque solo sea un rato. Inténtalo por lo menos.

—Es que me aburro. Tan malo es que hablemos sobre... ¡Aaaaaaah!

Mark dejó caer el pico, que rebotó

contra el suelo y rodó varios metros. Cayó de rodillas y se sujetó el brazo derecho. Su respiración y su ritmo cardíaco se dispararon. Adrián, que percibió la agitación y el dolor de su hermano, se arrodilló junto a él.

El resplandor de la runa era muy débil. Los hermanos tenían las pupilas dilatadas al máximo para poder ver con cierto detalle.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Adrián.

Mark se retorcía, apretaba su brazo con mucha fuerza.

—No lo sé... ¡Aaaaah...! Mi brazo...

—Como sea una de tus bromas, te

lo arranco.

Mark se remangó entre claras muestras de dolor que no podían ser fingidas. El antebrazo quedó a la vista. Estaba empapado de sangre.

—¡Dios mío! —Adrián lo tomó y trató de limpiarlo para localizar la herida. Quedaron varios orificios a la vista—. ¿Te has clavado algo? ¿Qué es esto?

El brazo sufrió una violenta sacudida y luego se quedó quieto. Mark gritó con todas sus fuerzas.

—Creo... que no es... una broma —murmuró entre dientes.

Entonces, sonó un chasquido y el brazo se fracturó, por sí solo, sin que

nada entrara en contacto con él, abriendo un nuevo ángulo a mitad de camino entre el codo y la muñeca.



Diana ni siquiera sabía por qué habían discutido sus hermanos. Tenía algo que ver con el túnel que les habían ordenado cavar, pero eso era lo único de lo que se había enterado. Ni siquiera había escuchado sus voces cuando estudiaba, su concentración era absoluta, hasta que sus emociones empezaron a alborotarse por la discusión. Con tanta agitación, no había manera de analizar las runas.

Por eso se había marchado. Les había dicho que necesitaba una estaca para pintar la runa que iluminaba la cueva, pero era mentira, y como estaban tan enfrascados en su disputa no advirtieron que no estaba siendo sincera.

Diana recorrió la galería prácticamente a oscuras hasta que llegó a un túnel ligeramente iluminado. Una antorcha clavada en la pared arrojaba una luz temblorosa a su alrededor. Allí había mucha menos humedad. El sonido de los picos de sus hermanos perforando la roca le llegaba amortiguado por la distancia. Su ritmo era tan preciso y constante que recordaba al tic tac de un reloj.

Se sentó debajo de la antorcha y abrió el libro de runas. Antes de llevarles el agua terminaría de descifrar el signo que tenía a medias. No quería regresar y descubrir que todavía seguían peleando. A Diana le molestaba mucho dejar un símbolo incompleto. Además, quién sabe si ese sería el que interesara a Mark, el que serviría para matar a un mago. El último trazo era condenadamente complicado. Lo repetía una y otra vez, pero no conseguía hacerlo bien. Exigía demasiada precisión, o había algo que hacía mal, o...

Llamó su atención un sonido débil y alargado, como una caricia... o puede que una raspadura. En cualquier caso,

era un sonido que no debía de producirse en una galería subterránea en los límites de la zona dominada por el clan. Según Mark, los habían enviado a un lugar apartado que no conducía a ningún sitio. Diana penetró la oscuridad con su vista tanto como pudo, pero no vio nada. Tal vez fuese el maestro que venía a buscarlos. Podía ser muy sigiloso si se lo proponía, pero su cojera podría haberle hecho tropezar y producir aquel leve sonido.

Ahora le llegó un olor peculiar. Allí había algo o alguien, que definitivamente no era el maestro, ni ningún otro mago. Diana tuvo la sensación de que no se trataba de una prueba. Percibió el peligro, latía a su

alrededor. Escrutó los alrededores solo moviendo los ojos, para que quien estuviese acechando no supiera que había advertido su presencia.

Apenas distinguió dos pequeñas esferas amarillentas. Una fracción de segundo después, las sombras alrededor de aquellos dos puntos se removieron y la oscuridad que los envolvía onduló. Luego retumbó un gruñido.

Diana vio una montaña de pelo negro avanzar hacia ella a una velocidad vertiginosa, subiendo y bajando, como si avanzara a saltos. En dos poderosas zancadas tenía encima dos hileras de colmillos enfrentados. Reaccionó en el último momento. Se tiró al suelo para rodar por él y el libro de runas salió

despedido hacia arriba. A su espalda retumbó un golpe que hizo vibrar la pared.

Al volver la vista, pudo ver a su atacante con cierto detenimiento. Se estaba recuperando del choque contra el muro y había quedado a la luz de la antorcha. Era un chucho de los que custodiaban los límites de la zona subterránea, como los que les acosaron durante su intento fallido de fuga. Aquella bestia, sin embargo, era de un tamaño muy superior a las que habían visto hasta el momento. Su olor y su musculatura eran más fuertes, sus colmillos relucían como si estuvieran limpios, igual que su pelaje negro, que lucía sedoso, no mugriento como el de

los chuchos con los que había tenido algún contacto. También era más robusto y bien moldeado. En general, su aspecto era magnífico, hermoso y temible. Los chuchos le habían parecido una especie de perros famélicos y enfermos, excepto el que tenía ante ella, que era un ejemplar deslumbrante en todos los sentidos.

Mark debía de ser el culpable. Si los magos habían enviado a semejante bestia, era porque su hermano estaba llevando a cabo otro de sus planes de fuga, que seguramente no había compartido con ellos para que no se lo estropearan. Ese modo de pensar era propio de él, como el de no recapacitar nunca sobre las consecuencias de sus

actos. Ahora, una de esas consecuencias la estaba mirando con dos ojos de color ámbar, cuatro pezuñas que se clavaban firmemente en el suelo, y colmillos largos y afilados como puñales.

Diana aprovechó para ponerse de pie. Fue un error. El animal era mucho más rápido de lo que había calculado. La derribó saltando sobre ella. Las patas delanteras cayeron sobre sus hombros y su enorme peso la aplastó. Diana vio su hocico alargado justo encima de ella, medio abierto, con el labio plegado hacia arriba. A través de sus patas le llegaban las vibraciones del cuerpo del animal, como un gruñido continuo que rugiese en su interior. Una baba asquerosa y alargada cayó lentamente

desde el hocico y se estrelló en su cara.

Diana lo intentó con todas sus fuerzas pero no pudo librarse de él, que era mucho más fuerte y grande que ella, con una envergadura que triplicaba la suya, como poco. El hocico descendió directamente a su cuello, pero se detuvo allí y resopló. Después se restregó por toda su cara, extendiendo la baba y dejando otras. La estaba olisqueando. Tal vez no fuera a hacerle daño, ya que había tenido tiempo de sobra para despedazarla. El chucho prosiguió con su pecho y su vientre. Al final la enorme cabeza ascendió de nuevo y las patas se retiraron de sus hombros.

Diana se incorporó, aturdida, hasta quedarse de rodillas. No sabía cómo

proceder ante la magnífica bestia de pelo negro que estaba plantada ante ella. Su cuerpo le pedía que saliera corriendo ahora que disponía de la ocasión, pero otra parte de ella le decía que no se trataba de una buena idea. Observó al animal durante un instante, casi hipnotizada por su belleza. Su melena fluía como una cortina tejida de oscuridad sobre su cuerpo. Apoyó la mano en el suelo para terminar de levantarse, convencida de que el animal no era peligroso, pero un nuevo gruñido del chucho la convenció justo de lo contrario.

Una vez más los colmillos quedaron a la vista. La bestia se abalanzó sobre ella y, antes de que

pudiese reaccionar, las fauces se cerraron en torno a su brazo derecho, el que apoyaba contra el suelo. Cuatro agujas de puro dolor atravesaron su carne, haciendo que se retorciera. Cayó con la sangre caliente empapando su ropa. El animal se retiró y rugió. Tenía los dientes manchados de rojo. Entonces se giró y se internó en la oscuridad dando saltos en los que recorría varios metros, apenas haciendo el menor ruido.

Diana intentó frenar su ritmo cardíaco para no perder mucha sangre y desconectar los nervios del antebrazo para no sentir el dolor. No consiguió ninguna de las dos cosas. Se le escapó un pequeño grito mientras se remangaba con las mandíbulas apretadas. Esperaba

ver cuatro cuchillos atravesando el antebrazo, pero solo vio una mancha roja. Tuvo que usar la mano izquierda para colocar el brazo herido sobre sus piernas, ya que apenas podía moverlo. Intentarlo le provocaba aguijonazos y calambres muy dolorosos.

Un simple mordisco no podía causar tanto dolor, ni siquiera tratándose de aquellos colmillos. Diana comenzó a sospechar que quizá la bestia le hubiese inoculado una infección o alguna clase de veneno, algo que explicara los calambres. Pasó la mano varias veces sobre el brazo, tratando de limpiarlo, hasta que por fin quedó a la vista la piel. Había cuatro agujeros que... La sangre volvió a cubrirlo todo de rojo. Diana

limpió su brazo de nuevo, pero la sangre no paraba de brotar. Si no veía con claridad la herida, no podría hacer nada. El dolor la obligaba a retorcerse cada pocos segundos. Y todo por culpa de Mark y de sus intentos de fuga. Si al menos les hubiese advertido, podría haber estado alerta, preparada para…

Pensar en Mark despertó una alarma en su interior. El chucho se había ido en la dirección en la que se encontraban sus hermanos, a por ellos, lo que tenía sentido, ya que debía evitar que se fugaran. Sus hermanos no tenían ninguna posibilidad contra él. Al no estar con ella eran más débiles, y Diana ya sabía lo sigiloso que era ese animal. Sus hermanos no advertirían la amenaza

al estar ocupados en picar la pared de piedra y en discutir entre ellos. Tenía que acudir en su ayuda.

Se levantó como un resorte y echó a correr hacia el túnel, tratando con todas sus fuerzas de transmitirles la sensación de peligro mediante el vínculo que les unía, su alma. Entonces dejó de correr. El brazo ya no le dolía y no era debido a la adrenalina. Abrió las pupilas al máximo, en medio de la oscuridad, pero no era suficiente, así que palpó la herida. Ya no estaba.

Diana repasó su piel nuevamente y descubrió con estupor que no había agujero alguno, ni heridas, y que además podía mover el brazo con normalidad. Se había curado completamente.

Mientras retomaba la carrera, consideró brevemente haberlo imaginado todo, pero no, la sangre seguía allí, sobre su brazo y empapando su ropa. Más adelante, se preocuparía por su milagrosa curación; ahora tenía que reunirse con sus hermanos antes de que fuese demasiado tarde.

—¡No me toques! ¡Joder! —oyó gritar a Mark. Su voz rebotaba contra las paredes, se propagaba como el susurro de un eco. Sonaba muy enfadado—. ¡Me están dando calambares! ¡Ay!

—Tengo que parar la hemorragia. —Ese era Adrián. Diana apretó el paso —. ¡Estate quieto y deja de llorar! Frena tu corazón un poco.

Daba la impresión de que el chucho había mordido a Mark, pero no parecían asustados. Si habían vencido a la fiera, eran más fuertes de lo que ella había creído. Quizá la bestia hubiese huido, pero en ese caso lo más probable era que hubiesen ido tras ella. Algo no terminaba de encajar, así que Diana corrió más rápido todavía, forzando sus piernas, enviando oxígeno a sus cuádriceps. El resplandor de la runa que alumbraba a sus hermanos asomaba tímidamente algo más adelante. Estaba cerca.

Al pasar la curva, aún a cierta distancia de la pared en la que trabajaban, vio a sus hermanos sentados y apoyados contra la roca. Los picos

estaban tirados en el suelo. Mark sujetaba su brazo con mucha fuerza. Adrián trataba de agarrarlo. Forcejeaban. A su derecha surgieron dos puntos amarillos, entre una colección de rocas y pliegues oscuros.

—¡Cuidado! —gritó ella entre jadeos.

Adrián se volvió a mirarla y quedó de espaldas al gigantesco chucho que ya saltaba sobre ellos. Mark dio una patada a su hermano y lo mandó rodando por el suelo varios metros, justo a tiempo de evitar que la enorme bestia lo alcanzara con sus zarpas. El animal se estrelló contra la piedra y sacudió la cabeza. Arañó el suelo mientras un gruñido iba creciendo en intensidad. El lomo se le

erizó.

Diana, que ya estaba cerca de sus hermanos, continuaba impresionada de lo fuerte que era ese chucho, así como de lo silencioso que podía ser, de su habilidad para deslizarse al amparo de las sombras y la oscuridad.

—Siempre he querido matar a uno de estos perros de mierda —rugió Mark. Agarró una piedra con el brazo sano y se la arrojó. Le dio en el costado, imposible fallar a tan corta distancia, pero su hermano estaba débil y no le causó el menor daño—. Vamos, chucho, ven si te atreves.

Mark debía de haber perdido el juicio para provocar a semejante bestia

en su estado. Por muy temerario que fuese, aquello era un suicidio. El animal aceptó el desafío y abrió al máximo las fauces, brillaron sus colmillos. Un aliento cálido brotó de la enorme boca y removió el flequillo de Mark.

La fiera se lanzó hacia su presa, pero en el último instante, Diana se abalanzó sobre el animal. Chocó contra su suave pelo negro y la poderosa musculatura que había por debajo. El golpe la desorientó momentáneamente, pero logró su objetivo. Había desplazado al animal, seguramente porque no se esperaba su intervención, y ambos cayeron, rodaron. Ella quedó bajo el peso descomunal del chucho, sin aliento en los pulmones.

Un segundo después, Diana consiguió levantarse, solo para agacharse a tiempo de esquivar un zarpazo. La otra pata se acercaba en la dirección opuesta y no tenía modo de esquivarla.

—¡Agáchate!

Adrián arremetió con el pico con todas sus fuerzas. El animal se percató del ataque y logró evitarlo con un salto ágil, de varios metros de altura. Al descender, clavó las garras y se quedó sobre la piedra como una araña gigantesca y peluda.

El pico, que se había quedado incrustado en la roca, abrió múltiples grietas que se propagaron en zigzag. La

pared se resquebrajaba entre crujidos. Un segundo después la piedra se vino abajo, arrastrando al chucho y levantando una nube de polvo.

—Hay luz por ahí —dijo Diana, tosiendo.

Adrián cargó con Mark, pasando el brazo sano por su hombro.

—Averigüemos a dónde va ese túnel —dijo Adrián—. Los escombros no nos dejan otra opción.

Un gruñido ahogado les advirtió de que el animal no había muerto. Diana avanzó la primera.

—Le has dado bien al pico, hermano —dijo Mark—. Ya podrías haberlo hecho antes y nos habríamos

ahorrado todo el trabajo.

—Ahora no es el momento de bromear —le reprendió Adrián.

—Por aquí —apremió Diana—. ¡Deprisa! Hay una especie de cueva al otro lado. Vamos, vamos. Antes de que... ¡Ah!

—¿Qué pasa? —preguntó Adrián.

—Me he quemado —contestó ella —. Vamos, seguid, no es nada.

Diana se había apoyado en la pared para tantearla en busca de otro posible derrumbamiento y algo había abrasado la palma de su mano. Apenas podía ver en la oscuridad, pero escuchó un sonido metálico, cerca de su pie. Algo que no era de piedra había caído al suelo y

había rebotado un par de veces. Al bajar la vista, mientras sus hermanos pasaban a su lado, captó un leve destello que enseguida se apagó. El destello moldeaba la forma de lo que parecía un martillo o algún objeto muy similar. Se preguntó qué hacía un martillo enterrado en la roca, por qué quemaba y...

—¿Qué haces ahí parada? —le gritó Adrián—. ¡Vamos!

Diana volvió a la realidad y se reunió con sus hermanos fuera del estrecho corredor que había causado el desprendimiento.

—Puedo andar solo —protestó Mark.

Ante ellos había una cueva

alargada, espaciosa y rectangular, con las paredes suficientemente rectas como para que quedara descartado un origen natural. La luz provenía de antorchas y runas distribuidas por las paredes, que continuaban siendo de roca desnuda. Había humedades y goteras. Olía mal.

En el centro había un objeto metálico enorme que no supieron identificar, dado que las antorchas estaban situadas más adelante y la zona que ellos ocupaban quedaba sumida en la penumbra, debido precisamente a ese bloque metálico que tenían delante. Aquello tenía sentido, ya que si hasta antes del desprendimiento allí solo había roca y piedra, significaba que era el final de lo que quiera que fuese aquel

lugar.

—De modo que no había nada al otro lado —dijo Adrián.

—Te aseguro que no figura en ningún mapa que yo haya visto —repuso Mark.

Diana se acercó a ellos.

—¿Cómo estás? —preguntó examinando el brazo de Mark—. ¿Qué te ha pasado?

—Ni idea. Algo invisible me atravesó el brazo. Pregunta a Adrián si no me crees.

No le hizo falta. Acaba de entender lo sucedido y eso la dejó sin habla por un instante.

—Yo me he quemado y no sé como —dijo Adrián—. Tengo ampollas en la palma de la mano.

—He sido yo —dijo Diana examinando su mano, que no presentaba ningún rastro de quemaduras.

—¿Qué? —Adrián meneó la cabeza, aturdido—. No te entiendo, hermana. ¿Qué dices? ¿Que te has hecho invisible y nos has herido?

—Más tarde. —Diana presentía que el peligro no había pasado—. Véndate el brazo, Mark. Déjame, te lo pondré en cabestrillo. ¿Cuál era tu plan de fuga?

—¿De qué me hablas? ¡Ay! Con cuidado... ¡Ay!

—El maestro nos ha enviado al chucho porque estamos intentando fugarnos, ¿verdad? Es otro de tus planes. No finjas sorpresa.

—¿Te parece que finjo? Estás como una cabra, hermana.

—¡Callaos! —intervino Adrián—. He oído algo. —Diana se volvió hacia el agujero por el que habían atravesado la pared—. Por ahí no, hermana, por ahí… —Adrián señaló en la dirección opuesta.

—¿Más chuchos?

—No... —contestó Mark sujetando su brazo herido—. Juraría que he oído voces. Vámonos. Prefiero no encontrarme con nadie, si no os importa,

y quiero que ese cretino de Ka me cure el brazo lo antes posible. ¡Que no me toques! He dicho que puedo andar solo. ¿Veis alguna herida en mi pierna? Pues venga, ¿o tengo que ir yo el primero?

Adrián reanudó la marcha, deprisa, pero cuidando de no hacer ruido. Diana iba en último lugar, para que Mark estuviese más protegido. Ella percibía su dolor, aunque Mark lo soportaba en silencio, seguramente por orgullo.

—Aquí hay una puerta —susurró Adrián.

Palpaba el enorme bloque metálico que ocupaba el centro de aquella galería alargada.

—Y aquí hay dos raíles —dijo

Mark—. Mira hacia abajo, hermana. Lo que Adrián está toqueteando es un vagón de metro.

—¿Estamos en la red de metro de Madrid?

Mark se molestó en dedicar una sonrisa a su hermana.

—Si así fuese, ya estaría corriendo hacia la libertad, aunque tuviese que arrancarme el brazo.

Desde luego era exactamente lo que Mark había dicho. La luz no llegaba a la parte trasera, pero después de acercarse y dilatar las pupilas no cabía duda. El aspecto del vagón era antiguo, se veían abolladuras y algunas partes estaban oxidadas. Puede que se tratara de un

vagón abandonado. La puerta de atrás estaba cerrada. Adrián les preguntó con la mirada y un gesto muy representativo si querían que la abriese por la fuerza.

—No —dijo Diana—. Mejor nos vamos antes de que...

Se fijó en lo que había confundido con una mancha alargada de suciedad que discurría a la izquierda de la puerta. Pasó la mano por encima para comprobar lo que ya sabía: que no se limpiaba ni se podía borrar. No tardó en ver más manchas como esa.

—¿Ahora qué pasa? —protestó Mark.

—Es una runa —contestó su hermana—. Y ahí hay otra. Este no es un

vagón normal y corriente.

Mark resopló de mal humor.

—Dile tú algo, hermano, porque yo estoy perdiendo la paciencia.

—Tenemos que irnos. —Adrián se acercó a su hermana, que proseguía su examen del exterior del vagón—. Mark necesita atención médica. Vamos, hermana. Ya volveremos.

—No reconozco el ingrediente que han usado en estos símbolos... —murmuró ella, ensimismada—. Creo... que no está abandonado... Lo han escondido. Si pudiera memorizar esa...

Los sorprendió un revuelo de pisadas muy rápidas y algunos chirridos. Los trillizos se asomaron al lateral del

vagón, donde la luz de las antorchas derramaba algo de claridad, y vieron varias formas deslizándose por la cueva hacia el extremo opuesto por el que habían llegado. Se desplazaban a una velocidad considerable y sin hacer apenas ruido. Sus pequeños cuerpos estaban ocultos por capas oscuras y raídas, con capucha, que se camuflaban entre las sombras con facilidad.

En un primer vistazo, Diana pensó que todos tenían joroba, pero se dio cuenta de que era un bulto, tal vez un saco, que cargaban con ellos. Le impresionó ver que no llevaban calzado, lo que explicaba en parte su sigilo. Sus pies desnudos se movían a gran velocidad, esquivaban rocas y agujeros,

y avanzaban con mucha seguridad. Diana llegó a la conclusión de que conocían perfectamente aquel lugar.

Una capucha asomó desde la parte de debajo del vagón. Bajo aquella capucha brillaron dos ojos grandes en comparación con el tamaño que se adivinaba de la cabeza. A la capucha le siguió un saco, luego salió corriendo en la dirección de los demás. Adrián fue más rápido y lo atrapó cuando trataba de huir. El saco se cayó al suelo.

—¿Quién eres? —dijo levantándolo por los hombros.

Era un niño de no más de diez años, puede que menos. La capucha cayó sobre sus hombros y quedó al

descubierto un rostro sucio y huesudo, cubierto de un pelo de un color indeterminado por la cantidad de porquería que tenía. El niño trató de liberarse, pero no hacía falta mucha fuerza para sujetarlo. Su aspecto no era de estar bien alimentado.

Adrián lo sacudió un poco y repitió la pregunta. El niño negó con la cabeza.

—Mátalo —dijo Mark.

—¡Es solo un niño! —repuso Diana.

—¿Y qué somos nosotros? ¿Ancianos?

—Es mucho más pequeño que nosotros.

—Precisamente —sonrió Mark—.

¿Prefieres que llame a sus hermanos mayores? ¿O a sus papás?

—¡Dime que no hablas en serio! —Diana apartó a su hermano de un empujón. Mark gimió y se agarró el brazo herido—. Solo eres un vagabundo, ¿verdad? No pasa nada, pequeño, no te vamos a hacer daño. Suéltalo, Adrián. Oye…, esos símbolos en el vagón, ¿los habéis dibujado vosotros? ¡No! ¡Espera!

En cuanto los pies del chico tocaron el suelo, echó a correr. Se escabulló saltando y esquivando agujeros a toda velocidad.

—Idiotas —bufó Mark—. Siempre tenéis que meter la pata.

—¿Voy tras él? —se ofreció

Adrián—. Puedo cogerlo.

Diana iba a decir que no, pero la oscuridad tembló ligeramente por encima de su hermano, a varios metros sobre su cabeza, en la pared. Vio aparecer los dos ojos amarillos en lo que debía de ser una grieta enorme fuera del alcance del resplandor de las antorchas. Sus hermanos también lo vieron, o tal vez sintieron cómo su corazón se aceleraba. Alzaron la cabeza al mismo tiempo. Eso los salvó.

El chucho bajó por la pared de piedra con la misma facilidad que si caminara sobre el suelo. Adrián le arrojó una roca que debía pesar más de treinta kilos. La bestia la esquivó con agilidad, de un salto. Los tres hermanos

aprovecharon la retirada de su atacante para huir.

—¡Adentro! —gritó Mark.

Sostenía una puerta lateral abierta que seguramente habían utilizado los vagabundos para entrar y salir del vagón con aquellos sacos. Los trillizos no dudaron en meterse dentro. Adrián prácticamente tuvo que saltar por encima de Diana para evitar que el chucho lo atrapase. Al cerrar la puerta, escucharon un arañazo metálico al otro lado.

—¡Atráncala! —chilló Diana—. Adrián, tú y yo vamos a ver si hay más puertas y a cerrarlas.

El interior estaba forrado de

madera, y tan limpio, que no parecía posible que se tratara del montón de chatarra desvencijada que habían visto desde el exterior. Había cortinas, cojines y lámparas con adornos recargados. El conjunto recordaba a un salón antiguo, con muebles y mesas de hacía más de cincuenta años. En los laterales, había varios baúles intercalados con los sillones, que hacían las veces de bancos. Los baúles eran de madera vieja y oscura, y estaban rodeados por una gruesa cadena de la que colgaba un candado todavía más grueso. Uno de los baúles estaba abierto. Diana, con un rápido vistazo, comprobó que no había nada en su interior.

—Solo hay dos puertas más —informó Adrián—. La delantera y la trasera, diría que para pasar de un vagón a otro, si los hubiera. Las he comprobado y están cerradas.

En el exterior sonó un gruñido.

—Ese chucho es el más grande que he visto —dijo Mark. Se había sentado y apoyaba el brazo en un cojín de aspecto mullido—. Esto no me gusta nada. ¿Qué es este tren? ¿Y esos pequeñajos? Aquí pasa algo muy raro.

Adrián y Diana seguían pendientes del exterior. Las pisadas del animal sonaban por todas partes.

—¿Crees que podrá entrar aquí? —preguntó Adrián a Diana, que se encogió

de hombros—. Si consigue entrar, lo mataré.

—Seguro que sí, hermano —dijo Mark sin esconder sus dudas al respecto —, pero mejor preocúpate de que no entre.

El vagón se tambaleó hacia un lado, lo suficiente para que lo notaran y captaran las vibraciones que se propagaron por toda la estancia.

—Está intentando romper la ventana —dijo Diana.

La bestia cogió carrerilla. Sus poderosas patas traseras se tensaron y se lanzó contra el vagón. Los dos últimos metros los recorrió volando tras dar un salto. Las garras y los colmillos se

acercaban a toda velocidad. Diana cerró los ojos en el último momento. El vagón volvió a temblar con el impacto. Esta vez se inclinó tanto que Mark cayó al suelo. La ventana continuaba intacta.

—¿Cómo puede mover todo el vagón y no ser capaz de romper una ventana? —preguntó Mark.

—Por las runas —aventuró Diana. No podía estar segura, pero no se le ocurría otra explicación—. Creo que protegen la estructura exterior.

Adrián dio una patada a una mesa y arrancó una de las patas. Luego miró por las ventanas.

—No podemos quedarnos aquí encerrados. ¿Lo ves por ese lado? Mark

lleva razón, ese bicho no es normal y no creo que nos deje en paz. Tendremos que acabar con él. Hermana, refuerza este palo. Pienso rompérselo en la espalda, a ver si es tan fuerte como parece.

Diana no tenía una idea mejor. El problema era que su experiencia con las runas era limitada y no estaba segura de si era buena idea que Adrián arriesgara la vida confiando en su destreza para dotar de fuerza a un palo de madera.

No cabía duda de que su hermano estaba decidido. La asombró su valor y su determinación, así que se reprimió las ganas de decirle que no podía medirse con esa bestia. Ella había visto lo rápida y fuerte que era, y no creía que

pudiesen vencerla en una pelea, menos todavía con Mark herido y luchando en un terreno desconocido para ellos; el chucho, en cambio, parecía muy hábil en la oscuridad de los túneles.

—Dame otro palo de esos a mí también —dijo Mark—. Puedo luchar, no soy la carga que crees, hermana.

—Yo no he dicho eso.

—Como si hiciese falta.

—No es momento para discusiones —se enfadó Adrián—. Toma, este es más pequeño, podrás usarlo con una sola mano. Te colocarás en medio y...

—Voy a salir el primero —dijo Mark.

—De eso nada.

—Ya lo creo que sí. Mejor que me hiera a mí que no a vosotros, que ya tengo un brazo inutilizado. Y si alguien tiene que morir..., bueno, seamos sinceros, también es mejor que sea yo.

Adrián dio un paso hacia su hermano con gesto amenazador y, cuando Diana creyó que lo iba a atizar con el palo, un golpe en el techo, justo sobre Adrián, lo detuvo. La lámpara cayó y se rompió en pedazos. Encima de sus cabezas aparecieron cuatro uñas que rasgaban el techo con un chirrido infernal.

En pocos zarpazos, la bestia destrozó la parte superior del vagón y cayó encima de Adrián, que no tuvo tiempo de evitarlo. Rodaron y

derribaron todo a su paso. Mark lanzó un golpe con su palo, pero le dio a su hermano en un hombro. Diana agarró un baúl y se lo arrojó al animal. Le dio en el pecho y lo derribó. La bestia se precipitó hacia atrás, soltando ladridos y gruñidos.

Mientras los trillizos se recomponían, el chucho destrozó el baúl que le bloqueaba el camino. Masticó la cadena y despedazó la madera con un zarpazo. Con el estruendo, un montón de frascos de cristal se rompieron, y varias estacas, junto a una bolsa llena de piedras preciosas, saltaron por los aires.

—¡Salid! —ordenó Adrián.

Sus hermanos no obedecieron. Los

dos vieron claras sus intenciones de atacar antes de que el chucho se recuperara del todo y no dudaron en ayudarlo. Los tres sintieron que no debían separase, que su única esperanza contra aquel animal de pelo negro y ojos amarillos era atacar a la vez, unidos, multiplicando sus fuerzas, como en los entrenamientos. Sincronizaron sus movimientos, sus pulsaciones y la respiración, compensaron la debilidad del brazo herido de Mark.

A pesar del reducido espacio, se movían con agilidad. El chucho era rápido y fuerte, pero su ventaja principal era que sus ataques siempre causaban alguna herida debido a las garras y los colmillos. Los trillizos consiguieron

golpearlo en dos ocasiones, pero no pareció que le infligiesen un daño significativo. Al poco tiempo, ellos sangraban por numerosos cortes. De seguir así, se cansarían antes que el chucho.

Diana logró una posición algo elevada desde uno de los sofás. Tenía el lomo del animal ante ella y una oportunidad única. Sus hermanos luchaban de frente, tratando de mantener al animal en aquella ubicación, para favorecer el ataque de Diana, pero el chucho rugió y babeó, y desbarató sus intenciones con un movimiento completamente inesperado: se puso en pie.

Adrián y Mark, que se habían

lanzado hacia delante, perdieron el equilibrio. El golpe de Diana acertó al animal en el hombro, pero casi sin fuerza, debido a que contaba con ganar potencia al descender, sin encontrar resistencia tan alto. ¿Cómo anticipar que un chucho iba a ponerse de pie? Ninguno lo había hecho jamás. Por si fuese poco, el animal parecía tener inteligencia. Era evidente que la bestia sabía que los sorprendería y estaba lista para aprovechar su ventaja. Puede que incluso hubiese reservado esa jugada para el momento oportuno, y, desde luego, no podría haber elegido un momento mejor.

Embistió a Diana y la arrojó contra la pared, lo que provocó un golpe en la

cabeza que a punto estuvo de hacerle perder el conocimiento. Luego golpeó a Adrián con las patas traseras, justo en el pecho, como si fuese una coz dada por un caballo. La fuerza de aquellas patas debía de ser brutal porque Adrián salió volando hacia atrás, atravesó la puerta lateral por la que habían entrado al vagón y se estrelló contra la pared del exterior. Diana percibió un vacío y rezó para que su hermano solo estuviese inconsciente. Mientras, la fiera seguía con su masacre. A Mark lo derribó con la cabeza, en un golpe de lado demoledor, impulsado por el gigantesco cuello del animal.

El vagón entero retumbó con el gruñido ansioso del chucho. Las fauces

se abrieron sobre Mark, que daba manotazos, indefenso. Diana estaba demasiado lejos y demasiado mareada para socorrerlo. Contempló horrorizada cómo su hermano iba a ser triturado irremediablemente entre los colmillos de aquella bestia.

Un silbido rasgó el aire. El animal se desplazó un poco hacia un lado, como si algo invisible le hubiera dado un empujón en el costado. Se le escapó un gemido ronco y agudo, y su hocico se arrugó. Era la primera vez que Diana oía algo parecido a una queja por parte del animal. Lo extraño era que no veía qué podía haberle causado daño. De todas maneras, el chucho no cejó en su empeño y levantó la pata delantera, con

la garra orientada hacia su hermano, que se debatía bajo el peso de la bestia.

Un hombre entró por la puerta y saltó sobre el animal. Diana tardó un segundo en reconocer al maestro en la corpulenta figura que había surgido de la nada. El maestro logró caer sobre Mark a tiempo de cubrirlo con su cuerpo. Recibió en la espalda el zarpazo del chucho, que seguro habría terminado con la vida de Mark. El maestro dejó escapar un alarido de dolor, al tiempo que un reguero de sangre salpicó los muebles a su alrededor. Pero el maestro no se desmayó ni dejó de pelear. Se giró y le asestó un codazo. El chucho y el maestro acabaron enfrentados, ambos de pie. El mago sujetaba sus patas y

esquivaba las dentelladas de la bestia. Se miraban con odio, resoplaban, forzaban sus músculos al máximo. Diana advirtió que el maestro se inclinaba ligeramente hacia el lado de su pierna lisiada, mientras la sangre seguía resbalando desde su espalda, empapando los jirones de su ropa destrozada.

El chucho se había encorvado ligeramente y Diana por fin vio la razón. Entre su pelaje negro asomaba el mango de un cuchillo, a su alrededor había mechones húmedos de sangre. El maestro debía de habérselo lanzado desde el exterior antes de atacar, en aquel silbido que había escuchado.

—Huid —murmuró el maestro

mientras contenía a la bestia—. Coge a tu hermano.

Se refería a Mark, que había recibido varios golpes y seguía con el brazo inutilizado. Diana se acercó con la intención de ayudar al maestro. No podía abandonarlo en su lucha contra ese mal bicho. El mago debió de advertir su intención de coger el cuchillo para clavárselo de nuevo porque sus ojos se pusieron en blanco.

—¡No! —gritó.

El animal se volvió hacia Diana y, al mismo tiempo, logró descargar un zarpazo en la pierna lisiada del mago. El maestro gritó, pero no fue de dolor, sino de rabia. Le asestó un puñetazo. El

chucho le desgarró el pecho con la otra zarpa, pero el mago, obviando el dolor y gritando todavía más fuerte, le rompió una pata y lo arrojó por el aire con todas sus fuerzas. El chucho atravesó el vagón hasta la pared opuesta, donde se estrelló con un crujido y acabó sepultado entre los muebles.

El mago se desplomó dos segundos después. Diana se arrodilló a su lado.

—¡Maestro!

Sangraba por todas partes. El musculoso cuerpo del mago se había convertido en un amasijo de carne, sangre y retales de ropa. Su respiración era inusualmente lenta, se le cerraban los ojos.

—Rematadlo —susurró con la voz muy débil—. Rematadlo o... vendrán muchos más.

Iba a añadir algo, pero se desmayó. Adrián entró en ese momento en el vagón, claramente aturdido, sosteniendo una roca y buscando al chucho para aplastarlo. Sus ojos se posaron primero en Mark y luego en el mago.

—¿Es el maestro? ¿Está...?

—Vive —contestó Diana—. Ha acabado con el chucho, pero esta malherido.

—Larguémonos —dijo Mark incorporándose.

—Tenemos que llevarnos al maestro —dijo Diana.

—Ha dicho que huyamos, ¿no? Pues hagámosle caso.

Diana se sintió cansada para discutir con Mark.

—No, hermano —intervino Adrián—. No lo vamos a abandonar. Le debemos la vida y no ha sido él quien nos ha enviado al chucho, como es evidente. Olvida tus planes por una maldita vez. No podemos escapar, que es lo que estás pensando. Estamos todos heridos, no sabemos dónde nos encontramos y, aunque lográsemos llegar a la red de metro, ¿qué crees que pasaría? Nos encontrarían, hermano. Ya sea con estos tatuajes que nos pintaron o por algún otro método. En el mejor de los casos, nos pasaríamos la vida

huyendo sin saber cuándo un grupo de magos saltaría sobre nosotros, así que colabora por una vez y no crees más problemas.

—¡Bah! De todos modos ya no puedo odiarlo después de que me haya salvado. Detesto sentirme así.

Diana suspiró aliviada.

—Tenemos que matar al chucho o vendrán más —les recordó.

—Yo lo haré —se ofreció Adrián, con una rabia que no era propia de él.

Mark le señaló el fondo del vagón.

—¿Tiene pulso? —preguntó palpando el cuello del maestro—. No me apetece transportar un cadáver. Además, Padre seguro que nos acusaría

de haberlo matado… Lástima, lo tiene… Débil, pero constante. Tendremos que cargar con él. Y con ese pedazo de cuerpo, tiene que pesar lo suyo. Menos mal que Adrián...

—¡El chucho no está! —gritó Adrián—. Aquí hay un hombre con un puñal clavado en las costillas.

Diana y Mark se reunieron con su hermano. En efecto, había un hombre desnudo entre los restos de madera y las cortinas. Su piel era muy blanca, en claro contraste con el pelo negro y sedoso que cubría parcialmente su rostro. Aparentaba unos treinta años y estaba en plena forma física.

—Aún respira —dijo Mark.

—Mirad su pelo —señaló Diana —. Es él. Es un hombre lobo, no un chucho como habíamos pensado. Por eso era más fuerte y más listo, y podía caminar sobre dos patas y...

—¡Que sí, que ya lo hemos entendido! En realidad me importa muy poco lo que sea. Bien, hermano, ¿a qué esperas?

Adrián los miró un tanto consternado.

—Yo... Es que es un hombre... Indefenso...

—Que casi se nos come a los tres hace un momento. Díselo tú, hermana… ¡Dios! ¡No lo puedo creer! ¿Tú también? Van a venir más, ya has oído al maestro.

¡Oh! ¡Largaos! Ya lo haré yo.

—Está inconsciente y herido —dijo Diana—. A lo mejor basta con atarlo y...

—¡No digas gilipolleces, hermana! ¿Y si se despierta y se transforma de nuevo? Con esos dientes podría romper incluso las cadenas. No pienso correr ningún riesgo. Si llama a sus amigos y nos dan caza, nos matarán. ¿Es eso lo que quieres? No, ¿verdad? Pues marchaos los dos, que ya me encargo yo del trabajito. ¿Tienes algo que decir, hermano?

Adrián pasó el brazo por los hombros de su hermana y la empujó con suavidad.

—Vamos, nosotros llevaremos al maestro.

Mark se agachó y extrajo el cuchillo con un tirón. Salió un chorro de sangre. El hombre lobo gimió, pero no abrió los ojos.

—Mark —dijo Diana.

—¿Qué? —gruñó con el puñal ensangrentado en la mano—. Si me pones más pegas, te juro que tendrás que hacerlo tú.

—Gracias.

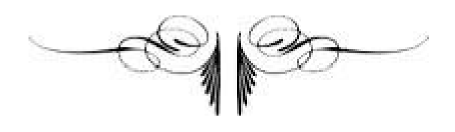
Diana dejó que Adrián se la llevara. Mark se quedó en cuclillas unos segundos más contemplando al hombre lobo. Su respiración era cada vez más lenta. Mark empuñó el cuchillo y, justo

cuando iba clavarlo, los ojos del hombre lobo se abrieron. Mark, tras un leve sobresalto, observó aquellos ojos. Ya no eran amarillos, sino marrones, no tenían brillo, se apagaban. El hombre lobo tosió y un hilo de sangre resbaló de la comisura de sus labios.

—Ya no ladras, ¿eh? Espero que esto te duela, bastardo.

Mark apretó con fuerza la empuñadura y enterró el puñal en su vientre.

VERSÍCULO 10



—¡Despertad!

Mark notó que el colchón de la cama se hundía bruscamente, en la parte de sus pies, y se incorporó sobresaltado. Un pinchazo le atravesó el brazo que Ka le había escayolado después de curárselo. El sueño y el cansancio le impedían abrir completamente los ojos. Tardó en reconocer a la figura que se encontraba a los pies de la cama.

—¿Qué hora es? —dijo a la vez que bostezaba—. Das pena, maestro, de

verdad. Deberías estar descansando en la cama. Y yo también.

No había mentido al referirse al aspecto del maestro. Ka lo había atendido y curado lo mejor que sabía, pero de todos modos parecía más muerto que vivo. No quedaba rastro del tono ligeramente bronceado de su piel, que ahora lucía una palidez extrema, debido seguramente a la cantidad de sangre que había perdido. Mark recordaba la enorme masa empapada de rojo que sus hermanos cargaron hasta los aposentos de Ka.

El cuerpo del maestro estaba cubierto ahora por numerosos vendajes, sobre todo en el torso y en la pierna, y en varias partes se distinguían manchas

oscuras de la sangre que seguía manando de las heridas. Los ojos eran dos pozos oscuros y hundidos. Su postura corporal estaba mucho más encorvada de lo habitual, incluso sentado en una silla. Costaba creer que se mantuviese en pie.

Mark comprobó que solo llevaba una hora durmiendo. Por eso estaba tan agotado. El maestro debía estar guardando reposo y dejando que sus heridas cicatrizaran, pero había preferido ir a molestarlos cuando apenas acababan de echarse en la cama.

—¡Despertad! —repitió el maestro.

Descargó un nuevo golpe sobre la cama con su bastón. Adrián y Diana se enderezaron, con evidentes signos de no

saber dónde se encontraban. Se frotaban los ojos y miraban a su alrededor.

—Tranquilos, hermanos. Es solo el maestro, que ha venido a darnos las gracias por no dejarlo tirado en las alcantarillas, cosa que ahora mismo lamento no haber hecho, por cierto.

Adrián murmuró algo, buscando tiempo para que su mente se despejara. Diana, más despierta que su hermano, observó al maestro sin ocultar su preocupación. El hombre que sostenía el bastón era una sombra del poderoso e imponente mago que los había instruido durante tantos años. Incluso su desarrollada musculatura parecía haberse desinflado.

—No os preocupéis por mí —dijo el maestro—. Quiero que me contéis exactamente lo que pasó en los túneles.

Adrián y Diana se encargaron de relatar lo sucedido. La contribución de Mark se limitó a muecas y bufidos con los que demostraba no estar de acuerdo en ciertas partes, sobre todo en las concernientes a lo que deberían haber hecho. El maestro dejó que se expresaran libremente.

No dirigía sus preguntas a ninguno de los tres hermanos en concreto. Se limitaba a evitar que discutieran entre ellos y los apremiaba a seguir hablando. Exigía muchos detalles sobre la pelea. Se interesaba por la situación de cada uno de ellos en un momento dado y, al

mismo tiempo, si ellos sabían dónde se encontraban sus hermanos. El rostro débil y ensombrecido del mago no revelaba ninguna emoción sobre si aprobaba o no el modo en que habían actuado. Daba la impresión de que lo único que le importaba era recabar información.

—Eso no es cierto —dijo Mark, interrumpiendo a su hermana y hablando por primera vez—. Yo quería dejarte allí tirado y huir, pero ellos insistieron en salvarte. ¿Qué pasa? ¿No queréis decirle la verdad? ¿De qué te avergüenzas, hermana?

Diana se ruborizó un poco. Tuvo cuidado de contar exactamente cómo decidieron matar al hombre lobo, sin

omitir ni añadir nada, segura de que Mark intervendría de nuevo si no se ceñía a la realidad. Por último, Adrián tomó la palabra para explicar cómo regresaron y lo llevaron ante Ka para que lo curase.

—Si tienes pensado castigarnos por algo —dijo Mark—, voy a...

—Se acabaron los castigos para vosotros —atajó el maestro.

—Entonces —dijo Adrián—, quizá sea la hora de las explicaciones.

Mark dio una palmada en la espalda de su hermano como gesto de apoyo.

—¿Qué era ese tren que encontramos? ¿Y por qué nos atacó un

hombre lobo?

—Muy pronto dejaréis de ser aprendices para convertiros en magos de verdad —prometió el maestro—. Entonces os podré hablar de ciertas cosas. Por ahora solo puedo deciros que lo ocurrido ha sido un error, una brecha en la seguridad. Ese hombre lobo nunca debería haber podido acercarse tanto a nosotros.

—¿Por qué nos salvaste? —preguntó Mark—. Quiero saberlo. Arriesgaste tu vida por nosotros, por mí. Dínoslo.

—Sois mis alumnos. Yo soy responsable de lo que os pase, para bien o para mal, hasta que seáis magos, es lo

que hay.

—Creía que ya éramos magos —dijo Diana.

—Aún no. Falta una prueba final a la que os enfrentaréis en cuanto os hayáis restablecido.

—¿Qué prueba? —preguntó Adrián.

Los trillizos compartieron cierta inquietud por el tono del maestro.

—Una que superaréis, estoy convencido, a pesar de que es la más dura a la que os hayáis enfrentado. En nuestro clan solo pueden estar los mejores. Por eso vamos a repasar lo que habéis hecho mal en vuestra pelea contra el hombre lobo.

—¿Mal? —Adrián se levantó de la cama—. Ni siquiera nos ha enseñado nada de ellos. Creíamos que era un simple chucho. Hicimos todo lo que pudimos.

—Y sobrevivisteis hasta que yo llegué, lo que demuestra vuestra fuerza y vuestro valor. Fue una lucha real y desigual, y aunque no teníais ninguna oportunidad contra él, no os asustasteis ni os rendisteis. Estoy orgulloso de vosotros.

Era la primera vez que el maestro decía algo así. Muchas veces, a lo largo de aquellos años, había señalado lo que hacían bien, pero siempre desde la distancia, severo, siendo justo en reconocer los aciertos y al mismo

tiempo exigente para demandar todavía más. Sin embargo, que admitiera estar orgulloso de ellos era toda una novedad. Ni siquiera Mark supo reaccionar ante aquellas palabras de su maestro. Ninguno de ellos se lo esperaba. Se sintieron algo confusos.

—Pero hicimos algo mal —apuntó Mark—. No estás tan orgulloso de nosotros como para no reprocharnos algo, ¿verdad?

—Sí lo estoy. Más de lo que puedo expresar y de lo que vosotros creeríais. Sin embargo, cometisteis un error imperdonable. No matasteis al lobo.

—Claro que lo hicimos. Yo mismo lo destripé.

—¿Le cortaste la cabeza? No, no lo hiciste. ¿O vas a decirme que omitisteis esa parte en vuestro relato?

Adrián volvió a sentarse en la cama, al lado de su hermano.

—Maestro, nadie puede sobrevivir a eso. El lobo tenía un puñal clavado en las costillas y sangraba mucho. Cuando mi hermano se lo clavó en la tripa... Tuvo que desangrarse hasta morir.

—¿En serio? Antes has dicho que no os enseñé nada sobre los hombres lobo. ¿Cómo sabes entonces a qué velocidad se desangran o se curan? ¿Sabes acaso las diferencias que hay entre la forma de hombre y la de lobo en lo que a heridas y curación se refiere?

No, no lo sabéis. Lo que sí os expliqué con sumo detalle es la única forma de asegurarse de que alguien ha muerto.

—Hay que cortarle la cabeza —recitó Diana.

—Exacto. Es la única herida a la que nadie puede sobrevivir. No os alarméis, el lobo murió desangrado como habéis dicho, pero quiero que entendáis que no podéis estar seguros, porque no os quedasteis a esperar a que muriese, ¿a que no?

—Teníamos que llevarte a que te curaran —se defendió Mark.

—Mientes. Tú sabías que debías cortarle la cabeza, pero eso implicaba matarlo mirándole a los ojos, porque

estaba despierto, ¿a que sí?

—¡Yo lo maté!

—Lo dejaste morir, que no es lo mismo. Le pinchaste el estómago para poder irte antes de que muriese, para no ver sus ojos mientras la vida abandonaba su cuerpo. Te convenciste de que no sobreviviría para no hacer lo que debías. No me desobedeciste a mí, te engañaste a ti mismo.

Diana abrazó a Mark, que temblaba de rabia. Adrián también le mostró su apoyo pasando el brazo por sus hombros.

—Vosotros dos lo sabíais —prosiguió el maestro—. Por eso no os sorprenden mis palabras. Os enfadan

porque os estoy forzando a enfrentaros a vuestros sentimientos, los que no os atrevéis a compartir ni expresar en voz alta. Reprimís esos sentimientos, pero no podéis evitar percibirlos porque vuestra alma es una. El vínculo se ha completado, aunque aún no os habéis dado cuenta. Por eso, Diana, pudiste pasar la herida de tu brazo a Mark. No fuiste consciente, pero lo hiciste. Cuando vuestra unión es completa, vuestra alma no distingue un cuerpo de otro. Sois uno. Por fin estáis completos.

—Entonces... —titubeó Diana—, ¿nuestro entrenamiento ha concluido?

—Prácticamente —dijo el maestro —. Aún tenéis una asignatura pendiente. No sois capaces de matar y eso tiene

que cambiar.



—¿No deberías estar en la cama? —Mu comprobó con un rápido vistazo que estaban solos y sonrió—. He oído que el lobo te dio una buena y los trillizos tuvieron que llevarte a que Ka te curara. Lo sé, lo sé, fuiste muy... ¿heroico? ¿Noble? Qué más da. Oz, le echaste un par de huevos al arriesgar tu vida con tu lesión. Confío en que tus heridas no te incapaciten para cumplir con tus obligaciones. Odiaría perder al mejor de nuestros instructores.

—Estoy bien, gracias —contestó el

maestro, colocando el bastón sobre la mesa—. Me disculparás si no me levanto a saludarte como es debido. Han pasado dos días, pero no estoy completamente restablecido. Me conmueve tu preocupación por mí.

Mu cerró la puerta de los aposentos de Padre y tomó asiento. Se sirvió un vaso de agua de una jarra que descansaba sobre la mesa. Consiguió beber la mitad sin borrar la sonrisa de su cara.

—¿Dónde está Padre? ¿Te ha convocado?

—He venido a hablar con él por voluntad propia —explicó Oz—. No lo entenderías, son situaciones que se dan

entre amigos.

—Muy bueno, Oz. Me ha dolido, en serio. Yo pensaba que éramos amigos, ¿o lo has dicho solo para restregarme tu amistad con Padre? ¿Es eso? Interesante… Eso quiere decir que te sientes amenazado por mí, o tal vez solo intimidado. No se me da muy bien adivinar, la verdad.

—Se nota. Yo también he oído que tú estuviste realmente bien rematando al lobo. El mago más fuerte del clan, el número dos, el gran Mu... ¿Fuiste capaz de acabar con un enemigo abatido y medio desangrado o pediste ayuda?

—¿Así me lo agradeces? Esa pierna tuya te está convirtiendo en un

cascarrabias y un gruñón. Tus chicos le pincharon la tripa y se largaron. Cuando llegué, ya se estaba transformando. Habría sobrevivido, Oz, lo sabes muy bien, pero no debes preocuparte. No te echarán la culpa de nada. Yo me encargué de él sin que nadie me viese y, por supuesto, guardaré tu secreto.

—¿Echarme la culpa?

—Tus chicos, Oz, son tu responsabilidad. No fueron capaces de matar a un enemigo. Los magos que no sean tan comprensivos como yo podrían preguntarse si esa falta se debe a las carencias de su maestro, quien debería haberlos instruido adecuadamente. Pero como te he dicho, no debes temer nada porque nadie lo sabe.

—Por lo visto, tu preocupación por mí es mayor de lo que imaginaba. No te pega nada, Mu. Más bien apesta y apuesto a que hay alguna razón interesada. Veamos si se me ocurre algo... Puede que esos mismos magos que nos son tan comprensivos como tú se preguntasen dónde te encontrabas. ¿Por qué nuestro mejor guerrero llegó tarde, dejando solo a un pobre lisiado ocuparse de un intruso que había penetrado en nuestra zona?

—Pues algo de razón llevas, no creas. Que un cojo llegara antes que yo no me deja en muy buen lugar. Qué vergüenza. Menos mal que los trillizos no eran mi responsabilidad. Y menos mal también que cuando diste la alarma

sí que fui el primero en acudir en tu ayuda. Pero llevas razón en que es un poco embarazoso. Algunos magos tienen la mala costumbre de cotillear, inventar detalles y exagerar las cosas. ¿No odias ese tipo de actitud? Por eso lo mejor es que lo dejemos correr y nos olvidemos de este pequeño incidente, ¿no crees?

—¿Y los chicos, Mu? ¿No te parece que hicieron un buen trabajo? Encontraron el tren fantasma que llevábamos tanto tiempo buscando.

—¿No te dije que eran buenos? Claro que en este caso, el mérito es nuestro. Nosotros les indicamos dónde cavar.

—Pero no creímos que llegaran al

otro lado, lo que significa que son más fuertes de lo que pensaba. Tú tenías razón al decir que eran tan buenos, Mu. Debería haberme dado cuenta, dado que soy su maestro.

—No seas tan duro contigo mismo. El mérito es de Padre por encontrarlos. Él siempre sostuvo que eran especiales.

—Sí, especiales... A lo mejor por eso los perseguía el hombre lobo. Es solo una teoría. Tú eres el experto, ¿por qué iría tras ellos?

—No estoy seguro, si te soy sincero. Habrá que investigarlo porque es cierto que no es habitual.

—Eso mismo pienso yo. Si no lo hubieses matado podríamos

interrogarle... Me pregunto qué le habríamos sonsacado. Bueno, no tiene sentido elucubrar sobre una opción que ya no tenemos. Me gusta tu idea de la investigación, Mu, muy acertada. Debemos averiguar por qué un hombre lobo atacó a los chicos.

—A lo mejor fue por azar. Simplemente fueron los primeros magos que se encontró.

—*Ummm*... No me convence. Vamos, Mu, esfuérzate. ¿Desde cuándo es normal que un lobo actúe solo? Siempre van en manadas, siempre. Esa es su principal fuerza, su número. Pero a este no lo acompañaba nadie... Y se encontró a los trillizos, la nueva adquisición de Padre, en quienes hemos

volcado todas nuestras esperanzas, completamente solos. Es como si supiese que iban a estar ahí. Sí, cuanto más lo pienso, más lógico me parece. ¿A ti no? Sigamos con esa teoría solo por un momento. El lobo sabía que los trillizos estarían ahí solos. ¿Cómo? No paro de darle vueltas. ¡Espera un momento! ¿Y si alguien se lo hubiese dicho? Vaya, parece un posibilidad que tener en cuenta en esa futura investigación, ¿no?

—¿Es que pretendes acusarte a ti mismo? A menos que hablaras con alguien sobre tus planes de enviar allí a los chicos, nadie más puede saberlo. No, no tiene ningún sentido. Además, tu rango no te permite hablar con nadie que

no sea un mago. ¿No me dirás que sospechas de un traidor? Nunca se ha dado un caso como ese en nuestro clan.

—Solo estoy pensando en voz alta, no te pongas nervioso, Mu. Y no, no se lo dije a nadie, excepto a Padre, claro, pero estaremos de acuerdo en que a él podemos descartarlo. Entonces, ¿quién nos queda? Tendría que ser un mago por encima de mi rango para poder hablar con alguien fuera del clan que no sea un mago, y que también me hubiese espiado… Por ejemplo, alguien que hubiese mostrado mucho interés en los trillizos últimamente, aunque no fueran asunto suyo.

—¡Anda! Ese soy yo, ¿no? No, no, te refieres a otro, porque yo me interesé

por los trillizos precisamente por el motivo contrario, porque quería ayudarte a desarrollar su potencial, no a matarlos, y tú lo sabes muy bien, Oz.

—Desde luego que lo sé. ¿Cómo iba a acusarte? Es absurdo... Es solo que los indicios parecen claros, excepto en lo de matar a los chicos, es cierto. Pero tu rango, el más alto después de Padre, te permite hacer todo lo que hemos mencionado y mucho más, y resulta que, según está teoría, habrías matado al lobo para que no te delatara. ¿No es curioso? Voy a explorar un poco más esta teoría, solo para ayudarte, por si otro mago te hace las mismas preguntas más adelante. Como verás, yo también estoy preocupado por ti. Veamos, lo de matar

a los trillizos no encaja, así que si no planearas matarlos, quizá podrías raptarlos, lo que explicaría que el lobo no rematara a Diana cuando tuvo la ocasión.

—Creo que voy a divertirme con esto. ¿Piensas que no soy leal a Padre?

—Es solo una suposición, Mu. Sé que eres muy leal, pero hay formas y formas de servir a Padre. —Oz agarró el bastón que había dejado sobre la mesa y comenzó a darle vueltas con una mano —. Es posible que te interese mantener tu posición actual para seguir siendo tan leal como eres.

—¿Es que podría perder mi posición? Si no te importa

explicármelo…

—Por esto. —Oz desplazó el bastón a toda velocidad y presionó con la punta en el hombro de Mu. El mago dejó escapar un gemido involuntario—. ¿Te duele? Solo ha sido un golpecito, nada que pueda causar daño al gran Mu. A menos que ocultes una lesión justo ahí, en el lugar en el que te golpearon los trillizos durante la sesión de entrenamiento en combate, la que tanto insististe en impartir, para ayudarme, por supuesto. Te hicieron más daño del que creías posible, ¿verdad? Querías evaluar su fuerza y hasta tú te sorprendiste de lo que te encontraste. Y ni siquiera son magos todavía. Cuando superen la prueba serán más fuertes que

tú y Padre te degradará. Incluso puede que ya no te necesite para sujetar la runa que tanto interesa a Erik y los otros magos. Los trillizos podrán hacerlo ellos solos y eso no te conviene. Por eso visitaste a Ka el día que hablé con Padre en sus aposentos. Ka te curó el golpe que te dieron los trillizos.

—Oz, siento decírtelo, pero la herida de tu pierna te está afectando al cerebro. Ka me curó, sí, porque me había lesionado practicando nuevas técnicas, bastante peligrosas, por cierto, y porque es su trabajo, coño, que es un médico, no un cura. Desde que ocupé tu puesto se te ha olvidado lo que es ser el mejor, la disciplina y el entrenamiento que exige mantenerse en plena forma.

Seguramente, por eso el lobo te dio una paliza. Padre está al corriente de todos mis entrenamientos, que realizo precisamente para poder sostener esa runa tan importante que has mencionado, y también de esa lesión. Padre también estaba en los aposentos de Ka, ¿recuerdas? No es ningún secreto que me lesioné. ¿Pero qué te pasa, hombre? ¿Tantas ganas tienes de que pierda mi puesto, que te has inventado todas esas estupideces? No pensé que me guardaras tanto rencor. Fue el Gris el que te hirió y por el que perdiste tu rango. Yo no tuve nada que ver, ¿o también crees que informé al Gris para que te rompiese la pierna? Si no me hubiesen dado el puesto a mí, se lo habrían dado a otro

mago. Supéralo, Oz. No es bueno perseguir fantasmas.

—Todavía hay algo más.

—Te escucho. Ya te dije que me divertía.

—El lobo sabía que los chicos eran tres. Trillizos.

—¿No está implícito en el significado de la palabra?

—¿Ahora te haces el tonto, Mu? Todos nuestros aprendices son gemelos. Hace más de ochenta años que no hay trillizos en nuestro clan y los lobos lo saben. Cualquiera que nos atacara contaría con enfrentarse contra dos, no contra tres hermanos, pero este lobo no atacó a Mark cuando estaba solo y

herido. Adrián se había ido a buscar algo para vendarle el brazo y el lobo, que no sabía dónde estaba el tercer hermano, esperó a que regresara. No quería revelar su presencia antes de tenerlos a todos localizados, es decir que sabía que eran tres.

—Hay algo que me llama la atención, Oz. ¿Está grabado el combate? Porque la verdad es que pareces saber cómo actuó el lobo, incluso lo que pensaba. Si es así, me gustaría ver la grabación para darte mi opinión.

—Los chicos me lo contaron y he estudiado la pelea, reconstruyéndola a partir de sus declaraciones...

—Oz, no me lo puedo creer. ¿Me

estás diciendo que tus conclusiones se basan en el testimonio de tres aprendices? Mark estaba herido porque Diana le traspasó la mordedura, ¿correcto? Y ni siquiera sabía que podía hacer algo así. Ni siquiera dominan sus capacidades y tú crees sus palabras al pie de la letra. Era su primer combate real... Vamos, Oz, no puedes hablar en serio. ¿Ese es el argumento que vas a usar para acusarme ante Padre? Porque has venido a eso, ¿verdad?

—Para qué negar lo evidente. Sí, eso es exactamente lo que voy a hacer. Te mantienes muy calmado, pero es solo una falsa postura. Sabes que te he descubierto y por eso pones tanto empeño en convencerme de que estoy

equivocado.

—Ah, qué triste. Siento decírtelo, pero sobrestimas tu amistad con Padre si piensas que te creerá sin una sola prueba. Solo tienes teorías absurdas. Trato de convencerte para que veas que estoy de tu parte y, aunque sea un capullo muchas veces, aprecio tu labor como instructor. No me crees, ¿eh? Ya veo. Nada que diga te hará cambiar de opinión. En cualquier caso, tienes que admitir que lo que he dicho es una posibilidad. Será tu palabra contra la mía. ¿Quieres jugar esa partida? Tú mismo. Soy tu superior, Oz, y el único mago capaz de sostener la runa que nos salvará a todos, pero eso te da lo mismo. Vas a presentar una teoría, sin

pruebas, basada en el relato de unos chicos que llevas años diciendo que no son los adecuados, motivo por el que has discutido con Padre numerosas veces. Fíjate qué curioso, yo siempre los he defendido y he dicho que son los mejores, y ahora le vas a decir a Padre que todo ha cambiado y que los quiero matar, mientras que tú has visto la luz y entiendes que los trillizos son nuestra salvación. Y por si fuera poco, este repentino cambio te libraría de mí, el mago que usurpó tu puesto y a quien tanto odias, como es obvio. ¿Es que no ves lo ridículo que suena? En fin, si estás decidido, hagámoslo. Me quedaré para ver cómo te suicidas. No olvides prestar atención a la cara de Padre

cuando, después de tu acusación, yo exponga mi defensa.

Se quedaron en silencio un rato largo, midiéndose. Oz, tan serio como siempre, escondiendo sus emociones tras la mueca de dolor que le provocaba la pierna. Mu no había perdido la sonrisa en ningún momento desde que había llegado.

—Esto no ha terminado —dijo Oz, levantándose con la ayuda del bastón. Fue caminando lentamente hasta la puerta—. Llevas razón en que no puedo probarlo y eres lo suficientemente astuto para saber defenderte, pero eso no cambia el hecho de que sé la verdad sobre ti.

—Ya, y antes o después me descubrirás. Eres un héroe, Oz. Todo el mundo te querrá cuando consigas librar a los magos de mi maligna presencia. Te alabarán. Padre te querrá como a un hijo. Te gustaría, ¿a que sí?

—No voy a desenmascararte, Mu —dijo el maestro desde la puerta—. Haré algo mucho mejor.

—Intuyo que vas a contármelo.

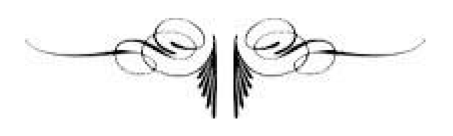
—Voy a asegurarme de que los chicos pasen la prueba. Justo lo que tú no querías que sucediera. Ellos se convertirán en magos y serán tan fuertes como temes. Perderás tu puesto. Y cuando te conozcan bien y sepan cómo eres, acabarán contigo. Como verás, lo

único que tengo que hacer es mi trabajo: entrenarlos. Lo demás llegará solo.

—Te deseo suerte. Solo un último detalle, Oz —dijo Mu. El maestro, que ya se había vuelto para salir, se detuvo, aunque no se volvió—. Si tu teoría es cierta, dime, ¿por qué no te he matado a ti? Si soy tan listo, ¿por qué no he acabado contigo para que no puedas entrenarles? Piénsalo. Si tú no les entrenas, ellos fracasan y mi supuesto problema desaparece. ¿Cómo explicas que te permita seguir con vida según esa teoría tuya?

Oz no supo qué contestar. Se marchó dando un portazo bien fuerte.

VERSÍCULO 11



Hacía un año que no salían al mundo real. Normalmente, sacaban a los chicos una vez cada tres meses, a veces incluso con mayor frecuencia, pero los trillizos habían sido apartados de aquellas excursiones, tal y como las llamaban los aprendices. Las excursiones eran una de las pocas rutinas que les gustaba a los tres por igual, una actividad sobre la que nunca se generaban discusiones entre ellos. Mark solía ser el más entusiasta en ese aspecto.

—Por fin vamos a respirar aire puro fuera de esta asquerosa cloaca gigante —solía decir.

Sabían que era justo al contrario, que el aire de la ciudad estaba contaminado, mientras que el que respiraban en el complejo de los magos era completamente puro, gracias a un entramado de runas que eliminaba las impurezas, pero Adrián y Diana asentían, porque les gustaba salir y sentir el sol sobre sus rostros. Cuando eran muy pequeños, no les permitían mostrarse a la luz del sol directa, hasta que el maestro les enseñó a controlar la concentración de melanina en la piel para filtrar adecuadamente las radiaciones ultravioletas.

Los aprendices siempre iban acompañados de varios magos que los vigilaban y era muy raro que fuesen al mismo lugar dos veces, aunque sucedía en alguna ocasión. Podían hablar con otras personas, pero los magos estaban atentos para intervenir si alguno decía algo que no debía. Era habitual que después de las excursiones algún chico fuese castigado. Los trillizos lo sabían bien, dado que esa era la suerte que corrían con bastante frecuencia, casi siempre por culpa de Mark.

Aquella mañana, se dieron cuenta de que casi se habían olvidado del mundo más allá de las alcantarillas cuando el maestro les pidió que se prepararan para salir al exterior.

—Poneos ropa informal que no llame la atención. Vendré a buscaros en una hora.

Mark esperó a que el maestro se marchara.

—Es otra prueba, seguro. Manteneos alerta.

Adrián y Diana ni siquiera pestañearon ante la reacción de su hermano; no esperaban menos de él.

Más tarde, no tardaron en sentirse desconcertados. A la excursión solo iban ellos tres y el maestro, que cojeaba más de lo acostumbrado, lo que los obligaba a caminar despacio. En efecto, debía de tratarse de una prueba, pero ninguno imaginaba en qué podía

consistir.

Viajaron en metro mezclados con los demás pasajeros, sin hablar. El maestro se mantenía pensativo, mientras los trillizos lo estudiaban todo a su alrededor. A pesar de que no había nada desconocido o que no hubiesen visto con anterioridad, no podían reprimir su curiosidad ante nuevos estímulos, tan poco habituales para ellos después de un año sin contacto con el mundo humano.

El vagón estaba abarrotado de gente. La muchedumbre empujaba y oprimía, y en cada estación bajaban y subían tantas personas que parecía imposible que todas cupiesen allí dentro. Los trillizos miraban al maestro en busca de un gesto que les indicase

que habían llegado a su destino, pero el mago seguía sentado, apoyado en su bastón, con la mirada perdida.

Adrián observaba por encima del hombro a un chaval que no paraba de toquetear su teléfono móvil.

—¡La leche! —exclamó un chico que los miraba con mucha atención—. Oye, troncos, ¿no habrá otro escondido por ahí?

Los tres hermanos se miraron sin entender a qué se refería el chaval. Era pequeño y risueño, más bajo que ellos, que no eran precisamente altos, y con un lunar muy peculiar en la barbilla.

—¿A qué te refieres? —preguntó Adrián.

—¡No me lo digáis! Sois hermanos. —Al chico se le escapó una risilla estúpida, como si le hiciera gracia su propia ocurrencia—. ¡Pero si parecéis tres gotas de agua! En serio, ¿hay otro? ¿Sois cuatro? ¿Diez? A lo mejor os fabrican en serie con alguna máquina.

—Este niño es idiota —dijo Mark.

—Cómo te pones, tío. Solo era curiosidad. Bueno, me largo a buscar ese asqueroso tren fantasma. Ah, sí, una cosa. —El chico se inclinó con aire conspirador. Los trillizos ladearon la cabeza para escuchar—. No es buena idea que vistáis igual. No mola nada... Parecéis tres estúpidos. ¿Os graban un número en la espalda? Yo me cambiaría, aunque solo fuese el color. Bueno, y hay

algo más… Esos pantalones... Yo diría que no están a la moda, al menos en esta década. Solo es un consejo. ¡Que os den, tíos!

El chico se esfumó entre la gente antes de que los trillizos pudiesen decir nada. Los hermanos se miraron confundidos. Diana acarició sus pantalones, que le parecían muy cómodos, y miró a su alrededor, en busca de alguien más que vistiera unos parecidos. Aunque no fue el caso, no le pareció que su ropa desentonara con el resto. Había mucha variedad. Además, a Diana le gustaba vestir como sus hermanos y no veía nada malo en ello. Mark llevaba razón: ese niño era idiota perdido.

—¡Eh, abuelo! —oyeron decir al chico, que había regresado. Estaba plantado delante del maestro, que continuaba sentado y absorto en sus pensamientos—. ¿Te importa moverte un momento para que pueda mirar ahí detrás? Será solo un segundo… Al menos contesta, tronco. Qué poca educación.

El maestro ni siquiera parpadeó. El chico molestó al pasajero de al lado hasta que consiguió mirar detrás del banco en el que se sentaban, y luego se marchó, escurriéndose entre los pasajeros apelotonados del vagón. Daba y recibía pisotones, se disculpaba y maldecía, atraía miradas incómodas de las personas que estaban cerca. Y era

incapaz de mantener la boca cerrada. Diana siguió escuchando su parloteo hasta que, por fin, se alejó lo suficiente para quedar sepultado entre la multitud, y se olvidó de él.

El maestro se reunió con ellos al llegar a la siguiente estación.

—Nos bajamos aquí.

Justo antes de abandonar el vagón, cuando los pasajeros lo dejaron medio vacío después de bajar al andén, Diana vio al chico de antes en el otro extremo. Tenía la cabeza inclinada y se palpaba la mejilla con gesto doliente. A su lado, una mujer corpulenta, con cara de pocos amigos, se frotaba la palma de la mano.

—Así aprenderá a no molestar a

los mayores. ¡Niños! ¡No tienen educación! —oyó decir a la mujer.

Diana salió del vagón con una sonrisa en el rostro al saber que aquel pequeño entrometido había recibido su merecido.

—¿Podemos saber ya dónde vamos? —preguntó Mark.

El maestro guardó silencio, incluso después de salir al exterior. Como caminaba tan despacio, los trillizos pudieron disfrutar del sol cayendo sobre sus rostros. El cielo no estaba completamente despejado, pero para quien apenas lo puede contemplar con sus propios ojos, era más que suficiente. Recorrían una calle muy ancha con

varios carriles en ambos sentidos por los que circulaba gran cantidad de vehículos. En la acera también había mucha gente, muchísima más que en el metro, aunque no tan concentrada.

—Esta calle es una de las principales de Madrid, se llama Paseo de la Castellana —dijo el maestro.

Diana la había reconocido, pero no dijo nada. El conocimiento de la ciudad de Madrid había formado parte de sus estudios y, obviamente, el maestro lo sabía. Por eso no entendía la explicación. Puede que quisiera comprobar si podían reconocer las partes de la ciudad viéndolas en persona o que aquella calle en particular fuese especialmente importante.

Ahora sí le pareció a Diana que sus ropas resaltaban un poco en comparación con las de los demás peatones con los que se cruzaban. Casi todo el mundo vestía más formal, se veían muchos hombres con traje. A Diana le daba la impresión de que llevaban un uniforme, porque parecían todos iguales, con muy poca variedad en los colores. Las mujeres sí vestían de diferente manera unas de otras, aunque muchas calzaban tacones que debían de resultar de lo más incómodo. El maestro era el que más desentonaba, con su ropa holgada y ligera, que recordaba vagamente a un quimono japonés. Aun así, poca gente reparaba en él.

—Hoy vais a recibir la lección más

importante de todas —dijo el maestro deteniéndose de repente—. Una introducción al verdadero mundo de los magos. ¿Reconocéis ese edificio?

Los trillizos alzaron la cabeza para contemplar el rascacielos que se alzaba ante ellos, una inmensa torre blanca, de forma cuadrada, y ciento cincuenta y siete metros de altura, decorada con esbeltas y uniformes columnas.

—La Torre Picasso —dijo Diana.

—¿Cuántas plantas veis?

—Cuarenta y siete. Hemos estudiado los detalles del edificio.

—He preguntado cuántas plantas veis, no cuántas tiene —dijo el maestro—. Contadlas.

—Yo veo cuarenta y siete —dijo Mark tras pocos segundos.

—Correcto. Sin embargo, tiene cincuenta. Las tres últimas están ocultas porque son nuestras. En realidad, controlamos el edificio entero, pero solo utilizamos las tres últimas plantas. Los menores no pueden verlas.

—Nosotros tampoco —dijo Adrián.

—Porque aún no sois magos. Tenemos varias torres en todas las ciudades importantes y son terreno neutral para nosotros.

—¿Neutral?

—Ha habido guerras en el pasado entre los diferentes clanes de magos,

pero nuestras diferencias nunca nos han hecho olvidar que perseguimos un objetivo común. Guardamos muchos secretos en las torres y ningún mago, jamás, atacará a otro en una de ellas. De todos modos, estamos en una paz relativa desde hace varias décadas, unidos por el proyecto más importante para todos nosotros.

Preguntaron más acerca de ese proyecto, pero el maestro les aseguró que ya les había contado más de lo que podía. Tampoco les habló de los secretos que guardaban en aquellas torres por la misma razón, porque de momento solo eran aprendices, aspirantes a magos.

—Ahora vamos a subir —dijo el

maestro, zanjando de golpe las preguntas de los trillizos—. No podéis hablar con magos de otros clanes y no habrá ninguno del nuestro, así que guardad silencio. Si alguien se dirige a vosotros, me avisáis.

Mientras se acercaban al arco de la entrada, a Diana la invadió una sensación extraña. La Torre Picasso inspiraba cierta majestuosidad. Era elegante y estaba bien ubicada, en el corazón financiero de la ciudad y del país. Saber que pertenecía a los magos despertó cierto orgullo en su interior.

—Así que somos ricos —dijo Mark.

—Y poderosos —añadió Adrián.

Los tres sentían algo parecido ante una muestra tan evidente de la posición que ocupaban los magos en el mundo. Aquella torre era uno de los edificios más importantes de Madrid y estaba a la vista de todos. El maestro les contó que los miembros del mundo oculto estaban al corriente de quién gobernaba las estructuras más altas e importantes.

—Nuestras actividades requieren muchos recursos económicos. Controlamos empresas importantes para abastecer nuestras necesidades y, aunque no es lo que deseamos, hemos intervenido en más de una ocasión a lo largo de la historia para influir en la economía mundial.

—¿Para enriquecernos?

—Al contrario, para estabilizarla. Los menores son estúpidos y egoístas, nunca aprenderán. Nosotros necesitamos que haya estabilidad para que sigan produciendo. Es una cuestión delicada porque a los centinelas no les gusta que interfiramos en sus asuntos, y eso ha provocado varias disputas en el pasado.

—Vamos que hay tortas todos los días —dijo Mark—. Si no es con unos, es con otros. Por eso quieres que aprendamos a matar.

—La alternativa es morir.

—¿Pero podemos enfrentarnos a los centinelas? —Adrián se mostró un tanto inquieto—. Yo pensaba que servían a los ángeles.

—Y así es, pero eso no significa nada. Las cuestiones políticas son muy complejas y no os las puedo explicar en un momento. Basta con que entendáis que uno de nuestros principios es que no aceptamos la superioridad de nadie.

—¿Y los demás bandos? —preguntó Diana—. ¿No interfieren con los menores? Cuesta creerlo.

—Nadie tiene interés en perjudicar a los menores. Los lobos, que en principio son los más pacíficos de todos, los convierten cuando les interesa, y seleccionan a los mejores físicamente. Los vampiros los necesitan para alimentarse. Y los brujos... Bueno, lo cierto es que no está claro qué buscan los brujos, pero desde siempre han

querido mantener el equilibrio, y prueba de ello es que nunca han intervenido en ninguna guerra, a menos que fuera para defenderse.

—¿Y qué hay de los demonios?

—Aunque no lo parezca, son los más interesados de todos en protegerles. En una ocasión mediaron para evitar la que hubiera sido la tercera guerra mundial.

—¿Pero qué quieren de ellos?

—Sus almas, y no pueden conseguirlas si están muertos.

Entraba y salía mucha gente del edificio. El maestro cojeó indiferente entre una multitud de trajes y corbatas que iban y venían. Casi nadie reparó en

ellos. La escena más habitual era una persona cabizbaja, con un maletín en una mano y un teléfono móvil en la otra.

—Ahora, detrás de mí —ordenó el maestro—. ¿Algún problema, Mark?

Mark se había detenido unos pasos atrás y observaba a la gente a su alrededor.

—Me pregunto cómo piensas detenerme, maestro. Si echo a correr, puedo perderme antes de que te des cuenta. No creo que tu cojera te permita igualarme.

Adrián y Diana se miraron, intranquilos.

—No necesito igualarte en nada —dijo el maestro muy tranquilo—. Habría

sido mucho más sencillo intentar algo así al salir del metro, pero no lo hiciste. Sigues aquí, conmigo, porque empiezas a aceptar que eres de los nuestros, que formas parte de todo esto.

—¡Y una mierda! —estalló Mark—. ¿Y si revelo nuestro secreto a los demás? ¿Y si les cuento quiénes somos en realidad?

El maestro sonrió. Fue un gesto cálido y amable, sin resto de desafío.

—Aún te resistes, pero, de nuevo, sigues aquí y no has hecho nada, excepto lanzar una amenaza vacía. No es más que una rabieta infantil. ¿De verdad quieres marcharte y contarlo todo? Adelante, no te detendré. ¿Ves a esos

dos hombres trajeados? Ve y cuéntales que un hombre lobo te atacó en las alcantarillas. Y luego recomiéndales que tengan cuidado por la noche, no vaya a ser que un vampiro los muerda y los deje sin sangre. Y por supuesto no olvides decirles que nunca hagan un trato con un demonio, porque lo más probable es que pierdan su alma. Vamos, hazlo.

Mark se mordió el labio inferior con mucha fuerza. Diana notaba su rabia. Mark comprendía su situación, incluida la necesidad de seguir adelante con su formación como mago, y lo estúpido de sus amenazas. Pero no era capaz de aceptarlo y se enfurecía. Decidió ayudar a su hermano desviando un poco la

conversación.

—Pero, maestro, ¿de verdad nadie tiene ningún conocimiento del mundo oculto? —preguntó Diana.

—Muy pocos. Algunas personas influyentes, pero colaboran con algún bando. Y algunos pocos que han tenido contactos o han perdido a seres queridos, pero nadie los creería si contaran la verdad.

—¿Qué hay de los muertos? —preguntó Adrián—. Los vampiros matan y los lobos convierten a quienes muerden.

—Para empezar, no sucede con tanta frecuencia como parecéis creer. Los vampiros son muy pocos y los lobos

mantienen un equilibrio, no convierten sin ton ni son. De todos modos, los convertidos siguen vivos y son los primeros en ocultar su nueva condición al mundo real. Para lo demás están los centinelas, que tienen muchos infiltrados en la policía y pueden entorpecer las investigaciones o detenerlas. De ahí se explica la cantidad de desaparecidos que nunca se encuentran. En casos extremos, pueden llegar a matar a quien no colabora. Por último, quedan algunos que sí han tenido contacto con nuestro mundo, pero que no tienen a quién contárselo porque los tomarían por locos. En realidad eso también ha pasado, gente que termina perdiendo la razón porque no son capaces de aceptar

una realidad que nunca habían creído posible. ¿Algo más o podemos entrar ya?

Mark siguió al maestro a regañadientes. El vestíbulo interior era inmenso y había varios ascensores. Pasaron delante de un vigilante que no los detuvo ni les pidió identificación.

—Trabaja para nosotros —explicó el maestro mientras esperaban al ascensor—. Cree que somos una especie de empresa que oculta sus actividades, pero no pregunta nada porque tiene un sueldo bastante generoso.

Había más como él. Prácticamente todo el mantenimiento y seguridad del edificio estaba a carago de hombres que

trabajaban para los magos sin saberlo, contratados por empresas que pertenecían a su entramado financiero.

El ascensor que tomaron estaba vacío, apartado en una esquina y rodeado por un precinto de seguridad que indicaba que lo estaban reparando. Una vez dentro, los trillizos se percataron de que no había botones para indicar el piso al que querían ir. El maestro extendió el dedo y dibujó una runa sobre un rectángulo plateado. Diana admiró un sistema de seguridad tan sencillo y tan eficaz al mismo tiempo. El maestro había dibujado la runa sin estaca ni ingredientes, algo que solo un mago podría hacer, y no necesitó preguntar para saber que la misma runa

no funcionaría si se dibujaba de acuerdo con el método tradicional.

Se detuvieron en la última planta. A los trillizos les decepcionó la decoración general, ya que el entorno se asemejaba bastante al complejo subterráneo en el que vivían. Los pasillos eran amplios y las puertas gruesas. El mobiliario era muy sencillo y funcional, sin apenas adornos, excepto alguna estatua. El mármol era el material predominante, sobre todo en las mesas. Ni siquiera la luz natural hacía diferencia con la que ellos conocían. El maestro les había explicado que, mucho tiempo atrás, Padre conoció runas capaces de alterar la luz para que pareciese natural. Por eso las lámparas

principales de cada estancia estaban repletas de símbolos y colgaban de techos con forma de bóveda, de gran altura.

Así pues, la única diferencia entre aquellas salas y sus celdas era la existencia de ventanas y el paisaje que desde allí se avistaba, una mole de cemento y edificios, salpicados de parques y zonas verdes y, al fondo, rayando el horizonte, la inmensidad del cielo rozando la tierra desnuda.

Se cruzaron con varios magos, con los cuales el maestro intercambió algún saludo o gesto de asentimiento. Solo se detuvo un instante con uno de ellos para inclinarse de un modo respetuoso.

—¿Es de nuestro clan? —preguntó Adrián cuando siguieron avanzando.

—No. Es un mago muy influyente, de alto linaje, que se ha tomado la molestia de saludarme. Me pareció poco respetuoso no corresponder.

—Él no inclinó la cabeza —apuntó Mark.

—Y nunca lo hará ante un mago que no sea puro.

—¿Puro?

Salieron a una terraza muy amplia con una barandilla, desde la que se podía observar el esplendor de Madrid. La vista desde esa altura los dejó sin aliento durante varios segundos, acostumbrados como estaban a vivir

bajo tierra. Mark fue el primero en apartarse.

—¿A qué te referías con un mago puro?

—Los magos puros son hijos de dos magos —explicó el maestro—. Gozan de más prestigio que los nacidos de un mago y un menor. Hay ciertas posiciones en nuestra jerarquía que solo pueden alcanzar los magos puros.

—Tú no lo eres.

—Ningún miembro de nuestro clan lo es, ni siquiera Padre. Y eso os incluye a vosotros.

El rostro de Mark se tensó, así como el de sus hermanos. Adrián puso la mano sobre el hombro de Mark con

gesto afectivo, de apoyo por la angustia que su hermano experimentaba al hablar de sus padres, pero también para que no perdiera el control y dijera algo indebido. No era el momento ni el lugar apropiado para una discusión sobre la muerte de sus padres, especialmente si esa discusión la conducía Mark.

—Nuestros padres... —comenzó a decir Adrián.

—No puedo revelaros nada sobre ellos aún —interrumpió el maestro con la voz triste y el rostro sombrío—, pero os doy mi palabra de que lo haré. Os contaré todo lo que sé, cuando seáis magos, aunque no sea mucho. Pero ahora no. Dentro de dos días tendréis que superar la última prueba, la más dura.

He conseguido que Padre esperara un poco a que os recuperarais de vuestras heridas, pero la fecha ya se ha fijado.

—¿Y vas a prepararnos para superarla? —aventuró Diana.

—No, ya estáis preparados. Siempre lo estuvisteis en realidad. Solo os daré unos últimos consejos mañana.

Los trillizos comenzaron a sentir cierta inquietud. El maestro nunca les había hablado de aquel modo. Ya no pretendía ejercer autoridad a través de su tono o su actitud. La única superioridad provenía del hecho de que sabía más que ellos. En cierto modo, les hablaba como si fueran sus iguales.

—¿Siempre estuvimos preparados?

—preguntó Adrián—. Hemos sufrido mucho durante estos años con el entrenamiento. ¿Cómo es que siempre estuvimos preparados? No lo entiendo.

El maestro se sentó y apoyó su bastón. Se frotó la pierna y el dolor le traspasó el rostro visiblemente. Era la primera vez que los trillizos veían al maestro exhibir una muestra de debilidad como esa. Siempre había sido un hombre fuerte y duro, el que siempre conocía las respuestas y al que nunca lograron superar, por mucho que lo intentaron. Era el hombre que había arriesgado su vida para salvar la de ellos.

Ahora parecía que aquel hombre tenía veinte años más. Sumido en la

debilidad, no irradiaba la confianza de siempre. Los hermanos sintieron cierta lástima por él, incluido Mark, aun sin conocer el motivo de su sufrimiento. Lo que sí entendieron era que el maestro era lo más parecido a un padre que tenían. Estaban acostumbrados a actuar bajo su aprobación, considerando siempre qué pensaría de las decisiones que tomaban, si los estaría poniendo a prueba, si los castigaría o si estaba satisfecho con sus progresos. En cualquier caso, su vida se había desarrollado en torno al hombre, no, al mago, que ahora los observaba con los ojos apagados y los hombros caídos.

Para Mark fue un duro golpe aceptar ese sentimiento, porque no

recordaba a sus padres, solo su muerte. Aún guardaba amor, respeto y nostalgia hacia ellos, pero esos afectos provenían de sus hermanos, quienes sí los recordaban. Mark reconocía aquellos sentimientos como ajenos, incluso podía diferenciarlos. Los de Adrián eran más incondicionales, un amor sencillo y puro, muy fuerte, más que el de su hermana, aunque tampoco era débil. Diana mezclaba su amor por sus padres con la admiración. Ella recordaba más detalles de cómo la enseñaron a leer o a montar en bicicleta, y los adoraba por ello. Su amor era más racional.

Mark deseaba sentir algo semejante. Intentaba asumir esas percepciones como propias, tejerlas

dentro de sí, pero no podía, tal vez por su incapacidad para recordar. Sin embargo, ahora descubría que albergaba afecto hacia el maestro, alguien más que sus hermanos, y que, a la vez, era el ser que odiaba, al que quería odiar, pero tampoco podía. Mark carecía del menor control sobre sus emociones y eso desataba su frustración y su ira.

—Es cierto que vuestro entrenamiento fue duro —explicó el maestro—. Me refería a que en realidad no me necesitabais. Vosotros solos habéis aprendido lo más importante y difícil de todo: vuestra unión.

—Tú nos enseñaste —dijo Adrián —. Lo recuerdo bien porque me diste una buena paliza hasta que Diana supo

decir, sin mirar, en qué parte del cuerpo me golpeabas, ¿recuerdas?

—Eso no tiene ningún mérito. Solo os forcé, nada más. Ya lo habíais hecho antes, en el colegio, cuando aquellos chicos amenazaron a vuestra hermana. De ahí saqué la idea de presionaros para acelerar vuestro aprendizaje. Los demás gemelos requieren mucha más práctica. Además, esa es la parte sencilla. Completasteis vuestro entrenamiento cuando fuisteis capaces de pasar una herida de un cuerpo a otro, como hicieron Diana y Mark cuando os atacó el lobo. De nuevo, bajo presión y sin mi ayuda. Ahora entiendo que en vuestro caso es normal porque sois mucho mejores que yo.

—Todo eso me parece muy bien y desde luego que somos mejores que tú —dijo Mark—. Pero si ya estamos entrenados, ¿para qué nos has traído aquí?

—Para pediros perdón. —El maestro les miró fijamente y sin temblar —. Yo no creía en vosotros. Me limité a hacer mi trabajo, pero lo cierto es que sois especiales. Los demás aprendices se llevan muy bien con sus gemelos, son casi como copias de la misma persona. Desde luego no es vuestro caso. Peleáis y discutís continuamente y vuestras personalidades están definidas y diferenciadas. Yo creí que se debía a que sois trillizos, algo muy poco frecuente, o a que Diana es una chica,

pero estaba equivocado. Los demás gemelos suman sus fuerzas y son más fuertes. Vosotros hacéis algo más que eso, no solo sumáis, os complementáis, aportáis más al conjunto que nadie que haya conocido jamás. Os cuesta tomar ciertas decisiones que para otros son triviales, pero cuando lo hacéis, nada puede deteneros. —En este punto hizo una pausa, como si necesitara recobrar el aliento—. Por eso me disculpo ahora. Yo soy el responsable de vuestra instrucción y debí verlo desde el principio.

—Espera un momento —le dijo Diana a Mark, que se disponía a decir algo—. Noto cierta preocupación tras esa disculpa. No es que no te lo

agradezcamos, pero da la impresión... No sé, como si hubieses hecho algo mal con nosotros. ¿Es eso?

—Oye, que no somos juguetes. ¿Qué puede hacer que...?

—Que te calles, Mark. ¿Maestro?

—No estoy seguro, eso es lo malo —admitió el mago—. Por primera vez, no sé si debería haber enfocado de otro modo vuestro aprendizaje, pero ya es tarde para rectificar.

—¡Lo sabía! —se revolvió Mark—. ¡Paso de callarme! Justo cuando empezabas a caerme bien, maestro de mierda. ¿Qué has hecho? No estamos preparados, ¿verdad? ¡Vamos a fallar la puta prueba esa! ¿Qué nos pasará?

—Si falláis, moriréis.

—¡Esto se pone cada vez mejor! Tanto rollo para...

—¡No vamos a fallar! —dijo Adrián—. Puedes estar seguro, hermano, así que contrólate. ¡Si hace falta pasaré la prueba yo solo por los tres! Pero tú, hermano, no vas a fracasar en nada mientras yo esté contigo. ¿Me oyes? ¿Me oyes bien? ¡Pues no me hagas repetirlo! El maestro ha dicho que estamos preparados y yo le creo.

—Lo estáis —confirmó el maestro —. El problema no es ese.

—¿Cuál es, entonces?

—Es complicado de explicar. Asomaos a la barandilla y decidme lo

que veis.

Lo hicieron. Se inclinaron a la vez y contemplaron la ciudad, con sus edificios, y los coches y peatones hormigueando entre ellos.

—¿Y bien? —insistió el maestro.

—Veo la ciudad y las personas —contestó Adrián, poco seguro de su respuesta.

—Veo el mundo, una parte al menos —dijo Diana mucho más confiada.

—¿Mark?

—Veo seres humanos libres.

—Vayamos por partes. Adrián, tu visión es la más superficial, pero

apuesto a que podrías darme más detalles que tus hermanos si te preguntara cuántos coches hay aparcados frente a la torre, puede que incluso recuerdes los colores y las marcas. La respuesta de Diana es la más profunda y la dejaremos para el final. La de Mark es la más emotiva. Sí, Mark, solo has visto lo que quieres ver, tu necesidad de ser libre, que te ha empujado todos estos años a intentar fugarte una y otra vez.

—¿Y qué? —soltó Mark, indiferente.

—Que todos estáis equivocados. Mark, esos menores no son libres. Pueden parecértelo, pero no es así. Viven en una prisión mucho peor que la

vuestra. —El maestro se levantó y también se asomó por la barandilla—. ¿Veis a ese de ahí, el del uniforme gris? Es un electricista. Va a comer porque el horario de su trabajo establece que puede hacerlo en este momento, no en otro. Volverá dentro de una hora y no saldrá hasta que su jornada laboral termine. Pagará impuestos, votará a políticos que no le gustan y que sabe que son corruptos, contribuirá a una economía global que enriquece a otros y se sentirá como un esclavo para poder llegar a fin de mes. Se jubilará a la edad que otros decidan y en ese momento comprenderá el tiempo que ha perdido en un trabajo que no le aporta nada, que es la única opción que le ha dejado una

sociedad con la que no está conforme, pero que asume porque no sabe cómo cambiarla. Pero hay más, trabaja para nosotros sin saberlo, en nuestra torre. Si yo quiero, puedo hacer que lo despidan y entonces su vida podría ser peor todavía, porque si no consigue un trabajo nuevo, perderá su casa. Yo también podría subirle el sueldo, con lo que su vida, o lo que él cree que es su vida, sería mejor. Eso en teoría, claro, porque en realidad con más dinero lo único que haría sería contribuir más a ese sistema que lo convierte en un esclavo consumiendo productos que en realidad no necesita, pero que cree que sí y que lo harán más feliz. Por último, si entendiera cómo es el mundo en

realidad, sería mucho peor, porque sería consciente de lo poco que puede hacer por cambiarlo y de que la libertad que tiene no es más que una ilusión, creada para que se sienta de ese modo mientras solo dispone de unas pocas opciones calculadas para servir a otros intereses...

—Está bien —bufó Mark—. Ya veo por dónde vas.

—Pero no me entiendes.

—Porque no me interesa.

—No, porque solo quieres estar en mi contra, no te importan los argumentos —dijo el maestro—. Diana trata de comprender el mundo. Es la más inteligente y la más curiosa de los tres.

—Entiendo más de lo que crees, maestro. Insinúas que el mundo de los menores es un espejismo, que los integrantes del mundo oculto decidimos su destino, ¿correcto?

—No exactamente. Para empezar, que hables en primera persona del plural indica que te consideras parte del mundo oculto. No tengo tan claro que tus hermanos se sientan del mismo modo. A lo que me refería es a que ese mundo que contempláis va a dejar de existir dentro de muy poco.

Los trillizos intercambiaron una mirada significativa. Como de costumbre, cuando se trataba de una cuestión un tanto delicada, fue Mark el que verbalizó sus pensamientos.

—Maestro, ¿seguro que no te han administrado alguna droga para el dolor de la pierna y a Ka se le ha ido la mano con la dosis?

—Os cuesta creerlo. Aún no os habéis desprendido de la imagen que tenéis de ese mundo. Vuestros recuerdos son de cuando teníais seis años, cuando vuestros padres os cuidaban y os protegían, y el mundo era maravilloso. Ahora sabéis que no es así, y que por mucho que hayáis estudiado y vivido en ese mundo durante un corto tiempo, en realidad no formáis parte de él. No es lo mismo interpretar el dolor de un actor o un personaje de una novela cuando lo abandona su pareja, que experimentar ese fracaso en vuestras propias carnes.

En resumen, el mundo no es como lo habéis estudiado ni como lo recordáis. No podéis interpretarlo adecuadamente.

—Es peor —dijo Diana—. ¿Eso tratas de enseñarnos?

—Esa es una valoración subjetiva. El mundo es mucho más duro de lo que podáis imaginar. Y, repito, va a dejar de existir, así que no importa mucho cómo es ahora.

—Maestro —dijo Adrián con gesto cansado—, o te explicas mejor o voy a pensar que mi hermano lleva razón con lo de la droga.

El maestro asintió y los miró con mucha intensidad.

—Algo va a cambiar. El mundo no

será el mismo después, nunca. Nadie sabe exactamente cómo ni cuándo será, pero todos percibimos las señales.

—¿Todos?

—Los miembros del mundo oculto. La última vez que sucedió hubo una guerra y el mundo cambió, ya os hablé de ello. Se avecina algo de la misma magnitud o mayor.

—¿Cómo lo sabes?

—Debería esperar a que fuerais magos para revelaros lo que os voy a contar, pero lo haré. El mundo estaba aletargado. Llevaba así mucho tiempo, al menos en cuanto a hechos importantes, pero hace pocos años empezaron a suceder acontecimientos

que no deberían ser posibles.

—¿El Gris? —aventuró Diana.

—Entre otros. Hasta ahora, cada bando actuaba con discreción, sin llamar mucho la atención de los otros, pero recientemente ha ocurrido algo que lo ha precipitado todo.

—¿El qué? —Mark se impacientó—. Vamos, suéltalo ya.

—Alguien asesinó a un ángel.

—Eso es imposible —dijo Diana sin asomo de duda.

—Su muerte ha sido el detonante. Ya ha empezado. Creo que también han matado a un santo. El mundo va a pasar por una experiencia terrible y lo que veis ahora se acabará. Tal vez estalle

una nueva guerra, no es seguro, pero sí lo es que este orden de cosas no seguirá igual por mucho tiempo.

—¿Cuándo, maestro? —preguntó Adrián.

Los trillizos prestaban ahora toda su atención.

—No se sabe, pero pronto. Dudo que pasen muchos años. Estoy seguro de que no habréis cumplido los cuarenta cuando suceda. Incluso podrían ser meses, no es posible determinar el plazo con exactitud.

—Bueno, eso explica tu empeño en que aprendamos a matar —dijo Mark—. Si estamos bajo la amenaza de una guerra...

—Los magos —prosiguió el maestro— tienen un plan que se lleva fraguando durante siglos, destinado a conseguir el lugar que nos corresponde.

—Pero no puedes contárnoslo —apuntó Adrián.

—Obviamente. Solo los magos de más alto rango conocen los detalles.

—Entonces, ¿por qué nos cuentas todo esto?

—Porque vosotros formáis parte de ese plan. Me preguntabais por la prueba y os dije que estabais preparados, sin embargo, eso no es suficiente. Tenéis que desear pasar la prueba y formar parte de esto, de vuestro destino. No se os puede obligar. Mi forma de pediros

perdón es ofreceros una alternativa. Si no queréis hacerlo, os ayudaré a escapar. No puedo garantizar que Padre no os persiga, y desde luego si alguien de otro bando descubre quiénes sois, tendréis serios problemas. Tendréis que huir, pero es posible que deis con una vida que os haga felices, que incluso os sintáis libres.

—¿Huyendo para siempre? —Mark escupió por la barandilla—. Vaya vida.

—No está en mi mano cambiar lo que sois, pero no te quejes tanto. Esa gente a la que tanto envidias, Mark, no tiene la oportunidad de elegir entre dos vidas posibles. Viven la que les ha tocado y a muchos tampoco les gusta. Yo te estoy dando una alternativa, la

mejor que puedo conseguirte después de que os arrebataran a vuestros padres.

—Cosa que hicisteis vosotros, por cierto. No me jodas con...

—¡Mark! —Diana lo empujó para que se callara.

—Ya no sois niños —dijo el maestro—. Tenéis que tomar una decisión que determinará vuestro futuro. Convertíos en magos y asumid el destino que vuestros hermanos os han preparado o huid y tratad de llevar la vida de los menores. Tenéis una hora.

El maestro se alejó cojeando y entró de nuevo en la sala. Los trillizos esperaron a quedarse solos en la terraza. Adrián y Diana miraban a su hermano

con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Qué pasa? —se defendió Mark de la acusación implícita en sus miradas.

—¿Por qué tienes que ser tan brusco con el maestro? Nos está ayudando.

—¡Lo sé! Es que... Es la costumbre, lo siento. Demasiados años... No puedo evitarlo, aunque sé que tenéis razón. No soy tan imbécil como para no verlo. No me resulta tan fácil admitir que ahora es nuestro... ¡Al diablo! Aquí hay algo que apesta, hermanos. No me digáis que no lo oléis.

—Lo que faltaba —dijo Adrián—. ¿Qué problema tienes ahora?

—Todo ese rollo del fin del mundo. ¿Y si es un cuento para asustarnos? Él quiere que pasemos la prueba esa de los... Ni siquiera ha ocultado su intención.

—¿Y eso es malo? —dijo Diana—. Es un mago, por supuesto que nos quiere a su lado. ¿Por qué nos ofrece la posibilidad de fugarnos, en tu opinión?

—Para ganarse nuestra confianza —contestó Mark—. Es muy listo.

—Ha sido sincero —intervino Adrián—. Si no quieres que aceptemos, dilo y usa argumentos sólidos, no suposiciones. No nos hagas tomar esta decisión basándonos en conspiraciones imaginarias.

—¿Qué decisión? Tú ya lo tienes claro, hermano, no lo niegues. Y tú también o no os pondríais los dos contra mí.

—Nadie está contra ti, Mark —dijo Diana—. ¿Ahora ves conspiración en nosotros? No tienes razones de peso, ¿verdad? Te pones de ese modo porque no sabes cómo defender tu postura.

—No sé por qué me alteráis tanto —admitió Mark—. Que no sea tan listo como para probar mi teoría no significa que sea falsa. ¿Qué sabemos de verdad de todo este lío? Nada. Los magos y toda la basura del mundo oculto solo saben pelearse por las páginas del libro ese...

—*La Biblia de los Caídos* —apuntó Diana.

—Eso mismo. ¿Y a nosotros qué nos importa ese libro? Que se maten por él. No es asunto nuestro.

—Sí lo es. Si aceptamos lo que somos: magos.

—Lo único de lo que podemos estar seguros —insistió Mark— es que todo lo que sabemos nos lo ha enseñado él. Nuestra visión del mundo es una mierda, como él dice, porque está limitada a lo que otros han decidido que veamos. Seguramente, por eso no soy capaz de razonar una alternativa, pero algo en mi interior me dice que existe. ¿Vosotros no?

—Yo siento de verdad que somos magos, hermano —dijo Adrián—. Esa conexión entre nosotros es real. Las cosas que hacemos... Esa forma de conectar con nuestra alma para pintar runas... ¿No lo notas? Somos especiales. No somos como los menores.

—Somos mejores —dijo Mark—. Eso es lo que te gusta, ¿verdad? Te sientes poderoso. Ya incluso te refieres a los humanos como «menores». Se te ha pegado muy rápido ese tono despectivo que tienen los magos. ¿Y si fuésemos peores? Entonces no estarías tan orgulloso, aunque fuésemos diferentes, ¿a que no?

—Seguiría aceptando lo que somos, no negándolo.

—Lo que quieres es ser el mejor. A nosotros no puedes mentirnos, hermano. Disfrutas de tu nueva fuerza cada vez que progresamos y te alegras de ser el más fuerte de los tres. Eres ambicioso, hermano. Si esa es tu motivación, al menos ten la decencia de decirlo claro.

—¡Por supuesto que quiero ser el mejor! ¿Qué quieres tú? ¿Ser un mediocre? Lo que a ti te pasa en realidad, hermano, es que no sabes lo que quieres. Y por alguna razón que nunca entenderé, te pasas la vida atacándonos a Diana y a mí, culpándonos por ser buenos en algo, cuando todo lo que hacemos es para complacerte. Estás tan preocupado comparándote con nosotros que no ves

que lo único que queremos es estar juntos. Eres tan idiota que no ves que por muy fuerte que yo sea, no soy nada sin vosotros y nuestra unión. ¿Quieres que sea sincero? Muy bien, creo que tú eres el problema, Mark, que nos retrasas a los tres. No porque seas estúpido o débil, como te consideras a ti mismo, sino porque tu envidia, odio, falta de autoestima, o lo que sea que te pasa nos mantiene separados y frenas nuestro desarrollo. ¿Te parece suficiente sinceridad? ¿Estás contento?

Mark miró a su hermana con un gesto de aprobación.

—Bastante contento, la verdad. Pensaba que ella era la lista y tú solo el fuerte, pero me has sorprendido. ¿Y tú

qué, hermanita? ¿Algo que añadir?

—Mark, hermano, ¿por qué haces esto? No quieres discutir con nosotros, pero tus palabras y tu actitud dicen lo contrario.

—Qué sensible. Aunque no lo creas, os obligo a pensar y a sinceraros. ¿Vas a opinar o a evitar la confrontación?

Diana asintió y suspiró.

—Somos magos, Mark, te guste o no, y eso no lo puede cambiar nadie. Intentaré explicártelo en términos que puedas entender. No tenemos otra opción. Si huimos, antes o después alguien nos encontrará, como hizo el hombre lobo. ¿Lo entiendes? Nunca

podremos llevar una vida normal, porque como dijo el maestro, eso nos separaría y nos haría más débiles cuando alguien nos ataque, lo que sabemos que ocurrirá. Huir no es el modo de afrontar un problema. Por otra parte, hermano, quieres que te convenza. Deseas tanto como yo desarrollar tu potencial para que nadie vuelva a encerrarte y tienes más miedo que ninguno de sobrevivir por separado, sin nosotros. Por desgracia eso es lo que tú entiendes, las causas de fuerza mayor. ¿Quieres que siga? Lo dudo mucho. Podría decirte lo que ya sabes, que el maestro nos salvó la vida y es evidente que se preocupa por nosotros, es más, es nuestro único amigo, aunque hemos

tardado en darnos cuenta. Pienso que nuestros padres murieron por tratar de esconderse o tal vez de escondernos, pero está claro que eso no es posible. A lo mejor te consuela pensar que si nos quedamos y llegamos a ser los magos que por lo visto creen que podemos llegar a ser, su muerte tendrá sentido. Incluso puede que descubramos la verdad y podamos vengarlos. Yo lo creo, aunque también esté fascinada por las runas y me pase como a Adrián con la fuerza.

Mark asintió.

—Yo tenía razón, hermano —le dijo a Adrián—. Lo tuyo es solo fuerza. Menos mal que la tenemos a ella.

Adrián lo golpeó en la espalda mientras le dedicaba una sonrisa. Los tres habían llegado a un acuerdo, percibían cómo sus almas se rozaban. No necesitaron hablar ni gesticular. Era agradable estar así.

—Una cosa más —dijo al fin Mark —. Os haré caso, qué remedio, pero si esto sale mal, recordad que os lo advertí. Solo os pido un favor. Dejadme que le dé un poco de caña al maestro. Quiero sacarle algo de información y si vamos como corderitos diciendo que lo queremos mucho, no lo conseguiremos. ¿Vale?

Adrián y Diana estuvieron de acuerdo en concederle ese pequeño gusto a su hermano, que al parecer tenía

que mostrarse rebelde incluso cuando estaba de acuerdo con algo.

El maestro apareció enseguida. Cojeó hasta situarse delante de ellos, que sin darse cuenta habían formado una línea perfecta, con Mark en el medio.

—¿Habéis tomado una decisión?

—Y la que tú querías, nada menos —dijo Mark—. Estarás contento. Estos dos idiotas que tengo a los lados y que son igualitos a mí están bastante convencidos de que eres un gran tipo, a pesar del grandísimo hijo de perra que siempre has sido con nosotros. —El maestro escuchaba impasible—. Yo, por mi parte, todavía guardo ciertas reservas. Es que soy un poco rencoroso,

qué le voy a hacer, pero como son dos contra uno... Al grano, vamos a pasar esa prueba para que quedes bien, maestro, y puedas presumir del gran trabajo que has hecho con nosotros delante de Padre… Bueno, si no se muere antes, porque parece que tiene un millón de años… En fin, que lo haremos, pero con una condición.

—Te escucho.

—Quiero que nos cuentes ahora mismo, antes de decir que sí, un par de cosas que no tenemos claras. Es decir, queremos respuestas. ¿Algún problema?

—Ya os he contado más de lo que tengo autorizado.

—Pues entonces no pasa nada por

romper esa autoridad un poco más. La primera pregunta es fácil. Es sobre nuestros tatuajes. Mi hermana cree que son runas.

—Ya sabéis que sí.

—Pues sí, la verdad, pero no nos dimos cuenta hasta el otro día en que te llevamos herido a que te curaran. Tu traje se había roto por los zarpazos del lobo y vimos tu cuerpo. Tú también tienes runas. Las tienen todos los magos, ¿no? Por eso nunca lleváis ropa de manga corta, para ocultarlas.

—En efecto.

—Por eso sois tan fuertes y no pudimos vencer a Mu en la prueba de combate.

—Correcto, pero no os equivoquéis, las runas no te hacen invencible. Mu es excepcional y lleva las mismas runas que todos los magos, las mismas que llevaréis vosotros tras la prueba.

—En eso consiste la prueba, entonces, ¿no? En que nos graben las runas. Recordamos muy bien cómo chillamos y sufrimos cuando nos pintasteis los tatuajes. Ahora será peor porque nos vais a grabar lo que falta, es decir, dos tercios de las runas, o sea, el doble de dolor. ¿Esa es la prueba?

El maestro desvió la mirada. Tardó un poco en contestar.

—Será mucho peor y sufriréis

mucho más. Grabaros las runas es la segunda parte de la prueba, la más sencilla. La primera es la importante, pero no puedo hablaros sobre ella. Tiene que ser espontánea. Si lo supierais antes, no funcionaría. Os podré contar más cuando la superéis.

—Esa excusa ya la has usado mucho —se molestó Mark—. ¿Por qué tengo que fiarme de ti? Vamos a arriesgar nuestra vida sin que nos hables claro. ¿Cuántos pasan la prueba?

—La inmensa mayoría, pero no porque sea fácil, sino porque los maestros no presentamos candidatos que no estén preparados. Es muy costosa y no interesa realizarla sin garantías razonables de éxito.

—¿Razonables? ¿Qué hacéis? ¿Apuestas? Si fallamos, morimos, pero tú coges a otros gemelos y lo vuelves a intentar.

—No, Mark, yo arriesgo lo mismo que vosotros.

Los trillizos se removieron en silencio.

—No te entiendo.

—Si falláis, yo también moriré. Seré ejecutado. Como os dije, sois mi responsabilidad, para lo bueno y para lo malo.

Se produjo un silencio largo y pesado. El maestro esperaba, paciente. Los trillizos asimilaban las implicaciones de lo que acaban de

escuchar.

Mark dio un paso al frente y se colocó justo delante del maestro.

—¿Y lo aceptas sin más? ¿Tu vida depende de nosotros?

—Es mi trabajo. Yo creo en Padre y en nuestro destino —aseguró con voz firme—. Pero por encima de todo creo en vosotros, también en ti, Mark.

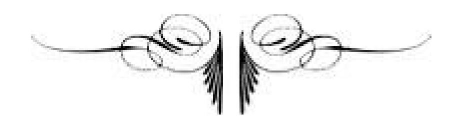
Mark tembló ligeramente, apretaba los puños.

—¡Bah! —soltó con desprecio—. Definitivamente, me caías mejor cuando te odiaba. —Y lo abrazó, rodeando su cuello con los brazos. Adrián y Diana estuvieron a punto de pellizcarse mutuamente para comprobar que no

estaban soñando—. Cuando pasemos esa prueba seremos iguales y nos lo contarás todo.

—No, Mark, seréis mis superiores. Para mí será un honor poder ver todo lo que vais a conseguir.

VERSÍCULO 12



—Esto no me gusta nada.

—Siempre dices lo mismo, hermano —murmuró Adrián alzando la cabeza.

Mark también miró hacia arriba, alrededor, igual que Diana.

—Entonces dime cómo coño hemos llegado aquí. Os dije que no aceptáramos...

—Callaos los dos —ordenó Diana.

Sobre ellos ardían varios símbolos

suspendidos en el aire. Suponían que eran runas, aunque no reconocían ninguno de aquellos signos. Se sucedían a diferentes niveles, más cerca unos de otros según ganaban altura, delimitando lo que parecía ser una cúpula transparente. El suelo era de mármol blanco, una superficie circular hasta el borde de la cúpula, más allá era gris con vetas negras.

Los trillizos se habían despertado en el centro, completamente desnudos. El fuego de las runas iluminaba la estancia. La piel de los trillizos refulgía y parecía que sus tatuajes temblaban.

Detrás de las runas había magos que los observaban muy serios. A algunos los conocían, a otros los habían

visto alguna que otra vez, pero había muchos que eran completos desconocidos. Debían de estar sentados en algún lugar al que la luz no podía llegar porque eran sombras borrosas, excepto sus caras, que se veían con todo detalle.

A su alrededor no había más que rostros y símbolos de fuego. Sin saber cómo, los trillizos entendieron que no había entrada ni salida de aquella cúpula.

—Habéis preguntado cómo habéis llegado hasta aquí —dijo alguien.

Los tres hermanos se movieron, giraron y tropezaron entre ellos, hasta que se orientaron y ubicaron el rostro de

quien había hablado. Era el más viejo de todos ellos, que flotaba más alto que los demás. Era Padre.

—Esa pregunta es irrelevante —continuó el anciano—. El caso es que estáis aquí y aquí empieza vuestro verdadero camino. Aquí empezó el de todos nosotros.

La voz sonaba algo distante, pero llegaba con claridad. Arrastraba el temblor propio de una edad avanzada, aunque no por eso sonaba débil, al contrario. No era posible dejar de escuchar aquella voz.

Al lado de Padre, muy cerca, flotaba el rostro de Ka, el médico, que era quizás el que los observaba con

mayor intensidad. También cerca de Padre, pero a menor altura, estaban Oz y Mu. Se apreciaba cierta tristeza en los ojos del maestro. Mu permanecía tan serio como los demás.

—Recorreremos el camino juntos —continuó Padre—, porque hoy os uniréis a nosotros. Esperamos mucho de vosotros. Habéis sido entrenados para este momento y ha llegado la hora de saber si merecéis o no un lugar entre los magos. Ahora os hablaré de nuestros nombres y será la última lección que recibiréis, o la primera, eso dependerá de si aceptáis vuestro destino y superáis la prueba...

—Siempre he querido saber por qué usan nombres de dos sílabas —

susurró Adrián.

—Nuestros nombres nos definen, nos identifican como miembros del clan más fuerte de los magos y nos recuerdan quiénes somos, el origen de nuestra fuerza. Los que estamos aquí contemplándoos, todos, sin excepción, también fuimos una vez aprendices como vosotros, exactamente igual que vosotros.

—¿A qué te refieres con «exactamente igual»? —se atrevió a preguntar Mark.

—A varias cosas. También éramos más débiles antes de superar la prueba y también acudimos con nuestros hermanos.

Los trillizos fruncieron el ceño al mismo tiempo.

—¿Gemelos? —preguntó Diana.

El rostro de Padre asintió.

—De ahí las letras que forman nuestros nombres. Son las iniciales de los que teníamos antes de la prueba.

—Pero tú te llamas Padre —dijo Adrián—. Son cinco letras, no dos.

—Y no es una coincidencia. Sacad la conclusión evidente.

Quintillizos. Cinco hermanos idénticos unidos por su alma. Dedujeron con rapidez que ese era el origen de su fuerza y probablemente de su longevidad, sobre la que corrían muchos rumores. En aquel momento se

acordaron de los gemelos japoneses con los que habían tenido un pequeño altercado, y de que todos los aprendices eran gemelos. Sin embargo, los mayores, que ya habían superado la prueba, no iban acompañados de sus hermanos.

—¿Dónde están vuestros hermanos? —preguntó Diana.

—Con nosotros —contestó Padre —. Otorgándonos fuerza, completando nuestra alma y convirtiéndonos en los mejores magos de todos.

El maestro les había explicado que separarse los debilitaba, por lo que a Adrián le surgió otra pregunta.

—Entonces, podéis separaros. En eso consiste la prueba, ¿verdad? En

superar la debilidad que supone no estar juntos.

—No es del todo exacto —replicó Padre—. Desde luego esa debilidad desaparecerá, pero no podemos separarnos. Sería como romper nuestra propia alma. De hecho, estamos más unidos que nunca.

—No te entiendo...

—Está bastante claro, hermano.

—¡No! —gritó Diana—. No podéis pedirnos eso. ¡Es imposible!

—Os estaré esperando —dijo Padre—. Que empiece la prueba.

La cúpula se convirtió de repente en una bóveda translúcida. Se veían las runas ardiendo sobre ella, pero nada

más en el exterior. Los rostros solo eran borrones. Se hizo un silencio total y absoluto.

—¿Qué? —dijo Adrián muy enfadado, mirando todavía en la dirección en la que flotaba la cara de Padre—. ¿Qué ha dicho? ¿Qué tenemos que hacer?

Algo cayó en el suelo, entre ellos, arrastrando un silbido. Los trillizos se volvieron. Tres puñales sobresalían del mármol, con el mango hacia arriba. Las hojas estaban clavadas, pero no crecía ninguna grieta a su alrededor; parecía como si estuviesen encajadas en tres ranuras perfectamente moldeadas para su tamaño.

—No puede ser... —se escandalizó Adrián.

—¿Sigues pensando en pasar la prueba por nosotros, hermano? —escupió Mark—. Mira que os advertí sobre estos hijos de la grandísima puta. ¡Pero nunca me hacéis caso!

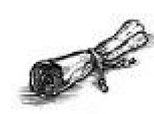
Adrián contemplaba los cuchillos, espantado.

—¡No lo vamos a hacer! —gritó Diana, dio un paso hacia la cúpula y colocó las manos alrededor de la boca—. ¿Me oís? ¡Sé que estáis ahí mirando! ¡No lo vamos a hacer! ¡Podéis amenazarnos lo que queráis pero no...!

—¡Aaaaaaaaaaah!

Diana se giró y vio a Mark

cargando contra Adrián mientras chillaba con todas sus fuerzas, con el rostro desencajado por la rabia.



—¿Está todo preparado, Ka?

—Hasta el mínimo detalle, Padre —contestó el médico.

—Bien. No quiero que nada salga mal. Nada. Llevo mucho tiempo esperando este momento.

—Lo he ensayado cientos de veces. Podría hacerlo con los ojos cerrados.

—Excelente. ¿Algún problema, Oz? Estás muy serio.

—Está preocupado, Padre —dijo Mu—. Piensa que no se van a pelear, ¿a que sí, Oz? Pero lo harán, no te preocupes. Aún recuerdo mi pelea. Fue excitante. Estuve casi diez horas enfrentándome a mi hermano. Tú estabas también, lo viste, Oz, como ahora, y no me parecías tan triste, no, nada de eso, tus ojos brillaban de excitación.

—Como los tuyos ahora —repuso Oz.

—Más incluso. Sin embargo, yo no vi tu prueba, es lo que tiene ser más joven. ¿Cuánto duró? ¿Cómo lo mataste, Oz? ¿Lo estrangulaste? ¿Le cortaste el cuello? ¿No me lo cuentas? No importa. Puedo imaginarlo. Todos los que estamos aquí podemos. Lo que no puedo

imaginar es por qué pareces tan abatido. Como si no hubieses entrenado a suficientes chicos como para estar acostumbrado. ¿Temes que no superen la prueba? ¿Es eso? ¿Temes por tu vida, Oz?

—No temo por mi vida.

—Desde luego que no. Era para hacerte hablar de una vez. Tu silencio me deprime.

—Pero sí temo que no superen la prueba. No creo que vayan a luchar, Padre. Se quieren demasiado. No se atreverán a...

—Mira, Oz —le interrumpió Mu —. Mira cómo corre Mark. Parece, maestro, que sí se atreven. Disfrutemos

del espectáculo.



Diana oyó y sintió el alarido de Mark. Retumbó en sus oídos y en sus tripas, percibió su rabia, y no pudo creerlo.

Adrián, igual de sorprendido, no tuvo tiempo de reaccionar. Se giró, pero Mark le embistió por el costado. Diana también sintió el golpe en sus costillas. Adrián voló un par de metros y se estrelló sobre el mármol.

—¿Te has vuelto loco, hermano? —dijo, escupiendo sangre.

—¿Yo? —Mark se acercó a él y le dio una patada antes de que pudiese levantarse—. ¡Este es el destino que querías! ¡No yo! ¡No olvides por qué estamos aquí!

Diana llegó hasta él y le sujetó por el brazo. Lo detuvo antes de que golpeara a Adrián que seguía tendido en el suelo.

—No, Mark, no lo hagas.

Mark se volvió y atravesó a su hermana con una mirada feroz.

—¿Te alías con él? —La derribó con un golpe en la cabeza—. ¡Siempre supe que me odiabais, que no me queríais! ¡Soy el bicho raro!

—¡No! —Adrián saltó sobre él.

Rodaron por el suelo, se golpearon mutuamente. Diana vio el remolino que formaban y no pudo distinguir a uno del otro—. Estás confundido, hermano. Nadie te odia. —Adrián se soltó y se levantó—. Yo te quiero.

—¡Mientes! —Mark le asestó una patada en la pierna. Sonó un crujido—. Dime que no me culpas a mí de que ahora esté tratando de matarte. —Mark se agachó, agarró su cuello y comenzó a estrangularlo—. ¡Noto tu odio, hermano! ¡Mírame! ¡Mírame mientras te mato! —Adrián murmuró algo, boqueó, luchando por conseguir aire—. ¡Me das asco! —dijo Mark acercando su rostro al de su hermano. Apretó más fuerte—. ¿Me has oído bien? Me odias hermano y no soy

yo el que ha provocado esta situación, sino tú y esa otra estúpida. Os lo advertí.

Diana se quedaba sin aire en los pulmones. No, no era ella, era Adrián, que se debatía por escapar de su hermano. Estaba demasiado lejos para llegar hasta ellos y ayudar a Adrián, a unos cuatro metros de distancia. Era demasiada distancia para levantarse y detener a Mark antes de un segundo, que es lo máximo que el cuello de Adrián resistiría sin quebrarse.

Pasaron muchos pensamientos por su cabeza durante ese segundo. Se asustó de ver a Mark estrangulando a su hermano, no podía creerlo, como no podía creer que los magos los obligaran

a matarse entre ellos, que en eso consistiera la famosa prueba. Se preguntó si podría controlar la ira que crecía en su interior y si sería capaz de encontrar una salida sin que nadie muriese. Tuvo mucho miedo.

Antes de que aquel segundo terminara, Adrián aulló con todas sus fuerzas. Se giró un poco hacia la derecha y luego, a una velocidad brutal a la izquierda, hasta que Mark, que no pudo evitarlo, se estrelló contra el suelo y liberó su cuello.

Adrián aspiró una honda bocanada de aire y tosió con ansiedad. Mark había rodado hasta el centro de la cúpula.

—¿Intentas decir algo, hermano?

No te entiendo.

—Estás... loco... —consiguió decir Adrián.

—¿Vas a matarme? No pudiste hacerlo con el lobo, pero conmigo sí podrás. ¡Yo estoy loco!

Mark extrajo uno de los puñales del suelo.

—¡Mark, no! —Diana se levantó a toda prisa.

—Este es el destino que tú has decidido, hermano —escupió Mark.

Lanzó el cuchillo, directamente contra el pecho de Adrián.

Diana, desesperada, incrédula, saltó, se estiró cuanto pudo.

—¡Noooooooooooooo!



—Uno menos —dijo Mu, indiferente—. Parece que va a ser bastante rápido.

—Cállate, ¿quieres? —gruñó Oz.

—Pero si es una buena noticia para ti, Oz. Así tu agonía durará menos. No querrás sufrir durante horas…

—¡He dicho que te calles!

—¡Mu! —exclamó Padre con tono de reprimenda—. ¿Cuál es el problema, Oz? ¿No es el resultado que esperabas?

El maestro negó con la cabeza.

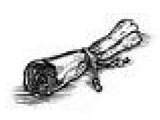
—No, no es lo que más nos conviene.

—Discrepo —apuntó Mu.

—Qué sabrás tú.

—Oz, aún no ha terminado —dijo Padre—. Quedan dos. No sabemos quién sobrevivirá.

—No importa —se lamentó Oz—. Nada de esto es lo que esperaba.



La mano de Adrián estaba empapada. Sabía que era sangre, podía olerla, pero la conmoción le impedía

distinguir el color rojo. Empuñaba un cuchillo que también estaba mojado y goteaba. En el otro brazo descansaba el cuerpo de su hermana, con su rostro de frente, mirándolo desde la muerte con los ojos vacíos. Así, en sus brazos, había caído ella, escudándole del puñal que le había lanzado Mark y que había terminado clavado en su espalda.

Su hermana ya no estaba.

Mark lo miraba a unos metros de distancia. Movía los labios, parecía que le gritaba, pero él no escuchaba nada, solo los latidos de su propio corazón acelerado, retumbando como truenos en su cabeza, distorsionando no solo los sonidos, también la visión. Todo era confuso a su alrededor, excepto su

hermano. Mark seguía siendo nítido a sus ojos, lo distinguía como si lo tuviese a un palmo de distancia. Era como contemplarse en un espejo.

—¡Ese puñal no era para ella! —gritaba su hermano. El sonido había vuelto de repente—. ¡Todo es por tu culpa...!

De repente todo era silencio una vez más.

Adrián arrojó a su hermana a un lado con violencia. La vio rebotar contra el suelo mientras corría contra Mark, empuñando el cuchillo.

Mark lo esquivó rodando hacia un lado. Adrián pasó de largo varios metros debido al ímpetu con el que

había arremetido y fue hasta el centro a recoger otro de los puñales.

No les dio tiempo a medirse con la mirada, se enzarzaron en una pelea brutal. Se hicieron algunos cortes, se dieron golpes, cayeron, se levantaron, se persiguieron el uno al otro. Todo eso duró pocos minutos. Después, desaparecieron las fintas y las posturas de combate, el cuidado y el cálculo, y empezaron a descargar toda la ira que tenían dentro, sin orden ni concierto. Hubo mordiscos y arañazos, mezclados con patadas y puñetazos, empujones y ninguna clase de respeto por el adversario.

Mark se aprovechaba de la ventaja inicial que había obtenido desde que

atacó por sorpresa a su hermano, al inicio de la pelea, consciente de que si le permitía recuperarse, perdería, ya que Adrián le superaba en el aspecto físico. Adrián, por su parte, desplegaba toda su potencia, convencido de que era superior, incluso en la situación de desventaja de la que partía.

En un momento en que los dos hermanos estaban abrazados, Mark mordió la oreja de Adrián y casi se la arrancó. Adrián notó el dolor y perdió la concentración un instante, lo que Mark aprovechó para darle una patada en la mano y hacerle soltar su puñal. Adrián retrocedió un paso.

—¿Por qué luchas, hermano? —Mark lo apuntó con el cuchillo—. No

puedes matarme, lo sabes, o ya me habrías vencido. Eres demasiado blando.

—¡No!

Adrián saltó sobre él. En la embestida, Mark le clavó el cuchillo en el brazo derecho, pero el ataque no detuvo a su hermano. Adrián, obviando el dolor, lo golpeó con ese mismo brazo, y luego con el otro. Mark se tambaleó.

—Yo no soy blando. —Adrián le dio otro puñetazo. Su brazo herido sangraba abundantemente, pero no parecía notarlo—. Ya no, hermano. Nunca más después de ver cómo has matado a Diana.

—¡Imbécil! ¿Todavía me culpas

de...?

—¡Cállate! —Lo derribó de una patada—. Al final tenías razón, asqueroso. Siempre fuiste el peor de los tres, el que nos ha causado problemas toda la vida. He sido un estúpido por no darme cuenta antes de hasta dónde podías llegar, pero también tenías razón en que yo soy el más fuerte. —Mark, escupiendo sangre, trató de levantarse, pero Adrián le pateó las costillas—. Como ves, tenías razón en muchas cosas. Esto se acabó.

Mark aprovechó la última patada para dejarse caer y rodar, poniendo un par de metros de distancia entre él y su hermano. Se levantó y lo amenazó con el puñal. No era una amenaza que pudiera

intimidar a Adrián, que percibía la debilidad de su hermano. Mark apenas se tenía en pie, su postura era incómoda, sus piernas temblaban y jadeaba, agotado. Adrián se mantenía erguido y daba la impresión de poder continuar con la lucha durante horas si fuera preciso, a pesar de las heridas.

—¡Detente! —gritó Mark—. Es cierto, esto se acabó. Lo creas o no, lo hago por ti. Adiós, hermano.

Agarró el cuchillo al revés, con la hoja hacia abajo, y se lo clavó en su propio corazón. Adrián sintió el dolor en su propio pecho, como una aguja helada que lo atravesaba.

Se miraron, quietos, sin pestañear,

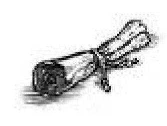
sin respirar. El mango del puñal sobresalía del pecho de Mark, que aún lo empuñaba. Sus miradas seguían fijas, apuntando a los ojos del otro.

Entonces Mark extrajo el puñal. Adrián seguía notando el dolor, que ya se extendía en todo su lado izquierdo. Notaba también algo húmedo que resbalaba por su vientre. Luego vio cómo la herida de Mark se cerraba y su pecho cicatrizaba sin dejar huella. No tuvo que bajar la cabeza para saber que esa misma herida era la que estaba en su propio pecho, de la que manaba la sangre que resbalaba por su cuerpo. El dolor que había sentido era real, no un reflejo del de Mark. Lo comprendió mientras se desplomaba. Murió antes de

que su cabeza chocara contra el mármol del suelo.

—Adiós, hermano —repitió Mark. Dejó caer el puñal, asqueado, y se volvió hacia la cúpula—. ¡Ya está! ¡Esto es lo que queríais! ¿No es verdad, hijos de puta? ¡Venid aquí si os atrevéis y os mataré a todos, bastardos...!

No pudo acabar la frase porque también se desplomó en el suelo.



—Casi dos horas.

—¿Cómo dices? Ha durado bastante menos...

—Me refería a mi pelea. ¿No es eso lo que me preguntaste, Mu, cómo fue mi prueba?

—¿Y me lo cuentas ahora? ¿Qué te pasa, Oz? Esto ya ha terminado. ¿No te gusta que haya ganado Mark?

—No peleé contra mi hermano.

—¿Cómo es posible?

—Hablamos durante todo el tiempo.

—Hablasteis. ¿Qué intentas decirme? ¿Que lo mataste de aburrimiento?

—Analizamos qué era lo mejor, quién debía ser el dominante, hasta que llegamos a un acuerdo. Entonces lo maté, de un solo tajo, porque él no trató

de evitarlo.

—Confieso que nunca había oído nada parecido. ¿Fue de mutuo acuerdo?

—Por eso soy el mejor, Mu, incluso cojo. Solo Padre es más fuerte que yo.

—No es que quiera contradecirte, pero...

—Lo soy. Por eso Padre me permite seguir en el clan, aunque esté lisiado.

—Entiendo. Tú querías que ganara Diana porque era la más inteligente. Sin embargo cayó la primera. No era la más fuerte, Oz, asúmelo. ¿Sabes lo que van a hacer esos trillizos...? Bueno, ahora ese mago. Lo espera la prueba más dura que

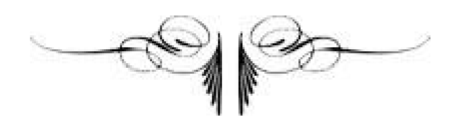
nadie pueda imaginar y para eso no necesitamos al más inteligente. Lo que hemos visto es un acto de supervivencia. Admito que yo prefería a Adrián, pero si ha ganado Mark es porque él es el indicado.

—¿Eso te dices para estar tranquilo, Mu?

—¡Maldita sea! No va a ir a un campo de rosas a leer poesía. Lo espera un camino brutal. No sé por qué le tienes tanto miedo a la violencia.

—No has entendido mi historia, Mu. La violencia, sin control, no sirve de nada, y Mark está completamente desequilibrado.

VERSÍCULO 13



La cúpula se había disipado. Los magos habían disuelto las runas y habían activado otras, en el suelo, que refulgían entre el mármol en que se había desarrollado la prueba y que aún estaba manchado de sangre. No había prisa por limpiarlo. La siguiente prueba, en la que dos gemelos muy prometedores se batirían a muerte, no estaba programada hasta dentro de tres meses, el día en que cumplían los dieciocho años.

Mark descansaba en el suelo, boca

arriba, inconsciente, en un estado cercano al coma que muy pocos magos podían controlar.

—Por favor, Oz, no pises esa runa —pidió Ka.

La voz del médico era reposada debido a su autocontrol, pero Oz sabía que las runas que empleaba eran extremadamente delicadas. Cojeó a un lado para retirar la pierna y no bloquear la visibilidad de Ka.

A ambos lados de Mark, yacían los cadáveres de sus hermanos, los tres cuerpos completamente desnudos. Ka los estudiaba con atención, tomaba notas, comprobaba las runas, marcaba en sus cuerpos los puntos vitales, y no

paraba de moverse entre ellos. Oz observaba en silencio desde una distancia prudencial que no interfiriese en la labor del médico.

—¿Cómo va todo, Ka? —preguntó Padre entrando en la estancia.

—Solo faltan unos ajustes...

—Demasiado tiempo. Comencemos.

—Me gustaría verificarlo una vez más, Padre —dijo Ka—. No quiero arriesgarme a cometer ningún error.

Padre sacudió la cabeza y Oz advirtió impaciencia en ese gesto. Ka se apresuró a repasarlo todo por última vez. Luego, cuando hubo terminado, llamó a sus ayudantes, dos magos que se

colocaron delante de los cadáveres de Adrián y Diana. Cada uno portaba una aguja larga de unos veinte centímetros y le entregaron otra igual a Ka.

—Al mismo tiempo —les recordó Padre—. La precisión debe ser milimétrica.

Los tres magos, Ka y sus dos ayudantes, colocaron las agujas en el esternón de cada uno de los hermanos. Ka se ocupaba de Mark, el más complicado, dado que era el único que respiraba, aunque muy despacio. Detrás de los trillizos ardía una pequeña runa dentro de una urna de cristal. El símbolo cambiaba cada segundo y repetía una secuencia en un bucle continuo.

Cuando la runa cambió al primer signo de la secuencia, los tres magos, en perfecta sincronía, clavaron las agujas. Con el segundo símbolo las extrajeron, y con los dos siguientes se prepararon sobre el siguiente punto, en el hombro derecho. Así fueron realizando incisiones por todo el cuerpo de los trillizos. Mark gemía y hacia muecas, pero solo movía la cabeza, el resto de su cuerpo permanecía completamente inmóvil.

La runa de la urna se extinguió cuando realizaron la última incisión, en el pie derecho. Ni una gota de sangre manchaba el cuerpo de Mark. Los ayudantes se retiraron en silencio.

—Perfecto —dijo Ka, tras

examinar el corazón de Mark—. No tendrá problemas para llevar la armadura, Padre. Todos los puntos vitales están marcados y he tomado las medidas.

—Procede —ordenó Padre, secamente.

Oz se retiró hacia atrás, con Padre, y salieron del área de mármol circular. Solo Ka se quedó con los tres hermanos. Entonces el ritual dio comienzo.

Los símbolos del suelo cambiaron de color y cobraron intensidad. Surgió una niebla de la nada, muy ligera, casi transparente. La temperatura descendió. Los cadáveres de los dos hermanos comenzaron a temblar, levemente al

principio, con más fuerza pasados unos segundos. Vibraban exactamente igual, sus cuerpos se sacudían al mismo tiempo. Un murmullo llenaba la estancia.

Los tatuajes de Adrián y Diana se desvanecieron de su piel al mismo tiempo, siguiendo el orden de las incisiones que les habían practicado con las agujas. Desde el esternón, gradualmente, las líneas fueron desapareciendo, al tiempo que se dibujaban en la piel de Mark. Las líneas de los tres hermanos se complementaban, se fundían y se cruzaban, formando runas que cubrían lentamente el cuerpo de Mark.

Entonces también Mark comenzó a temblar y a sacudirse. Las partes de su

cuerpo que quedaban inmóviles en los cadáveres de sus hermanos sufrían tirones y empujones.

—Algo... no va del todo bien —dijo Ka.

—¿Qué? —preguntó Padre.

La niebla comenzó a silbar y a enrollarse. Un pequeño tornado creció en el centro, sobre los tres hermanos. Los signos del suelo relampaguearon con violencia.

—El ritmo de Mark es irregular —dijo Ka—. Las runas se pintan sobre su piel con demasiada lentitud.

—Son trillizos —dijo Padre—. Solo has trabajado con gemelos, Ka, por eso te parece lento.

—No lo creo. —El médico alzó la cabeza, claramente preocupado por el tornado—. Creo que... No, esa de ahí, la del antebrazo derecho, se ha dibujado demasiado rápido y... ahora vuelve a ralentizarse. Debería detener el proceso.

—¡No! —ordenó Padre.

Mark aulló. El tornado ganaba velocidad, la temperatura bajaba cada vez más, pero Mark sudaba por todos los poros una secreción apestosa que no tardó en inundar la sala. Apretaba los ojos con mucha fuerza y derramaba lágrimas de sangre.

—Lo estoy perdiendo. Tengo que detenerlo.

—¡He dicho que no! —Padre entró

en la zona circular y se acercó a Mark.

—Padre, a lo mejor podemos salvarlo —dijo Oz, que lo había seguido—. Probablemente es demasiado joven.

—Debimos esperar a los dieciocho —convino Ka.

—Entonces no me sirve —repuso Padre.

El anciano observaba con atención mientras Oz y Ka compartían una mirada de preocupación. El tornado cesó de repente y descendió sobre todos ellos como una lluvia fría, invisible. A los tres magos les recorrió una leve sacudida eléctrica, un pinchazo repentino que les hizo dar un pequeño bote, tan rápido que se había

desvanecido antes de que pudiesen reaccionar. Entonces el cuerpo sin vida de Diana sufrió unas convulsiones violentas, rebotó contra el suelo durante varios segundos. Después se quedó quieto y el de Adrián empezó a temblar y a sufrir unas sacudidas espantosas que le retorcían las extremidades en ángulos imposibles, hasta que el brazo derecho se desprendió y rodó por el suelo. También se quedó quieto pasados unos segundos.

Los magos dirigieron la mirada a Mark. Un resplandor azulado rodeó su cuerpo, lo empapó de un brillo que nunca antes habían visto, y todos los músculos se relajaron, excepto los de la cabeza. Mark apretaba la mandíbula con

todas sus fuerzas.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —preguntó Ka.

Oz no tenía la menor idea. Que él supiese nunca había sucedido nada parecido y que Ka estuviese desconcertado, incluso asustado, no era una buena señal.

—Mark está luchando contra sus hermanos —dijo Padre. Los ojos del anciano brillaban de un modo que Oz no supo interpretar—. Tienes que despertarlo.

—Morirá —se espantó Ka—. Si lo despierto antes de que termine la unión...

—Tengo que hablar con él. Vosotros no lo entendéis porque solo

tuvisteis un hermano. Yo tuve que unirme con cuatro. Mantenlo adormecido, pero que pueda oírnos. ¡Hazlo!

Ka lanzó una mirada de súplica a Oz, pero el maestro no fue capaz de apoyarlo. El médico se acercó a Mark y repasó una runa que brillaba justo encima de su cabeza. El símbolo perdió intensidad, sin llegar a extinguirse.

—¡Aaaaaaaaaaah! —gritó Mark —. No... Mientes...

—Oz, tranquilízalo —ordenó Padre.

—¿Cómo?

—Habla con él. Tú eres su maestro, su amigo, reconocerá tu voz.

Pídele que me escuche.

—Lo intentaré. —Oz se agachó sobre Mark, que tenía el rostro deformado por el dolor. Por suerte mantenía los ojos cerrados. Oz no se creía capaz de enfrentarse a su mirada —. Mark soy yo. ¿Me oyes?

—¿Otro más? —murmuró Mark—. ¿Cuántos más vais a atormentarme?

—Soy tu maestro.

Mark movió la cabeza a un lado y a otro.

—¿Maestro...? Es... Una prueba... Dios, termínala ya... ¡Aaaah! ¡Por favor...! ¡Haré lo que sea!

—Mark, te salvé del lobo y he venido a ayudarte.

—Yo... lo maté. ¡Le rajé las tripas...! ¿Has venido a vengarte, lobo de mierda?

—Ya no hay ningún hombre lobo, Mark.

—¡Aaah! ¿Por qué me hacéis esto...? Será mejor que me matéis o acabaré con todos vosotros... Lo juro...

—Mark yo puedo detener tu sufrimiento. Escucha la voz que te va a hablar ahora y haz lo que te diga. Volveremos a estar juntos, Mark, te lo prometí, ¿recuerdas? En la torre.

—De los magos... Sí. Oz, dijiste que superaría la prueba...

—Eso es. Ya casi lo has conseguido. Escucha ahora lo que debes

hacer para terminar.

Oz se retiró y Padre ocupó su lugar, acercó sus arrugados labios a los oídos de Mark y habló casi susurrando.

—Mark, soy yo, Padre, y he venido a salvarte.

—¿Padre...? Pero... Yo te vi morir... No pude ayudarte, papá, era muy pequeño... ¿Entonces estoy muerto? ¿Es este mi castigo?

—No, Mark, no soy tu padre biológico. Soy Padre, el mago. ¿Me reconoces?

Mark movió la cabeza de un modo extraño.

—Hijo de puta... Te mataré...

—Voy a curarte, Mark, porque estás muy enfermo. Hay alguien más ahí contigo, ¿verdad?

—¡Sí...! ¡Me hace daño...! ¡Me quema! ¡Dime cómo matarlo!

—Son tus hermanos, Mark, tienes que aceptarlos, solo así estarás completo.

—¡No! ¡Es imposible! ¡Yo los maté! ¡Alguien me está destrozando! ¡Aaaah!

—No te resistas. Acéptalos. Escúchame atentamente. Ellos son tú. Tu alma no puede separarse, ¿lo entiendes? Estoy aquí para que vuelvas a ser el que debiste ser desde siempre. Hoy, ahora, es tu verdadero nacimiento. Todos estos

años es como si hubieses tenido desdoblamiento de personalidad, pero eso se terminó, lo hemos corregido. Tu alma estará completa y serás más fuerte de lo que hayas imaginado nunca. Ven conmigo, Mark, únete a tus hermanos y sé tú mismo.

—¿Hermanos? Tenía dos, pero... Dios, ¿qué hice? ¿Me perdonarán?

—Lo harán. Ellos son tú.

—¿Y por qué me atacan ahora? ¡Atrás! ¡Au! ¿Lo has visto...? ¡Me odian! ¡Yo me odio!

—Están asustados como tú, Mark, os hacéis daño sin querer. No saben lo que sucede, pero tú sí lo sabes porque eres el más fuerte y ellos te necesitan.

Ábrete a ellos y todo habrá terminado.

Mark alzó los brazos con las manos abiertas.

—Sí... Sí...

—Así, muy bien. ¿Lo sientes?

—El dolor se va... Veo caras, rostros de desconocidos... ¿Mamá? ¡Mamá! ¡Te recuerdo! ¡Ahora sí! ¡Puedo verte, mamá...! ¿Y tú quién eres? ¡No, mamá, vuelve! ¿Quién eres tú? ¡Largo de aquí, gilipollas...! ¿De qué me hablas, pirado...? ¿Te parece que tengo escamas y echo fuego por la boca? ¡Imbécil...! Adrián... Maldito seas, hermano. Yo no debería estar aquí... Me clavé el puñal por ti. Tú eres el más fuerte, no yo. ¡Quería morir por ti, hermano! Porque

sabía que no podrías matarme, ni a Diana tampoco. Por eso... lo solucioné, acabé con ella y luego... ¡No sabía que la herida pasaría de mi cuerpo al tuyo! ¡Ni siquiera sé cómo lo hice! ¡Debería haber muerto yo, pero soy un inútil! ¡No controlo mi propio...! No, no merezco tu perdón. Tú también lo sabes, hermanita... ¿Por qué me mentís? ¿Incluso muertos tenemos que discutir...? Intentarlo no es suficiente. No lo conseguí y me da asco ser tan... ¿Por qué no? Es lo que soy, no tiene sentido ocultarlo... Yo debería ir con vosotros y no al revés...

—¡No! —gritó Padre—. Escúchame, Mark. Tus hermanos siempre han necesitado que los guiaras.

¿De qué sirve ser fuerte o inteligente si nunca te decides a actuar? Recuerda. ¿Quién planeaba las fugas? ¿Quién le pidió a Diana que estudiara las runas? Fue para encontrar una que matara, pero el caso es que ella aprendió más que nunca gracias a ti. Y respecto a la prueba, tú mismo has dado con la clave. Ellos no habrían tenido el valor de hacer lo que era necesario. Da lo mismo que quisieras suicidarte por tu hermano. Vuestro subconsciente común te traicionó, porque era lo mejor para los tres. De no ser por ti, seguiríais divididos, incompletos y vulnerables. Cualquier enemigo habría acabado con vosotros antes o después, como el hombre lobo, pero ya no. Si vienes

conmigo y te curas, fundiendo tu alma en una, como siempre debió ser, te temerán, Mark, te lo prometo. Recoge a tus hermanos y ven conmigo.

—Yo... Ellos... —El rostro de Mark se relajó. Hablaba cada vez más bajo, más despacio—. Todos muertos... ¿Fuiste tú, hermana...? No te creo... Lo dices para que me sienta bien... ¿Y a ti te parece bien? Sigues siendo un idiota, hermano... De eso nada. Ya os hice caso la última vez y... De acuerdo... Oh, sí, eso seguro... Primero sufrirá, no escapará tan fácil... Y mataré a quien se interponga... ¿Lo dudáis? Lo veremos. Ya os he matado, me he matado a mí mismo... Qué me importan los demás...

Continuó un poco más, aunque ya

no se le entendía. Su voz era un susurro que se fue apagando lentamente hasta extinguirse por completo. Después, durmió, su expresión era plácida. Ya no sudaba y el fulgor azulado había desaparecido. Todo estaba en calma, en silencio.

Ka examinó a Mark pasados unos largos minutos. Repasó las runas de su cuerpo, comprobó sus constantes vitales. Finalmente asintió.

—Todo en orden, Padre. Lo ha conseguido.

Oz dejó escapar el aire de sus pulmones como si llevara conteniéndolo un día entero. Padre ni se inmutó. Volvía a ser el de siempre, frío y sereno, pero

Oz lo había observado durante todo el proceso y sabía que había dudado, que por dentro no estaba tan confiado como mostraba su exterior.

—Ahora eres el único de nuestros médicos que ha unido a unos trillizos, Ka. Te ascenderé y supervisarás todos los casos de ahora en adelante.

—Será un honor, Padre —dijo Ka, conmovido.

—Parte de ese honor implica que no volverás a contravenir una orden directa mía nunca más o volveremos a tener una vacante.

Ka tragó saliva.

—Entendido, Padre.

—Salvando ese detalle, estoy

satisfecho con tu rendimiento. Nadie más tendrá autoridad para inmiscuirse en las cuestiones médicas. Solo responderás ante mí. Ahora ocúpate de los cadáveres y prepara el borrado de memoria.

—¿Algún orden especial con las iniciales?

Padre lo pensó un segundo.

—Desde este momento, el nuevo mago del clan se llama Mad.

—Así se hará. Retiraré los cadáveres y me ocuparé del borrado. No tendrá ni un solo recuerdo antes de su ingreso en nuestra...

—No —dijo Padre—. Vamos a cambiar el procedimiento solo por esta

vez. Que conserve la última imagen de su madre.

—¿Su muerte? —titubeó Ka.

—Eso he dicho. ¿Algún problema?

—No... Yo me ocuparé personalmente...

—¡No puedes hacer eso! —se escandalizó Oz.

Padre se volvió lentamente hacia él.

—Ka, retira los cadáveres. ¡Ahora!

Oz no podía sostener la mirada de Padre. Aguardó en silencio hasta que Ka abandonó la estancia, consciente de que no debía discutir con él ante otro mago.

—Padre, te lo suplico. No lo hagas.

—Oz, amigo mío, eres un caso perdido.

—Hay una razón por la que ninguno recordamos a nuestros padres. Esos recuerdos no nos convienen, nos volverían locos. Tú mismo implantaste esa norma.

—Precisamente por eso puedo quebrantarla.

—Desde luego que puedes, pero, ¿es lo correcto? Mark... Mad no lo soportará. Despertará cada mañana con la imagen de la cabeza de su madre siendo... Te ruego que no lo hagas. ¿Cuánto tiempo resistirá sin volverse loco?

—Lleva en ese estado desde el

principio y eso lo ha convertido en lo que es. Ha superado la prueba un año y medio antes que nadie. Lo subestimas.

—¿Tú querías que ganara Mark?

—No, Oz, al contrario que tú, a mí no me importaba el ganador porque sabía que fuera cual fuese, sería el indicado. Mark siempre ha tenido problemas con el recuerdo de sus padres, pero eso lo ha definido y le ha dado su fuerza. Yo sé lo que le conviene.

—¡Es una tortura! Lo siento, Padre, pero nadie puede vivir así. Con semejante trauma será violento, demasiado. Será salvaje, Padre. Nadie podrá controlarlo.

—Yo sí. Conozco tu teoría, Oz. La violencia no sirve de nada sin control. Y es totalmente cierta. Solo que no es imprescindible que ese control provenga de uno mismo.

—Pero vas a crear un monstruo...

Padre sacudió la cabeza, se acercó más a Oz.

—Estoy cansado, Oz. Puede que sea la edad. Siento que ya no sirve de nada hablar contigo. Te he permitido ver más que a nadie, participar en todo el adiestramiento de Mad, pero sigues dudando de mí y de mi capacidad. ¿Cuántas veces dijiste que ellos no eran los indicados? Ni siquiera querías entrenarlos. Dijiste también que no

superarían la prueba, ¿recuerdas?

—Me equivoqué, es cierto.

—Y sigues haciéndolo. No aceptas mi criterio. No ves, amigo mío, que yo nunca me equivoco y que mi voluntad siempre se cumple. Sé sincero, ¿es o no es así?

—Lo siento, Padre, llevas razón, en todo. También en que, a pesar de la evidencia, sigo creyendo que ahora te equivocas. No podrás controlar a alguien así. Por favor, reconsidéralo.

—No me hace ninguna falta. Yo conozco mis límites, Oz, y sé lo que es mejor para él y para todos vosotros. ¿Acaso no ves cómo te he controlado a ti, el mejor mago de todos?

—¿A qué te refieres?

—Repasa tus palabras. No creías en los chicos, no querías entrenarlos, te opusiste a que pasaran la prueba tan jóvenes… Ahora repasa tus actos. Los formaste, Oz, les enseñaste todo lo que saben, los entrenaste y los preparaste para la prueba. ¿Crees que es una coincidencia? Hablas y piensas de una manera, pero actúas del modo opuesto, que curiosamente es el que yo he decidido, porque así ha sido siempre, Oz. Yo decido por ti.

El maestro lo vio tan claro que se quedó sin palabras. Solo tenía que examinar rápidamente sus convicciones para descubrir que llevaba toda la vida sin actuar en consonancia, siempre

cumpliendo los deseos de Padre, bajo una manipulación tan magistral que ni se había dado cuenta. No solo eso, sino que llevaba toda la vida creyendo que era el único mago que gozaba de cierto libre albedrío, como al expresar sus opiniones y llevar la contraria a Padre. Esa sensación de superioridad que sentía porque Padre no lo obligaba a obedecer ciegamente, como ocurría con los demás, era en realidad su mayor prisión, dado que el resultado final no difería del de sus compañeros: obedecía. La diferencia era que ellos sabían que estaban cumpliendo órdenes; él, no. Él, curiosamente, era el que gozaba de menos libertad, ya que ni siquiera era dueño de sus actos ni

emociones.

Se le escapó una carcajada con una nota de histeria.

—¿Y nuestra amistad?

—Era sincera —le aseguró Padre—, pero no está por encima del destino de nuestro clan.

—Me manipulaste para que creyera en lo que hacía y los trillizos no detectaran falsedad en mis palabras. Si hubiese dudado de ti una sola vez delante de ellos...

—Siempre has sido muy estricto. Los chicos crecieron viendo cómo me adorabas. Eso no se puede fingir, tenías que sentirlo. Siempre has querido ser especial, Oz, que alguien te quisiera más

que a los demás. En definitiva, nunca superaste la muerte de tus padres. Yo te di libertad para suplir esa carencia y tú la cubriste con la sensación de que para mí eras más importante que los demás. Te he visto infinidad de veces enfrentarte a tus superiores, como Mu, convencido de que yo te respaldaría, y los demás lo creían también. Retrocedían ante ti y tú te sentías todavía mejor. ¿No es eso de lo que siempre discutes con Mu? ¿Sobre quién es el mejor mago del clan? No dudes que te habría respaldado. Lo contrario habría destrozado tu frágil personalidad, Oz. Tu yo interior se habría venido abajo. Pero yo te he cuidado. Siempre me ocupo de vosotros, de todos. ¿Por

quién si no haría todo esto? —dijo separando los brazos en un gesto que lo abarcaba todo.

Las palabras de Padre provocaban dolor y alivio por igual. Rellenaban huecos de su subconsciente y proporcionaban respuestas que siempre habían estado ocultas en lo más profundo de su mente. Al mismo tiempo escocían como si fuesen puro ácido derramado en su interior.

—Yo... Has demostrado... Tal vez consigas que Mad te adore, aunque apostaría a que no.

—Empiezas a verlo claro y eso es porque, una vez más, aceptas mi juicio en vez del tuyo. Pero no, Oz, no quiero

que me adore, no lo necesito. Eso lo estropearía. Hay muchas formas de controlar a las personas. Verás, lo voy a liberar. Despertará en las catacumbas, solo, sin vigilancia, y tendrá la opción de irse, pero no lo hará. Vendrá a mí, como lo hiciste tú y todos. ¿Aún no ves la razón?

—Te odiará.

—Exacto. Será un mago dominado por el deseo de venganza hacia el único recuerdo que tendrá de su madre.

—Es... horrible, pero sí, funcionará porque no tendrá otra opción. No podrá escapar nunca de ese recuerdo. Tanto odio...

Oz no se atrevió a terminar la frase,

aunque ya no dudaba de que Padre estaba en lo cierto. Su corazón le decía que nadie podría soportar algo así, pero su mente ya aceptaba que Padre no dejaba nada al azar. Lo había calculado todo desde... Probablemente desde que encontró a los trillizos. Sí, había elaborado todo este plan desde el primer momento. Cada día de la vida de esos chicos había transcurrido bajo la estrecha supervisión de Padre.

—¿También contabas con lo que ha sucedido durante su unión? —continuó Oz—. Ha pasado algo muy extraño. Esa luz azul... Vi tu rostro, Padre, no era normal. No contabas con ello, ¿verdad? Me explicas todo esto porque algo no ha ido como esperabas y aún me necesitas.

—Hay un servicio más que tengo que pedirte, viejo amigo. Mad no puede ablandarse. Necesito que dé el máximo de sí mismo. Nada de lo que he hecho es suficiente si... consiento que tenga un amigo. Alguien que sienta un afecto sincero por él podría estropearlo todo. Lo comprendes, ¿verdad?

Oz lo comprendió de inmediato y demasiado bien.

—No lo hagas, Padre, por favor.

—Lo siento, amigo mío.

Debería haberlo intentado, aunque sabía que no serviría de nada. Sin embargo, por primera vez en su vida se quedó paralizado en el momento de la verdad. Contempló aquellos ojos

profundos que había venerado desde que nació... No, desde que tenía memoria. No apartó la vista de ellos hasta que sintió el pinchazo, justo en la mitad de su espalda. Enseguida vio la punta de una espada frente a su cara. La punta estaba manchada de rojo y salía directamente de su pecho.

Oz gorgoteó, trató de hablar. En su boca se formó una pompa roja, que se infló, creció y reventó, derramando sangre que resbaló por su barbilla. La espada salió en silencio por su espalda.

Entonces escuchó una voz que le susurró al oído.

—Creo que después de todo —dijo Mu—, yo soy el mejor.

De pronto se vio frente a los pies de padre. No había notado el golpe al desplomarse porque ya no sentía su cuerpo. No le dolía la pierna. No le dolía nada en absoluto. Oyó la espada rebotando contra el suelo y vio sangre salpicando cuando una bota pisó un charco.

Después ya no vio ni oyó nada más.

EPÍLOGO



La mujer lo miraba fijamente. Se mezclaban muchas emociones en aquella mirada, pero la que más resaltaba era el miedo. Tenía la boca abierta y los músculos de la garganta en tensión. Debía de estar diciendo algo, algo importante, pero no oía nada en absoluto. Sus ojos, grandes y hermosos, brillaban con mucha intensidad, casi lo atravesaban.

—No te oigo. ¡Habla más alto, maldita sea!

Los labios de la mujer se movieron, se separaron, casi hasta el límite, pero persistió el silencio sepulcral. La mujer en realidad solo era un rostro, una imagen con movimiento entrecortado y antinatural. Ni siquiera sabía su nombre, aunque ciertamente le resultaba familiar.

Un pinchazo le atravesó la cabeza y todo se volvió negro. Surgieron destellos de tonalidades sucias e imprecisas, mezclados con murmullos distorsionados. Olía mal. Otro pinchazo. Otro rostro, esta vez de un hombre, que tampoco reconoció, y una voz de mujer joven que no concordaba con la cara de ese hombre. No lo entendía; las palabras sí, pero no su significado.

Todo era confuso excepto el dolor. El dolor era muy real, tenía sentido y era palpable, traía cierto orden al caos en el que se hallaba inmerso.

De repente también el dolor desapareció, junto con todo lo demás, y solo quedó un sonido, un crujido terrible, alargado, conocido. No era la primera vez que lo escuchaba, imposible olvidarlo. Aquel crujido era el sonido más aterrador que jamás hubiese escuchado.

—¡Mamá!

Estaba sentado y veía. El mundo había aparecido de nuevo. Era un mundo oscuro y asqueroso, pero podía verlo y tocarlo, olerlo, oírlo...

—Creo que lo has despertado, Todd —dijo alguien.

—¿He sido yo, Tedd? —contestó otro, más joven—. Bueno, creo que tenía una pesadilla. Pobrecillo.

Se volvió y los vio bajo un arco, sumidos en las tinieblas. Apenas había luz, pero sus ojos captaban el entorno con bastante precisión. Lástima que no fuera un ambiente precisamente agradable. Se encontraba tendido en un suelo frío y húmedo, cerca de un canal de agua maloliente que arrastraba toda clase de porquería. Algo más adelante había un corredor que desembocaba en la lúgubre galería en la que él estaba. La entrada al corredor era un arco de unos dos metros de altura, bajo el cual

estaban las dos personas que habían hablado.

Uno era un anciano. Se apoyaba en un bastón con la espalda encorvada y de su cabeza caía una melena blanca que llevaba recogida en una coleta. El niño aparentaba diez años y tenía el pelo negro y alborotado, lo que le confería un aire travieso y juguetón. Los dos tenían los ojos violetas, relucientes.

—¿Quiénes sois?

—¿No ha escuchado ya nuestros nombres, Todd? —preguntó Tedd.

—En cualquier caso, Tedd —contestó Todd—, acabamos de repetirlos.

—¿Tedd y Todd?

—Hechas las presentaciones, Todd —dijo Tedd, golpeando el suelo con el bastón—, creo que podemos terminar nuestro trabajo.

La pareja se acercó lentamente. Miraban al suelo con gran interés, como si hubieran perdido algo. Había algo extraño en ellos, en su modo despreocupado de comportarse.

—¡Atrás! Si os acercáis a mí lo lamentaréis.

No se detuvieron.

—Cuánta ira, Todd. —El anciano se apoyaba en el niño y en el bastón para caminar. Ambos seguían sin dedicarle una sola mirada, concentrados en el suelo—. Si que tiene mal

despertar.

—No se lo tengas en cuenta, Tedd —dijo Todd—. El chico está desorientado por la pesadilla que ha tenido. Apuesto a que ni siquiera conoce su nombre.

No lo recordaba, era cierto. ¿Cómo podía no saber cómo se llamaba? Todo era muy confuso. Tedd y Todd parecían cualquier cosa menos amenazadores, en realidad inofensivos, podría con ese viejo de piernas temblorosas y con ese mocoso esmirriado sin apenas esfuerzo. Pero algo no encajaba...

—¿Me conocéis? —preguntó, apartándose a un lado.

La pareja se apresuró a examinar el

espacio en el que había estado tumbado.

—Ah, excelente, Tedd —dijo Todd, señalando con el bastón—. Aquí está el problema de tu diseño.

—¿Mi problema, Todd? —protestó Tedd—. Eres tú el que ha hecho el dibujo, ¿recuerdas?

—Eh, idiotas, que estoy aquí. ¿Queréis decirme si me conocéis o no? Bah, no tengo tiempo para perder con dos lunáticos en medio de este... ¿Dónde estoy?

—¿Qué nos ha llamado, Todd? —se enfureció el anciano. Tedd levantó el bastón con gesto amenazador.

—Nada, Tedd, nada. Cálmate —dijo con suavidad Todd—. Un

malentendido sin importancia. Tú termina el dibujo, que llevamos una eternidad en estas cloacas.

—Cloacas...

Eso explicaba la peste que le envolvía.

—Un sitio poco higiénico para dormir. ¿No crees, Todd?

—No me extraña que tenga pesadillas, Tedd —dijo Todd, pensativo—. El pobre Mad no sabe cómo...

—¿Mad?

Esa palabra estalló en su cabeza. Era su nombre, Mad. De alguna manera inexplicable se sentía ligado a esa palabra. Significaba algo especial, aunque no lo recordaba. Resonaron

murmullos en su mente. Mad trató de silenciarlos.

—Entonces sí me conocéis.

—Bien, ya lo tengo, Todd —dijo Tedd, excitado—. Aparta y aprende. Para que veas lo que un anciano puede hacer.

El niño dio un salto a un lado. Tedd apoyó el bastón y empezó a arrastrarlo por el suelo. A Mad le dio la impresión de que repasaba su contorno, en la postura que había ocupado cuando estaba dormido, o desmayado en el suelo. Aunque puede que... Mad se dio cuenta de que Tedd usaba su bastón para dibujar, sí, creaba alguna clase de pintura al desplazarlo por el suelo. Y no

solo eso, las líneas que trazaba se enlazaban con otras que se extendían por todas partes.

Dio un paso atrás y vio que había muchas de aquellas líneas que se cruzaban en varios puntos. Era un símbolo enorme, y también tenía un significado, seguro, aunque él no lo conocía.

—¿Qué es ese signo que pintáis?

—Hemos esperado a que se despierte para terminarlo, Todd —dijo Tedd—. Hemos respetado su descanso aunque estaba en medio de nuestra gran obra, con el tiempo que nos ha llevado. Pero no nos lo agradece, nos interrumpe. Dile que no pise las líneas, por favor, o

no acabaremos nunca. Yo ya tengo cierta edad, ¿sabes?

Mad vio que, efectivamente, su pie descansaba sobre una de las líneas que debía de haber dibujado antes el anciano. Retrocedió para no estorbar... Y enseguida cambió de idea.

—Estoy harto de vosotros y de que ni siquiera me miréis —rugió—. Me vais a decir de qué va esto y quienes sois, ¿me oís?

—Perfecto, Tedd —Todd dio varios saltos de alegría—. Lo has terminado. Confieso que tenía mis dudas. Ya no eres tan bueno como antes.

—¿Cómo que no, Todd? —se encolerizó en anciano—. Yo te he

enseñado todo lo que sabes y no consiento que dudes de mí.

Tedd y Todd se enzarzaron en una extraña discusión que Mad no entendía, cosa que le enfureció de repente.

—¡No vais a seguir ignorándome, bufones!

Dio un paso hacia ellos con los puños apretados, resuelto a obligarles a que le explicaran qué demonios estaba pasando. Justo en ese momento, Tedd arrastró el bastón por el suelo y dibujó un nuevo trazo. Ese trazo completaba un símbolo, no, una runa, se trataba de una runa. Ese concepto, el de runa, irrumpió en su cabeza. Las líneas del suelo emitieron un fulgor ámbar, cubriendo

una extensión considerable.

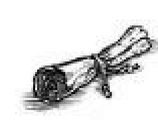
Tedd y Todd seguían discutiendo en el centro.

—¿Seguro que esto es así, Tedd? —preguntó Todd—. No habrás vuelto a equivocarte.

—Si no me molestaras, Todd...

El resplandor de la runa creció y se convirtió en fuego. Crecieron llamas de cada una de las líneas que componían aquel símbolo pintado en el suelo. Se alzaron como murallas ondulantes, crepitaban y se retorcían. Mad retrocedió, alzó la mano para cubrir su rostro y encogió las pupilas. Las llamas crecieron más, hasta lamer el techo, y luego explotaron.

Mad se incorporó aturdido entre una nube de polvo. Le zumbaba la cabeza y no recordaba haber caído. El humo se disipó perezosamente, despejando un suelo que había quedado calcinado. Se distinguían los surcos ennegrecidos que antes habían sido las líneas que formaban la runa, también su propia silueta, la que el anciano había pintado con el bastón, justo en el centro. De Tedd y Todd no había el menor rastro.



Mad caminaba entre el fango y los residuos, evitando montones de basura,

socavones y tuberías malolientes. Ignoraba las ratas que de vez en cuando correteaban junto a las paredes y desaparecían por alguna grieta o agujero.

Comprobó que sus movimientos eran aceptables. Sus músculos respondían a sus órdenes y mantenían su mente ocupada porque su cuerpo, en cierto sentido, le resultaba extraño, ajeno, a pesar de que respondía mejor de lo que esperaba.

Los símbolos que tenía dibujados en la piel lo desconcertaban. Se había remangado el brazo y luego levantado la ropa para observar su vientre. Estaban por todas partes. No recordaba cómo se había hecho aquellos tatuajes y aun así

le resultaban familiares. Sabía que aquellos signos tenían un significado, aunque no lograra recordar cuál. Todo le era ajeno y conocido al mismo tiempo, como su nombre, Mad, que también encerraba un significado que escapaba a su comprensión.

Las voces regresaron. Esta vez sabía que solo estaban en su cabeza. Eran murmullos que se mezclaban y se revolvían, confusos, irritantes, arrastraban emociones que no eran suyas. Mad los ahogaba en un rincón de su mente, pero no lograba librarse de ellos. Moverse lo ayudaba a ignorarlos.

Por eso empezó a correr. Atravesó galerías y pasillos. De vez en cuando pisaba un charco, pero no se detenía.

Corría más, tan rápido como le era posible. Saltaba grietas y montones de escombros, rodeaba derrumbamientos que sepultaban parcialmente el camino, gateaba cuando se internaba por conductos demasiado estrechos para avanzar de pie. En todo momento controlaba la respiración y la temperatura corporal sin saber cómo lo hacía. El ejercicio era bueno. Se sentía mejor.

Se detuvo en una galería espaciosa en la que había varias antorchas ardiendo. Por el centro discurrían dos raíles. Mad tuvo la impresión de que debía seguirlos; no solo eso, sintió que había corrido para llegar precisamente allí, que nada respondía al azar.

Todavía no sabía dónde se encontraba, no era capaz de trazar un mapa de las catacumbas que había recorrido, pero sentía que no era la suerte la que le había conducido hasta ese lugar.

Las voces se removieron en su cabeza. Mad echó a andar en medio de los raíles, siguiendo la dirección que conducía a la parte más oscura. Las voces se callaron de repente. Solo sus pasos resonaban en la penumbra. No había ratas ni aguas residuales derramándose por alguna cañería rota, aunque sí se apreciaba humedad en las paredes de roca desnuda. No tardó en dejar atrás las últimas antorchas y llegar a lo que parecía el final de la galería, donde no había más que una pared de

roca. Debía de ser una vía muerta y abandonada, o a la espera de que siguieran excavando para continuarla.

Se formó en su mente la imagen de un vagón sucio y abollado por el exterior. La imagen proyectó dolor y la sensación inconfundible de que allí había muerto alguien. Se giró, pero no vio nada y, sin embargo, estaba seguro de que allí había habido alguna vez un vagón de tren. Incluso tuvo un atisbo de cómo era su interior...

Entonces vio a un hombre delante de él, a pocos metros de distancia. El hombre lo observaba con mucha atención.

—¿Qué haces tú aquí? —le

preguntó el desconocido.

Su postura corporal era relajada y, aunque no había elevado la voz, su tono era seco y amenazador. Mad notó enseguida que algo no encajaba con ese tipo, en realidad nada en absoluto. El desconocido no tenía ni una sola mancha en la ropa. Mad había escuchado el sonido de las ratas arrastrándose aun cuando no podía verlas, pero aquel hombre no había hecho el menor ruido. Su pelo moreno estaba perfectamente peinado y seco, y la piel de su rostro lucía impecable. Demasiado guapo y limpio para estar en una cloaca.

—¿Quién eres? —preguntó el hombre, de nuevo, con tono severo—. Habla.

—Si vuelves a hablarme así te tragarás una de esas piedras. ¿Quién eres tú? Y como sigas mirándome de ese modo también te tragarás los ojos.

Nada más pronunciar la última palabra ya corría directo hacia él. Mad no estaba interesado en su respuesta. En el momento en que vio su mirada lo catalogó como un enemigo, y no iba a consentir que nadie volviese a hacerle daño nunca más. El hombre no se movió, ni siquiera parpadeó mientras Mad cargaba contra él chillando enloquecido.

Mad decidió estrangularlo hasta que borrara esa expresión de la cara, y después puede que le permitiese hablar. Extendió el brazo derecho con la intención de agarrar su cuello, pero

mantuvo el izquierdo elevado y flexionado por si intentaba algo en el último momento.

No fue el caso. El desconocido continuó inmóvil. Mad, a escasos centímetros de él, tensó los músculos de brazo. Su mano, sin embargo, no encontró resistencia. Atravesó el cuello del hombre como si no estuviese allí. Detrás de su mano fue el brazo y luego todo su cuerpo. Mad lo atravesó completamente, incapaz de detener la inercia de su carrera. La sorpresa lo distrajo. Pisó mal, se tambaleó y terminó estrellándose contra la roca que delimitaba el final de la galería. Justo antes del golpe, Mad volvió la cabeza y lo vio. Seguía allí, de espaldas, en la

misma postura.

El golpe fue considerable. Cayó al suelo y algunas piedras pequeñas rebotaron sobre su espalda. Mad se levantó de inmediato, pero ya no había nadie. Estaba solo, ni rastro del desconocido. Entornó los ojos y aguzó el oído, pero no percibió nada. Aun así no relajó los músculos ni bajó la guardia.

Un zumbido creció hasta llenar su cabeza. Regresaron las voces y los susurros.

—¡Callaos de una maldita vez!

Mad se llevó las manos a la cabeza y apretó, pero las voces persistían, lo atormentaban. Mad gritó y lanzó

puñetazos al aire. En el fondo sabía que quienquiera que le hablara estaba dentro de su cabeza, pero no conocía otro modo de enfrentarse a alguien si no era peleando.

Descargó un puñetazo de rabia contra la roca y un agujero se abrió en el muro. Observó la abolladura y su mano, que permanecía intacta, sin dolor. Una idea cobró forma en su mente como si alguien se la hubiera inyectado. Era imprecisa, sutil, como un presentimiento que no podía expresar con palabras. Obedeciendo esa extraña sensación, encontró un hueco en la pared, a la derecha, que parecía provocado por un derrumbamiento. Le resultó vagamente familiar.

Entró en una gruta irregular llena de escombros y se detuvo a los pocos pasos. Allí había algo que podía sentir, muy cerca. La mano le quemó de repente. Examinó la palma con atención, pero no vio herida alguna. Sin embargo, la sensación había sido real, auténtica, la misma que... ya la había sentido antes, allí mismo. Sí, había estado en aquel lugar y se había quemado... al tocar un objeto alargado. Justo... Ahí estaba.

Mad se agachó y encontró una especie de barra metálica que sobresalía entre las rocas. No resultaba nada sencillo examinarla en la oscuridad, de hecho, no la habría encontrado de no ser porque las voces y el instinto lo habían guiado. Aquella barra parecía oxidada y

ligeramente torcida. Tenía un par de abolladuras y una muesca estropeaba el extremo, que supuso debía de ser completamente plano a falta de algún fragmento. Esa barra era la que le había quemado la mano cuando estuvo en aquel lugar, huyendo de algo o de alguien. Recordaba el peligro, pero no su perseguidor.

—¿Queréis que coja este palo cochambroso? Si lo hago, cerraréis la boca. —Las voces perdieron intensidad —. Tenemos un trato.

Mad estiró la mano, rodeó la barra metálica y la agarró. No se quemó. En realidad estaba fría. Las voces desaparecieron, lo que hizo que soltara un suspiro de alivio.

—Parece que nos entendemos.

Mad tiró de la barra pero no pudo extraerla. Estaba atascada, puede que fuese muy larga. Las voces lo habían dejado en paz, así que dedujo que no podía perder aquel pedazo de hierro. Lo agarró con las dos manos y tiró con todas sus fuerzas.

El impulso fue tal, que terminó de espaldas en el suelo, entre los escombros, pero lo había logrado. Tenía la barra en la mano derecha, la había extraído. En el otro extremo había un bloque de metal de un tamaño considerable, en el mismo estado decrépito. Faltaba algún fragmento y su forma rectangular presentaba varias hendiduras y grietas. Mad lo acarició y

lo estudió con suma atención. Era una maza o un martillo de dos manos. Por alguna razón se sintió bien al sostenerlo. Aquella arma, que parecía podrida o a punto de resquebrajarse, le hacía sentir bien, completo, más fuerte.

Mad la estrelló contra una roca que había a su lado. La roca saltó en pedazos. El martillo era bueno, no se habían transmitido las vibraciones a través del mango.

—¡Oh, Dios! Otra vez no.

Las voces habían vuelto, pero esta vez era diferente. No eran varias, solo una que hablaba de un modo extraño.

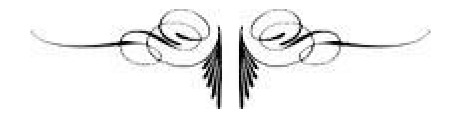
—Ya he cogido el martillo. ¡Déjame en paz!

La voz siguió hablando. Era como escuchar un idioma que no entendía. Más rocas acabaron destrozadas mientras Mad trataba de acallar su mente. Entonces advirtió un patrón en la voz. Repetía una secuencia de sonidos una y otra vez. Puede que una frase. Mad se quedó muy quieto y en completo silencio, repasando el mensaje que resonaba dentro de sí. Pasó un tiempo indeterminado hasta que logró distinguir una palabra, solo una. Esa palabra era un nombre.

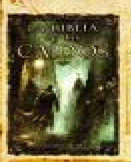
Mad sostuvo la cabeza del martillo delante de su cara, muy cerca, contrajo el rostro, confuso, y murmuró:

—¿Quién coño es Miriam?

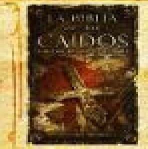
MÁS TOMOS DE LA BIBLIA DE LOS CAÍDOS



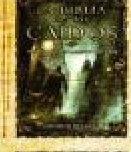




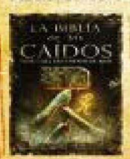
La Biblia de los Caídos.



Tomo 1 del Testamento de Sombra



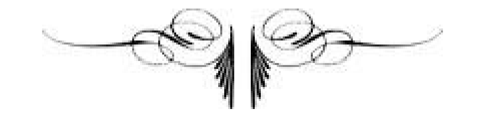
Tomo 1 del Testamento del Gris



Tomo 1 del Testamento de Mad

Ramsey, el cronista

CONTACTO CON EL AUTOR



Club de lectura en Facebook

http://www.facebook.com/groups/C

Espacio donde los lectores intercambian impresiones y comentan las novelas. El autor contesta toda clase de preguntas, anuncia futuras publicaciones y muestra avances de lo que va escribiendo.

Mail

nandoynuba@gmail.com

Contacto en Facebook

http://www.facebook.com/fernando

Blog (fan) sobre el "Universo Trujillo"

http://teddytodd.wordpress.com/

Blog (fan) sobre las novelas de Fernando y César

http://libroscesaryfernando.wordpre

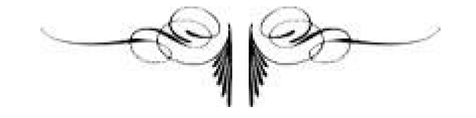
Twitter

Fernando: https://twitter.com/F_TrujilloSanz

NOTA

Si tienes algún blog, página de FB, web, o cualquier otro lugar en el que se hable de las novelas y quieres que figure aquí, puedes ponerte en contacto conmigo en mi dirección de correo.

LA TIENDA DE TEDD Y TODD



Aquí se pueden comprar diversos productos relacionados con las novelas, como camisetas, tazas o fundas para móvil. Hay muchos modelos y tallas diferentes.







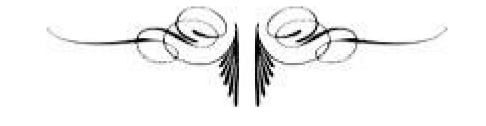


Enlaces a la tienda:

http://www.zazzle.es/teddytodd

http://www.zazzle.com/teddytodd

OTRAS OBRAS DEL AUTOR



NOTA: Todas las novelas están disponibles en formato impreso mediante la modalidad de impresión bajo demanda.

La prisión de Black Rock

El secreto de Tedd y Todd (precuela de La prisión de Black Rock)

Situada 10 años antes de Black

Rock, comparte varios personajes y es una historia cerrada y conclusiva. Altamente recomendable si te gusta la saga de La Prisión de Black Rock.

Sal de mis sueños

El secreto del tío Óscar

La Guerra de los Cielos

La última jugada

Table of Contents